

MARIO CARVAJAL

ESTAMPAS Y APOLOGÍAS



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE
CALI-COLOMBIA

ESTAMPAS Y APOLOGIAS

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Estampas y Apologías*

Autor: Mario Carvajal

ISBN PDF: 978-958-765-811-8

DOI: 10.25100/peu.261

Colección: Biblioteca de la Universidad del Valle

Edición Impresa **1963**

Edición Digital **julio 2018**

© Universidad del Valle

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, julio de 2018

NOTA PRELIMINAR

Algunos de los escritos que forman parte de este libro integraron otro que, bajo el mismo título, fué publicado hace varios años, en edición defectuosa y además tipográficamente incorrecta. Para su incorporación en el presente décimo tomo de la Biblioteca de la Universidad del Valle, esos escritos fueron revisados y sometidos —en su redacción— a numerosas modificaciones. Por lo cual el libro que ahora aparece constituye, en esa breve parte, sustitución plena del anterior.

La actual edición no tiene, en el ánimo del autor, sino el simple propósito de recoger trabajos literarios de varios motivos y época que pueden ser comprendidos bajo la denominación de "Estampas y Apologías".

MARIO CARVAJAL

ESTAMPAS Y APOLOGIAS



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE
CALI - COLOMBIA
1963

I

1. ORACION A LA EUCARISTIA Y ALABANZA DE ANTIOQUIA
2. JESUCRISTO Y NUESTROS DIAS
3. LA EUCARISTIA Y LA AMERICA ESPAÑOLA

ORACION A LA EUCARISTIA Y ALABANZA DE ANTIOQUIA

Oración pronunciada en el Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Medellín en 1935.

“Callen todas las obras de naturaleza y callen también las de la gracia; porque ésta (la de la Eucaristía) es obra sobre todas las obras, y ésta es gracia singular. ¡Oh, maravilloso sacramento! ¿Qué diré de ti? ¿Con qué palabras te alabaré?”

Traspongo este grito desgarrado de la oración del místico para dar traducción a la perplejidad inefable de mi alma ante el momento en que, por mandato generoso, debo ensayar mi baja, indigna lengua en el elogio del mayor entre el acervo innumerable de los misterios con que la Bondad infinita ha transportado a la criatura humana a los planos en que sólo la luz sobrenatural existe y resplandece. Callen todas las obras de la naturaleza y callen también las de la gracia. Frente a la armonía maravillosa del arcano sacramental enmudecen las angélicas jerarquías y los santos humillan su alabanza; suspéndense los coros estelares, en los que el filósofo del número descubrió el ovillo del Génesis desenvolviéndose en órbitas de música; abísmanse los cielos y la tierra en un silencio absorto, que, ¡oh prodigio insondable!, fué engendrado no como cifra de mudez, mas como signo de plenitud en la propia suma de la sinfonía original; detiéguese el vuelo de las cosas; párase el viaje de los siglos; apáguese la llama consecutiva de las horas; desaparece la

alternación del día y la noche; vélese el firmamento; la muerte dobla, vencida, su cerviz, y ascendiendo por caminos de delectosas agonías a la colina del Señor, el alma entra en aquella celda mínima del sagrario, en la que, porque Dios cabe en ella, cabe la eternidad, y en la que, por divino contraste, no caben las cosas míseras del mundo, sumidas en la bajeza y dolor de lo percedero. "Faltan las palabras (dice el que tuvo de ellas los más excelsos dones) y desfallece el entendimiento considerando todas las virtudes de este soberano misterio".

Nadie que conoció las dulzuras y consuelos de la fuente eucarística, y se acogió a su egida pródiga, y durmió sueños de justicia y de paz en su regazo bienhechor, puede concebir la amargura de la peregrinación hacia la muerte por senderos en los que nunca la Espiga saludable erige su saeta de fuego, que al traspasar la entraña del abatido caminante apura en él, renovándola en fruto singular, la redención cristiana, y en los que nunca advierte el ojo mustio, para alivio de la garganta enloquecida por el ardor de la jornada, el pozo de agua viva, que al darnos su linfa milagrosa derrama en nuestro sér el Sér divino y anticipa al corazón martirizado por muchedumbre de dolores un destello de las moradas celestiales. Tropa de esclavitud en curso perpetuamente desolado, vena henchida de pesadumbre en cauces de fango y de tinieblas, los que han renunciado a su consuelo arrastran su fatiga por las rutas de la desesperanza, llagados los lomos y abatidos al peso de una melancolía sin confines. Negaron a sus almas el horizonte eterno, y huérfanos de su vera claridad, ya no divisan sino falaces espejismos. Cúmplase en ellos la anticipada sentencia del Salvador en su profeta Jeremías: "Dejéronme a Mí, fuente de agua viva, y caváronse cisternas quebradas, en que el agua no para." Cisternas taciturnas, llenas de los engaños de la concupiscencia, "secas y rotas, grandes en apariencia y que convidan a sí a los que de lejos las ven, y les prometen agua que satisfaga su sed: mas en la verdad son hoyos oscuros y yermos de aquel mismo bien que prometen, o por mejor decir, llenos de lo que le contradice y repugna, porque en lugar de agua dan cieno". (1)

(1) Fray Luis de León. "De los Nombres de Cristo".

Dulce, en cambio, y tocado de admirable, beatífico sosiego el recinto interior del hombre que temple al beso de lumbres religiosas, en crisoles de abnegación y sacrificio, de meditación y plegaria, su vida espiritual. Florece en él la paz eterna con suavidad y olor de bálsamo; mudado su corazón en copa mística, la sangre del Redentor se abonda en él y en prenda de bienaventuranza diluye en la urdimbre de sus vasos, mar desflecado en ríos múltiples, la promesa de la resurrección, que lo redime de la nostalgia del destierro y de la incertidumbre de la muerte; encendido en el testimonio del Amor divino, sellado con sello de mies y acreditado con rúbrica bermeja, une en su sér, en trinidad gloriosa, las virtudes teologales: la fe, que es alegría; la esperanza, que es consuelo; la caridad, que es amor y cifra por excelencia del cristiano.

"Tales son tus dones, ¡oh buen Jesús!, cantemos con el Luis de Granada; tales las obras y deleites de tu amor; los cuales sueles comunicar a tus amigos, por medio de este Divino Sacramento, para que con tan grandes y tan poderosos deleites menosprecien los otros vanos y engañosos deleites. Pues abre desde ahora, ¡oh Melifluo Amor!, abre, ¡oh Divina Luz!, los ojos interiores de tus fieles, para que con rayos de fe te conozcan. Y dilata sus corazones para que te reciban en sí, para que enseñados por Ti, busquen a Ti por Ti, y descansen en Ti, y sean finalmente, por medio de este sacramento unidos contigo, como miembros con su cabeza y como sarmientos con su vid; para que así vivan por tu virtud y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos". (1)

Y como el hombre, desde el instante mismo de su sér natural, según se lee en el Libro y en el discurso de su viaje a través de las edades, partiendo de las formas primitivas hasta la constitución y arquitectura de las más adelantadas civilizaciones, es, por esencia, vale decir, por voluntad de Dios, sér social, unidad de agregaciones colectivas, por donde resulta, al mismo tiempo, sér esencialmente religioso, los vivos dones y virtudes que la alianza mística acopia

(1) Fray Luis de Granada. "De la Oración y Meditación".

en la casa escondida de su espíritu se extienden, en comunión de caridad, como un influjo trascendente de bien y de salud, al pueblo que integran esos hombres así unidos en la fraternidad del alma, que es la única verdadera y al lado de la cual la otra de la sangre palidece como ante el brillo del sol las luces matinales que lo preceden.

“El nuevo testamento de la caridad de Jesucristo (para bien del concepto y del estilo recordemos a Suárez), sellado con su pasión y garantido con su presencia real, diviniza en cierto modo las relaciones entre los hombres. De la cruz, símbolo de ese sacrificio, brota el raudal de la misericordia que disipa la ignorancia, rompe las cadenas y ampara, alivia o consuela las desgracias: esa caridad es, dígame lo que se quiera, la única solución que puede ofrecerse al pavoroso problema de la distribución de los frutos del trabajo y a la formidable colisión de los intereses y pasiones entre las clases sociales. De allí mismo fluye la idea de la justicia, fuente del derecho y la libertad, base del orden público y clave de las relaciones entre los individuos, entre el individuo y el Estado, y entre los diversos Estados que forman la sociedad de las naciones: fuera de esa justicia cristiana, en los pueblos que la repudian, no existe sino el influjo póstumo de sus antiguas inspiraciones y tanteos estériles, como el de la paz universal, que resulta completamente irónica e invertida cuando trata de guiarse por un faro distinto de la estrella de Belén”. (1)

Valle de lágrimas dícnos ya el Salmista que es esta morada terrenal desde el momento en que la espada del Arcángel cerró a la criatura pecadora la puerta del edén. Desposado con la desgracia al pie del árbol bíblico, inició el hombre su romería dolorosa por los caminos de la tierra, convertida, por obra del mal, de jardín armonioso en costra dura y repelente. La maldición suprema hinchó de ceniza y amargura sus frutos cnantes generosos. Hízose la sangre en nuestras venas llama de escoria y hiel emponzoñada. La cólera sagrada coronó nuestras frentes con guirnalda de perlas que, si fulgen al sol como el relente de la

(1) Marco Fidel Suárez. “Oración a Jesucristo”.

noche, guardan en sus globos de nácar la sal y acíbar de las otras del llanto, porque cual ellas vienen de las raíces mismas de la culpa, nutridas en nuestra arcilla castigada. Huella de daño y de congoja, como la del gusano rastreador, es la que dilatan sobre el mundo los nacidos de Adán. Ganarás el pan con el sudor de tu frente, tronó la voz de Jehová sobre la cabeza del soberbio; parirás con dolor, dijo a la hembra alucinada. Y en pos de la sentencia empírea floreció con siniestra abundancia la miseria del hombre.

Una tras otra, innumerables veces han corrido las centurias su cadena circular sobre el haz de la tierra. Razas, pueblos, naciones han alboreado y decrecido ante el ojo melancólico de la historia. Se han fatigado el vientre de las madres, y el seno de la tierra, y las menudas fauces de "los obreros del sepulcro". La humanidad vive asistiendo a la ruina de todo lo que nace. Duran y perduran el mal y su consecuencia, el dolor, porque ellos son el patrimonio ineludible que puso en las espaldas de los hijos la rebeldía de los padres.

Falsa es, por lo tanto, con falsedad fundamental, toda filosofía que niegue o desconozca este hecho humano. Ahí el error del paganismo y ahí también la certidumbre del orden cristiano de la vida. No otra cosa es el paso del hombre por los días que ensayos de sistemas de convivencia y de gobierno, ordenaciones en el ritmo de la mecánica social, estudios de armonía entre la libertad y el derecho, desvelos en el intento de la clave que dé por resultado, sobre el sillar maestro de una legislación sabia y precisa, el desenvolvimiento de la república anhelada, de la cual ha leído desde los orígenes del tiempo, con pertinaz ineficacia, sus pautas y modelos, arriba en las arquías siderales y abajo en el ejemplo, indescifrable a su mente presuntuosa, de abejas y de hormigas. Hemos visto la idea de Dios, que en forma de negación o de presencia ha intervenido siempre, que en la marcha de los pueblos, desfigurada por la superstición en el enjambre de los ídolos o rechazada por la tiniebla del orgullo en el satánico ateísmo. Desasistidas de la tea y cayado del Pastor, esas rutas, en sucesión intérmina o en alocada confusión, han confluído, como en un centro

inevitable, en los piélagos del caos. Sordos y ciegos a la experiencia de los siglos, por idéntico modo que al precepto del Padre estúvolo la pareja primitiva, déspotas, que no pueblos, de esta edad que vivimos, de uno y otro lado del mar, desatan oleadas de sombra sobre las almas que en su ruedo de lumbre, en asamblea mística, congrega la pira del Señor. Ni faltan profetas que predigan (profetas sin la llama del Eterno) eclipse total para la estrella que en el crepúsculo pagano guió a los reyes hacia el establo del Mesías. Mas la nave que lleva áncora de esperanza y en la antena mayor, como lo dijo Eucherio, una lona puesta en forma de cruz, viaja segura a través de los arrecifes y asechanzas, porque descansa en la promesa de El que advirtió a los poderes del infierno: "Cielos y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."

Reduzcamos a esquema la serie de dibujos históricos en que Chesterton, al comentarlo en páginas imperecederas, enmarcó el texto santo: fuegos fatuos en los abismos de la noche, nacieron y murieron las civilizaciones de las edades viejas; el feudalismo es ya tan sólo un hito en el discurso universal; el orden medioeval, "en muchos aspectos un hogar completo y casi cósmico para el hombre", no pudo lograr la resistencia de sus leyendas y castillos; pasó el Renacimiento; pasó la Edad de la Razón. Y flor de vida perdurable, las palabras de Dios brotan de los eriales del tiempo y de la muerte animadas por la savia de eternidad que El puso a circular entre sus sílabas. El siglo XIX pretendió mirar y analizar la religión como un fenómeno del pasado, sin advertir que, mientras tanto, más allá de las sombras de sus ojos, ella se trasladaba al porvenir. Héla aquí a nuestro lado, marchando con nosotros. Un momento: las palabras han recortado la verdad. Entrañada en nosotros y produciendo en nuestro barro el prodigio de la bujía que al irradiar suprime, por sutilización, la copa de la lámpara.

¿Hállase el mundo, acaso, desde los días de las contiendas últimas, que nunca acaban de pasar, en uno de aquellos recodos trágicos en que muere una época y cambia, con angustioso desconcierto, el rumbo de la historia? La rosa de las teorías humanas, mudable y fácil como la de los vientos,

florece en pronósticos innúmeros. Mas en medio de la confusión del pensamiento contemporáneo, la barca del Pescador sostiene su marcha fúlgida y serena. Va atenta, vigilante, lista, naturalmente, al choque proceloso. El Maestro le impuso esta actitud. Pero le prescribió también, en amonestación de autoridad, la de la fe y confianza en los destinos finales de su faena y rumbo. La Iglesia surgió meciéndose en el lomo de las aguas y oyó de Cristo, viajero de pie enjuto sobre los filos de la ola, la voz que amansa las furias circundantes. No sabemos, porque el secreto del porvenir le fué vedado a la criatura, cómo amanecerá mañana el día. Sabemos, sí, que una vez más las palabras eternas alumbrarán el horizonte.

Nacido el hombre bajo la ley amarga de la concupiscentia original, que, para decirlo con palabras de fray Luis de León, "en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los apetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y, finalmente, muerte y corrupción", sólo bajo una luz y signo alcanza a ser posible la organización de las naciones, y son la luz y el signo de la divina caridad. Sin ella, por manera segura, todo llegará a confusión y abatimiento. Ella será el aceite que inyectado en la máquina social hará su giro blando, armonioso, sosegado, más aún que en los días de la abundancia generosa, en los de la amarga escasez. Ella abrirá la sola senda que desagüe la ansiedad de los pueblos en la zurda revuelta en que se ciegan todos los caminos. Ella redimirá de su congoja al triste, de su penar al solitario, de su agonía al soñador, de su estulticia al necio, de su nostalgia al desterrado, de su dolor al prisionero, de su rencor al siervo, de su estrechez al pobre, de su riqueza al poderoso. Ella pondrá alivio en la cama del enfermo, veste en las carnes del desnudo, pan en la boca del hambriento, agua en la lengua del que se abrasa en sed. Ella cebará el faro para el perdido navegante; alistará el refugio del viajero; vertida sobre las olas en turbión, desbravará el furor de las borrascas, y hecha fanal insomne, pondrá índices luminosos en los confines sin derrotero ni señal. Bálsamo, en fin, de todas las heridas, un-

girá con el óleo de la sabiduría, que es inteligencia y perdón, los corazones destrozados por la injusticia y la discordia.

¿Dónde, por ventura, habremos de hallar sobre la tierra fuente de tal virtud, si no es en la doctrina de Jesucristo, que, al salvar a los hombres, confióles en su Evangelio el paradigma único sobre el cual podrá desenvolverse, con la más alta economía de dolor dable a nuestra viciada naturaleza, y en forma coordinada, el organismo social, tan combatido por toda suerte de peligros y acribillado por males y trastornos sin cuento? Sólo su doctrina puede ser base y sostén de la paz, que es, según la palabra de Agustín, orden sosegado, y principio y estímulo del progreso, que necesita primariamente de la paz, puesto que él significa, por definición y por origen, perfeccionamiento espiritual y material del individuo y de las sociedades. La distribución teórica de los deberes y derechos de la familia humana ha sido hecha muchas veces, algunas con avanzada perfección, en la historia del mundo. Desde Moisés, padre y maestro de los legisladores, el acervo jurídico de los pueblos se muestra henchido de frutos de elección para una labor de antología copiosa y admirable. Mas la legislación, que es plinto y fundamento del orden social en las naciones, cumple en éstas, apenas, una función reguladora si no la mueve y complementa el espíritu. Ninguna edad ni gente ha superado a Roma en la ciencia del derecho. Y en el hecho vital, en Roma convivieron el atropello interior y la rapiña externa, la esclavitud doméstica y la conquista mercenaria del bárbaro, la tiranía del César y la crueldad y disolución de las costumbres. ¿De qué sirve a los pueblos el más consunado código de leyes que nos sea posible imaginar si por los cauces de esas leyes no anda vertiendo luz y vida la savia del espíritu? La letra mata, dijo San Pablo. Y San Juan: "Moisés hizo la ley, mas la gracia es obra de Cristo".

De lo que se deduce que es vanidad de vanidades la fatiga de los caudillos que buscan el bien y la armonía de sus legiones por el sólo medio de los públicos y generales mandamientos. La torre de la cultura humana se apoya más que en las piedras físicas de sus cimientos y columnas, es decir, más que en el fruto material de esa cultura, en el geo-

métrico equilibrio de las fuerzas espirituales, que al definir el curso matemático de sus líneas y la gravitación arquitectónica de sus masas, supera el pensamiento genitor en el vuelo de llama que en todo instante se desprende de la aguja casi estelar que la corona.

Esta la alta misión que corresponde, por celestial imperio, en las relaciones de los hombres, al amor de caridad que en el principio fijó el Padre como norma, en el monte Sinaí, sobre las tablas de la Ley, y que en la éra de la Redención fué repintado por la sangre del Hijo, en el monte Calvario, sobre las tablas de la Cruz. Ese amor, no meramente humano, sino otro sí, místico y sobrenatural, es el arca de la alianza, antigua y nueva, de la criatura y el Creador. Así, el diluvio universal, al par que un hecho histórico, es un símbolo. En la nave sin compañera del patriarca, sobre el nivel de las montañas, flota el espíritu de Dios. En derredor la muerte se agita en sus abismos.

Bienaventurados los pueblos y las generaciones que, enlazados por ese supremo espíritu, fuente de todo bien, han cultivado, sin interferencias ni frívolas ni trágicas, la fidelidad religiosa, y reduciéndolos a "pacífica unidad de virtud", han hecho de sus sueños y labores rebaño sometido, con fecunda alegría, al pastoreo del Señor. Uncidos a la ley, a la de Dios, a la del orden natural y a la del sistema jurídico adoptado, no por razones de temor o de fuerza, antes por vínculo de amor, reparten su tránsito terreno en el trabajo, que dignifica al hombre, y en la plegaria, que suaviza las penas y robustece el corazón. Son éstas las naciones que, animando la vida con un sentido arcano, disponen del secreto de endulzar la amargura que ella trae de su raíz enferma. Ganaron la honda recompensa en la adopción que han hecho de la enseñanza contenida en el pozo de la sabiduría, sumisas a la ley de Dios, que según dice el salmo, hace al hombre más prudente que todos sus enemigos y más sabio que todos los maestros. "Guarda, hijo mío (prescribe el autor de los Proverbios, renovando a Moisés), los mandamientos de tu Padre y no desampares la ley de tu Madre, Trabaja por traerla siempre atada a tu corazón, y colgada.

como una joya, a tu cuello. Cuando anduvieres, ande contigo; y cuando durmieres, esté a tu cabeza; y cuando despertares, platica con ella: porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida."

Dictamen, placentero por lo demás, de la justicia, manda incluir ésta de Antioquia en el número de esas comarcas venturosas. Brava, dura, pujante, y como pocas, llena de majestad y de grandeza, fué la obra cumplida por el ibérico emisario en este nudo de montañas, cuyo arisco relieve hubiera rechazado a cualquiera tropa de conquista que no moviera su afán aventurero en el resorte en que, como un juguete heroico, digno de aquella edad titánica, ponían el suyo a dar vueltas sobre el mundo los hijos de tan recio linaje. La misma resistencia del agro, ensimismado en su belleza, lamido en su planta por el río y coronado en lo alto por las nubes, contribuyó al sér característico de esta provincia, en la que el hombre ha florecido con notas de valentía singular para las luchas todas de la vida; al propio tiempo que la condición de paciencia y de constancia exigida por la riqueza ingente, mas soterrada en sus ribazos, bien en la gleba grávida o en el filón envuelto en agrio estuche mineral, fomentó en este cuadro majestuoso el reparto y decantación de las falanges migratorias en colonias de aspecto y ritmo patriarcales. Las corrientes que aquí afluyeron en la atrasada aurora de nuestro continente se depuraron sin dañosa premura, recogidas, como en un vaso natural, en el recinto de estos montes, y lejos de los prejuicios étnicos, en la activa tranquilidad de las labranzas, prepararon el hazañoso porvenir de sus vástagos en el arraigo y ordenación de las virtudes cardinales de la raza.

Una de ellas, el sentimiento religioso. La moderna crítica de la historia ha definido la España de la conquista como un Estado misionero. El ideal de la faena llevada a cabo en tierra americana por la osada Península, antes que los del imperio político y la cosecha de oro, fué el de la difusión del Reino de Dios y la incorporación de estas comarcas a los dominios de la cristiandad. Los legionarios españoles trajeron de este modo función de mensajeros del Señor, de he-

raldos de su gracia, que es, como lo ha demostrado la experiencia de los siglos, el único evangelio de la fraternidad universal. Ascendiendo, contra el curso de las edades, hasta la cima de los profetas, llegaremos a descubrir, en el panorama de las civilizaciones, que “el origen histórico de la hermandad humana es exclusivamente místico”, porque como tras firmes silogismos concluye Ramiro de Maeztu, “la fraternidad de los hombres no puede tener más fundamento que la conciencia de la común paternidad de Dios.”

Por designio providencial la semilla de esta empresa apostólica tuvo aquí surco pródigo, y al par que el tallo de las éras, se irguió señoreando el cuadro del cultivo, como la palma que roba al ala de los vientos el germen peregrino.

Muéstrase ahora en forma extraordinaria ese depósito sagrado, al ritmo del corazón de la república, en este congreso lucentísimo, que además de culto a Jesucristo, o mejor, precisamente por ser culto a Quien cifra el camino, la verdad y la vida, será en el cuadro de las empresas colectivas de Colombia una de las más ricas en motivos de bien de los últimos años. Tiene su sede aquí por un anhelo regional, obediente a la voz de los antepasados, voz que talvez por ese fenómeno peculiar que repite y renueva el eco en las montañas, hasta darnos a las gentes de los valles la sensación de un rumor inextinguible, adquiere dentro de estos ásperos muros una realidad casi física, que al entregarnos el secreto de la unidad espiritual de Antioquia, nos pone en contacto inefable con Dios y su misterio. Mas si un justo anhelo regional ha realizado este congreso, no podía éste limitarse a ese alcance restringido. Oponíanse a ello la calidad excelentísima del acontecimiento, animado por la gracia ecuménica de Cristo, y la dignidad misma de esta provincia victoriosa, que después de haberse acendrado en retiro secular, ha rebasado sus contornos e infundido su aliento, como una fuerza numerosa, en todo el cuerpo de la patria.

Halla en las circunstancias aludidas explicación tan suficiente como amable la presencia, en los coros de estos días, de voces venidas de otros ámbitos, altas de autoridad, nobles de timbre todas ellas, con la sola excepción opaca de ésta mía, que no trae al concurso ningún mérito propio,

mas suma a él, en cambio, sin detrimento intrínseco, la fe bebida en las fuentes de la enseñanza solariega, y un destello, mustio, ése sí, en los fondos de sus espejos deslustrados, de una tierra benigna y espaciosa como la que fué prometida a Israel por heredad, de limpia atmósfera como el diamante de aguas puras, y en la que el viento anda siempre de juego con la luz sobre pistas de perspectivas oceánicas.

Un día, en reinos ignotos del Levante, tres reyes redujeron a uno su camino en el índice misterioso de la estrella que, a lo largo de ardientes arenales, los llevó hasta la gruta del Cordero. Contra la obstinación de las tinieblas, añosas como el mundo, subsiste, rutilante, la estrella del prodigio. Ella nos ha traído ahora, por los caminos de la patria, a este monte bañado en su fulgor. Y a su infalible claridad tornamos a encontrarte, ¡oh Dios todo bondad y misericordia irrestañables! Ahí estás, con presencia real, como en el vientre de María, el primero y más puro de los sagrarios eucarísticos; como en las pajas del pesebre; como en el obrador del carpintero; como en el asilo de tus padres; como en tu vida pública, en los caminos de la dichosa Galilea; como en el sermón de la montaña; como en la barca del Apóstol; como en la casa de Betania; como en la cima del Tabor; como en la cena última; como en el huerto de los olivos; como ante los doctores de la ley, y ante Poncio, y ante los fariseos y soldados que azotaron tu cuerpo y te ciñeron con espinas y te pusieron manto y cetro de burla; como en la vía del Calvario, y en el madero redentor, y en el trance de la agonía postrimera; como en el trono resplandeciente y eterno de la morada empírea, en la absoluta majestad de Dios Trino, a la vera del Padre. Ahí estás, ¡oh Jesús!, en todos los pasos de tu vida, tu muerte, tu resurrección y tu gloria, cumpliendo, día y noche, el misterio de nuestra redención.

Corre, como la losa del sepulcro, la que cubre el divino tabernáculo, y resurge, Señor, a cada instante, en nuestras almas. Perdona nuestras culpas, alivia nuestros males, corónanos de gracia, y en el amparo y bendición de nuestros hijos, haz que cumpliéndose en nosotros el canto de David, se renueve nuestra juventud como la del águila.

JESUCRISTO Y NUESTROS DIAS

*Discurso en el Primer Congreso Eucarístico
Bolivariano. Cali, 1949.*

Una vez más, en la historia de su espíritu, ofrece esta comarca un alto y encendido testimonio de fe. Embellecida hasta los límites de la locura natural por la mano de Dios; incorporada por Isaacs al coro de las provincias en que el hálito de la poesía dejó su inmortal sello; madre de héroes y archivo de hazañas dignas de las crónicas fabulosas; idílica pradera resguardada por una abierta escolta de montañas que sostienen sobre ella el arco de un cielo prodigioso, en cuyo aire levísimo fulgura una diafanidad casi incorpórea; ajustada, en el día, por una túnica de sol resplandeciente como la armadura de las doncellas épicas, y coronada, en la noche, por un cernido resplandor que tiembla al soplo de la amorosa confianza con que la arroban las alturas; levantada en el pensamiento; aguerrida en la acción; ambiciosa en el sueño; valiente en el sacrificio; esforzada en la empresa; pródiga en la irradiación de sus virtudes y en la participación de sus tesoros, no podía, sin negarse a sí misma, ser infiel a la Bondad suprema de cuya largueza derivan los dones que le exaltan y los elementos que aseguran la gloria continental de sus destinos.

No hace un decenio todavía que en brillante acontecimiento religioso congregó muchedumbres desbordadas de todos los confines de la nación, y agrupándolas en torno de la

imagen que, apenas descubierta la América, floreció en casta roca de los farallones vecinos, rindió a la Madre del Redentor y Madre nuestra uno de los homenajes de más lucio esplendor y mayor entusiasmo colectivo de que hayan sido testigos los anales de Colombia.

Bebida en el apostólico mensaje de la España misionera; solícitamente aquilatada después por las generaciones sucesivas; defendida con decisión inquebrantable, como patrimonio de imposible holocausto, en el hervor de las contiendas bárbaras y en los trajines posteriores, más peligrosos todavía, del raudo crecimiento y de la tentación económica; repetidamente afirmada y proclamada, como ahora, en confesiones de pública ardentía, la fe de Cristo ha sido y sigue siendo entre nosotros eje divino y por ello infrangible de nuestra arquitectura social; centro de paz en que nos encontramos siempre, olvidados de ellas, cuando su luz se abate sobre nuestras adversidades y discordias; raíz de nuestras ansias, numen de nuestros anhelos, molde de nuestros hogares, plinto de nuestra prosperidad, consuelo en nuestras pesadumbres y aliento y voz de estímulo en nuestras faenas y agonías. Traemos esa fe, según reza el Proverbio, atada al corazón y colgada como una insignia al cuello. Por dichoso favor de la Providencia, nunca hemos olvidado que antes que el común territorio y la historia común, vale para nuestra familia humana su común creencia religiosa. Porque "sólo por ella (recordemos aquí las palabras de un pensador ilustre) adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo por ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos de un mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ser visible sobre sus cabezas la protección de lo Alto; sin sentirla cada día en sus hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo; sin creer que este mismo favor del cielo que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos bendice también el lazo jurídico que él establece con sus hermanos y consagra, con el óleo de la justicia, la potestad que él delega para el bien de

la comunidad y rodea con el símbolo de la fortaleza al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe o el invasor extraño, ¿qué pueblo habrá grande y fuerte? ¿Qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento en el torrente de los siglos?"

Nada justificaría, sin embargo, la sola profesión singular de la fe en Cristo. Contrariaría ello la esencia de esa fe, ya que desde su cuna ostenta la Iglesia del Señor carácter ecuménico. Mas si antes de nuestra edad las lejanías geográficas pudieran suministrar explicación humana a tal aislamiento estéril, la hora que vivimos, como ninguna del pasado, reclama la función de signo universal que imprimió a su Evangelio Jesucristo. Eliminada por la técnica la distancia, conseguida la ubicuidad del pensamiento y de la voz, mermadas las barreras antiguas de los pueblos y orientada hacia una tan compleja como inquietante confusión la historia antes disímil de continentes y naciones, las luchas de los hombres han ido reuniéndose también en un solo combate: éste, que ahora advertimos esencialmente idéntico cualquiera que sea el horizonte hacia el cual miremos del planeta. Tremenda edad, por ello, la de esta etapa de los tiempos. Paciente capitán de su empresa, Cristo afronta, cada día más solidarizadas en un solo adversario, todas las enemistades históricas de su doctrina, desde las de su propio pueblo y de la Roma imperial hasta las de la era filosófica que siguió a la Edad Media y de las que, desde entonces, abominando de su ley o confinándola al asilo de la conciencia individual, pretenden impedirle todo influjo en el gobierno de las sociedades civiles. Desoladoras herejías vienen invadiendo la inteligencia y envenenando el corazón del hombre. A partir del Renacimiento una helada racha de paganismo intenta perturbar en las almas el influjo sobrenatural; desmentir arbitrariamente con la ciencia la fe; ahogar la fecunda aridez en el extenuante regalo voluptuoso; sustituir la austeridad con falaces vínculos temporales; cambiar por torpes mitos las virtudes nacidas de la gracia o aconsejadas por la conciencia religiosa; prender en las mentes jóvenes el fuego satánico de la soberbia, que enajena y entristece; alejar a las almas del regazo de la Divinidad para sumirlas, impíamente, en la orfandad insondable del laicismo, que es la

soledad moral del hombre sobre la tierra y el ambiente genitor de sus más torvas desviaciones.

Un sobrecogimiento inexpresable sacude por ello al hombre y atemoriza su ánimo en esta hora de foscas, cerradas perspectivas. Nunca, es verdad, le fué otorgada a su inteligencia la plena previsión del futuro. Irremediabilmente las épocas por venir se muestran ante sus ojos, abrasados por una fiebre de imposible adivinación y así más ciegos todavía de lo que lo son por su viciada naturaleza, revestidas de brumas misteriosas. Pero en la serie de esas épocas algunas hay en que aquella oscuridad ineludible se ofrece más benigna a su ansiedad, menos impenetrable a su mirada, más dócil y permeable a la escasa luz que sobre ellas logra verter su mente ávida. Otras, en cambio, se presentan selladas como la noche milenaria de nuestras selvas, oprimidas en todos sus contornos por muros de sombras inmediatas, en cuyo asedio cae rota, como saeta de cristal, toda interrogación de derrotero.

En uno de estos últimos períodos nos hallamos. Período de crisis y tinieblas como nunca, talvez, había sufrido nuestro valle de lágrimas. La corriente del tiempo ha entrado en un declive vertiginoso y se ha visto precipitada en uno de aquellos recodos trágicos que la devuelven sobre sí misma antes de despeñarse en el abismo hacia el cual rueda con desalada rapidez. El impulso febril destruye toda posibilidad de mirada penetrante e impide todo análisis cierto. De igual modo que el río acrecentado por lluvias torrenciales y enardecido por el viento y el rayo arrastra consigo muchos elementos colocados fuera de su curso, y enturbiándose con ellos pierde no sólo la transparencia de sus ondas, sino también la unidad de su contenido, y de instrumento generoso pasa a convertirse en azote de los campos de que antes era alma, vida y voz, la corriente social que el hombre desenvuelve a lo largo del cauce de la historia pierde a veces, al reclamo de pasiones desorbitadas, la línea de equilibrio que ese propio cauce le brinda, y enloquecida y desatada, arruina la obra de su natural fecundidad, siembra el caos donde antes había establecido los gérmenes de una evolución armoniosa, y se entrega, en loca embriaguez, desatenta a sus me-

jores y más puros y caros ideales, a la destrucción de lo que con desvelada paciencia (paciencia del corazón, que es amor, abnegación y sacrificio; paciencia de la mente, que es sabiduría, orden y poder) había edificado, en sostenida empresa, bajo el ojo complacido de Dios.

En medio de esta confusión fundamental, cuyo aborracado oleaje va descuajando instituciones consagradas por una añosa tradición, derrumbando fortalezas de persistente estabilidad y segando costumbres que parecían perdurables, mal puede el hombre, si se atiene a los solos recursos de la inteligencia, tomado él también por la locura de los tiempos, fijar la posición de su espíritu, batido por las furias de la catástrofe como la nave en lucha con un piélago poseído por el demonio de la tempestad. Prolongando la rebeldía original, el hombre pretendió elevar la razón a la categoría de divinidad exclusiva y excluyente, y encuentra en expiación de su desvío que la razón lo desasiste en el momento en que debía cumplir el ministerio señalado. La tentación contemporánea idéntica fué a la primitiva: seréis como dioses. Idéntica también a la del hombre actual la soberbia del primer hombre, porque Luzbel no ha tenido entre los suyos el poder de inventar una nueva concupiscencia. E idénticos los resultados de aquella y de esta rebeldía: confusión de espíritu ante la mirada del Padre e inexhausto raudal de sangre fraterna corriendo sobre el mundo del costado irrestañable de Abel. El raudal ha subido hasta las más altas cumbres y la confusión ha arreciado en un diluvio de sombras, copiosas como las aguas del que dejó tan sólo al margen de la cólera de Jehová el arca flotante del Patriarca.

Repítese en este nuevo diluvio, en la nave de Pedro, el antiguo milagro. La voluntad de Dios sostenía sobre el abismo la tabla en que Noé, por designio del mismo Dios, salvaba de la muerte la generación del hombre y de las bestias. Pero el prodigio del Nuevo Testamento es mayor y más hondamente consolador que el del Antiguo, porque ya no sólo la voluntad sagrada ni sólo su mandato supremo, sino la persona misma de Dios, con presencia real, sostiene y guía esta otra nave, de la que fué imagen la primera, a

través de las vicisitudes que desencadenó sobre la tierra y sobre el tiempo el insondable albedrío de la criatura.

Es así cómo la Iglesia, confiada a Pedro pescador, avanza entre el turbión de las edades con la seguridad de la barca del relato evangélico, porque en ella, velado ahora en el aparente sueño misterioso del Sacramento, hecho, por una divina paradoja, no de olvido sino de callada y protectora vigilia, va también, como en aquélla, completando la trinidad de barcas de Dios, el Maestro a cuya voz se amansan las tormentas, caen los arrecifes y los vientos detienen la furia de sus olas. Un palo en cruz se yergue hasta los cielos en su antena mayor y una luz inmortal señala el derrotero desde la cima de su proa.

Sólo esa luz tiene virtud suficiente para alumbrar el caos por el cual el mundo marcha a la deriva. Si ignorando u olvidando su significación mística, tuviéramos la osadía de ajustarla a simple medida material, cuán pequeña, en verdad, sería esa luz. Mas en la realidad espiritual ella deshace todas las tinieblas. Recortada en un menudo triángulo tembloroso, tallada en su propia llama en breve forma de corazón, titilante en el seno de la penumbra aledaña como la estrella en el fondo de la noche, esa luz, iluminándolo todo, recoge en su aleteo incesante la palpitación universal, atestigua el perenne milagro de la misericordia infinita y congrega a los pies de Jesucristo la adoración de los cielos y de la tierra.

“Cuánto significa para la cristiandad de todos los siglos —dice con palabra tan bella como exacta un eminente escritor de nuestra patria y nuestros días— la luz del Tabernáculo. Encendida en los primeros tiempos de la fe, su llama ha pasado a través de las tormentas sin extinguirse, porque se nutre de ese foco inmenso del dogma que arde en el corazón de la teología y vivifica el cuerpo de la Iglesia. Esa luz es seguridad y confianza. No muda de sitio ni se inclina a un lado y al otro por más que en torno suyo se agite el viento de todas las contradicciones”.

Jamás en la materia, así sea ardiente como el fuego o penetrable por la luz como la del aire y el agua, cupo tan

honda, tan viva, tan entrañable sugestión espiritual como la que surge de esa llama, cuya hoja de sutilísimo resplandor, hiriendo el velo del arcano que tiene bajo su testimonio y vigilancia, abre a veces ante nuestras almas, para que en ellas se vierta en la parva medida que ellas alcanzan a captar de la refulgencia celestial, el tesoro de bondad y belleza inabarcables que la caridad de Cristo compendió hasta hacerlo caber en el hueco minúsculo del sagrario. Sólo la gracia divina, que embellece como la luz, según expresión de Santo Tomás, y da al espíritu capacidad de ver donde la luz no alcanza, puede llevarnos de esta pequeña y cautiva claridad a esa otra libre y gloriosa claridad de luz eterna e increada y de la que se nos ofrece figura recogida en la flor del símbolo litúrgico.

Cuando la noche cierra en torno al viajero que peregrina sobre el mar o atraviesa el desierto, el caminante continúa su marcha hacia el término ya invisible de su rumbo merced a la estrella que va, en segura y conocida parábola, bajando hacia ese mismo horizonte. La luz que nos señala la presencia eucarística cumple en el orden espiritual la misión que en el suyo físico desempeña el lucero orientador. La que de éste nos llega es apenas un lejanísimo y atenuado esplendor de su irradiación gigantesca, que a la vez proviene de la iluminación cósmica, enclavada, según la humana conjetura, en el centro ignorado de los orbes. Así, la quieta lamparilla que vela el insomnio sacramental es un átomo luminoso, infinitamente menor en las relaciones respectivas, del divino fanal que, iluminándose a Sí mismo, alumbró la creación, renueva y sostiene la existencia universal y purificando al hombre en el fuego y el agua de su gracia, lo dispone sobrenaturalmente para ser incorporado, pasado el trance de la muerte, a las moradas de la visión beatífica.

* * *

Venturosos los pueblos que no han velado con nubes de incredulidad y negación la estrella que para guiarse en la noche de sus tiempos les dio el Señor en la inefable Eucaristía. Venturosos porque ellos no perderán en el laberinto

tenebroso el derrotero de la aurora y avanzarán sobre él hacia un claro y seguro amanecer. Hé aquí por qué los depositarios de la fe cristiana, conservada en el arca prístina de la Iglesia, podemos mirar serenos, si bien adoloridos, la confusión de la era actual: al fondo de ella alienta y brilla el lumínar que nos indica la dulce meta ambicionada. La aflicción humana sólo encuentra lenitivo eficaz en la certidumbre espiritual de su razón y desu amor. No se ha dado a los hombres, debajo de los cielos, otro nombre por el cual puedan ser salvos. Ah, pueblos todos de la tierra: "Si conociéseis, a lo menos hoy, lo que se os ha dado y lo que os puede traer la paz".

A pesar de su mérito infinito, no se detuvo la redención cristiana en el sacrificio de Jesús. Por ella el prevaricador quedaba restituído a la amistad de Dios. Mas si la hondura insalvable que entre El y la criatura había abierto el pecado desaparece al ser colmada por la sangre de Cristo, el corazón de Cristo no quedó colmado por ella, y en el misterio príncipe entre los misterios de su caridad nos ofrece su compañía adorable, no ya sólo en la asistencia antes prometida, sino en la presencia real y en la perfecta comunión.

Ni el cántico de los tronos empíreos, ni la voz arrebatada de los santos, ni la música unánime de las criaturas inocentes alcanzarían a subir hasta la alabanza correspondiente a la grandeza de este misterio, cuya sola enunciación rebeló la inteligencia del hombre cuando en Cafarnaún se dispersó, al oírla, la multitud que seguía al Salvador, murmurando que era dura, insufrible esa palabra. Pero el Señor, antes que la alabanza, pide la confesión. Por eso el Evangelio ha recogido con ardiente puntualidad el grito instantáneo de Pedro, esclarecido por el relámpago profético de la fe, que a la demanda del Maestro: "Y vosotros, ¿queréis también iros?", contesta con voz inspirada por lo Alto: "¿Y a quién, Señor, habríamos de ir? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Santo Dios". Confesión que se enlaza en su espíritu, si bien no se identifica en la sustancia, con la que el mismo Pedro dio en Cesarea a la otra pregunta de Jesús: "Y vosotros,

¿quién decís que soy Yo?» A lo que el discípulo respondió con iluminada vehemencia: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo”. Es este último el momento elegido por Jesucristo para la fundación de la Iglesia. No la instituyó ni antes ni después: en ninguno de los episodios en que deslumbró a las gentes con milagros; ni al transfigurarse en el Tabor; ni siquiera en el testamento de la cruz: la entregó a sus discípulos en el instante en que recibe del mayor entre ellos la renovación de la confesión de fe hecha en el diálogo de la promesa eucarística: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, dícele entonces, porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.”

Por donde podemos llegar, con firme inteligencia, a la deducción de que el propio Cristo nos advierte que la Eucaristía es el centro y corazón de la Iglesia y nos previene que toda la vida de ésta habrá de desenvolverse regulada por el principio vital que alberga el Tabernáculo. Si la Iglesia fué instituída para gloria de Dios y salvación de las almas, la Eucaristía realiza a plenitud el propósito divino.

Esposa de Cristo, la Iglesia, en cuanto empresa cumplida en el tiempo por el hombre, limitado a su vez en cuanto simple criatura, no podía rendir a Dios la gloria proporcionada a la infinitud de su Sér, absoluto y eterno; y los hombres, a pesar de la participación espiritual recibida del mismo Dios, no podían tampoco por sí solos, sin la cooperación de la gracia, allegar los méritos requeridos para su salvación. No nos es lícito concluir que sin la Eucaristía la obra de la Redención hubiese quedado incompleta, porque los medios de Dios son infinitos como su sabiduría y su amor. Pero sí nos lo es afirmar que como medio elegido por El la Eucaristía constituye el instrumento más perfecto para su gloria, que sólo El puede tributársela a plenitud, y para la salvación del hombre, a la que éste, sin El, no puede ascender.

La inteligencia asistida por la fe no concebiría la Iglesia sin el eje central de la Eucaristía, que a más de compendio del dogma, de cifra suprema de nuestra teología y de corona

y aguja inmarcesibles de la Iglesia, es arca de todas las gracias merecidas por la pasión de Cristo, depósito de la verdad eterna, archivo de la misericordia divina, pozo lustral para el alma pecadora, antesala de la visión beatífica, y, si fuere permitida la expresión, justificada de modo innumerable por la lengua llameante y la voz quemada de los santos, juicio del hombre y locura de Dios.

Sólo el amor sin límites pudo idear esta dádiva, ante cuyo cumplimiento y contemplación viven en adoración perpetua los ángeles del cielo. Sólo la Divinidad enamorada de su criatura pudo inventar este abismal recurso de compañía indeficiente, cuya soberana grandeza excede en forma tal nuestra mísera inteligencia que todavía, ¡oh invisible pequeñez de los hombres!, repercute en el mundo la escandalizada rebeldía de Cafarnaúm: es dura esa palabra. No bastaba la redención: no era suficiente que el cerrado camino de la casa del Padre quedase abierto otra vez: era necesario que el hombre no estuviese solo sobre la tierra; que el sacrificio del Salvador siguiera renovándose en el tiempo. No bastaba la unión mística: Cristo anhelaba la comunión real. Y tendió entonces entre el cielo y la tierra la escala del nuevo Testamento. La absorta mirada de sus discípulos lo vio el día de la ascensión hender el piélago del aire en nave de luz resplandeciente. Mas no cayó sobre sus corazones suspendidos la desolación de la orfandad. Por una maravilla de su amor se había ido quedándose. Permaneció con ellos, y permanece con nosotros, y permanecerá con las generaciones venideras hasta la consumación de los siglos, no sólo en su recuerdo, no sólo con su recuerdo en su doctrina, sino con todo ello. El mismo, en la presencia real de la Eucaristía, ancla del cielo en las almas de los hombres.

* * *

Si en relación con los apóstoles Cristo escoge para la fundación de la Iglesia el instante en que Pedro le repite la confesión inspirada por el Padre, en relación consigo mismo aguarda para la institución del Sacramento, como lo observa un sabio y piadoso maestro de vida espiritual, a estar pi-

sando los umbrales de su pasión y a que las sombras de la agonía empiecen a invadirlo y a proyectar sobre su alma la angustia de la muerte. El que había dicho: “Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare”, se entrega en esta hora a la humanidad en dulce y arcano sacrificio y le ofrece en el inefable sacramento, con la clave de la conducta moral exigida por su ley, fuente de lenitivo imperecedero y de sobrenatural fortaleza para la pesadumbre de todo orden a que la descendencia de Adán no habrá de poder sustraerse y ante la cual El iba a presentarse como insólito paradigma, dejándose convertir del más hermoso de sus hijos en retablo de heridas y dolores. Todo para que, adocotrados por su enseñanza, aprendiéramos a sobrellevar la desgracia y a descubrir en la contrariedad y la amargura el secreto de la perfección por El mismo ordenada a las ovejas de su grey.

Horas de confusión y de crisis tremendas ha sufrido, sin duda, el género humano. Epocas de negación y apostasía. Largas edades de infortunio o efímeros períodos de voluptuosidad y de molicie, tan contrarios a su destino eterno como la rebeldía espiritual. ¿Alguna, empero, de esas éras históricas, más caótica que la nuestra? Los siete pecados capitales reclaman para su contienda satánica el estadio del mundo. Las tres concupiscencias que definió San Juan piden el desorden unánime de las almas y se afanan como nunca por desterrar a Dios de las naciones y de la sociedad universal. Al Evangelio de Jesucristo, que porque es equilibrio y armonía constituye el principio del progreso y de la libertad, opónese la consigna del odio, que impide el predominio del derecho y engendra la opresión y la esclavitud. Contrariando su doctrina de paz, la guerra asombra todos los confines y encoge los corazones en su brumoso ambiente de zozobra y pavor. Infortunadas muchedumbres padecen la impuesta desventura de vivir y morir a la intemperie espiritual, privadas del abrigo —spes unica— de su cruz, cuyos brazos, sin embargo, no se han cerrado nunca, ni a pesar de las más duras y opresoras hostilidades se cerrarán jamás. Un nuevo poder de las tinieblas, metódico y violento, se mueve en torno de su herencia. Avanza el mal, el espíritu padece negación,

retroceden las luchas humanas a la barbarie primitiva y la superan, ríndese a la total congoja la esperanza y la falsean y escarnecen. Ahora, por eso, como nunca, ¡oh Señor de los cielos y de la tierra!, estamos agobiados y en afanoso menester de tu ayuda, sin la cual todo será flaqueza de ánimo, y de tu luz, sin cuya guía todo será extravío y perdición. Tú prometiste un día que al que te confesara ante los hombres Tú lo confesarías ante el Padre. Salva, pues, a los pueblos que hoy se congregan en esta comarca de Colombia para proclamar en voz conjunta que sólo Tú eres el camino, la verdad y la vida. Sálvanos, ¡oh Señor y Dios nuestro!, y recógenos de entre las naciones, para que nunca dejemos de proclamar tu nombre y nos gloriemos siempre en cantar tus alabanzas.

LA EUCARISTIA Y LA AMERICA ESPAÑOLA

*Discurso en el Segundo Congreso Eucarístico
Bolivariano. Caracas, 1956.*

Larga empieza a ser ya, y cada día más difundida y fecunda, la historia de los congresos eucarísticos. Emilia Tamisier, ardida en el fuego de Dios, vestal cristiana del sagrario, mensajera elegida para la propagación ecuménica de este culto contemporáneo al misterio sacramental, promueve en Francia, en la segunda mitad de la pasada centuria, las peregrinaciones eucarísticas, que por su carácter y desarrollo constituyen una especie de congresos menores. Un sacerdote ilustre, monseñor Mermillod, comprende, inspirado por la parábola del grano de mostaza, que estas devotas reuniones son, en el plan divino, germen de una iniciativa de proyecciones incalculables. Particípalo a Emilia, y ésta lo comprende igualmente. Las almas del Señor saben bien de estas cosas. Tráenlas aprendidas en las fuentes primas de la Iglesia, que el Redentor quiso paradójicamente insignificantes: en la elección de los Apóstoles, desprovista en apariencia de todo signo trascendental, aún del de la más elemental previsión humana; en los pasos iniciales del cristianismo, desenvueltos entre la timidez, temores y desconciertos de una docena de varones humildes; en la obra callada de su tránsito terreno, cuya divinal grandeza confió tan sólo a la revelación de los evangelistas y vivificó después con la sangre de los mártires, para que, confirmada más tarde por los padres y los doctores, los misioneros y los místicos, se expandiera a todos los términos del mundo.

Abierta ante su espíritu aquella inmensa perspectiva, que por insondable podría parecer ilusoria a un corazón no sostenido por la fuerza que anima el de los santos, Emilia Tamisier se da a la tarea de mover cielos y tierra para trasladar tan alto ideal de la esfera donde discurre la teoría de los sueños al estadio en que bulle la vida de los hombres. Pide ayuda a los prelados de su patria y las naciones vecinas. Combate sin descanso, invencible en su serena energía. Comprende que obedece a una inspiración sagrada y nada pueden por eso contra ella los obstáculos que ineluctablemente acuden a entorpecer el derrotero y culminación de los grandes anhelos, más si éstos, como el de Emilia Tamisier, se hallan anclados en la voluntad de Dios. Acreditada ante el consejo augusto por las pruebas vencidas, depárale la Providencia el concurso de un espíritu de elección, Filiberto Vrau, que enamorado del insigne proyecto viaja a Roma, consigue el asentimiento de León XIII, obtiene el apoyo de la corte pontificia, y tras duros esfuerzos reúne en la ciudad de Lille, en junio de 1881, el primer congreso eucarístico internacional, al que asisten representantes de diez países y antes de cuya clausura déjase establecida la comisión permanente que ha de quedar encargada de las futuras asambleas de esta índole.

A partir de esa fecha, que marca un hito luminoso en la crónica sucesiva de la Iglesia, piedra blanca en la devoción colectiva de los pueblos al Sacramento del Altar, apoteósica aportación de los siglos modernos a la adoración del misterio mayor y central de nuestro culto, sucediéronse, a corto plazo uno de otro, con esplendor creciente, los congresos de Aviñón, inmediato al de Lille, en 1882; de Lieja, 1883; de Friburgo, 1885; de Toulouse, 1886; de París, 1888; de Anvers, 1890; lugares que constituyeron el circuito inicial y núcleo irradiante de los congresos eucarísticos. Corridos tres años, en 1893, el ámbito se ensancha y viene el congreso de Jerusalén, al cual, por vez primera, asistió, en representación de León XIII, un legado papal, el cardenal Langénieux, lo que, sumado al lugar santo y a la proyección sobre la zona del Oriente, imprimió al episodio mayor viso mundial y más dilatada resonancia.

Vuelve, durante un decenio, a concentrarse en su sede original de Francia y en la vecina Bélgica la ya victoriosa iniciativa (Reims, 1894; Paray-le-Monial, 1897; Bruselas, 1898; Lourdes, 1899; Angers, 1901; Namur, 1902; Angulema, 1904), hasta que el eximio Papa de la divina Eucaristía, el décimo de los Píos, convocó en Roma el siguiente y lo animó, iluminándolo con su presencia de Pastor inefable, circuída ya a los ojos de su grey por la aureola de la santidad pontificia.

Jerusalén y Roma, las dos cátedras fundamentales de nuestra religión, imprimen ancho vuelo geográfico a los congresos eucarísticos. El movimiento pasa a la parte septentrional de nuestro hemisferio cuando la ciudad canadiense de Montreal brinda asilo al primero de los que se celebran en América.

Vienen en pos los otros con que el norte y el sur del Continente se han eslabonado a la cadena de estas ardientes concentraciones de la fe en Jesucristo y en su presencia sacramental. Chicago, Buenos Aires y Río de Janeiro marcan los vértices del triángulo en cuya área han venido celebrándose, en espléndida sucesión, como en Europa y en Africa, esa serie de congresos nacionales, diocesanos y parroquiales que mantienen una efusión continua de homenajes a Jesucristo en su adorable y arcana institución, serie venturosa que de no quebrarse al impulso del creciente paganismo contemporáneo habrá de hacer que El, para valernos de las palabras del Profeta, recoja un día a nuestras naciones en el regazo definitivo de su luz y de su caridad, infinitamente más dilatado que el impulso de nuestro amor y nuestro rendimiento.

Entre los congresos mayores, de magnitud universal, y los que se limitan al concurso de una nación o una comarca, surgió hace pocos años, aliadas para ello la concepción de un eminente poeta de Colombia y la voluntad del entonces prelado de la diócesis de Santiago de Cali —modelo de apóstoles literarios aquél, y éste, ya extinto, sacerdote de alta virtud y ánimo intrépido— la iniciativa de asociar con el mismo propósito religioso a los pueblos que conducidos por

el Libertador ascendieron conjuntamente, en gemela fraternidad, del orden colonial al de la independencia política.

Observemos aquí —de paso— cómo las dos ciudades de estos pueblos que en los últimos años ostentan en el grupo de las naciones bolivarianas el índice de más acelerado desarrollo y más creciente prosperidad (la que en el territorio colombiano preside el bello Valle del Cauca y la que en Venezuela, triunfalmente asentada en el que “el Avila corona”, gobierna su república), han venido a ser, fluyendo la vida bajo el ojo vigilante de Dios, los lugares elegidos por el designio infalible antes que por la falible voluntad de los hombres para estos férvidos concursos de armonía cristiana, verdaderos ejercicios espirituales de nuestras patrias, en los que ellas, a una, filtran y depuran sus ideales, castigan sus escorias, enardecen sus ansias de elevación, aclaran sus horizontes, aquilatan su tradición religiosa, y acercándose a Cristo y dando plural testimonio de fe en la viva verdad y en la amorosa eficacia de su doctrina, ofrecen resplandeciente ejemplo moral al desalumbrado mundo de nuestra era, en cuyos confines parecen apuntar las señales apocalípticas.

Hallámonos así frente a la respuesta que el sector de la América colonizado por España viene dando a cada una de sus horas, desde aquélla en que la idolatría aborigen quedó borrada en el mapa de las Indias Occidentales por la mano civilizadora de la Iglesia. Doctrinadas por ésta desde la media luz de su niñez histórica, las regiones del Continente que desembocaron al piélago de la cultura cristiana navegando el diáfano río de nuestra lengua leales han sido siempre, sin apostasía alguna popular, a su segura orientación. Por elección de su misericordia la nuestra ha venido siendo tierra generosa para la semilla del Señor. Sembráronla, en sus andanzas no menos heroicas que las de los combatientes de la conquista, y en alianza con ellos, los misioneros que con ellos partieron el afán y agonía inenarrables de la epopeya. Antes que la espada imperial y que el estandarte del rey clavóse en los campos del Nuevo Mundo y se destacó sobre las aguas de sus mares, a título de heraldo primordial

y signo eterno de una conquista superior, la cruz de Jesucristo.

Circunstancias que por extraordinarias sugieren soplo y color arcanos han quedado en los albores de esta porción del hemisferio como prenuncios providenciales de la vocación religiosa de nuestras gentes. Investigadores a quienes se debe el más completo y minucioso escrutinio del proceso religioso de la conquista señalan la isla de la Isabela como el sitio de la primera misa celebrada en América, y como fecha la de la festividad de los Reyes, que en la liturgia es precisamente la de la vocación a la fe cristiana de los pueblos gentiles. “En ella apareció, sacramentado, Cristo a las gentes del Nuevo Mundo, a las que había de traer a su redil, tras de innumerables tiempos de descarrío”.

Si nos asombra la colonización americana por lo que entraña de ímpetu ciclópeo, de resistencia física y moral en la aventura, de osadía ante el misterio circundante y en la lucha con los factores de una naturaleza desconocida y con los límites de una raza incógnita como ella y más que ella impenetrable; si nos llena de pasmo esa insólita capacidad de adivinación que puso en la mente y en el ojo de hombres elementales, soldados analfabetos muchos de ellos, comprensión y visión anticipadas del laberinto geográfico en que se movían sin más brújula que la del sol y las estrellas; si nos deja atónitos la estatura de una nación que pudo presentar episodio semejante, ejemplar por la intención que la animaba en él, por la vigilancia real que le infundía aliento y le mostraba cauces cristianos, por el legado de virtudes que de ella traen nuestros pueblos y han sido y siguen siendo origen y explicación de los valores espirituales y las grandezas cívicas de que podemos ufanarnos, fuerza es que refiramos el portento a la investigación del hontanar recóndito de tan estupenda maravilla, y busquemos en éste el nervio que dio pujanza a aquella tropa denodada en la lid y atraída por el imán de una meta que ponía sello de trascendencia metafísica al momento en que se cumplía la proeza.

¿Dónde, por ventura, ese hontanar recóndito? ¿Dónde el nervio que imprimió brío heroico al caballero cristiano

de la conquista, cristiano a pesar de sus desmesuras y crueldades? No, sin duda, en la sed de gloria, que si suele ser acicate de penosas acciones, sostén en duros afanes, razón y espuela de osadías y hazañas, apenas si se siente, como una luz distante, como un relámpago impreciso, en uno que otro fragmento de las crónicas contemporáneas. Las mesnadas ibéricas que completaron el descubrimiento del Nuevo Mundo y echaron en él los fundamentos de la colonia estaban integradas por gente ignara, en la que no cabía aspiración de renombre singular y que se sabía perdida en tierras lejanas todavía de las grandes páginas de la historia. Los antagonismos que separaban y contraponían con frecuencia a los capitanes conspicuos no iban generalmente más allá de la ambición excluyente de dominio, instigada por el acentuado individualismo de la raza. Tampoco esta sed, la de mando, tiene proyección dinámica suficiente para servir de base a la obra casi inverosímil de España en las Indias Occidentales. Ni la que ha sido más generalmente atribuída a los conquistadores y servido de principal argumento a la injusticia con que conocidos intereses han procurado desfigurar esa obra, ya que las riquezas aborígenes tuvieron casi siempre más de fábula —entre las mil y una fábulas de nuestra América precolombina— que de tangible y sobre todo de provechosa realidad. El mito del Dorado señuelo fué de estímulo, y nada más que eso, a la perseverancia de los que flaqueaban en el empeño y rendidos por la violencia geográfica, por la intemperie habitual, por el horror de los abismos sucesivos, por la mudable atmósfera y el extraño clima, pretendían rezagarse en las fundaciones más o menos establecidas y dar remate en ellas, de cualquier modo, a la excesiva aventura.

Más vivo, más hondo, más entrañado en el alma del conquistador y más metido en su sér vital y en la conciencia de su patria hierve el motivo genitor de la genial empresa. Ese motivo es el espíritu misionero de España, que en aquella etapa ocupó, victoriosa, la primacía del mundo. En el discurso de su integración nacional, suma y compendio de numerosas y distintas vertientes, España, al par que había ido avanzando hacia la unidad religiosa, había venido ha-

ciendo de esa unidad el principio esencial de su sér y la misión interna y externa de su destino como pueblo. Desde antes del establecimiento de la monarquía visigótica hallábase ya la población peninsular intensamente cristianizada. Lo que constituye el principio de esa unidad religiosa que será el factor característico de la labor cumplida en el territorio de la nación y en el hemisferio cuya invención tenía Dios reservada a su abnegación y a su heroísmo y a la admiración de centurias dormidas aún en el ovillo misterioso de las edades.

Acontecimientos posteriores acendrarón, no en la confesión, ya plena, sino en el ímpetu expansivo, esta posición de heraldo de la fe que desde entonces tiene asumida España. Sin más interrupción que la de períodos de acercamientos accidentales y de treguas forzosas en batallar tan dilatado y dentro de mapa tan estrecho, treguas y acercamientos que nunca comprometieron su sér propio ni la fidelidad popular al credo atávico, largos siglos la vieron luchar ardentemente por la cohesión imperial, mira de su destino temporáneo, y por la defensa de la fe, consigna sagrada de su misión eterna. "Aquellos fueron, como lo dice Manuel García Morente, los siglos de aprendizaje de la hispanidad, los siglos en que la hispanidad sacó a luz lo que en ella había puesto Dios, y expresó en forma de existencia histórica su pura esencia ideal en la mente divina".

Coronada la reconquista, que en cierto modo fué una conquista autóctona, porque como lo observa el autor citado, durante esos setecientos ochenta y un años el alma española tuvo que luchar por descubrirse, por afirmarse, por conocerse a sí misma, tarea de conquista si las hay, el hombre peninsular salió armado caballero de Cristo y capitán seguro de la fe. En su conciencia se habían unificado vitalmente, en adhesión poco menos que indiscernible, el concepto de la patria y la consigna de escudar, en milicia espiritual o guerrera, el Reino de Dios y los derechos sociales, jurídicos y teológicos de la Iglesia.

Coinciden providencialmente en esta etapa de la historia española la empresa político-religiosa de los Reyes

Católicos y el descubrimiento de la América, alumbrado éste por el genio de Colón y por la decisión de Isabel, tan genial como el pensamiento y la voluntad del Almirante. Un horizonte sin términos aún precisos; un territorio sorprendido por los navegantes en los confines antes inviolados de la mar oceánica y del que empezaban a emerger noticias fabulosas, y una porción de humanidad perdida en la ignorancia de la Divinidad y desviada en abstrusas cuando no horrendas idolatrías, vienen a ser el eslabón providencial que liga la tarea secular de la conjunción nacional de la Península y de su depuración religiosa con la empresa de igual propósito e idéntica finalidad que la devoción y arrojo hispánicos van a llevar a cabo en el Nuevo Mundo, sólo Dios sabe con cuánta temeridad y sacrificios, con cuánta efusión de sangre anónima y de anónima longanimidad de corazón, con cuánta ufanía y denuedo frente a la hostilidad natural, mas siempre con la ingénita grandeza de la raza, presente en todo instante como una constelación inmóvil y fuente de la energía lustral que amansa el juicio de la posteridad sobre los humanos desmanes de los héroes.

El escenario ha sufrido cambio radical. Pero la acción que va a tener por teatro el de la agobiadora naturaleza americana, todavía, a estas horas de los siglos, intacta en varias de sus zonas, ofrecerá en sus aspectos esenciales impresionante analogía con la que acaba de cumplirse en las tierras ibéricas. Acción de unidad institucional y de unidad religiosa, que en la concepción española de la sociedad y del Estado se han confundido siempre, al fuego de una tradición indeclinable, en una misma y sola empresa.

Que éste, antes que ninguno, es el sentido prevaleciente en el desarrollo de la conquista y lo que, al punto mismo de iniciada, erigió en nuevo hogar del Imperio, tan propio como el otro, las fundaciones que iban surgiendo en las vías que abrían las lanzas de los tercios y permaneciendo selladas por la cruz que custodiaba y bendecía las residencias de los que quedaban frente al aborigen por someter y adoctrinar y al paisaje por acabar de descubrir, con la ley de la Corona y el Evangelio del Señor como instrumentos para la obra simultánea.

El hombre peninsular que en incesantes migraciones vino entonces al continente no era el ave de presa de ciertas contrahechas estampas, rapaz aventurero de una fortuna en sus lares inalcanzable, ni el buscador frenético y desalmado que soñaba cobrar a veneros fantásticos una fortuna que había sido esquiva a sus deseos, ya que no a sus afanes de ocioso huésped de cárceles, de obligado remero de galeras o de famélico y en cierto modo ascético disimulador de las escaseces anejas a la hidalguía vergonzante.

Si huérfanos de letras algunos de los más iluminados conductores, como Sebastián de Benalcázar y Francisco Pizarro, otros se nos muestran tocados de leve esmalte humanístico, como Cortés, o de pericia universitaria, como Jiménez de Quesada, para aludir tan sólo a algunos de los cercanos a nosotros. Y con ellos muchos más de dormido recuerdo en las espesas crónicas de la época y la legión innumerable de los que no alcanzaron a inscribirse en sus páginas. Todos, realmente, en desigual medida y con las judaicas excepciones de siempre, varones forjados por la grandeza de su edad, purgados en el filtro de la tradición patria y portadores del serio encargo que esa propia tradición les impuso al enviarlos a seguir en las lueñes regiones ultramarinas la cruzada que sus padres habían adelantado y concluído en las suyas. Confundidas con ellos y compartiendo el varonil esfuerzo, valerosas y dulces como las vírgenes heroicas, laboriosas y vigilantes como la esposa de que nos habla el Libro, sumando gracia a gloria en el trajín guerrero o cívico, las mujeres que habían de edificar acá con prole nueva y sobre las columnas de las viejas virtudes la antigua familia de su casta.

Y con la tropa destinada al combate de la tribu rebelde y al sometimiento a veces más arduo todavía de la arisca naturaleza; al laboreo de los campos y a la adaptación al nuevo medio de las bestias transportadas a través de montes sin caminos y raudales sin vado; al establecimiento de los organismos civiles y de los centros familiares, la otra tropa de Dios, formada por los doctrineros que repartían su actividad entre la asistencia espiritual a las gentes de su fe y la catequización del indio idólatra.

Falanges de misioneros, pertenecientes en su mayor número a las órdenes religiosas, riéganse por las regiones descubiertas: avanzan más allá de los términos hollados por los conquistadores; ascienden a las más elevadas montañas, donde la nieve brinda nido de hielo a las estrellas; bajan a las llanuras sumidas en el ardor del trópico; siguen, en el propio corazón de las selvas y a través de sus oscuros laberintos, el curso de los ríos salvajes; exploran y fijan el perfil de los litorales oceánicos; desafían los bravos castigos de la atmósfera y las flechas envenenadas de los naturales; acampan en desabrigo, entre los rumores de las fieras y la sigilosa asechanza de los reptiles; sufren las torturas de enfermedades desconocidas y caen, muchos de ellos, en holocausto silencioso, bajo la diadema del martirio.

Huellas de esas falanges son las innúmeras fundaciones religiosas que tachonan en breve el mapa del Nuevo Mundo. No había pasado una centuria, corto lapso para tan vasto empeño, y ya la doctrina cristiana discurría por multitud de cauces misionales desde el norte de Méjico hasta las remotas orillas del Río de la Plata. Después vendrán los grandes monumentos eclesiásticos y la pompa y el esplendor de la liturgia: ahora, sin tiempo para más que la evangelización apresurada y la preliminar reducción de la barbarie, la predicación evoca, en su marco agreste, la del Señor en las faldas de los collados o a la orilla de las aguas en Palestina. Rústicas iglesias, construidas con maderas sin desbistar y techadas con la propia fronda de los árboles, ofrecen pobre amparo al culto incipiente y erigen las primeras cruces que abren maternalmente sus brazos bajo los cielos de la América. Allí el Hijo de Dios, como quince siglos antes había nacido para el mundo hecho hombre en el pesebre de Belén, descendió en el misterio eucarístico a nuestras Indias hasta entonces infieles para redimirlas de su gentilidad y orientar sobrenaturalmente sus destinos. Allí, en la cautivadora humildad de los métodos del Señor, tuvo principio la adoración que a partir de aquellas épocas han ofrendado siempre nuestros pueblos al Sacramento del Altar. Allí, frente a nuestros paisajes vírgenes, entre el cántico de las aves y cerca a las bestias inocentes, para mayor semejanza con el nacimiento

de Cristo, se celebraron las primeras misas y sintieron nuestras comarcas, sacudidas por un temblor desconocido, bajar a ellas la majestad y la misericordia del Emperador.

Siendo la Eucaristía eje divino y columna central, piedra fundamental y corona de oro de la Iglesia, la misa, en la que las almas le rinden culto preeminente, ocupa, por obvia consecuencia, lugar supremo entre las devociones religiosas. No podía, por lo tanto, acaecer cosa distinta en esa cruzada de príncipes y vasallos católicos que fué la conquista americana. “Enarbolar la cruz y a su pie decir misa —afirma el acucioso investigador de *El Culto del Santísimo en Indias* (Constantino Bayle, S. J.)— pasó en fuerza de la costumbre a ley; ley que se impusieron conquistadores y pobladores; la enuncia entre los consejos u ordenanzas usuales el que pudiéramos llamar Manual del Conquistador: “Y luego incontinentemente (tomada posesión del sitio) en el instante hará hincar una cruz, que para ello tendrá hecha, a una esquina de la plaza, que será a la parte que ya tendrá elegida para la iglesia, la cual plantará el sacerdote revestido; y al pie de ella se hará un altar y dirá su misa, asistiendo a ella todos los soldados con toda devoción y solemnidad, para demostraciones de los naturales y moverles sus corazones, y haciendo muchas salvas con la arcabucería, regocijando este día con trompetas y cajas. Y el sacerdote dará la advocación a la iglesia juntamente con el caudillo.”

“De los pies del altar —continúa el autor aludido— se levantó Colón para dar cima a la obra más grande, de las meramente humanas, que han presenciado los siglos... Cortés la pone siempre que las circunstancias lo permiten en el arranque de la jornada y de las jornadas... Orellana, en la duda entre su lealtad y el riesgo seguro para sí y sus compañeros, dispone que se ofrezca el Sacrificio en demanda de luz, y se arroja a su atrevida e incomparable navegación, la primera en recorrer el mar de agua dulce o Amazonas. Igual recurso busca Almagro en su viaje a Chile al verse sin rumbo entre la cordillera nevada y los arenales de la costa. Con la misa empieza la posesión de California Fray Junípero Serra. Con la misa del Espíritu Santo comenzaban los actos trascendencia: la fundación de las ciudades, las

elecciones de municipios, la tarea de los visitadores de indios, esto es, de los encargados de vigilar que no se les atropellara. Con la misa se solemnizaban los grandes acontecimientos: el nacer del Príncipe, la jura del Rey, el hallazgo de nuevo arte para beneficiar la plata. Con la misa se acudía a Dios en las calamidades públicas o en los riesgos. Con la misa procura la piedad ingenua impetrar de Dios la bendición para las primeras rosas que se sembraron en el Perú... La promesa de misas era la más corriente en las tempestades del mar y en los apuros de la vida... Estar sin misa se miraba insufrible, más que el hambre y la desnudez.”

Fué así la Eucaristía, en su venero original y en las devociones que en torno de ella congregan a los fieles, el mensaje divino que trajeron los conquistadores y sacra luz que persiste inextinguiblemente en el corazón de nuestros pueblos. Más allá de todas las veleidades humanas, antiguas y modernas, esa luz, después de haber alumbrado la etapa de la colonia, pasó a la de las repúblicas contemporáneas como la más honda y pura de las tradiciones subsistentes en el proceso de la evolución política, fortaleciendo el corazón de los próceres de la emancipación, esclarecidos luchadores como los abuelos peninsulares y como ellos confesores perseverantes de la fe.

De este modo la religión de Cristo ha sido la recia cimbra interna que ha mantenido la unidad de estos países separados por fronteras geográficas, por códigos orgánicos, por rivalidades económicas, por todo ese libre juego de factores adjetivos que reparte en grupos artificiales a los hombres, pero ligados por la fuerza entrañable de una idéntica espiritualidad, de una común creencia, de una sola doctrina religiosa. Territorial y políticamente podemos hallarnos distribuidos en distintas delimitaciones nacionales; pero esencialmente somos una misma familia, moradores, fraternos de una misma casa, legatarios conjuntos de una misma tradición y filiales beneficiarios de una misma mesa. En cuanto pueblos cristianos, “somos, para decirlo con San Pablo, un solo cuerpo, como que uno solo es el pan de que participamos”.

Ese pan es el que, para sostén de nuestra debilidad, redención de nuestra miseria y alivio de nuestra marcha de viadores del tiempo hacia la eternidad, surgió del propio hálito de Dios en el fuego del misterio eucarístico y desde entonces, por mandato del Redentor, se renueva continuamente para perduración de su compañía y sacrificio. Ese pan, signo de unión de los cristianos, luz de su tránsito y reserva inextinguible de la fuente de gracias que al morir dejó el Señor brotando inagotablemente en la colina del Gólgota, entraña la garantía inefable con que el Verbo divino lo entregó a la humanidad herida por el pecado y rescatada por Él al precio de su pasión y de su muerte: *Tomad y comed: este es mi Cuerpo.*"

La conciencia empedernida del hombre había hallado dura esta doctrina cuando el Maestro la había enunciado en Cafarnaún: *Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que Yo daré es mi misma carne, la cual daré Yo para la vida o salvación del mundo.* Y todavía muchos son los que llamándose a escándalo, cerrando alma y oídos a la ternura sin medida de la promesa, insisten en rechazarla y alejarse del Amor infinito en cuyo piélago sólo pudo caber portento de tanta misericordia, el mayor y más hondo y más dulce ofrecido a las criaturas, posible sólo, por su magnitud, en la inteligencia y el corazón de Dios.

Mas la garantía de Jesucristo sustenta su verdad y la refrenda indeficientemente, alta y luminosa como una estrella que no se apaga nunca ni se deja vencer por la conjuración de las tormentas circundantes que siempre se han movido contra ella: la miserable soberbia de la inteligencia; la licencia y desorden de las pasiones; el arrebatado de los sentidos y el paganismo de las costumbres; las falsas filosofías transitorias, que suelen congregarse más siervos que el poder de los déspotas; las herejías que a raíz de la enseñanza de Jesús y de la predicación de sus discípulos se empeñaron en asfixiar o desviar la doctrina y que jamás han dejado de contrariarla y combatirla; los cismas que, como las herejías, han herido el Cuerpo Místico y siguen sin cesar hostigando su inviolable unidad; la tiranía de los césares y la arbitraria

hegemonía, antigua y contemporánea, de naciones poderosas o de sistemas políticos absolutos, que atentan contra el libre albedrío, fuente de la dignidad de la persona humana, concedido por Dios y jamás quebrantado por El; y cobijando esta conjura demoníaca, el oprobio de las esclavitudes voluntarias del mal, oscuras enemigas de la pura libertad del espíritu.

Si el tumulto de todas estas fuerzas colma de agonías el corazón, confórtalo, en cambio, la certidumbre depositada por Jesucristo en los Apóstoles: *En verdad os digo que donde dos o tres se hallen congregados en mi nombre, allí me hallaré Yo en medio de ellos*. La historia universal —esta visible historia de los hombres, sin apelar a esa otra invisible, presente sólo en la mente de Dios y de la cual apenas nos llegan señales misteriosas, como esas vagas luces que a veces parpadean entre las sombras de la noche— confirma, como testigo permanente de lo Alto, esta asistencia del Señor. Análoga, o mejor, idéntica, porque la asistencia de Cristo entraña señal indefectible de victoria, a aquella otra que había anunciado a los hombres cuando respondiéndolo a la ardiente confesión de fe del mayor de sus discípulos y colocándolo en el principado de la naciente Iglesia, le hizo la promesa que tendió escala mística entre el cielo y la tierra y sigue resplandeciendo sobre las almas con el fulgor de los luminares perennes: *Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalearán contra ella*.

Todas las instituciones humanas, así sea presuntuoso y destellante su nacimiento y relativamente duradero su desarrollo temporal; todas las empresas y afanes de los días, los imperios políticos y las grandes organizaciones económicas; las varias formas ideadas, bajo la inspiración de elevados pensamientos o al influjo de torcidos propósitos, para la modificación, feliz o desventurada, de los derroteros sociales; los mirajes de gloria individual o colectiva que surgen aquí y allá, relumbran y declinan; las propias conquistas de la orgullosa ciencia, que hoy son y mañana no parecen, porque

a cada instante la última hipótesis arruina y suplanta la anterior; las volubles conjeturas heterodoxas que una en pos de otra rayan como las centellas errantes la oscuridad nocturna y se pierden en los abismos del espacio; los sueños todos y fatigas que escoltan como hitos el itinerario de los hombres y de los pueblos, ¿qué son y qué serán mañana en la historia de las almas? ¿Qué son muchas de aquellas cosas en nuestra época? Etapas sin rastro, algunas, de los empeños que llenaron sus horas, y otras eco y contribución más o menos visible en el espectáculo social y en el acervo ecuménico de esta edad que asignada nos fué, porque así Dios lo quiso, en la sucesión de los siglos. Eco e influjo, es cierto, porque la humanidad vive de tradiciones y obedece a fuerzas de impulso. Pero eso y nada más. Ninguna de esas instituciones o imperios, de esas organizaciones, culturas, filosofías o conquistas, de esos sueños o glorias o fatigas ha llegado en su integridad hasta nosotros. Han muerto en el camino o nos han traído sólo lo que de verdad y de justicia, que es mensaje y dádiva de Dios, alentaba en su inspiración y en su esfuerzo. Lo demás cayó al soplo del tiempo y se perdió en la tierra o en los aires. "Pudrióse como un hongo la esplendidez de Roma". Y como la de Roma, todas las de antes y después. La historia es un proceso en sucesión y renovación continuas, en el cual sólo perdura aquello que Dios selló con su luz y guía con su ley. La promesa de Jesucristo, válida por sí misma, y de imposible eclipse, por lo tanto, brilla con la evidencia irrecusable de los hechos cumplidos.

Hay más, empero, todavía, en este devenir de los fenómenos universales. El combate externo, si destructor a veces, suele, en otras y con frecuencia, acentuar las defensas interiores, dar cohesión a los elementos integrantes del ente acometido, llámese animal, hombre, nación, institución, doctrina o partido, y producir por este modo, a favor de los recursos suscitados por el contraste, mayor vigencia de la que en tranquilo desarrollo aquél hubiera podido conquistar. En el orden del espíritu sucede lo mismo que en el de la naturaleza: la lucha engendra y perfecciona sus propias armas. La otra guerra, en cambio, la interior, la que se incuba en los centros vivíficos del sér, disociándolos y pervirtiendo sus

funciones, más si coincide con la acción de la que de fuera viene y duplica así la eficacia de su ataque, es siempre emisaria de la muerte, porque no hay en ella elemento estimulante: o el sér triunfa de ella o ella acaba, inexorablemente, por destruirlo.

Conjunción ésta de hostilidades —tenaz y proteica la primera; íntima y deletérea la segunda— es la que a lo largo de su trayectoria ha sufrido la Iglesia. Al testimonio de sus mártires, renovado cada vez que la persecución lo ha exigido, y llevado últimamente a formas inéditas de tortura y a cifras de incalculable magnitud, sucedió la invasora cizaña de las disenciones heréticas, ante la cual suscitó el Pastor y Padre del siglo futuro la falange de los apologistas, que abrieron a la fe y a los dogmas con ella recibidos los anchos cauces teológicos por donde, a partir de sus obras y predicación, empezó a correr la enseñanza eclesiástica. Luégo los cismas de Oriente y Occidente. Y más cerca a nosotros, hacia el atardecer de la Edad Media y el despertar del Renacimiento, la paganía restaurada que entonces acogió la casa del Señor y empañó la pureza de algunos de sus más lúcidos blasones. La barca del Pescador sabe de estas tormentas, en las que el Maestro parece a veces dormir, para animar, al conjurarlas, desvanecido el temor, la débil confianza de los discípulos. Como en la apostasía de Judas, el hijo de perdición, Cristo advirtió a sus milicias de las que más tarde habrían de producirse contra los planes de Dios, si bien aportando, a la postre, cooperación misteriosa a su ineluctable cumplimiento.

La Iglesia ofrece, pues, una incolumidad que la erige en la única luz que al par que asegura el destino sobrenatural de las almas, orientaría, si el pecado de la criatura no frustrara su acción, el derrotero terrenal de los pueblos y aliviaría aún temporalmente el abatido corazón de la humanidad. Si todo cae y ella perdura; si todo cambia y se transforma y ella permanece invariable en su esencia; si cuando el mundo se halla envuelto en las tinieblas de la desolación en ella fulge sin desmedro su primigenia claridad; si todo, así, acaece en ella en forma que no sólo se aparta del habitual sucederse de los hechos sino que lo resiste y contraría, ¿de

qué fuente podrá extraer tan singulares privilegios empresa que estando entre los hombres y en manos de éstos su gobierno, se distingue así de lo que de ordinario entre los hombres acontece? Sólo la asistencia permanente del Salvador, prometida por El al colegio apostólico, puede otorgarle esta perduración, signo evidente de su reino, que precisamente por no ser de este mundo, por obedecer a una Voluntad purísima y a una Sabiduría infinita hace que la Iglesia levante su antorcha sobre centurias y naciones y proyecte hacia todos los confines —que para eso son cuatro también, como los puntos cardinales, las puntas de la cruz— la vocación de Cristo y la radiación amorosa de su Evangelio.

Mas no tuvo su misericordia el Señor en esa promesa de asistencia continua que, como testimonio postrero de su potestad divina en el cielo y en la tierra, haría en Galilea, después de su resurrección, a los Apóstoles, sino que mediante el mayor de todos sus misterios y el más abismal y conmovedor de sus prodigios, arcana invención de excelstitud que no sufre otra referencia ni dimensión que las de la mente y el corazón que la engendraron, anuló la secuela temporal de su muerte, que hubiera sido la suspensión de su presencia substancial, y en la reserva sacramental de la Eucaristía se quedó, para siempre, con nosotros. Por donde la Eucaristía, a la vez que perpetuación del sacrificio de la cruz viene a ser contramuerte anticipada del Señor, para compañía de los hombres, comola resurrección es contramuerte posterior para el retorno al Padre.

Si en el patíbulo del Gólgota culminó la redención de los hombres, en la cena que precedió inmediatamente a la pasión y en la que al cordero simbólico de la ley antigua sucedió el Cordero vivo de Dios, quedó reservado a las generaciones venturas, no sólo el depósito de la gracia conquistada por el sacrificio del Verbo encarnado, sino con ese depósito, la Persona misma de Jesucristo, en su cuerpo y sangre, en su alma y divinidad, en lo que lo identifica con el Padre y lo diferencia de El, y en lo que, en la insondable, indivisible unión hipostática, pone más cerca de nuestra condición de criaturas y más accesible a nuestra inteligencia la fraternidad arcana y misericordiosa del hombre con el Hijo de Dios. Por eso en la Eucaristía Cristo Dios

y Hombre consuela y alivia nuestras humanas aflicciones y nos hace partícipes de su divinidad.

Eje y centro del Cuerpo Místico, fanal de altísimo resplandor y foco de amorosa atracción, cuya órbita ofrece las más deleitables perspectivas en el firmamento en que se mueven las constelaciones espirituales, la Eucaristía preside estelarmente las avanzadas apostólicas de la difusión del Evangelio. Ella infunde calor a la doctrina, vivifica y aclara la enseñanza, descifra las figuras proféticas y convierte los dogmas, que sin ella serían apenas espejos exactos de la fe, en fuegos abrasadores de las almas. En las herejías que desgajándose del tronco maternal de la Iglesia renunciaron a ella, desconociendo la presencia real de Cristo en el sacramento, al Señor se le niega el sér vivo cuya compañía nos calienta fraternalmente y se le ha convertido en un brumoso paradigma moral, en un simple modelo filosófico, en el catedrático ausente de un magisterio cada día más diluido, perdida su primitiva unidad y roto el hilo vital de la tradición en red de innúmeras y dispersas interpretaciones singulares.

Nosotros, repitiendo ante el tabernáculo eucarístico la confesión de Pedro; acatando la promesa de Jesucristo y recogiendo en su diáfano sentido y perfecta integridad las palabras de la última cena; doblados sobre los sepulcros de los mártires y sobre los áureos textos de los padres y de los doctores; prendidos a la cadena interminada de los santos; fieles a la Iglesia de los primeros y de todos los tiempos, reconocemos esa viva presencia real e imploramos la gracia que en el arca insondable que la contiene puso en vísperas de su sacrificio final, para redención permanente hasta la consumación de los siglos, El que se hizo hombre para salvarnos y se quedó como Hombre y como Dios con nosotros, para estar, según lo había ofrecido, en medio de nosotros, asistiendo nuestras agonías temporales, compartiendo nuestros trabajos y dolores, mitigando nuestros sufrimientos, dándonos luz y calor en su regazo e inclinado su hombro de Pastor hasta nuestra miseria de ovejas agobiadas por el pecado para conducirnos sobre él al reino de la visión beatífica.

Bienaventurada la hora en que su misericordia confió el destino histórico de estos pueblos a la misionera nación de nuestros antepasados y nos hizo herederos de la fe que desde entonces alumbró nuestros caminos, como alumbró en la gesta providencial de la conquista los que en el territorio incógnito del nuevo Continente iban abriendo, en íntima asociación, las dos armas de aquella descomunal empresa: el hierro del emisario del monarca y la cruz del sacerdote de la Iglesia. De la actividad del primero restan sólo, en la evolución política de los estados americanos, sombras jurídicas y alteradas memorias; de la obra del segundo subsiste intacta la arquitectura religiosa de nuestras patrias, contra la cual nada han podido, ni podrán, por la gracia de Dios, intermitentes apostasías oficiales ni el asedio de influencias extrañas.

Esa arquitectura descansa primordialmente, como en piedra angular, en el culto de la Eucaristía, que ahora, con el fervor con que en Cali hace una semana de años, acuden a exaltar, en pia rivalidad de voces y de júbilo, las repúblicas que responden fraternalmente al nombre de Bolívar, el hijo por excelencia de Caracas; y esta vez en la propia ciudad que por maternal derecho se halla más unida que todas las otras de la América a la gloria del héroe.

Sin caer fuera de los principios cardinales de la igualdad esencial de las almas y de la vocación ecuménica de los pueblos a la unidad de la fe, proclamados por el mismo Jesús al ordenar a sus discípulos la predicación del Evangelio a todas las naciones; confirmados por San Pablo en sus célebres palabras de la epístola a los Gálatas: "ya no hay judío ni griego, ni siervo ni libre, ni hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo"; y basados en la enseñanza constante de la Iglesia, podemos mirar como privilegio de estas tierras, en las que andando el tiempo surgieron nuestras patrias, el haber sido incorporadas a la cultura occidental por la acción colonizadora del imperio que en aquel período de la historia tomó a pechos, como otro ninguno y por encima de secundarios intereses, el servicio de Cristo y de su Iglesia.

De ese privilegio la América española ha derivado el compromiso sagrado de ser fiel a la enseñanza a la cual debe su sér espiritual y las virtudes que responden, como valores germinales, de la inalterada autenticidad de su fisonomía social, de sus más altos hechos y sus más puras glorias. Si algo asegura la futura grandeza de nuestros pueblos es esta unidad religiosa que nos liga, como ninguno otro vínculo, en una entrañable patria continental y borra al beso de su luz las pobres cosas que nos separan y los hitos convencionales de las fronteras, que se rinden como guardias inútiles cuando nos convoca una voz del timbre majestuoso de la que ahora estamos escuchando: *Que todos sean, ¡oh Padre!, una misma cosa; y que como Tú estás en Mí, y Yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en Nosotros.*

Más aún que en aquellos días de nuestra incorporación a la cultura occidental, sombríos impulsos de exterminio, como el del león rugiente de que nos habla San Pedro, amenazan el orden cristiano y la paz que sólo en ese orden puede sustentarse. Vivimos una éra fúnebre de la historia, en la que las horas hacen su tránsito hacia el crepúsculo del tiempo como una teoría de sombras enlutadas, espantados los ojos ante el espectáculo insufrible a que ha llegado el hombre en rebeldía contra la ley de Dios y contra el anhelo, derivado de ella, de la armonía universal. Los que eran sólo ríos de discordia se han convertido, ensanchándose, en piélagos de odio. La humana ferocidad ha traspasado los linderos que enmarcaban la capacidad de violencia y de injusticia de la especie. Grandes pueblos padecen humillación y desangre, oprobio y confusión, esclavitud política y denegación absoluta de su autonomía espiritual. Más que nuestros oídos, nuestras almas escuchan un rumor pavoroso que sacude todos los suelos del planeta y hace pensar en el final galope de los caballos siniestros.

Frente a esta oscura perspectiva la América se yergue como una joven y cristiana esperanza. Presidida su aparición histórica por la estrella que mostró a los gentiles la cuna del Señor y leal depositaria del credo que recibió de los conquistadores, sabe que el único camino de las almas es

también el único camino de las naciones, que son suma de almas y no arbitrarios mecanismos de conceptos políticos y de intereses económicos. Por eso ahora fervorosos peregrinos de varias de sus repúblicas se congregan aquí, no para integrar una más de aquellas equívocas asambleas internacionales que son apenas reflejos diplomáticos, inútiles desde luego, o poco menos, de las discordias en que se debate el mundo contemporáneo, y en las que únicamente el miedo universal sofrena la catástrofe que viene flotando en el ambiente, sino para confortarse en la certidumbre de que, mucho más allá de abolidas distancias y vanas diferencias, en la comunidad de la fe forman un solo pueblo, y de que ese pueblo es un pueblo de Dios.

Pidámosle a El, usando el ruego davídico, que como en el pasado, su verdad nos ampare en el porvenir con la armadura de su escudo. Y que como nueva gracia a nuestra América, le otorgue la de contribuir a la defensa del mundo protegiendo con su decisión y con su ejemplo la dignidad de la persona humana, de los pueblos y de las naciones, proclamada hace ya veinte siglos, en el angélico mensaje de Navidad, “con autoridad y vigor que —según inmortales palabras de Pío XII— trascienden infinitamente a los que podrían alcanzar todas las posibles declaraciones de derechos del hombre”.

II

1. LA ERA DE MARIA
2. LA MONTAÑERITA CIMARRONA O NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS
3. NUESTRA SEÑORA DE LOS ANDES

LA ERA DE MARIA

Nada, en los pueblos cristianos, acrecienta sus energías, alumbra sus sueños y ennoblece sus trabajos; nada asegura con mayor certidumbre sus destinos, aclara sus derroteros históricos y enriquece sus reservas morales; nada, en fin, depura el social desenvolvimiento de sus generaciones y corona de más limpia y alta gloria sus conquistas en los varios órdenes de las humanas actividades, las que se refieren al progreso espiritual, al adelantamiento de la inteligencia y al mejor estar general de sus gentes, como el constante aquilatamiento de su fe religiosa y la fidelidad a los deberes que de ella se derivan. Obrando sobre la pauta de esta consigna el hombre y los pueblos se mantienen en la ley de Dios, fuera de cuyos cauces todo es, para uno y otros, más allá, o con más precisión, más al fondo de inconsistentes apariencias, anarquía esencial, desamparo interior y ese tenebroso vacío, doblado de extravío mortal, que acarrea la falta de un claro y firme concepto del fin último de la existencia humana y del unánime progreso de la vida en los seres y las cosas.

La muerte como término inexorable; el tiempo sin horizontes de eternidad y el cosmos sin otro plan que el de su renovación sucesiva, frente al caos en que tiene que resolverse necesariamente la materia abandonada a sí misma, no podrían responder jamás a esta ansiedad inenarrable que quema el fondo de las almas, a esta sed de infinito, a este ardor de inmortalidad que, si no las tuviéramos en la Revelación, en sus manifestaciones innúmeras y en el universo,

serían ya pruebas indudables de Dios, razones cuyo vuelo sobrepasa inmensurablemente el tardo curso de nuestra inteligencia y mensajes con que la luz inabarcable de la Divinidad, traspasando las zonas del sentido y de la razón, avanza a aquellas profundidades del espíritu en las que sólo cabe el diálogo secreto de la criatura y su Creador. Nada, pues, que cifre más insondable desolación que la mente desasistida de esta metafísica claridad, ni más huérfano y torvo corazón que aquél que desgrana sus horas, bajo una atmósfera desesperada, sin el consuelo que alivia el tránsito de los que hacen, sumisos, el itinerario de la verdad eterna.

Si en el orden individual la lejanía de Dios convierte la existencia en un desierto y la peregrinación a través de él en un combate estéril, en el orden colectivo perturba el concierto de las naciones, y engendrando soberbias imperiales, priva del bien con el mal, arruina las fuentes de progreso, trueca el destino de los dones recibidos de la divina Providencia y despeña periódicamente el río de la historia en los precipicios de la guerra.

Acaso nunca como en la centuria actual ha tenido el mundo tan evidente testimonio de que el progreso —entendido éste en la plenitud material, moral y espiritual de la expresión— no logra desarrollo sino en la paz —entendida también ésta no en la sugestión antitética del vocablo, vale decir, negación de la guerra, mas en su alto y total sentido de armonía, o para mayor exactitud, de caridad cristiana. En pos de contiendas en las que el hombre bajó por la escala del dolor hasta el inaudito experimento de desgracias inéditas, venimos avanzando, con los pueblos que libraron aquellas descomunales luchas, todos los otros de la tierra, a través de una etapa igualmente desconocida antes: ésta en que, para peor martirio, nuestra especie ha inventado la tremenda paradoja contemporánea de la llamada “guerra fría”, que es guerra constante dentro de una paz aparente; desasosiego sin tregua; asechanza continua; ojo desvelado en la sombra; mano crispada y lista sobre el arma; fuerza acumulada sin cesar para la precisión aniquiladora del ataque más que para el vuelo saludable de la cultura; investigación minuciosa de la naturaleza y captación

científica de algunas de sus hondas reservas de energía, no para que ella siga cumpliendo la misión de refugio y sostén del hombre que le fué asignada en los planes de la sabiduría eterna, sino para que, enardecida, desequilibrando los cimientos y rompiendo las columnas de la esfera, se arroje con la carga de sus criaturas indefensas, en un suicidio cósmico, a los abismos insondables del caos.

La simple observación de la época que está viviendo el mundo bastaría para darnos, con lancinante certidumbre, la visión de su gravedad histórica, abrumadora como ninguna, no porque así la veamos en razón de un fenómeno de engañosa perspectiva, sino porque a imprimirle ese temeroso carácter concurren, de una parte los recursos actuales de la técnica, convertida en arma diabólica, y de otra la estatura alcanzada por la humana soberbia, instrumento de Satán, ahora como siempre, por no decir que como nunca, en su lucha perpetua contra Dios. Mas hé aquí que como si no bastara el testimonio de nuestra inteligencia, el Cielo ha acudido visiblemente, con impresionante reiteración, en los últimos tiempos, a prevenir al mundo contra el creciente embate actual de las fuerzas del averno, y ha confiado esta misión a la Madre de Cristo y de los hombres. No constituye, evidentemente, osadía contemporánea el otorgar a nuestra edad el signo singular y consolador de éra de María. Como fueron los profetas en la del Antiguo Testamento los emisarios de la Redención entonces elegidos por Jehová, y el propio Cristo dio testimonio del Padre, de Sí mismo y del Paráclito en los días de su pasión y muerte y más tarde en frecuentes apariciones a sus santos, después y en la primera mitad de este siglo ha sido la Virgen Santísima quien una vez y otra y varias ya, haciéndose visible a ojos inocentes, ha descendido de su trono a la morada de los hombres y ha entregado a éstos el mensaje de Dios. Mensaje de amor y renacimiento espiritual. De conversión y consiguiente purificación de las almas. De restauración del orden cristiano en la vida personal y en la vida de las naciones. Mensaje de fe, que es luz eterna; de esperanza, que es consuelo infinito; de caridad, que es fuego de amor y vínculo perfecto con Quien nos hizo suyos y como suyos quiere tenernos en el

tiempo y en la eternidad. Pero mensaje tremendo a la vez por el compromiso que él allega y exige. Ninguna de las veces en las cuales María ha hablado directamente a los hombres ha dejado de pedir, para apoyo de su intercesión ante la justicia suprema, oración y penitencia. El reclamo hízose más apremiante, más categórico, más nítidamente condicional para la salvación del mundo en las apariciones de la Cova de Iria. Oración, que implica unión con Dios, incorporación a su austera, gozosa intimidad, invocación humilde y coloquio suplicante; penitencia, que demanda ejercicio de perfección, milicia interior, abnegación y sacrificio.

Si los autores místicos no han vacilado en afirmar, con tanta verdad como belleza, que la redención del género humano se prolonga indefinidamente en la perduración de los méritos de Cristo, en el fluír incesante de la gracia y por modo especial en el holocausto del sacramento del altar, cosa análoga podríamos decir de la participación corredentora de María, que si culminó en su soledad en la tarde del Calvario, sigue proyectándose sobre los hombres más allá de su ascensión a los cielos, y no habrá de quedar cumplida sino cuando, agotado el tiempo, resuene, inapelable, en boca de su Hijo, la sentencia final.

Desde el instante mismo, predeterminado en la eternidad, en la cual la voluntad divina incorporó a María como parte activa en la empresa sacrosanta de la Redención y le fué otorgada la distribución universal de las gracias, la asistencia que Ella dispensa a los cristianos tiene, como es obvio, medida y extensión idénticas, si cabe expresión tan limitada y elemental en materia cuya altura no podrá alcanzar jamás el corto lenguaje de que nos es dado disponer. Esa asistencia se realiza, y así habrá de ser hasta la consumación de las edades, en la zona impenetrable del misterio, patria de una luz arcana cuya claridad sólo podremos descifrar cuando a ella nos transporte el vuelo instantáneo de la muerte. Pero acomodándose al parvo círculo de nuestra inteligencia y reduciéndose a la cabida de nuestros corazones, los designios de Dios se ajustan a la perspectiva en que se mueven los horizontes temporales en cuyos breves términos nos hallamos

constreñidos y se adaptan a las interpretaciones a que, en solícito afán de exprimir su fuerza normativa, los somete nuestra conciencia.

Por donde llegamos a la conclusión de que no resulta temeraria la anterior afirmación de que la época actual ostenta signos y episodios que permiten calificarla, con luciente evidencia, como la era de María. A partir del siglo pasado, especialmente, vienen repitiéndose las apariciones de la Virgen, hechas casi todas, por lo menos las de trascendencia pública, a niños inocentes, elevados por Ella a la dignidad excelsa de mensajeros de su voz. En 1830, 35, 46 y 58 en Francia, como en Portugal en 1917. Llorosa en La Salette, como en nuestros días en la imagen de Siracusa. Implorante en aquellas apariciones, como en la de la Cova de Iria, y portadora en ésta de estremecedoras amenazas si el mundo insiste en su alejamiento de los caminos del Señor. Pésale ya demasiado, hasta casi no poder sostenerlo, el brazo de su Hijo. Suyas son estas palabras, que en esa epifanía refrendó con aquellas otras que son de orden y de súplica a la vez —de súplica de quien recibió de la Trinidad imperio universal sobre las almas y las cosas!—: “Decidlo a todo mi pueblo”. El brazo de su Hijo es la justicia de la Divinidad. El mismo brazo que un día fué, en la persona de Cristo, clavado en cruz; que allí ha permanecido y sigue aún, sostenido más que por los hórridos instrumentos del martirio por la misericordia de su Madre para con los pecadores, es también el brazo que la propia justicia que para nuestra salvación lo fijó en el madero puede un día, si los siervos del pecado nos obstinamos en desaprovechar el fruto del sacrificio, desprender del leño redentor y dejarlo caer sobre nuestra rebelde indiferencia. En las apariciones de las vertientes pirenaicas y de la cova lusitana, la Virgen reiteró la maternal demanda de penitencia y oración. Y en Siracusa ha tornado a llorar ante las multitudes como ante la pareja de niños de los Alpes. Las lágrimas de María vienen así a sumarse de nuevo, como en Getsemaní y en el Calvario, a la sangre de Cristo. “Lo que pueden ser esas dos efusiones —comenta León Bloy— ningún sér creado puede decirlo. Resuenan eternamente una y otra sobre los accidentes del

tiempo y del espacio y corresponden juntas a un orden de realidades substanciales absolutamente superiores al pensamiento del hombre”.

El llanto de María parece indicarnos que talvez estemos llegando a una etapa crítica de los tiempos. Hay, sin duda, un misterio terrible en esta insistencia de Ella en llamar a sus hijos a la instauración del Reino de Cristo en la tierra, esto es, a una rectificación profunda, viva y activa, ardiente y honda de los caminos por los cuales la humanidad ha venido derivando, como por pendiente vertiginosa, a este desconcierto contemporáneo, asediado por las más angustiosas contradicciones, circuido de sombras impenetrables, hirviente de encontradas tormentas, torturado por inquietudes que le cierran todos los horizontes y desgarrado por discordias que se dijeran encendidas y renovadas cada día en los fuegos del infierno, y en el que, infiel a la sangre expiatoria que puso el Cordero a fluír sobre los siglos de la herida de su costado irrestañable, ha desatado el hombre este turbión de sangre oscura, sangre de guerra y de odio y de homicidio, que iniciado por la mano aleve de Caín no ha cesado de acrecerse en el dircurso de las edades y en cuyo negro oleaje quizá empiecen a aflorar las señales apocalípticas.

Una vez más, y como siempre, la serpiente del Paraíso, múltiple en formas como su espíritu demoníaco, disputa las criaturas a Dios. Mas ahora la tentación ha renunciado al insinuante halago en que envolvió a la primera mujer, y conservando, sin embargo, la promesa de entonces —“seréis como dioses”—, tórname despótica y violenta, niega la existencia de la Divinidad, desconoce a Cristo, proclama el imperio absoluto de la materia, y dentro de este empeño, exige la sumisión integral del hombre mediante el despojo implacable de sus más altos atributos. Talvez nunca en el proceso histórico y social de la especie habíase cernido sobre ella amenaza de tan fieros propósitos.

Imaginemos por eso, ya que no podemos penetrar en la mente de Dios ni descifrar sus planes insondables, que a la ingente magnitud de ese peligro y al ímpetu de su avance

sobre los pueblos todos de la tierra débense estas insistentes llamadas de la Virgen Madre y su encendido anhelo de convocar a los hombres al redil alumbrado y calentado por la llama que arde en el corazón misericordioso de Quien dio la vida por cada una de sus ovejas. Como fenómeno religioso no hay, sin duda, en las últimas épocas del mundo, ninguno más conmovedor y a la par más inquietante que el de esta solicitud, no ya sólo invisible y silenciosa sino clamorosa y directa, de la Reina universal por la salvación del humano linaje. Y nuestra ansiedad se pregunta si tras de sus ruegos y admoniciones no se erguirá, acaso, una nueva espada de fuego, resplandeciente de ira sacra como la que, sellando el destierro, armó en la puerta del Edén el brazo del Arcángel.

Obedezca en las determinaciones impenetrables a uno u otro fin la amorosa insistencia de Nuestra Señora, cumple a los cristianos, individual y colectivamente, encender ante Ella sus corazones, entregarle en generoso movimiento sus voluntades, depurar su vida interior y cooperar con energía a la difusión de la doctrina de Cristo y a la irradiación intelectual y moral, esforzada y categórica que de su Evangelio se desprende. Sólo cuando éste sea pauta cierta y norma eficaz de la conducta singular de las almas y del plural desenvolvimiento de los pueblos habrán llegado éstos y aquéllas al Reino prometido y a la paz cuyo anuncio sacudió con un estremecimiento misterioso, que perdura en los siglos, la atmósfera de la noche palestina.

En la vehemente ansiedad de que los fieles todos de la Iglesia respondan filialmente al llamamiento de la que siendo Madre de Dios es, y por ello mismo, Madre nuestra, el puro y luminoso varón que ocupa hoy la Cátedra Romana ha querido estimular a la comunidad católica a un intenso movimiento de amor hacia la Reina del Cielo y depositaria de los tesoros de gracia dispensados por Cristo para herencia infinita de las almas. A ese fin de alabanza e imploración, de exaltación hiperdúlica y de economía espiritual encaminó Pío XII el año mariano celebrado últimamente por la Iglesia. Año feliz, por cierto, en el orden religioso, ya que no hubo ninguno de sus días en que en alguna de las regiones del universo no se movieran copiosas multitudes al impulso de

la santa consigna, a mayor gloria de la amadísima Soberana y en defensa del mundo amenazado de ruina por la apostasía assoladora y la desesperación social.

Nuestra patria, mecida en su cuna por el canto maternal de la Iglesia, pegada desde su infancia histórica a la fuente de la doctrina cristiana, defendida, sin eclipse, por la luz del Evangelio y confortada al fuego de la Revelación y de la Teología, incorporó a ese dulcísimo concierto el concurso de su corazón y la voz, siempre lista y siempre fervorosa, de su plegaria.

Venturosamente favorecida, desde el providencial instante en el cual la España clavó en sus costas bárbaras la insignia de la Cruz, por una serie de incomparables tradiciones marianas, sabe que para elevarse a Dios dispone del más amable y más seguro camino: el de la mediación de la criatura excelsa que en el consejo de la Trinidad fué predestinada para vaso purísimo del misterio de la encarnación del Verbo. El mismo Salvador, al venir a nosotros por medio de María, nos enseñó que sólo por Ella podríamos ir a El. Tal el sentido arcano que la presencia de María tiene en el plan de Dios. Muchas veces la certidumbre de nuestra pequeñez, sumada al peso abrumador de innúmeros infortunios y culpables desgracias, nos lleva, como a nuestros padres vencidos por el primer pecado, a huír el rostro de la Divinidad, cuyo tremendo resplandor deslumbra nuestros ojos y cuya inaccesible excelsitud, desde la altura de su majestad beatífica, agobia la endeble caña de nuestro corazón. Horas oscuras éstas en que hasta la misma misericordiosa presencia de Jesús, el manso amigo de los pecadores y redentor de sus miserias, abruma nuestra conciencia delincuente con la luz que, traspasando su naturaleza de hombre, irradia de la naturaleza divina de su Sér. Honda angustia interior contrapone el abismo de la suma alteza de Dios al de nuestra suma bajeza, el inafrentable resplandor de la luz increada al engendro delictuoso de nuestra sombra, la criatura rebelde y transitoria al Creador omnipotente y eterno.

Este es, en el combate del alma con sus enemigos, el amoroso instante de María, el momento preciso de su mater-

nal solicitud, la hora en que Ella acude a socorrernos con su mediación y fortaleciendo nuestra debilidad y vertiendo el aceite de su piedad sobre el oleaje desesperanzado de nuestra agonía, aquieta la confusión de nuestro piélago espiritual, y restaurando el vaso hendido de nuestras almas, las dispone a la recepción y aprovechamiento de la gracia que mana irrestañablemente del holocausto perpetuo de su Hijo. Es así como Ella, que fué corredentora en la pasión y muerte, sigue siéndolo a través de las vicisitudes que empezaron para la peregrinación humana en la aurora del Génesis.

Dios quiere que por Cristo vayamos al Padre y que por María, en quien el Verbo tomo nuestra naturaleza, vayamos a El Eligiéndola por Madre hizo que fuera también Madre nuestra, otorgándole así, con el de la maternidad espiritual del género humano, el privilegio de la mediación universal. Privilegio que, surgido del otro, viene reconociéndole la Iglesia con íntima convicción, con fe unánime y con ansiedad cada día más efusiva y clamorosa de que sea agregado por la definición infalible de la Silla Apostólica como nueva estrella dogmática, a los que esplenden ya con tal título, radiantes de luz eterna, en su corona de Señora y Soberana de la creación. Así como en armonía con la sentencia de Cristo, la Virgen ha elegido para sus apariciones a niños o almas revestidas de infancia espiritual, en el limpio corazón del pueblo cristiano, tocado de una arcana sabiduría, ha apuntado con frecuencia, acendrando la tradición y precediendo a veces de este modo a la de la especulación teológica, la luz que alumbró inicialmente el derrotero de las verdades religiosas.

Sin embargo, podemos avanzar todavía y decir que no ha sido el sentimiento filial que anida en lo más hondo y puro de los hombres; ni la sola y magistral voluntad de la Iglesia; ni aún siquiera esa misma anhelante efusión de la catolicidad lo que ha otorgado a María el culto con que nuestra religión la implora y glorifica. Acercándonos a esta verdad veremos que es mayor y más ancha y profunda. Ese culto viene de la decisión del Padre que la crea inmaculada, del Hijo que en Ella toma naturaleza humana, del Espíritu

anto que la cubre con su sombra. La historia de las almas está llena de entrañables certidumbres de que por Ella derivan hacia la humanidad las gracias todas con que el Cielo la asiste desde la cuna hasta el sepulcro y que en Ella resplandece la virtud inefable de la maternidad espiritual de nuestro linaje.

Pocas veces el mundo ha padecido como en los días de este presente borrascoso. Infortunios de toda índole afligen a las naciones: desde la angustiosa amenaza de flagelos apocalípticos hasta el caos moral que la aprieta en un círculo de tenebrosa locura. Muchedumbres sumidas en hambre y desnudez; pueblos esclavizados; conciencias oprimidas; sumisión política, social y espiritual impuesta con torturas inenarrables; persecución a Dios y a los hombres que lo confiesan; zozobra universal y pavor ante el futuro. Y en medio de esta confusión y esta loca agonía, que él mismo ha provocado con su concupiscencia, el hombre indiferente al llamamiento de Dios.

Así se encuentra el mundo. Pero en la cátedra de Pedro un hombre que despiende en torno suyo el fulgor de la santidad mira al cielo y solicita a la tierra compañía para su plegaria. Su voz ha volado a todos los confines para urgirnos a que, por intermedio de la Virgen Santísima, demandemos con él paz y consuelo para la humanidad abatida en tempestuosa pesadumbre. No podemos ser sordos al reclamo del Pontífice. Purifiquemos nuestras almas, restauremos en ellas el olvidado fervor, y de la mano de la que es salud de los enfermos acudamos a la fuente de gracia imperecedera que el Señor nos dejó en la Eucaristía, para fortalecernos en ella y rogar en nombre de los méritos infalibles de Cristo la salvación del mundo y el establecimiento del orden evangélico en todas las naciones. La oración no es, según algunos creen, virtud de libre práctica: es deber impuesto por el Padre a sus hijos. Sólo el hombre que ora puede estar seguro de la misericordia final. Y sólo el hombre que ora coopera eficazmente al bien de sus hermanos y a la prosperidad de los pueblos.

¿Mas cómo hemos de orar los pecadores? Haciendo que por nosotros y con nosotros ore Cristo mediante la unión

con El, cuya perfección se logra en la comunión sacramental.

¡ Hé aquí la vía de gracia y salvación señalada por el Maestro. Y a esa unión nada podrá llevarnos por modo más perfecto que la asistencia de María, en cuyo seno, antes que en el de ninguno otro de los mortales, se alojó cuando vino a tomar en ella nuestra carne. Ella nos incorporará y sostendrá en esa unión divina y por Ella seremos gozosamente recibidos en el convivio sacramental. Ella obtendrá para nosotros las gracias que nosotros, por nuestra miseria, no podríamos alcanzar. Ella hará de su materno corazón puente precioso para salvar la distancia que separa nuestro sér de pecado de la santidad infinita de su Hijo, nuestra ignorancia de su sabiduría, su luz beatífica de nuestra doliente oscuridad, nuestra abismal bajeza de su misteriosa altura. Busquémoslo en su regazo, que lo recogió al nacer y al morir y en el que ha depositado, para regalo de las almas que a Ella acuden, el tesoro de gracias, inagotable por infinito, que en él dejó al desprenderse de la cruz, tras la doble agonía, de Ella y de El, que coronó nuestro rescate.

Auxilio de los cristianos, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, ruega por nosotros, y ruega por nuestra patria y por todas las patrias de la tierra, ¡oh Tú, criatura singular que fuiste instituída por el Padre, consagrada por el Hijo e iluminada por el Espíritu Santo como trono de la sabiduría, espejo de justicia y reina insustituible de la paz!

“LA MONTAÑERITA CIMARRONA” O NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS

La de la Virgen de los Remedios es una de las más hermosas tradiciones marianas de la América. Iníciase en los primeros años del siglo XVII, cuando la imagen fué descubierta en montañas vecinas a la ciudad de Cali, esculpida y adherida a la roca. Recibió inicialmente varios nombres: Nuestra Señora de las Nieves, Nuestra Señora de Las Mercedes y, más tarde, el actual de Nuestra Señora de los Remedios, que parece ser el único que figura en documentos históricos. Dícese también —sin que conste en éstos— que los indígenas de la región del hallazgo le daban el de Montañerita Cimarrona.

La página siguiente corresponde a las festividades del Congreso Mariano celebrado en Cali en 1942, en las cuales se le ofreció populoso culto central y se la coronó canónicamente.

Es admirable la manera cómo, en todos los órdenes de la vida y aún en las más puras y levantadas manifestaciones del espíritu, los dones con que Dios ha enriquecido y glorificado nuestra comarca se cumplen por los caminos de su propia belleza terrenal, en una utilización casi directa de los elementos de su naturaleza física y del esplendor maravilloso de su paisaje.

Decir podríase por eso, si no hubiese desmedimiento y osadía en tal decir, que aquí la mano creadora cautiva quedó de la hermosura creada y ha continuado obrando sus

prodigios sin más recursos que los depositados por ella, infundiéndoles gracia de fuente inagotable, en el tesoro original.

Pueblos hay muchos cuyas razones de valía y motivos de perduración se muestran en visible divorcio con los caracteres y circunstancias del medio natural que, en la distribución inescrutable, les fué dado para campo de sus faenas y nido de sus sueños. La contemplación y estudio de algunos de esos pueblos ponen pasmo en la inteligencia y aún, a veces, angustia en el corazón si se atiende a las dificultades geográficas, a la escasez y al escollo tenaz bajo cuyo asedio conjunto desenvolvieron y lograron la conquista de sus glorias. Son los pueblos que han ido adelantando su devenir entre menesteres dolorosos y largos sacrificios. Este, en cambio, que recibió para asiento del suyo el divino presente de esta comarca en la que la tierra, la atmósfera y la luz realizan una trinidad paradisiáca, nada ha necesitado en sus trabajos y sus días que no le haya sido entregado sin esfuerzo por su propio paisaje, cuyo encanto florece, infalible y ubicuo, en la entrada de sus episodios familiares, de su vida cotidiana y de sus horas mayores. Si ha sido, en verdad y por desgracia, el nuestro, muchas veces, pueblo inferior a su paisaje, ese mismo paisaje, que como hechura de Dios obra con la política de Dios, en la que la infidelidad se repara con el rescate espiritual y la redención eterna, nos ha rescatado para el tiempo y nos ha redimido para la belleza.

La influencia del medio físico alumbra el total desenvolvimiento de nuestra historia. Sería estudio interesante el que ensayara la interpretación de nuestra vida siguiendo esa influencia, que cumple en ella doble oficio de hilván de luz y fuente correlativa de energía.

Dejando al margen de esta hora las numerosas alusiones que en torno a tema tan extenso y fecundo pudieran ser traídas, limitémonos en la observación del fenómeno a dos hechos que, en órdenes distintos, le dan relieve singular y hermosura sin límites. Responden ambos, para mayor encanto, a nombres de mujer. Y para encanto más cristalino

todavía, al mismo nombre. Enuncian esos nombres leyendas inefables. Leyendas de esas que, por estar tocadas de claridades célicas, son suficientes a revestir de gracia universal la más humilde y repuesta región del universo. Una de ellas, criatura de sueño y poesía, nos da el numen castísimo del amor idílico de los hombres. La otra, ¡oh Montañerita Cimarrona!, nos da la cifra inmaculada del amor místico de las almas. Son dos símbolos, separados en la escala infinita del espíritu por distancias infinitas también, porque la Madre de Dios no sufre referencia que no sea la de Dios mismo, en su esplendente Trinidad, o en la mente arcana del Padre, o en la misteriosa filiación de Jesucristo, o en el amoroso desposorio del Espíritu Santo. Mas en la realidad inmediata y temporal de la presente referencia, en la relación de nuestro paisaje familiar a las dos leyendas aludidas, cabe, sin sombra ni peligro de irreverencia, la mención simultánea, por lo que en una y otra encontramos reflejado de la natural fisonomía de nuestra comarca.

La tradición mariana de la Virgen de los Remedios es floración tan propia de nuestra tierra; fruto tan natural de su savia y color; culminación tan directa de su luz; condensación tan exacta de la claridad que resplandece en su cielo y de la emoción que alienta en su modo de ser espiritual, que se dijera columpiada en ese punto intermedio en donde el fuego que desciende de Dios inflama y transfigura en el éxtasis los sueños y plegarias que suben a El desde el plano anhelante de los hombres.

La bella imagen que ahora veneramos bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios y que antes, según parece, además de la candorosa designación indígena, recibió nombre o nombres distintos, no sólo fué esculpida en roca viva de las montañas del Micó, sino que era parte de esa misma montaña, de la cual, cuando fué descubierta, tuvo que ser, para su traslado a la aldea contemporánea de la invención, desprendida mediante cortes de cincel.

La montaña, pues, había florecido en la escultura. Empinándose en sus plintos geológicos, sobreponiéndose a sí misma bajo la atracción interminable de los cielos, elevándose

en la escala del aire y dejándose traspasar el costado, en el día por la firme espada del sol y en la noche por la temblorosa saeta de los luceros, fué haciéndose la roca llama mística, torre emisaria de la tierra a los cielos, aguja aparadora de la ira de Dios, bandera inmóvil y última del hombre en la batalla que por la gracia de una feliz eternidad libra sin tregua en el estadio doloroso del tiempo.

¿Cómo fué, por ventura? Vana interrogación. Nunca nada ni nadie revelará a la humana curiosidad el origen de este dulce episodio. El arcano es el clima de Dios y el operario de sus obras. Todo confluye, en el lugar y época de la portentosa aparición, a colocar el hallazgo de la imagen entre un ruedo de sombras pretéritas, sobre las cuales la fe popular ha mantenido, iluminándolas, la luz metafísica del milagro.

Vanas serán también, por eso mismo, no sólo la negación oscura y ciega, sino aún la fatiga de la investigación. La leyenda desafía siempre al hombre en su firmeza indómita. Precisamente porque está más allá de la inteligencia, en zonas de verdad históricamente impenetrables. Dentro del círculo de sus vagos confines la crítica sólo alcanza el centelleo mínimo —y fugaz— de la luciérnaga en la noche. La historia se mueve entre las pautas de la razón: la leyenda en los aires del sueño. La leyenda es la historia fuera de su contorno, escapada, en vuelo libre, rumbo a las brumas cautivadoras del misterio. De donde se deduce el abismo que las separa y la jerarquía que las diferencia. Y de donde se concluye también, como ya en otra ocasión ha quedado establecido, que la leyenda suele ser la única luz con que logramos penetrar en el alma de los pueblos extintos y la única claridad que, cuando el tiempo borra las huellas de la historia, nos da la clave para la interpretación de su pensamiento y su sensibilidad, para la exégesis de su espíritu y para la ponderación de los valores con que acudieron al concierto de la cultura universal.

Venturosas las familias humanas en las que ha florecido una tradición de esta índole y aroma. Venturosas porque ellas han sido enriquecidas por la divina Providencia para el tránsito terrenal con un signo de amor que, repitiéndose

en las centurias, brinda a través de éstas a sus generaciones el sello de una entrañable unidad. Y más venturosas todavía si la tradición de que disponen no se halla detenida por términos naturales, así sea, para su gloria, un alto poema de santidad, de heroísmo o de linaje, sino un acontecimiento amoroso en el que, como en éste, alternan la ansiedad de los hombres con la piedad de Dios, los elementos de la tierra con la lumbre del cielo, el alba histórica de un pueblo con el destellar de un relámpago divino.

Insigne privilegio, en verdad, el que nos fué otorgado. Bien está, por lo tanto, que confesemos con íntima emoción el alto valor del beneficio recibido. Y conviene también que, al acallarse la solemnidad majestuosa de estos días, convoquemos un instante a silencio nuestras almas, y recorriendo las tres centurias y media que cuenta la leyenda, hagamos resonar en nuestras conciencias estas preguntas temerosas: ¿Ha respondido la ciudad con la fidelidad ardorosa de justicia al dón que, al punto de fundada, buscó asilo en su seno y ornó con claridad inextinguible su nacimiento colonial? ¿Es el de ahora tributo enlazado a una cadena secular de ininterrumpidos homenajes, o tiene, en cambio, el aspecto tardío y casi avergonzado de una reparación? ¿Ha sido fiel a su leyenda incomparable, o la ha dejado languidecer en la ignorancia y el olvido?

Sustituyamos la respuesta por una promesa forjada al duro fuego de conmovida pesadumbre filial. Hé aquí lo que impulsada por ella, te dice ahora, ¡oh Madre!, la ciudad elegida para uno de tus más bellos y devotos y atrayentes santuarios: a la infancia geórgica, embriagada por los aromas de la montaña tutelar de donde bajaste a mi regazo, sucedió una frenética juventud entregada a lides nobles, primero, por la libertad de mis hijos y de la patria, y a contiendas fratricidas después, que retardaron los destinos de la república y llevaron viudez y pesadumbre a los hogares, odio a los corazones, incendio y abandono a los campos. Fuí recia y brava en el combate, fiel a los impulsos de mis razas, de mi origen y de mi ambiente, mas también, por los mismos influjos, generosa y magnánima. Cauces de púrpura hicieron mis calles y lechos de muerte sus calzadas. Hubo dolor

bajo mis techos, desolación en mis templos y capillas, ruina y fragor en mis contornos. El varón padecía, gemía la mujer, clamaba el niño, fallecía el anciano, lloraba la doncella. Fiera diosa de una oscura mitología, yo me movía entonces, ciega y sorda a la angustia de mis hijos, armada de mi propia tempestad. Golpeó después mis puertas e invadió mi recinto una nueva y apremiante inquietud. Caí en todas las ansiedades de la ambición. Poseyéronme la tentación de la riqueza, la fiebre del progreso mecánico, el afán del comercio y de la industria, el ardor excluyente de las faenas temporales. Fui esclava del trabajo y sierva, a la par, de la locura. Mudé entonces mi faz y emprendí el ensanche de mis fronteras. Mudé también mi corazón y renové mis sueños. Como lo ves, ha sido aventajada la tarea de mis jóvenes años y ardiente mi sed de plenitud. Y en medio de estos trajines, muchas veces, ¡oh pesadumbre sin medida!, me olvidaba de ti. El afán en cuyo suelto oleaje he venido cabalgando apenas si rozaba los muros de tu albergue. Escasas almas elegidas, espuma y flor de mis copiosas muchedumbres, consolaban tu soledad. Pero mi corazón, lejos de ti, fluctuaba en desaladas agonías y se debatía en pos de arrebatados horizontes. Eran, ésas de mi desvío, las horas de turbación y de tinieblas que desequilibran el destino del hombre y la trayectoria de los pueblos.

No ha sido, empero, arraigado mi olvido ni perdurable mi alejamiento. Mira, ¡oh Madre!, que he vuelto a ti y te he reincorporado al centro de mi vida. En él estás, como antaño y para siempre. Ya no, como otras veces, abatida por el soplo del pánico ni herida por la calamidad, sino con el pecho ardido por la llama dulcísima de tu amor, he ido de nuevo hasta tus plantas, te he arrancado a la paz y silencio de tu retiro, y haciendo nave de mis brazos y suave brisa del quemado suspirar de mi entraña, te he paseado, capitana de mis empresas, por mis plazas y calles y avenidas, hechas entonces para ti desbordados e hiervientes ríos de flores, de luces y de almas. Ha besado tu frente la aclamación de mis anchas multitudes y mi voz ha llevado tu alabanza, volando más allá de las lindes nacionales, al continente que tú entregaste un día al nauta visionario que perforaba

el mar océano con la quilla santificada por tu nombre. Y para testimonio de que es tuyo mi recinto, te he levantado sobre los farallones de mi escudo, en las colinas que guardan mis contornos y en los abiertos brazos de la radial estrella de mis caminos.

Responda y corresponda al corazón de la ciudad el de cada uno de nosotros. Sólo existe en la tierra una vía segura para el hombre: la de Cristo, porque sólo por Jesucristo, Dios y Hombre, puede el hombre ir a Dios. Sólo existen, por lo tanto, una verdad y una vida perfectas: la vida y la verdad cristianas. Fuera de ellas todo es desorientación y mala sombra; todo es error y engaño; todo concupiscencia y muerte. Nos lo dijo la propia palabra del Maestro: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Y para llegar a El, ¿cuál camino distinto del que El mismo eligió para descender hasta nosotros? Por Ella el Hijo de Dios se incorporó entrañablemente a la familia de los hombres; dándole en Ella nuestra naturaleza, la Divinidad realizó el prodigio de alzar hasta Sí misma a la abatida humanidad. Viene así a ser María para nuestra raza fuente de consuelo tan generoso y de tan eminente dignidad que sólo en el seno de Dios vivo podían tener raíz y cumplimiento. Lucifer prometió en el Edén a la pareja bíblica hacerlos como dioses. La voz de la soberbia provocó la desobediencia, y la desventura cayó sobre su estirpe. Pero más tarde la misericordia infinita realizó por sus vías insondables un prodigio inmensamente mayor: el de hacer hombre a Dios, elevando por este medio a la criatura a su majestuosa y perdida vecindad. La falaz promesa del tentador sumió en desgracia al hombre. Pero un día, colmados los planes de la Divinidad, la criatura fué rescatada y ascendida, por un misterio príncipe entre todos los misterios, a la compañía del Creador. Fué la hora de la infalible ejecución del anuncio del Padre: Pondré enemistades entre ti y la mujer, y su descendencia quebrantará tu cabeza. Desde esa hora "todos nosotros, lo dice en texto altísimo San Máximo de Turín, hemos ya resucitado y estamos vivos en Cristo; porque en El, pues pertenece a la familia humana, hay una porción de nuestra carne y de nuestra sangre. Donde reina una parte de mi sustancia sé

que reino yo con ella; donde mi carne es gloriosa, allí me tengo yo por glorificado. El es Dios, lo confieso; pero por sus venas corre mi sangre. Por consiguiente, hermanos míos, no desesperemos de nuestra resurrección. No temamos que Dios nos odie. El privilegio de la sangre clama en nuestro favor y nuestra carne nos ama en Cristo”.

Misión arcana, a cuya contemplación fallece la inteligencia, pero se fortalece el corazón, ésta que fué asignada a María en los consejos del Eterno. ¿Quién, si no el mismo Dios, podría entonar dignamente su alabanza? ¿En qué pensamiento, o música, o palabra, caber podría su grandeza? ¿Cuál luz sería suficiente a remedar siquiera su caudaloso resplandor? Laude ninguno llegaría a ser ofrenda digna y tributo proporcionado a la majestad de esta mujer excepcional, que en cuanto sér humano es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, mas en cuanto Madre del Verbo se halla subida a distancia infinita de nuestra parvedad. Criatura, sí, pero criatura a la que el mismo Dios colmó de todas las perfecciones que la criatura podía recibir y de todas las gracias que la criatura podía contener.

Nunca, además, mi exiguo acento alcanzaría a dar cauce de fuga al hervor sin medida que está golpeando, con ansiedad profunda, los muros de mi pecho. Menos en este instante en que me aflige el hondo reclamo de expresión de almas innúmeras, de innúmeros supulcros silenciosos y aún de tantas cosas sin voz. Estrecha y sorda, mi palabra se rompería, como un vaso forzado más allá de su propia resistencia, si el anhelo del corazón osara abrir su llave a la contenida presión que está angustiándolo. No obstante, ¿qué importa el silencio? Desde que el hombre vino al sér, él fué y ha sido siempre tácito idioma de comunicación espiritual.

Frene, pues, por indigna, su loor, la baja lengua que lo ensaya. Apáguese la voz en cuyo cuenco oscuro no cabe ni una lumbré siquiera de aquella inmensa claridad.

Mas, sin embargo, ¡oh, Madre!, no es tiempo todavía de callar. Porque si es vana ante tu grandeza mi alabanza, jamás, y de ello tengo preciosa certidumbre, fué baldía mi súplica cuando, encendido en ella, hasta el tuyo ascendió mi

corazón. Tú sabes que a pesar de mi bajeza me eleva a ti la casta colina de una tumba, donde unos ojos se durmieron con tu imagen bajo los párpados vencidos, y se cerraron unos labios con tu nombre endulzándoles la muerte, y se rindieron unas manos que fueron, en sus días, fieles abejas de tu altar. Ascienda, pues, a ti, desde ese lecho de santidad dormida, el ruego que, renovando preces íntimas, te implora por la combatida cristiandad, por los pueblos ensangrentados, por las naciones abatidas, por esta patria mía, de mis padres y de mis hijos, por la incorporación al seno de la Iglesia de los pueblos gentiles, por los blasfemos, los impuros y los rebeldes, por la niñez amenazada, por la tentada juventud y la vejez sin lumbre religiosa, por la opulencia endurecida y la miseria abandonada, por la ciencia sin fe y el arte sin decoro, por el imperio universal de la caridad, que es paz, justicia y orden, por las generaciones extinguidas, por las de nuestros duros días y por las que han de venir con el futuro, y finalmente, ¡oh Madre!, por esta amadísima ciudad que ahora se ha echado entre tus brazos. Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendido de tu vientre, ¡oh clemente, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María!

NUESTRA SEÑORA DE LOS ANDES

*Con motivo de la erección del monumento
mariano colocado en una de las eminencias
de los Andes, al occidente de Cali.*

Bello lugar el elegido para la colocación del monumento que los Hermanos Maristas han consagrado a la Madre de Dios y de los hombres. Y bella también la advocación que, al hacerle esta ofrenda, les ha sido inspirada. Nuestra Señora de los Andes es esa advocación, que a la vez que como un dulce grito del corazón humano, suena como un eco de la montaña desde una de cuyas cumbres vigila la ciudad cercana y el paisaje que ante Ella renueva continuamente el juego de sus ensoñadoras perspectivas.

Constituye este monumento complemento feliz de los que en los días gloriosos e inolvidables del Congreso Mariano se consagraron a la Virgen en varios sitios de la ciudad, para que todos sus caminos quedaran iluminados por la vigilancia perpetua de la que, por ser Madre de los hombres, es también faro y áncora de los pueblos. La hermosa estatua de Nuestra Señora de los Andes, instalada en una de las alturas de nuestros montes tutelares, se ha constituido, por su situación y dimensiones, en el mayor y primero de esos monumentos, que, al responder a la efusión de nuestras almas, están diciendo al peregrino de esas vías cómo es de vivo y ardiente el culto que a María se rinde entre nosotros.

* * *

Los pueblos se salvan, no sólo para la eternidad, sino también en el tiempo, por el espíritu religioso. Todos los otros intereses, aún los más nobles y altos, caducan al soplo de los días; todos pasan con sus horas o con sus épocas; el sueño mata al sueño, en una renovación inexorable en que la vida se engendra sucesivamente en la substancia de la muerte. Sólo la tendencia sobrenatural, que responde a su origen divino, subsiste en el alma a través de todos los vaivenes y vicisitudes de la existencia. Pueden circunstancias históricas o personales oscurecer o desviar ese inextinguible anhelo del espíritu; puede enturbiarse la fuente que lo surte; eclipsarse transitoriamente su luz, como la de las estrellas en las nubes, o sumirse su vena, como la de algunas corrientes de agua en su peregrinación hacia el océano: nunca se extinguirá del todo: por encima o por debajo de las resistencias que se le opongan lo veremos flotar o deslizarse inconteniblemente. La humanidad es testigo de sí misma en este infalible episodio de su discurso histórico.

De ahí que sea siempre empresa generosa toda aquélla que busca mantener vigentes en el corazón de los hombres y en el pensamiento de los pueblos los vínculos que los ligan a su destino sobrenatural. Vínculos que obran fecundamente en la esfera individual y en la colectiva y propenden en la primera a la mayor perfección de la conducta y en la segunda a un más rico florecimiento de las virtudes fundamentales de la especie. Empresas que abren caminos conducentes a esa solidaridad, que no puede ser alcanzada sino por un concepto de vida que arranque de un principio espiritual, de una interpretación religiosa de la presencia del hombre en el mundo y en el tiempo. Fuera de esa interpretación y ese concepto todo será tiniebla y desolación, confusión y anarquía, marcha sin meta y padecimientos sin sentido.

En el orden católico el culto de María acude con un misterio dulcísimo a la integración de esos vínculos arcanos que enlazan a la criatura con el Creador. Por eso Ella, como lo dice la palabra sagrada en el texto de los "Proverbios" que la Iglesia le aplica, se halló presente en el plan divino antes que todas los seres y las cosas del orbe. "Diome Yavé el

sér en el principio de sus caminos, antes de sus obras antiguas. Desde la eternidad fuí yo ungida; desde los orígenes, antes que la tierra fuese. Antes que los abismos, fuí engendradora yo; antes que fuesen las fuentes de abudantes aguas; antes que los montes fuesen cimentados; antes que los collados, fuí yo concebida. Antes que hiciese la tierra, ni los campos, ni el polvo primero de la tierra. Cuando fundó los cielos, allí estaba yo; cuando puso una bóveda sobre la faz del abismo. Cuando daba consistencia al cielo en lo alto; cuando daba fuerza a las fuentes del abismo. Cuando fijó sus términos al mar para que las aguas no traspasasen sus linderos. Cuando echó los cimientos de la tierra, estaba yo con El como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante El en todo tiempo, recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres". (Proverbios, VIII, 22-31).

Según el espíritu de la Iglesia el culto de María tiene, pues, raíces arcanas, vecinas al misterio de Dios. Doctrina ésta que lo mismo que deja reducida a escoria y ceniza miserable la herejía mariana de la Reforma, acusa de limitación mística cierto género de devoción usual a la Virgen, afectada por un sentimentalismo de corto vuelo y una piedad que, aunque henchida de ardores filiales, discurre falta de la grandeza esencial que por obra y gracia de la Soberana Voluntad le corresponde. Sin avanzar al extremo contrario, heterodoxo también, hay para los fieles de la Iglesia, en lo que al culto de María se refiere, el extenso campo dogmático, en que Ella se yergue como la estrella polar de las inteligencias y de los corazones, eje cordial de las criaturas, refugio de la humana ansiedad y camino insustituible hacia Dios, que viniendo por Ella a nosotros nos enseñó que por Ella habíamos de ascender hasta El. El dogma mariano rebasa así el parvo alcance de nuestra mente y aún fatiga, en su grandeza, el vuelo de nuestro corazón. Jamás el hombre podrá medir el amoroso abismo que entre sus límites se encierra. Escalofría por ello el torpe atrevimiento que pretende cercenar la obra de Dios y pone también melancolía esa otra disminución piadosa que reduce a una especie de recinto familiar o doméstico el culto de la que fué colocada

por el designio inescrutable en el ápice de las más levantadas criaturas arcangélicas, a la vera de Hijo.

* * *

Alégrese los pueblos que han aprendido constantemente, en la sucesiva educación de sus hijos, a apreciar en toda su profundidad insondable y en todas sus copiosas proyecciones, la devoción a la Virgen, que coloca a las almas a la orilla del cauce universal de las gracias divinas. Este, por elección de la Providencia, es uno de esos pueblos afortunados. Beneficiario desde hace largo tiempo, en todas sus clases sociales, del magisterio de los Hermanos Maristas, que de María traen su nombre religioso, ha recibido de ellos una general y ferviente simpatía hacia esta piedad, que por responder a un sentimiento cardinal en el hombre tiene fuerza para mover los impulsos generosos que el hombre alberga en su corazón.

La devoción que antes había despertado en la legión de sus primeros alumnos, y que sigue despertando en los actuales, y habrá de despertar en los venideros, ha querido la venerable comunidad plasmarla en el hermoso monumento que a la Virgen ha erigido en nuestros Andes occidentales. Reviste ese monumento una majestad que concuerda, hasta donde en los órdenes respectivos esa concordancia es posible, con la excelsitud religiosa del motivo y con la magnitud natural de la eminencia que lo eleva, como una nube inmaculada, a la copa del firmamento. Dijérase que en la imagen que lo corona hubiera florecido gozosamente la montaña que lo sostiene. Ese monumento, allí situado, armoniza suntuosamente, en una perfecta relación de flor y tallo, con el paisaje en que descansa y con el otro que lo circunda, plegado en cumbres absortas, al norte y occidente, y abierto, al oriente y al sur, en el confín del valle.

En los albores de su descubrimiento fué providencialmente favorecida nuestra comarca por una de las más cautivadoras leyendas marianas de la América y del mundo. En la propia montaña que ahora ha venido a señorear la imagen de Nuestra Señora de los Andes, poco después de la

fundación de Santiago de Cali, apareció esculpida en la piedra original otra imagen de maravillosa hermosura, que los hombres de aquella edad lejana arrancaron a la roca granítica de que formaba parte y trasladaron a la ciudad, donde ésta misma, desde entonces, la venera bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios. El monumento en nuestros días plasmado es la respuesta contemporánea al claro dón pretérito. En la agreste aparición colonial está contenida la advocación ahora bienhallada. El farallón, que hacia el poniente nos separa del mar, quedó desde aquellos tiempos, intermedios entre la fábula y la historia, alumbrado para el resto de los siglos por la claridad inefable de María. Donde Ella, antaño, quiso estar, recogida en el estuche vegetal de la sierra, acuden hoy manos piadosas a ponerla de nuevo, no ya velada por la fronda, sino erguida sobre uno de los collados dominantes de la cordillera que ella misma eligió para mira de la vigilancia maternal que desde entonces ofreció a esta comarca adornada por el Padre, a fin de hacerla digna de su trono, con todos los encantos de la belleza elemental.

Bien está allí, otra vez: defendida la espalda por el peñón oceánico; los brazos tendidos hacia el valle; a un lado el río solariego, y a los pies la ciudad. Rodéala, de nuevo, el mismo horizonte en cuyo aro se aprietan todas las maravillas de la luz. Volverá, en torno a Ella, la danza circular de las horas: el alba niña y musical; el lento día campesino; la tarde taciturna; la noche de lejanías misteriosas. Y allí habrán de seguir mirándola y venerándola, inclinada sobre la corriente de sus vidas, las generaciones actuales y las que irá trayendo hasta sus plantas el carro del futuro. Allí será para ellas faro insomne, índice perdurable, regazo en la vida y en la muerte. Corazón, además, del paisaje vernáculo y eslabón diamantino en que se ligan las dos esferas a que simultáneamente pertenece: la de la tierra, que la levanta al firmamento en un tributo de glorificación que es al propio tiempo una súplica de misericordia, y la del mismo firmamento que arquea sobre Ella su urna de aire y vierte por sus brazos el raudal de la luz, imagen de la gracia divina de que es Ella universal dispensadora.

III

1. BREVE APOLOGIA DE LA SANTIDAD Y ESTAMPAS
PARALELAS DE VICENTE DE PAUL Y JUAN BOSCO
2. MEMORIA DE LA PRIMERA MISA
DE DON BOSCO
3. ESTAMPA Y APOLOGIA DE LEON XIII

BREVE APOLOGIA DE LA SANTIDAD Y ESTAMPAS PARALELAS DE VICENTE DE PAUL Y JUAN BOSCO

I

La más alta cifra de perfección humana la da el santo. Precisamente porque en la santidad el hombre exalta, por obra y gracia de los méritos de Jesucristo, su miseria original con una llama o nota de la perfección inefable e infinita de Dios. El santo es, pues, un sér en fuga de sí mismo hacia el centro en que radica el principio de su excelsa filiación de criatura hecha a imagen y semejanza de su Creador. El alma que en el crisol insustituible de Jesús (porque sólo por la vía del Hijo, y a la luz del Espíritu Santo, el Paráclito consolador por Él enviado, podemos llegar al Padre) conquista su restitución a la pureza del sexto día, perdida por el pecado de Adán, viene a cerrar el círculo a que fuimos destinados por el sople que infundió en nuestra arcilla el fuego del espíritu inmortal. Y es así cómo el hombre, restablecido, engrandecido, deificado en cierto modo por la santidad, coopera al plan divino descrito por San Pablo en su epístola a los efesios: "Dios nos eligió en Él (en Cristo) antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia. Por eso nos hizo gratos en su Amado". (Efesios, I, 4-7).

El hombre, como criatura, no puede por lo tanto, readquirir la perfección original sino mediante la consagración de su voluntad a la empresa que en él cumple la gracia cuando esa voluntad armoniza con la del Padre, es decir, cuando puede repetir en espíritu y en verdad la oración fundamental del cristianismo: Padre nuestro, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Su voluntad, no la nuestra, pervertida por la triple concupiscencia que señaló, como origen de todos los males, el Apóstol del amor divino. Su voluntad, con la cual conformó la de El, en presente misterioso, el mismo Redentor, unificado con el Padre en la arcana Trinidad. La regulación de nuestras vidas por esa voluntad augusta, flor y espada de la sabiduría insondable, constituye la santidad. De donde se concluye que en ésta alcanza el hombre, tan miserable en sí mismo y desvalido, grandeza superior, no a su naturaleza, troquelada a semejanza del soberano Autor, mas sí a las circunstancias en que vino a dejarla el desorden acarreado por la culpa. Ninguno de los seres que se mueven sobre la tierra puede, por esto, equipararse al santo. Sólo el niño en su gracia prístina. Mas ello precisamente porque en ella y durante ella el niño es santo. De ahí la predilección de Jesucristo por los niños, en quienes puso, para los hombres, el modelo perfecto cuando, ordenando a los apóstoles que los dejaran llegar a El, les dijo: "Si no os hiciéreis como uno de estos pequeñuelos no tendréis cabida en el seno de mi Padre".

De acuerdo con la sublime enseñanza, tenemos en el alma infantil, al cotidiano alcance de nuestras ensibilidad entorpecida por el mal, la realidad mirífica de este misterio de luz (no se trata de un vano juego de expresión: hay aquí una fórmula exacta: misterio de luz: Dios es la suma de la luz y la suma del misterio), la realidad mirífica, venía diciendo, de ese misterio de luz que es una alma en plenitud de gracia, una alma en estado de santidad. El niño renueva constantemente el mensaje de Dios en la asamblea de los hombres. El da la clave y término de la perfección. Somos más o menos perfectos o imperfectos, más o menos puros o impuros, en la proporción en que nos acercamos o alejamos de ese arquetipo cándido. Las más altas expresiones huma-

nas son, así, las que más se le aproximan. Error que se reparten la ignorancia y la perversidad es el que, atribuyendo una posición falsa a la inteligencia, nos lleva a huír de las comarcas matinales de la inocencia, para orientarnos a zonas en que la mente y el corazón se mueven en campos viciados por todas las lujurias de la carne y del espíritu: las mismas que circulan por el laberinto de los siete pecados capitales: la del espíritu, que se nutre de la soberbia; la de la carne, que tiene su principio y su fin en el deleite de los sentidos.

Tales los índices de gloria en nuestro linaje: el santo, el héroe, el artista, el sabio. En el santo ya se ha cumplido la exigencia de Cristo. El héroe y el artista son, como el santo, seres superhumanizados en la plenitud de humanidad que los ha exaltado entre los hombres. Así como no oímos la música de las esferas, no porque esa música no exista, sino porque su plenitud maravillosa rebasa la insuficiencia de nuestros sentidos, la plenitud humana deshumaniza ante nuestros ojos, por un fenómeno de superposición, a los seres que ante ellos la ostentan. De ahí que miremos como un escapado de nuestra naturaleza al hombre perfecto. Contemplamos entonces con asombro que admira sin comprender. La pupila se detiene cegada por el mismo exceso de claridad. Nada aparentemente más distante del niño que el sabio. No faltará, talvez, quien los sitúe en puntos contrapuestos. Espejismo engendrado, como todos los espejismos, en nuestra deficiencia de observación. Juego de luces que burla nuestra mecánica ocular y traslada el error a esa otra mecánica de la mente, que a cada instante traiciona a nuestro espíritu. De esta misma torpeza debiéramos sacar, como el ciego de sus tinieblas, el sentido interior para orientarnos en la luz exterior que no alcanzan a captar nuestros ojos.

La sabiduría verdadera habla con voz de niño. Por eso es divina, como la del niño, su voz. Es el ave de la leyenda áurea. Si la voz que presume de sabia no muestra ese timbre cándido no será expresión de sabiduría sino de soberbia. El hombre, a medida que se perfecciona, evoluciona en proyección angélica. Es decir, hacia la simplicidad. Por eso, al

corporizar el ángel le damos estampa infantil. La imperfección nos conduce al espíritu satánico, en el que la soberbia resume todos sus atributos de perversión. Lucifer, padre de la mentira y de la astucia, descendió, por la pendiente de la rebeldía, del sér angélico original al sér imperfecto por excelencia. La negación del niño. Este, la luz. Aquél, la sombra. Uno la línea curva que nos aleja de Dios. El otro la línea recta que nos conduce a El. Dios es la simplicidad absoluta. Sólo haciéndonos puros como el niño, y acercándonos así, aunque a distancia infinita, a la simplicidad y perfección de Dios, llegaremos al gozo a que nos llama su promesa. El testimonio infalible de su Hijo nos manda ser perfectos como su Padre, y nos da, para ello, la cifra de la perfección exigida cuando nos dice que si no nos hacemos como los niños no tendremos parte en el reino de los cielos.

II

Vamos a hablar de un santo. Teníamos, pues, que hablar de la santidad. Vicente de Paúl es uno de los más nobles y accesibles modelos de santidad que pueden ofrecerse a la consideración de las almas que, enamoradas de tan alto ideal, sienten, en contra, la fatiga de su cotidiana miseria. No podríamos, sin obrar temerariamente (y la temeridad avanzada a los dominios de la sabiduría infinita es delito de lesa majestad divina), establecer clasificaciones en el coro de los elegidos de Dios. Mas sí podemos decir humanamente que, entre ellos, hay algunos que sentimos más cerca de nuestra pecadora humanidad, de nuestra flaca arcilla, de nuestro ínfimo corazón. El santo infantil, aquél que nunca dio asilo en sí al pecado y voló a Dios en el alba misma de la gracia, nos subyuga como la estrella del amanecer; pero lo miramos distante como esa punta de luz que flota, con un abismo intermedio, sobre nuestras cabezas. El duro penitente del desierto nos asombra; pero a la vez pone temblor de espanto en nuestra pequeñez espiritual. El que tuvo, como Pablo, como Agustín, como Teresa de Jesús, una visión resplandeciente de Dios, rebasa los vasos mínimos de nuestro corazón y nuestra inteligencia. El mártir nos seduce,

abrumándonos. Otros, en cambio, nos dan su santidad en una atmósfera familiar que nos permite llegar a ellos con confianza a demandar su ayuda paternal. Señalemos, entre los antiguos, a Pedro, sillar humano de la Iglesia, que confiesa a Cristo por inspiración del Padre y lo niega por cobardía, y a quien en premio a su amor y su arrepentimiento le es dada la gracia suprema y la fuerza del martirio. Y entre los últimos evoquemos a Vicente de Paúl y a Juan Bosco.

Obsérvanse en los dos similitudes cautivadoras. Aún en la expresión de sus estampas hay algo que nos los muestra parecidos. No son las líneas del rostro, propiamente. ¿Es la sonrisa, que disuelve facciones y perfiles, da al rostro una ándida imagen de la bondad, y hace fulgir la faz con la dulzura y consolación de las candelas en la noche? ¿Son los ojos, entrecerrados en los dos en un guiño beatífico que sonríe con más ternura que los labios? ¿Es, por ventura, este detalle? ¿O es el otro? Puede ser. Mas sin duda se parecen en que a uno y otro el niño interior se les sale por la cara en una incontenible, divina travesura. La gracia de Dios fluye de ellos en un efusivo raudal de misericordia, y pone en ellos esa comunicativa suavidad que los aproxima no sólo en el ritmo interior de sus corazones, sino en el ademán con que la vierten, como un río de leche y miel, sobre los hombres.

Fácil sería trazar un paralelo de estas dos almas ejemplares, cuyo desenvolvimiento ofrece analogías asombrosas, no ya en el principio genitor de su santidad, idéntico en todos los siervos de Dios, sino en la orientación de ese principio, en los detalles de sus empresas espirituales y aún en las circunstancias personales que rodean sus días heroicos, sus grandes días de apóstoles de la caridad y la justicia. Con dos siglos y medio de distancia, nacen ambos en cunas humildísimas y duermen sus primeros sueños al arrullo de brisas y cantos de labranza. Gentes del agro, plebeyas y honradas, son sus padres. Juan endurece sus manos infantiles en el laboreo de la tierra. Vicente llena sus horas de rapaz en la guarda de los rebaños paternos. Hasta la soledad de sus praderas descende, con la misma llamada, la invitación divina. Uno y otro obedecen, interiormente, sin vacilar. Están listos. Serán mensajeros del Señor. Mas uno

y otro encuentran los obstáculos que su alejamiento de los centros de formación intelectual y los de la pobreza de sus casas oponen a tan alto designio. Pero no sólo todas las horas son para el héroe iguales (y el santo es el héroe por excelencia): lo son también todas las situaciones de la vida. Esa superioridad a las circunstancias, que gobiernan al resto de los hombres, constituye la esencia misma del heroísmo. Con decisión idéntica, Vicente y Juan rompen las ligaduras que los atan a la limitación de sus comarcas. Y se hacen sacerdotes.

Ya han dado el primer paso. ¿Hacia dónde? Es lo único que saben todavía. Hacia Dios. Hierve en ellos una fuerza profunda. Una espuela de filos misteriosos gira continuamente sobre sus corazones anhelantes. Juan espera en Turín y busca el cauce que dé curso a los sueños que iluminaron sus noches en la campiña de los Becchi. Vicente viaja en funciones sacerdotales por tierras y por mares y sufre prisión en cárceles de infieles. Al fin sobre uno y otro llueve la presentida claridad. En una sacristía de Turín nacen los oratorios festivos de Don Bosco. En el curato de Clichy tienen principio las empresas apostólicas de San Vicente. De esos dos momentos en adelante las obras vicentina y salesiana se desarrollan victoriosas, no sobre rutas fáciles, porque nunca las grandes jornadas corrieron sobre ellas, mas al impulso de las voluntades originarias, henchidas de fe, forjadas en crisoles de penitencia, endurecidas en escuelas de adversidad, templadas por la oración, enriquecidas con la gracia que gana el hombre a Dios por la violencia de sí mismo.

Este par de varones del Señor trabajaban sobre la misma zona de humanidad: la que se mueve en la miseria del cuerpo y el abandono del espíritu. Uno se da al alivio del dolor, al amparo de la orfandad, a la protección de la indigencia; el otro a la defensa de niños sin fortuna y a la capacitación de gentes humildes para los menesteres de la vida. Evangelistas ambos del Señor, en cuanto son, en grado altísimo, apóstoles de la caridad cristiana. Númenes de todos los tiempos, dijérase que a ninguno corresponden con más rigurosa exactitud que a éstos de angustia social que

vivimos las generaciones de nuestros días. Porque nunca anduvo el mundo tan necesitado de caridad como en esta jornada de su historia. La voz de los pontífices romanos, que es la misma de Dios, la reclama con el imperio de su autoridad sobrenatural. El caos aprieta en torno nuestro su anillo de tinieblas porque el hombre olvida a Dios y su ley amorosa para perderse, sin ésta, en las honduras de la noche. Queremos la paz y encendemos la guerra. Buscamos la luz y extinguimos el fanal. Preconizamos el amor y atizamos el odio. Ensalzamos la convivencia y sembramos por todas partes la discordia. Para establecer el bien en pueblos y naciones huímos la fuente y cauce de todo bien, que es Jesucristo. Unos lo niegan con el corazón y con los labios. Otros lo confiesan con los labios y lo niegan con el corazón. El hombre, este hombre que no quiere ver la miseria de los demás, y ese otro sin Dios que llena los espacios con grito enloquecido y enloquecedor, se baten en la tortura pavorosa de su propia contradicción. Hé aquí el dolor que se alimenta de sí mismo. Porque, ¿qué cosa es la avaricia sino un dolor que a sí mismo se sufre? La avaricia de la mano y la avaricia del corazón. La sociedad humana sin caridad, dado que agrupación de tal índole pueda ser designada con ese nombre altísimo, es un campo sin agua. Sólo en la enseñanza que tuvo culminación en el Calvario puede el hombre superar su desolación. Recordemos al señor Suárez:

“Jesús, influyendo sobre el mundo por medio de su Evangelio, de su Iglesia y de su presencia real, redime perennemente. A El, crucificado en desnudez lastimosa, acude el pobre que carece de pan y abrigo. A El, puesto entre infames, afrentado y calumniado, vuelve los ojos el que se siente injustamente perseguido o convertido en ludibrio de los hombres. A El, coronado de espinas, se dirige el que padece los dolores de la mente, el recuerdo del bien perdido, la viudez amarga, la comprensión del propio mal, la comprensión de la injusticia ajena. A sus manos clavadas pide alivio aquél que no puede obrar porque se le desconoce su derecho. A esos pies adheridos a un madero pide libertad aquél que sabe “cuán áspera de subir es la escalera de un amo”. A El, descoyuntado y hecho retablo de heridas y de sangre, se

dirige el que siente las enfermedades de este cuerpo, pasto ahora de pasiones y mañana de gusanos. Y a El acude el que acaba, porque El, a fin de completar su redención, quiso también ser moribundo y enseñar a morir.”

En el orden de la Providencia nunca han faltado a los hombres, con la luz de lo alto, almas superiores que, a modo de celestes heraldos, señalen el camino de la verdad y sacudan la sordera del tiempo con el pregón de la justicia. Manifiéstase así, con maravillosa permanencia, la asistencia de Dios a su criatura. La historia de la Iglesia ofrece en éste, como en todos los aspectos, dentro de la unidad sin eclipses de su doctrina, sabio concierto con los mudables caracteres de las edades. Desde los primeros cristianos hasta los últimos, cronológicamente, de los siervos de Dios, esos espíritus han sido y son sellos temporales de la permanente autenticidad del Evangelio. Jamás empresa humana pudo resistir, como ella, a la contradicción continuamente renovada de los siglos ni menos presentar, con el fenómeno de la inmutabilidad esencial de sus afirmaciones, sin el más leve sacrificio de su sustancia vital, un más perfecto acuerdo con las exigencias y deberes que acarrea el desenvolvimiento universal de la vida. Tal la marca divina sobre la obra engendrada en el misterio de la Redención. Roca es la Iglesia en medio de las tormentas del infierno. Roca, o sea institución fija, perenne, incommovible. Mas, al par que la roca de Pedro, la Iglesia es su barca, la barca del Pescador, que sin hundirse nunca, navega con la cruz por mástil sobre todas las aguas, serenas o borrascosas, de la historia.

Entre los santos algunos hay que han recibido de la eterna sabiduría el oficio providencial de mostrar a los hombres cómo la Iglesia, lejos de mantenerse en una postura exclusivamente metafísica, acude con maternal solicitud a todos los campos de la vida y la muerte y enciende su antorcha en todos los caminos y en los más relegados horizontes. Vicente de Paúl, en su tiempo, como Pablo y Agustín y Francisco de Asís y Tomás de Aquino e Ignacio de Loyola, en los suyos, y Juan Bosco en el nuestro, fué uno de aquellos mensajeros del plan divino de la salvación de los hombres.

Esa es la clave perdurable de su obra, que salvando etapas en el tiempo y distancias en el espacio, se desenvuelve cada día más intensa, más caudalosa, más fecunda. La modesta misión organizada por el santo el año de 1617, en Folleville, perteneciente a la diócesis de Amiens, es hoy ese ejército religioso disperso en el mundo para verter en él la enseñanza de la verdad, el rocío de la gracia, el aceite de la misericordia.

En la centuria antepasada, el Papa Clemente XII elevó al culto de los altares a Vicente de Paúl. Grande entre los hombres, porque halló grandeza ante la infinita Majestad, es el santo. No pueden nuestros míseros ojos, recortados en su visión por las tinieblas del pecado, medir esa grandeza sin término de relación ni punto de referencia en las cosas terrenales. Queda a Dios reservada su medida, porque sólo él, autor y dispensador de la gracia, puede sondear la maravilla que se esconde en el alma restablecida por la redención del Verbo en la pureza primordial. "La santidad en sus múltiples manifestaciones es obra de Jesucristo". Por eso el santo, María sobre todos, ejerce entre los hombres y Dios función de medianero. Vicente de Paúl pasó sobre la tierra como un río de caridad. Renovando en nuestros corazones el texto de Clemente, pidámosle que "sirva a todo el pueblo cristiano con sus méritos y ejemplos, que lo asista con su oración y patrocinio, y que en el tiempo de la cólera acuda a ser el conducto de nuestra reconciliación".

Vicente de Paúl, pozo de mansedumbre, haznos humildes. Vicente de Paúl, llama de castidad, haznos puros. Vicente de Paúl, fuente de caridad, haznos desprendidos y misericordiosos. Vicente de Paúl, monte de fe, piélagos de amor divino, condúcenos a las moradas del Señor.

III

Familiar como a las antiguas gentes la estampa candorosa de San Vicente de Paúl, es a los hijos de estas edades nuevas la imagen mansa, tierna, inefable de Don Bosco. Levemente inclinada la cabeza, en la que suave melena de cenicienta lana anticipa la aureola celestial; roturada de sien a sien la frente, más que por el arado de los tiempos,

por los hilos candentes de la meditación; infantiles los ojos, cuya estrecha raja de luz descubre un casto abismo de inocencia y ternura; dilatada la boca en rictus que llega a nuestras almas como mensaje de la piedad eterna; plegadas las mejillas en dos paréntesis profundos, que recogen e irradian, en un fluír sin término, la claridad de la sonrisa; superpuestas las manos en dulce recogimiento de oración.

Ahí estás, silencioso y elocuente, cual un moderno testimonio de la santidad que enciende en las almas de los hombres la servidumbre del Señor. Llama que fulge en los estrados inmortales; lirio en que se hizo seda immaculada el pobre barro adánico de nuestra carne y nuestros huesos; soplo de bien nacido en los cármenes de Dios; eslabón reluciente de la cadena mística que ha ido, con celo indeclinable, forjando el fuego heroico que nutre y mueve el coro de las virtudes cristianas. En ti, ¡oh heraldo de la patria divina!, descansa y se renueva el afán de horizontes venturosos que empuja en esta éra de zozobra la caravana de peregrinos del desierto. Restaura en ti sus fuerzas el pueblo sollozante de esta jornada dolorosa. Y como un niño enfermo, acuna su esperanza en el regazo de tu espíritu.

* * *

Un día, no muy distante aún de éste en que ahora vivimos y morimos, en la colina italiana de los Becchi, un zagalajo para cuya suma de años no es todavía necesaria cifra doble, tiene un sueño profético, que lleva y trae en vilo su corazón, sin que ni él ni la asamblea doméstica acierten con la clave del arcano sentido que lo anima. Narrólo, por orden de Pío IX, el propio santo. Era por la época en que su pecho se colmaba del claro ambiente eglógico de su campiña maternal, tocado ya, mas no advertido plenamente, de la misión que había de cumplir a su paso por la tierra. Nunca olvidó Don Bosco la visión de ese instante, en que el designio supremo hizo empinar su alma sobre las lindes de la vocación apostólica, que en el discurso de su vida culminaría en obras suficientes a herir de asombro al tiempo. Listo estaba su sér a todos los afanes y sudores que se velaban tras las

brumas del escondido llamamiento; duro, como arco de combate, su brazo, y templado su anhelo en los crisoles misteriosos de la elección. Faltaban las armas de la mente, huérfana aún de los medios del estudio, que se hallaban distantes del fundo pastoril en que había florecido la simiente escogida de su alma. Y es éste el primer salto admirable del que, renovando cada vez más el impulso, llegaría, de la mano de la Madre de Dios, a dar un día el salto glorioso del altar.

A lo largo y través de una serie de obstáculos, burlados con recia voluntad y encantador ingenio, el pastor de los Becchi alcanza la unción sacerdotal. Arrobada dulzura inunda el pecho del zagalillo itálico al erguirse en la meta codiciada. Mas, ¿ha llegado, por ventura? La voz secreta que lo guía le previene que esta conquista es tan sólo el comienzo de las otras. El ministerio del Señor es arma mirífica con la cual se ha de librar ante los hombres la buena pelea del Apóstol.

Otro día, en Turín, en el año de 1841, el ocho de diciembre, fecha de especialísimo deleite para el devoto de María (y ya sabemos cómo y en qué grado lo fué Don Bosco), aparece, enviado por Ella, en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís, uno de aquellos niños que vegetan en la intemperie del espíritu, solos, desamparados, sin una luz en la conciencia, ni el destello de un amor o siquiera de una enseñanza afectuosa que los defienda y guíe. Como el sueño de antaño, conoce el mundo por el propio Don Bosco este momento decisivo de su vida y empresa. Va a celebrar el santo el sacrificio de la misa. Llama al niño y lo invita a que le ayude en la función de acólito. Responde que no sabe el rapaz. Don Bosco inicia un interrogatorio de prueba elemental, que le descubre el abandono inmensurable en que se encuentra falleciendo aquella flor humana, lista a desenvolverse, como la hoja mustia en el filo de las rachas, la danza oscura del mal en el turbión de los naufragios anónimos. ¡Cuántos como él! Revélasele entonces, de súbito, el significado del sueño de los Becchi, que obstinado, como sabemos, en su memoria, había venido taladrando insistentemente su corazón. Tiene al niño a su halda mientras él platica con el

Señor en la elación del holocausto. Consumado éste, vuelve al diálogo interrumpido, que ha de tornarse al fin en una dulce lección de la doctrina. Y fué así cómo (son palabras del santo) “la obra de los oratorios empezó en 1841 con un simple caticismo festivo en la iglesia de San Francisco de Asís”.

Y aquí tenemos a Don Bosco, que en el sueño infantil había visto sucesivamente un grupo de niños, una piara de bestias rústicas y un sumiso rebaño de corderos, iniciado en la empresa de cristiana pedagogía que había de traernos, por visible dictamen de lo Alto, a los nacidos bajo el signo temporal de esta hora de confusión y de borrasca.

* * *

Como el diamante integra la multiplicidad de sus cortes y facetas en el eje esplendoroso de su entrañada claridad, hasta realizar el prodigio de convertir un cuerpo de varios miradores en una sola llama de indivisible resplandor, así la figura de Don Bosco resuelve el bello prisma humano que la forma en la unidad radiante del maestro. La copia excelente de virtudes que almacenó su alma desbordó sobre el mundo en ríos de salud, que al dilatarse hacia las resacas lejanías, van abriendo los cauces por cuyo seno viaja desde entonces, ramificado en anchas venas, el tesoro de su palabra y de su ejemplo. Dón éste sólo al maestro concedido por Aquél que eligió este dictado cuando para redimirnos, encarnó en la arcilla de los hombres.

Si de acudir hubiéramos a las cosas en demanda del símbolo del maestro, nos lo daría el monte, que hincadas las raíces en los valles, hunde la cima en el halo de las nubes, y nutrido con el humus de la entraña yacente, y fecundado en las alturas con el soplo primordial de la atmósfera, desfleca en hilos pródigos, que peregrinan hasta confines ignorados, la fuerza germinante soterrada en el seno de sus abismos laboriosos.

Monte ejemplar Don Bosco, a quien ahora contemplamos nimbado por la diadema lumínica de los santos, mientras del costado inagotable fluye en ubicuos manantiales la fuente

cristiana que, alimentada en los veneros de la verdad eterna, se canaliza hacia todos los meridianos en la voz y en el brazo de sus falanges de discípulos.

Entrevisto vagamente en el sueño de la niñez e iniciado en la iglesia de San Francisco, el ideal docente colma la vida de Don Bosco. La lumbre de la sabiduría, que sólo en Dios alienta, le traza el derrotero. Por aquel tiempo surge en la ceja impenetrable de los destinos históricos el anuncio, cuya órbita no es posible describir todavía, de una trascendente revolución en los dominios de la industria y en los sistemas de trabajo del hombre. La sociedad universal y las naciones van a verse apretadas, con rapidez rebelde a todo cálculo, por un asedio de problemas ante cuya enfermedad complejidad habrán de ceder, a la postre, todos los métodos que no animen su ritmo en el foco radial de la influencia cristiana. La chispa misteriosa que se albergó en su alma le otorgó la visión sin confines de los profetas. Adivinó el futuro y le salió al encuentro y a la lid. Apercibió la honda y despidió la piedra contra la frente del gigante. Mas el guijarro, que era de materia solar, se incendió en el impulso y se clavó en la bóveda del orbe. Allí sigue, como la zarza del Horeb, ardiendo sin quemarse, y cualquiera que sea el giro de las horas continuará regando su fulgor sobre las ciegas muchedumbres. Porque la saeta de Don Bosco es la caridad enseñada y prescrita por Jesucristo en el mandato inolvidable: Amaos los unos a los otros.

Este, que tiene la indestructible novedad de lo eterno, fué el sistema pedagógico de Don Bosco. Y por tal modo viene a ofrecérsenos sencillo el fenómeno de que hubiera logrado, él, que ha sido el más grande de los educadores de esta época, fijar la suma de sus normas docentes en breves máximas que caben, como el Decálogo del Padre en la piedra de Moisés, en la menuda faz de una página somera. Miró el problema desde la altura religiosa y libró así su ciencia del jaral de principios perecederos en que se asfixia el pensador que afronta la correría del misterio con la sola luz insegura de la mente. Educar es hacer bueno al hombre, que vale para Dios y para el prójimo por la ley del corazón

antes que por el nivel de la inteligencia. Y al advertirnos que en evitar el mal radica la misión del maestro, echó las bases de su sistema preventivo y abrió en los campos de la pedagogía la que pudiéramos llamar la revolución cristiana del orden. Nadie ha definido con tanta precisión, profundidad y belleza la educación, como él cuando nos dice que consiste en despertar en el niño "la pasión del bien". No contienen los libros todos de la ciencia docente fórmula comparable a esta palabra luminosa. Recordemos que la Escritura llama sabio al varón justo, en razón de que fuera de la justicia sólo se encuentra el mal, o sea la ignorancia sin consuelo, porque en su tiniebla se conjugan inteligencia y corazón.

Vano será el empeño que pretenda edificar pueblos felices sin abrir ante ellos la lontananza intérmina. Demasiado fugaz e intrascendente es el paso de la criatura humana por el mundo para encontrar en él razones aptas a empeñarla en el ejercicio doloroso de la virtud, que es freno áspero; del vencimiento de sí misma, que es tarea abnegada; de la grandeza moral, que no tolera lapso muerto en el día ni en la noche. Nada, sino el resorte religioso, proporciona al educador la fuerza viva que su misión requiere. ¿Quién, por tanto, ha alcanzado más intensa eficiencia que la Iglesia en este afán superior de la cultura? La férvida restauración de la conciencia en el crisol divino de la confesión sacramental y el asiduo convivio en el misterio de la inefable Eucaristía fueron los pilares maestros en los cuales, como en torre victoriosa, irguió Don Bosco su enseñanza. La armonía interior, que nunca vino al hombre por canales distintos de los surcos ardientes de la piedad, es lo único que hará pacíficos y grandes a los pueblos. Y así se enlazan, para la eternidad y para el tiempo, las dos solicitudes que angustian nuestra existencia: la del presente accidental, que ha de finar con nuestro cuerpo, y la tremenda posterior, la del futuro perdurable, que encenderá su aurora en el soplo de nuestro último suspiro.

Sólo por estos cauces podrá el mundo llegar a la redención de su tristeza, que se engendra en la ausencia del sentido cristiano de la vida. Restaurador de ese sentido fué Don Bosco, y por ello el primer precepto de sus casas fué el

mandamiento de la alegría. El servicio de Dios es la fuente de todo júbilo en la tierra y en el cielo. Y el trabajo, el refugio contra las tentaciones del pecado. Amar al niño, cultivar su conciencia, defenderlo del mal, equiparlo para la vida en los menesteres transitorios y para la muerte en la gracia del Señor: tal el sistema de Don Bosco, que encierra, sin alardes científicos, precisamente por ser fruto auténtico de ciencia sobrenatural, las normas todas de la moderna escuela que no caen en el círculo en sombras del sectarismo laico, reo de atentados siniestros contra la libertad de espíritu que invoca y contra el respeto ideológico que predica, vale decir, contra la humanidad y contra Dios. En esta empresa generosa, de modestos orígenes y proyecciones gigantescas, Don Bosco logra, sin buscarlo, porque no medra en él afán distinto del de ganar ovejas para el aprisco del Pastor, estatura eminente en la teoría universal de los arquitectos de la fecunda democracia. Que no han sido en la historia los mejores capitanes de este ideal esencial y fundamentalmente evangélico los caudillos de las luchas civiles y menos todavía los guerreros: de modo aún más eficaz, por desinteresado y silencioso, han pugnado en su alcance los seres apostólicos, en quienes el anhelo del humano servir ha tenido tan sólo razones de abnegación y sacrificio. Y es así cómo la Iglesia Católica ha dado y sigue dando a la organización democrática de los pueblos ininterrumpida teoría de obreros en que emulan el esplendor y el número. Y ¿cómo podía ser de otra manera si en la predicación de Cristo ganó sanción eterna este concepto de familia social, que al abolir la fábrica que erguía la soberanía del dueño sobre el lomo irredento del esclavo, reparó la unidad de origen y destino entre los hombres, a quienes hizo hermanos, no con caducas finalidades de gobierno, sino con permanente motivo religioso? Desenvuelto por estas vías irrefutables el análisis, la obra, no ya mística, sino tan sólo humana, de la Iglesia, adquiere perfiles de alto brillo, y halla en sí mismo luz y clave, como el axioma matemático, el hecho fulgurante de su ascendiente sin eclipses, a través del nacer y morir de las naciones, sobre el cuadro proteico de los siglos.

Ayer, Don Bosco, estabas cerca de tus hijos en la vida mortal. Ya en la corte beatífica, la dulce comunión de los santos te coloca a la vera de todos los que ansiamos tu protección y rectoría. En un rodar de ondas fecundas, tus milicias discurren por todos los caminos del tiempo y el espacio. Los puntos cardinales multiplican tu nombre en la alabanza. Larga estela de justos repite la gloria de tus huellas. Grande porque supiste ser pequeño, la amable promesa de Jesús te incorporó a los coros eternos. Bien podemos, por eso, saludarte con las palabras del Salmista: "Antorcha para nuestros pies es tu palabra y luz en nuestras sendas".

MEMORIA DE LA PRIMERA MISA DE DON BOSCO

En el Colegio de María Auxiliadora, de Cali.

Qué bien, en verdad, se yergue en este sitio la hermosa, dulce casa salesiana en la cual hemos venido a celebrar el centenario de la primera misa de Don Bosco. Aquí, donde esta casa se eleva, debía estar, porque en parte ninguna podría estar mejor. Al margen de la ciudad y a la orilla del campo, la inquietud y ruido de aquélla mueren sumisos en su contorno, y el claro firmamento del valle la baña en su luz y le participa ese activo sosiego que ostentan las fuerzas de la vida cuando se mueven con el ritmo ordenado que Dios impuso a la naturaleza. Esta casa tiene la ubicación precisa que requieren los recintos consagrados a la oración y al estudio. Si siempre una y otro pueden desenvolverse en todo tiempo y lugar, no cabe duda que hay sitios que cooperan al esfuerzo humano del ejercicio de la inteligencia y al trabajo de la edificación espiritual. El propio Jesucristo buscaba el retiro para orar. Este leve montículo y esta casa, que en él se yergue con tanta naturalidad y gallardía como si él mismo la hubiese florecido, ofrecen refugio y asilo incomparables para las disciplinas de la mente y para la empresa mística de las almas aquí empeñadas en la tarea sin descanso de su edificación religiosa. La altura física del paraje es el comienzo y a la vez el estímulo de las demás elevaciones que a esta gratísima morada ayudan a aprender, bajo sabia enseñanza, las almas nue-

vas que entre sus muros discurren, con gozo cotidiano, a la sombra de la egida paternal de Don Bosco.

Ante todo, evoquemos al santo en el fervoroso momento de su iniciación sacerdotal. Pocos episodios de la vida admirable del gran siervo de Dios como éste en que, por la primera vez, frente a la Divinidad Una y Trina y ante el coro de los ángeles y bienaventurados, alma y carne quemadas por el ardor de un fuego arcano, doblado sobre el ara, la voz desvanecida y rota al fin por el incontenible soplo divino que en ella se recoge, deja caer sobre el pan y sobre el vino las palabras de Jesucristo: Este es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre. Empínase el joven sacerdote en el aire del éxtasis. Ciérranse sus ojos a la realidad inmediata y se abren, asombrados, a las visiones infinitas. Sus manos alcanzan una transparencia seráfica. Alto resplandor que viene de lejanías inefables anticipa en torno a su cabeza el nimbo de gloria que en el día del tránsito coronará su santidad. Puede que a la ciega pupila de los hombres haya escapado esa mañana memorable el hecho en ella cumplido de la alianza de Dios y su criatura. Porque nuestros ojos mortales son impotentes ante los acontecimientos del espíritu. El pastorcillo itálico ha sido armado caballero en la milicia de Cristo. Juan Bosco se halla, en ese momento, colocado por el Señor frente al horizonte de su cautivadora y heroica vocación. El apostólico llamamiento le ha sido amorosamente confirmado en la unión prometida. Cristo y su siervo han cruzado, ante el Padre, sus ofrendas: el Redentor la de su sacrificio infinito y misericordioso, en la transubstanciación; el sacerdote la de su total entrega a la empresa del Redentor. Por donde ha venido a verse cumplida una vez más la palabra insondable de San Pablo. No es él, no es Juan Bosco, la criatura precedera, quien vive ya: es Cristo quien vive en él. La misteriosa comunión ha engendrado otro Cristo en el hombre.

Si seguimos el itinerario temporal de Don Bosco y hacemos desfilar ante nuestra mirada el espectáculo asombroso de su existencia, llena de obras, colmada de labor, henchida de abnegación y caridad, nada podrá explicarnos la energía indecible y el incontable fruto de ella como no

sea la raíz sobrenatural de su unión ardiente con Dios. Vidas como la suya, enaltecidas hasta el prodigio por la empresa exterior, suelen prestarse a una interpretación equivocada por el criterio profano, que, embebido en el esplendor de la faena visible y de sus resultados ponderables, no avanza hasta la fuente genitora que le da ser y le imprime desarrollo; hasta la clave oculta, velada por la niebla metafísica, que cifra el principio suficiente de esa actividad avasalladora; hasta esa raíz sobrenatural aludida, sin cuyo interno apoyo y alimento la tensión humana desfallecería agobiada por su propio esfuerzo.

Con las diferencias naturales de tiempo y las impuestas por las características personales que nunca pueden faltar, porque ello sería contrario a las varias tendencias del espíritu y a la muchedumbre de dones del Creador, la historia de Don Bosco es la de todos los elegidos que han cumplido en la tierra una tarea de servicio humano directo y han desenvuelto sobre esa línea la trayectoria de su santidad. Como él, en España, Juan de Dios, y en Francia, Vicente de Paúl, y en nuestra América, Pedro Claver, Luis Beltrán, Martín de Porres. Como él toda esa pléyade gloriosa de hombres y mujeres que, olvidándose de sí mismos, negándose en su carne y afirmándose en Dios, abrasando en el fuego del espíritu el reclamo de las concupiscencias, acogen en su corazón la miseria ajena y vierten sobre ella el río de su caridad sin diferencias y sin límites.

Nunca, en el decurso de las edades, institución alguna ha presentado obra de servicio humano comparable a la que han realizado y realizando siguen copiosamente los hijos de la Iglesia. Lo que, al par que uno de los signos más palpables del origen divino de la imperecedera institución, brinda la prueba de que el amor al hombre es consecuencia, derivación y reflejo del amor de Dios, en cuya paternidad común encuentra principio la unidad de la criatura humana. Ninguna otra institución, por eso, de las que han sido o son determinadas por mera acucia temporal, de índole simplemente filantrópica, puede ofrecernos la abundancia maravillosa (porque es sobrenatural) que en este campo nos ofrece la Iglesia. Sólo, pues, por esta vía de interpretación encuentra

explicación satisfactoria su desbordada y constante labor de caridad. Porque en ella la actividad exterior procede de la entrega a Dios, de su inspiración, de su callado estímulo y su consejo oculto. La acción, por este modo, recibe impulso en la oración, de la que la contemplación es grado máximo, en la cual Dios comunica al alma el aliento que de ella rebasa sobre el prójimo.

Así cómo, según la profunda sentencia de Berdiaeff, el espíritu mueve a los mismos materialistas que lo niegan, la efusión de la Divinidad alivia y consuela, aún a quienes la desconocen, a través de los seres que viven en propósito y acción permanentes de caridad y de justicia, pues ellos son los cauces de oro por los cuales desciende hacia la humanidad el bien de que el costado irrestañable es manantial eterno y, en tal virtud, inagotable.

Mas la obra de esos seres no sería posible si ellos no se mantuvieran íntimamente unidos a la fuente que, vivificándolos, les participa los dones que ellos aportan a las multitudes abatidas por el dolor y la miseria, por la angustia del corazón y la ignorancia o la perversión de la inteligencia. La oración y la contemplación enriquecen y templan esas almas, alumbran sus caminos, intensifican su fuerza de atracción y les otorgan esa voluntad perenne de sacrificio que es asombro del mundo y, a la vez que gracia, majestuosa complacencia de Dios. Todo lo pueden en Aquél que las abastece y las conforta.

En Don Bosco esta asistencia y estímulo de la Divinidad alcanza una visibilidad deslumbrante, no ya tan sólo en su obra maravillosa, excesiva para la más robusta y múltiple actividad humana, sino en el ejercicio casi familiar, recitado siempre por movimientos de humildad discretísima, del dón taumatúrgico que a través de toda su vida, en ocasiones y circunstancias numerosas, le confirió el poder divino. Fué en sus días mortales el fundador de esta Pía Sociedad Salesiana uno de los más frecuentes mensajeros de la gracia extraordinaria del milagro que ha registrado la historia de la Iglesia. Esa virtud celeste pone al alcance de toda interpretación, así sea ella ciega y parva, de su tarea misional,

la evidencia del venero del cual traía hasta los hombres los tesoros arcanos que como siervo del Señor distribuyó entre ellos a lo largo de sus días y que sigue distribuyendo sin interrupción, merced precisamente a que al hacerse beatífica su unión con Dios pasó a ser infinitamente más perfecta que cuando alentaba en medio a las generaciones de su tiempo.

Aquel hombre admirable y excepcional, para cuya estatura espiritual, como para la de todos los santos, la más audaz medida humana resulta insuficiente y torpe; que pasó por el tiempo sin que se le viera en sosiego ni quietud; que ignoró todo lo que no fuera trabajo, esfuerzo, lucha; para quien no tuvo nunca horas suficientes el día y la noche no fué jamás asilo de reposo, vivía en oración perpetua y comunión constante con el Señor. Era un vaso colmado de Dios y en permanente desbordamiento sobre los hombres del propio Dios que lo colmaba. Sólo así puede explicarse la obra que realizó en la tierra y sólo así puede explicarse también el espectáculo final de su existencia, cuando, abatido por el agotamiento en que se extinguió lentamente, viéronlo sus hijos pasar las horas de la forzosa postración en un total desprendimiento de todo, absorto en contemplación inefable. Su alma iba desprendiéndose de la carne en la elación ascendente de la llama que consume en sí misma la cera o el aceite que la han alimentado. La santidad que había irradiado de él en la acción irradiaba ahora en la contemplación. La inquietud apostólica se hacía arrobamiento místico. Sin embargo, el operario era el mismo y la obra igual: sólo la función había cambiado.

Al hacer religiosa memoria de la primera misa de Don Bosco estamos celebrando el hecho central y culminante de su vida. De ese instante y de la preparación que a él lo condujo deriva todo lo que dio a sus contemporáneos, lo que sigue dándonos a nosotros, lo que dará a las gentes del porvenir. Fortalecidos en esta devota remembranza y unidos a él en la comunión de los santos, ascendamos por la escala de luz mística por la que él ascendió, mostrándonos el camino, a la sede inmortal donde el Autor del cielo y de la tierra reserva a los justos su herencia de gloria total y perdurable.

ESTAMPA Y APOLOGIA DE LEON XIII

Joaquín Pecci (tal era el nombre familiar de quien había de figurar en la teoría de los Papas con el inmortal y bello de León XIII) nació de una de las casas de la pequeña nobleza itálica, en minúscula ciudad de las vecindades romanas, el 2 de marzo de 1810, cuando regía la Iglesia el manso Pío VII, maestro en virtudes y dolores, e inició su formación sacerdotal en el período de León XII, cuyo recuerdo guardó siempre, hasta sus avanzadas postrimerías, con emoción vivísima, y en cuyo honor, al ser elevado a la sede pontificia, escogió el nombre de León.

En la cautivadora personalidad de este Papa insigne se conjugaba con la piedad y sabiduría que lo hicieron famoso en la historia universal, una leve estampa mística, casi desvanecida en el descarnamiento ascético, que daba la impresión de que su cuerpo se hubiera anticipado a la ceniza final por obra de la llama que ardía en su interior. Así, esforzado por Dios en su aparente fragilidad, llenó el mundo en su época, y fué ante los hombres luz maestra, no sólo en sus días y sus años, sino en el decurso del tiempo y de la Iglesia.

Quienes, al mirar hacia atrás hallamos confundida el alba de nuestra memoria con la del siglo en que vamos viviendo y falleciendo, encontramos al fondo de nuestros paisajes infantiles, presidiendo el grupo inefable de los fantasmas de oro y niebla que custodian la comarca de los primeros sueños, el afilado perfil de este varón de nevada ancianidad,

cuyas manos brillaban iluminadas por los tesoros divinos, sin cuenta humana posible, de la sabiduría y caridad cristianas. Encantadas por su propia irradiación, contemplábanlo nuestras pupilas nuevas: era un hombre, sin duda, plasmado en esta misma humanidad que en nosotros empezaba a florecer y padecer; pero era más que un hombre: era la encarnación del mago paternal que alumbraba la corriente ilusionada de nuestras horas, inclinado, como el lucero de la mañana sobre la tierra renaciente, hasta las linfas, todavía azules, de nuestras almas. No lo comprendíamos aún, pero lo sentíamos, que valía más, en aquella dulce edad, que el comprender, entonces imposible: esa emoción niña ante el Pastor era una sugestión sobrenatural: la de una honda, si bien todavía imprecisa inteligencia de lo que es y representa el vicario de Jesucristo, llamado pontífice por la Iglesia, es decir, puente entre la orilla terrenal y la celeste, entre el tiempo y la eternidad, entre el hombre y Dios. Cristo se nos había mostrado en su infancia y juventud; en el Papa gozábamos entonces, como hemos seguido gozándolo en los que nos ha deparado la sucesión apostólica, ese otro prodigio cuyo otorgamiento no entró en el plan de su amorosa divinidad: el de su vejez temporal. Resplandecía en él, como una llama que de puro sutil y transparente llegaba a ser inmaterial, la ancianidad que por designio de lo Alto no les fué dado ver en Jesucristo a los hijos de los hombres. Nívea y delgada, casi translúcida, como la de León XIII, hubiera sido, si ella hubiera podido ser, la vejez del Señor.

Y así quedó grabada en nuestras pupilas y nuestro corazón la imagen del Pontífice. Blanco, como un ampo de nieve, hasta la totalidad de la blancura; luminoso, también, en la suma de la blancura externa y la interior; recogido y avizor como el ave que se prepara al vuelo; trémulo como si ese vuelo anhelante hubiera sido ya iniciado. ¿Quién, entre los que crecimos viéndolas, podría olvidar aquellas estampas de León XIII? Recia y ancha la frente para la más holgada y flexible fulguración del pensamiento; breve y rápida la pupila, cual si el león hubiera robado el ojo al águila; alfanje la nariz, que dividía el fuego pluvial de la mirada; la

mano, a fuer de móvil, casi elástica; el lomo levemente curvado, como arco de junco. Y hacia el fondo, enmarcando la estampa y dándole una casta, preciosa lejanía, los jardines de su cárcel sagrada. Más allá aún (nuestros ojos la veían entonces y siguen viéndola todavía) la fusión de los horizontes del cielo y de la tierra.

Aquella figura inolvidable quedó bellamente evocada por Guillermo Valencia en el final de "Anarkos".

* * *

Dificultades múltiples rodeaban al pontificado cuando León XIII fué exaltado a la rectoría católica. Hacía poco que el poder temporal había sido usurpado, lo que si, como los días posteriores lo han puesto de relieve, no causó daño en la influencia espiritual y diplomática de la Silla Apostólica, sí trajo alteraciones de muy grave momento a sus relaciones con las sociedades políticas, consecuencia que, fatalmente, determinó al Pontífice a la tremenda y minuciosa labor de reanudar sus vínculos con los gobiernos de los cuales la habían alejado los acontecimientos últimos, tarea en la que se le vio obrar, como dice uno de sus biógrafos, con la paciencia con que la araña reconstruye, hebra a hebra, la tela destrozada.

A esta nociva desvinculación agregábanse malos gérmenes de rebeldía contra la doctrina de la que era guardián el santo y sabio pastor. En el seno de las revoluciones políticas que habían herido la perfecta concepción cristiana del Estado y la sociedad, engendrando a veces esas revoluciones y a veces siendo por ellas engendradas, venían desenvolviéndose amenazantes revoluciones intelectuales, negadoras del orden sobrenatural y promotoras de funestas y radicales herejías.

Mas no sólo en los órdenes jurídico e intelectual la simiente de rebeldía avanzaba en marchas prolíficas. Si la Enciclopedia había traído hielo y sal a las éras de la fe, y la revolución francesa había enfermado los surcos políticos, la

revolución industrial contribuía al caos universal disociando a los hombres y minando los principios esenciales de la concordia.

La consigna cristiana exigía, pues, un varón de diamante, capaz, como éste, de resistir duras presiones y de verter luz por cada una de sus faces. No podía faltarle a la Iglesia, en aquella conjuración de sombras y de escollos, aquel varón providencial. Nunca, por cierto, le ha faltado, porque la presencia divina la ha socorrido siempre, aún en aquellos momentos en que nuestra mirada sin alcance y penetración no ha sido suficiente a desentrañar, de pronto, sus arcanos designios. León XIII fué el varón delegado por Dios para hacer frente a aquella etapa en que la adversidad satánica asumía, como la fiera apocalíptica, cabezas innumerables y monstruosas. Fué largo y sostenido el combate. No bastó al adalid, como al mancebo bíblico, la honda única y el guijarro singular. Goliat no tenía más que una sola frente. Al moderno enemigo era necesario golpearlo y herirlo en todas las que simultáneamente presentaba. Como David, se adelantó a la lucha aparejado por la fuerza inmanente del Eterno. Y ante la atónita mirada de las edades, el asistido combatiente opuso a las tinieblas invasoras, sostenida en sus hombros, encorvados más que por el peso natural de los años por la gravedad sobrenatural de la empresa, la antorcha indeclinable de la Verdad.

León XIII fué entonces, lo es ahora, lo será en el futuro, venga como viniere, porque vendrá siempre de la mano de Dios, el signo de los tiempos, monte de luz, paradigma de caridad, prodigio de santidad, sabiduría y ciencia en el discurso histórico de los hombres y en la órbita divinal de la Iglesia. Por ese encadenamiento misterioso de la enseñanza evangélica, su voz no es sino eco perdurable, nada más, nada menos, de la que quemó nuestra carne en los labios sagrados de Jesús. ¡Oh divina unidad de lo inmutable! ¡Oh augusta persistencia de lo que siempre ha sido y nunca puede perecer!

Muéstrase admirable, aún apenas humanamente considerada, la obra pontificia de León XIII, no sólo por su

glorioso contenido, sino también por la variedad y la extensión. La sola cifra de sus encíclicas pone asombro en el ánimo de quien, al contemplar aquella obra gigantesca, no olvida cómo el jerarca de la Iglesia es el reclamado objeto de innumerables exigencias y cómo sus horas y minutos sufren ansioso asedio emanado de todos los sectores humanos. Aquella inteligencia y voluntad magníficas se distribuían y multiplicaban hasta el prodigio. Fué, en todos los sentidos y en todos los instantes, el padre insomne que nos describe la propia palabra del Maestro. Atendía la viña y custodiaba los contornos. Ninguna hora le halló ocioso y jamás bajó el sueño a sus párpados que no los encontrara vencidos antes por la ansiedad del corazón y la fatiga de la mente.

Una de las mayores solicitudes del gran Papa, después de fijar, en sus términos debidos, la libertad y posición de la Iglesia frente a los Estados, fué la de acudir al alivio y consuelo de la desventura de las clases humildes, de las anónimas muchedumbres a quienes los problemas inherentes al desarrollo industrial relacionados con el materialismo paganzante habían llevado a situaciones de inferioridad, creando el malestar económico que envenenaba los principios filosóficos del orden social, traía desorientación a las creencias religiosas y ponía malos gérmenes en las bases de la armonía de los pueblos.

El modo sapientísimo como el Papa, en bello y oportuno desenvolvimiento de la doctrina de la Iglesia, acudió a esta exigencia de nuestra edad y la suma sabiduría con que estudió el problema capital de las relaciones humanas, sábenlo de sobra las generaciones contemporáneas, que en este arduo punto y encendida materia reconocenlo como el más alto y más ilustre mentor. El propio constante recuerdo y exaltación universal de la encíclica "Rerum novarum", demuestra cómo esa carta fundamental cifró en síntesis perfecta la intrincada cuestión de los conflictos del capital y del trabajo y señaló el camino único, y como tal insustituible, de la paz, que es fruto del imperio del bien, y del progreso ordenado y libre, base de concordia en las naciones.

Largos años deparó Dios a su siervo, para que en ellos cumpliera él a plenitud la tarea excelentísima que le había sido reservada en el consejo arcano y para que los hombres pudiéramos hallar estímulo en el espectáculo de una vida en la cual tuvo altísimo cumplimiento la diligencia elogiada y premiada en la parábola de los que lucraron para el Señor con los talentos recibidos de sus manos: siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor.

Cuando, avanzaba ya su ancianidad, florida y ejemplar porque había sido ganada en ejercicio de santidad y en faena apostólica, vino hasta él la muerte a traerle la llamada de Dios, aceptó con júbilo el mensaje y pudo responderlo con un ardiente salmo de confianza, en el que hervían su fe en la misericordia infinita y el sosiego que le daba la ofrenda que al servicio del Padre y de sus hijos había hecho de su sér, desde el principio al fin, a través de la vasta trayectoria que para ello le fuera concedida.

“He cultivado la justicia, he afrontado largas luchas, realizado duros trabajos, sufrido ultrajes y triunfado de emboscadas; pero no desmayé como defensor de la fe. Es dulce sufrir por el rebaño de Cristo; también es dulce morir encarcelado por El.”

De modo semejante había hablado San Pablo a la Iglesia primitiva: “Bonum certamen certavi”: Combatí el buen combate. Uno y otro sabían que les esperaba la corona de gloria ofrecida a los que hacen el holocausto de su vida en aras de Dios y de los hombres. Joaquín Pecci ascendía a la promesa infalible de la montaña: Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

IV

- 1, ESTAMPA Y APOLOGIA DEL ADELANTADO DON SEBASTIAN DE BENALCAZAR
- 2, LOS TRES MISTERIOS DE LA AMERICA
- 3, INVOCACION AL LIBERTADOR

ESTAMPA DEL ADELANTADO DON SEBASTIAN DE BENALCAZAR Y APOLOGIA DE LA ESPAÑA CONQUISTADORA Y MISIONERA

*Oración con que fué recibido, en nombre del
Cabildo de Cali, en el cuarto centenario de
la fundación de la ciudad, el monumento
(obra de Victorio Macho) erigido al conquis-
tador por el Departamento del Valle del
Cauca. Cali, 1936.*

I. EL SENTIDO DE LA ESTATUA

Bien está aquí, sobre esta colina de los Andes, don Sebastián de Benalcázar. Los puntos cardinales se unifican en el eje de su perfil eternizado por el artista, como los vértices de la estrella en la línea de luz que los congrega en torno de su núcleo radiante. Desde este día perdurable en su significación histórica, este palmo de tierra constituido queda, por obra y gracia de la presencia heroica, en centro natural del paisaje circundante. Caído de los espacios siderales, el fuego de la gloria prendió aquí en llama de metal la antorcha de nuestra comarca, que por estar alimentada con la sustancia indígena, la misma que le da ser de cautivadora belleza a nuestros campos, arderá como pira sacra en el seno de las edades, alumbrando el devenir de las generaciones. Superponiéndose a la verdad simplemente humana de este monumento, que vivirá su muerta vida en los archivos del futuro, hay en él una verdad más entrañable: y es la que ahora, en nombre de la divina poesía, os anuncio

al decirnos que esta columna vernácula y esta efigie plasmada en bronce hispano no son obra del escultor y del cantero, cuyas manos y mente obraron al impulso de un soplo misterioso, sino fruto natural del vasto mundo descubierto y sometido por el conquistador, fruto engendrado en las entrañas de este retazo tropical de la América, que lo vio un día, hace cuatro centurias, pasar, como una candela desprendida de los astros, por sus montañas abismales y sus selvas compactas y sus llanuras tempestuosas y sus ríos innúmeros, y enamorada del héroe arcano que venía ella no sabía de dónde, del cielo estelar que la cubría, o de la tierra ignota, o de los confines fabulosos del destino, llenóse toda de él, hundió en su seno de india brava el resplandor que fluía de los ojos y la armadura del blanco campeador, y abriendo cauces al espíritu que lo movía, más vivaz todavía y luminoso que el relámpago de sus propias tormentas, púsolo a circular en el laberinto en que se acendran sus mejores criaturas: la piedra, los metales, el agua, el árbol, los vientos, y así plasmó su imagen para llevarla a presidir, como una síntesis de sí misma, desde este monte afortunado, el concierto de su naturaleza.

Bien está, pues, aquí, en esta sede de su señorío, el padre y numen tutelar de estos contornos. A la diestra el sur, con sus valles malignos, que diezmaron las columnas de asalto, y su cortejo de volcanes, que alineáronse en mitológica custodia para dar paso y rendir honor a la falange. Al otro lado, el abra mirífica del Valle, que él y su gente habían de explorar y enriquecer con perdurables fundaciones. Al fondo, guardando la espalda del héroe, que Dios hizo ancha y fuerte como para cargar un mundo, la arisca mole que nos separa del océano y que el Génesis puso allí para vertebrar el continente y para probar nuestra energía, porque perforando su muralla habríamos de ganar, en lucha con la cantera hostil y el agua ubicua, con la serpiente y el insecto, los caminos del mar. Y al frente, rutilante en el día y profunda en la noche como sus pupilas de águila, en diálogo incesante con ellas, la llanura que él fecundó con savia de vida indeficiente, sin cultivo y casi desierta entonces y hoy en perpetua incubación de todos los dones de la natu-

raleza, en escala que va desde el hombre hasta el sér elemental y recorre el profuso catálogo de los frutos del trópico.

No es ya la flecha en vuelo de luz cristiana, salida de la pléyade ibérica que centraba y regía en el Perú, como otro sol que ha vencido al del Inca, el marqués don Francisco Pizarro; ni es la racha grávida de simientes, que vino dejando su mensaje en riscos y planicies, a lo largo de tierras medidas con la cinta intermínima de las constelaciones. Cumplida ha quedado por el emisario la empresa de iluminación y puesto por su mano, en el regazo de estas regiones de América, el germen cuyo desenvolvimiento acaba de entregar, con la actitud de un príncipe que distribuye órdenes en la asamblea de sus siervos, a la labor subalterna de los siglos. Hállase el héroe, ahora, en la hora de la inmortalidad, que es el reposo augusto. Sebastián de Benalcázar, en cuanto creador, está viviendo aquí su séptimo día. La forma perecedera se estabiliza en sustancia perdurable y el hombre transitorio, escapado al episodio de la muerte, cobra la fijeza definitiva de los símbolos.

Explícate así, con la simplicidad de las obras extraordinarias, el sentido de la estatua. Victorio Macho ha seguido al conquistador, paso a paso, en su itinerario deslumbrante. Mas al fijarlo en la torre del monumento ha elegido el minuto en que se erguía sobre su propia plenitud, en la cima del plazo que le fué concedido para su empresa angélica, puesto que fué la suya faena de emisario, de anunciador de un poder y una doctrina, de evangelista de una cultura en cuya entraña, a pesar de los instrumentos de la realización, vino el mensaje de la cruz. De ahí el que falten en esta efigie los accidentes elementales que completaron habitualmente la figura del conquistador, y se nos muestre al que fué encarnación del movimiento en la quietud perfecta, casi abstracta, de los sueños cumplidos.

Porque fué sorprendido por el artista en ese momento preciso y central de su parábola, el conquistador no es aquí el hombre de antes y después, el del ascenso glorioso y la desventurada decadencia, sino lo que en ese instante, por voluntad de Dios, y sólo en ese instante, llegó a ser: el ar-

cángel. Contempladlo y advertiréis que ha sido concebido por el escultor en esta función maravillosa que en determinada hora de su vida cumple todo hombre superior. La superioridad humana es altura excepcional de espíritu, y ésta convierte al que con ella ha sido enriquecido en clarín y brazo de una idea, de un anhelo, de una doctrina religiosa, social, estética o política, de una norma de vida o de un sistema de gobierno. Obra entonces el hombre en nombre y al impulso de una fuerza que emana de los abismos de la inspiración y adquiere así el carácter místico de los seres superiores que vigilan y disponen el eslabonamiento de los días. El ángel fué el agente de Dios desde que por la rebeldía original vino a quedar interrumpida la política divina que había establecido la inteligencia directa entre la criatura y el Creador. Al devolver su voluntad a la fuente en que ella tuvo origen y constituirse en empresario de la Providencia, en la forma y medida en que le es dado interpretar los planes de la sabiduría insondable, el hombre se restituye aproximadamente a la pureza primitiva y asume la función que imprime el signo de elección con que se distinguen de la tribu numerosa el santo y el héroe, el sabio y el artista.

Al reflejarlo de ese modo, el escultor hizo en este caso, más que la efigie singular de uno de los mayores conquistadores de la América, la encarnación simbólica de esta dura, fulgente, abrumadora categoría humana. Por representarlo en su admirable integridad, este bronce, al par que a Sebastián de Benalcázar, trasunta, en abstracción impresionante, al varón casi mitológico que la España de aquella edad, incomparable en la historia de las empresas del heroísmo, envió a completar el descubrimiento y a adelantar el sometimiento político y conquista espiritual de las Indias occidentales.

Nunca es dada al artista la certidumbre plena del contenido de su obra. Porque el espíritu sustrae siempre una reserva de fuerzas que actúan en el afán del hombre más allá del alcance de sus cálculos y sus leyes, en una zona de libertad recóndita, avaramente defendida por los poderes de la participación que el alma trae consigo como sello de su estirpe suprema. El artista viene a ser de este modo obrero

del misterio, arcilla iluminada por los destellos de una hoguera que él mismo no conoce, urna de resonancia de armonías arcanas, mensajero de una noticia llegada a él de lejanías de eternidad. No es el poder del hombre lo que el genio del artista nos revela, según creía Goethe: es el poder de Dios.

Fue así cómo al modelar la imagen de un adalid de gesta el escultor nos ha dado la estampa de un arcángel. El centauro se ha transformado. En vano buscaremos el tronco de caballo que antes veíamos en él. Ya sólo resta una cabeza coronada por un nimbo solar; una veste de luz, que enciende el cuerpo en fulguraciones inefables; un índice orientador y una sandalia inmóvil, afirmada en la tierra sometida como esas raíces por las cuales descienden a los talleres geológicos la química del sol y los elementos de la atmósfera. Y unificando, en eje luminoso, las masas concurrentes, la espada prodigiosa, que ya no es allí símbolo ni instrumento de la humana contienda, sino relámpago de Dios, recogido en ella para abrir y alumbrar nuevos caminos al que el designio histórico había reservado al Conquistador como su pueblo escogido.

2. EL HEROE Y SU ODISEA

Conturbadora, como pocas entre los casos similares que nos ofrece la historia universal, muéstrasenos la gloria de Sebastián de Benalcázar. El ojo de los hombres clasifica y valora los matices de la luz en relación con los contrastes. Esencialmente hay siempre una unidad profunda en los héroes, puesto que el heroísmo no reside en las consecuencias de su empresa, sino en la simiente que al florecer proyecta una nueva claridad sobre el tiempo y modifica el curso de una edad o allega un concepto nuevo de la vida. Pero nuestra sensibilidad reacciona por modo más intenso cuando advierte contrastes más agudos entre los puntos extremos que a la contemplación ofrece la carrera del héroe. Tal el caso de Benalcázar, que de los más humildes fondos asciende, solitario, inerme, majestuoso, a la superficie de la historia.

¡Patético misterio el de su vida! Regazo de humildad y escasez lo recibe cuando surge a la angustia de los días en aldea de oscuro nombre, que al adherirse al suyo cobró el brillo de que había venido careciendo, perdida en un rincón de la vieja España. Nada presagia en su niñez el porvenir de lucha y gloria que se esconde, para asombro de las edades, en su ventura plenitud. El hijo de los Moyanos es un rapaz como cualquiera otro en la villana chiquillería del lugar. Mas ¿quién pudo llegar a las sombras en que se forjan y distribuyen los destinos? Rudo, vivaz, analfabeto, Sebastián cumple, en las faenas de su casa, funciones de peón infantil, que alterna con los juegos usuales en su edad y su medio de opacos horizontes. ¿Erigiase, acaso, en capitán de las cuadrillas de niños campesinos que iban y venían con él en el trabajo y vagabundeo propios del ambiente rural, estrecho y libre a un mismo tiempo, en que había nacido y empezado a crecer? ¿Heríalo ya, sin que él llegara a definir su sentido, el acicate de la espuela de oro que raya en la oscuridad y confusión el fondo de los corazones elegidos? ¿En las noches desiertas de su pueblo dialogó con los luceros vigilantes que más tarde habrían de encontrarse con él en la opulenta soledad de las noches americanas y habrían de bajar a las lanzas de su tropa y al acero, como ellos fulgurante, de su armadura? ¿Soñaba? ¿Ambicionaba? ¿Presentía? ¿O vivía, por el contrario, como los otros hijos de su plebe materna, sin más anhelos que los que suscitaban las diarias exigencias del hambre y de la sed, sumiso al rudimentario derrotero que principia en el camastro de la prole y va a desembocar, por un cauce de igual dolor, en la fosa enmalezada del cementerio campesino, que es otro camastro colectivo de esas gentes idénticas a sí mismas en el nacimiento, en la vida y en la muerte?

Universalmente conocido es el episodio que fija el momento en que el héroe, mancebillo de pobres menesteres, entra en la órbita cuyo vuelo ha de esculpir su nombre en los abismos de la inmortalidad. Dijérase una de aquellas leyendas infantiles que eligen los más humildes elementos para engendrar en ellos, como por obra de poderes mágicos, la grandeza que vence al tiempo y al espacio. La lucecita de

los campos, trepando al horizonte por las colinas de las nubes, se adueña de la noche y se convierte en fanal que alumbra y rige el sueño de los hombres.

Sebastián viaja un día por los caminos de su aldea arreando el borrico que porta leña o agua para la cocina maternal. La gloria espía al mozo y empuja al asno a un tremedal de la vereda. Bárbaro golpe de impaciencia deja muerto al jumento. Y como la vida, para desesperación de nuestra lógica estupefacta, juega a la paradoja, hé aquí que en esta escena de sainete rural la cobardía de un adolescente ante la amenaza de reprimendas familiares da principio a una carrera de fabulosas osadías.

El mancebo, al huír, escapa al dominio familiar y al de la historia. El destino alimenta en sus sombras al polluelo. Otros serán los días y diferentes las regiones en que habrá de resurgir, armado de insospechados resplandores, con la carga de la epopeya a las espaldas. Sebastián, en la América, no sabemos cuánto tiempo después de su llegada, impónese a las falanges de conquista como uno de sus más seguros conductores. Adivina que para saber mandar hay que saber obedecer y acepta las jefaturas de Pedrarias, de Hernández de Córdoba, de Pizarro y de Almagro. Mas ya, bajo el ajeno mando, el extremeño se señala por sus claras virtudes de caudillo. Reconócenselas los jueces definitivos de la guerra: los soldados. Actúa, además, en funciones civiles como alcalde de León. No hace violencia a su día. Muestra, por el contrario, el equilibrio de las fuerzas auténticas y la visión serena de los hombres que contrapesan sumisamente en su balanza la voluntad de Dios y su propia voluntad.

La conquista en la América Central había terminado por avanzar pesadamente, como un carro solicitado por impulsos contrarios. La gesta había degenerado en una corte bárbara. En la savia de la epopeya discurría el veneno de los pecados capitales. Por su grandeza singular, aquellos hombres requerían, para moverse sin chocar y despedazarse, órbitas inmensas. Peleaban selvas, pampas y cordilleras como si se tratara de cortijos domésticos. Eran hijos de la tormenta, tempestad ellos mismos, y cada uno medía sus

dominios con la vara de la centella. A tal edad, tales almas; a tal desierto, tales leones.

Pizarro y Almagro abren a Benalcázar los confines del mar descubierta por aquel otro homérica sacrificado en las disputas trágicas. Acepta y viene al sur. Es la tercera cifra de aquel tríptico gigantesco, mas obra todavía como simple teniente. Apenas ha llegado a la madurez. Apretado barboquejo de seda proyecta el carbón de la cabeza en un óvalo que aclara, contrastándolo, el rostro curtido por el sol. Los ojos, almendras talladas en el ébano más hondo y puro de la noche, aquél que crepita en el límite del aire, esmaltado por irradiaciones metafísicas. El torso, como el de los cíclopes, armado en planos de bronce sobre superficies vigorosamente delimitadas por el relieve de los altos tendones, la fuerza oculta ponía el pulso y color que en sus paredes abrasadas deja ver el hornillo de los crisoles. La usual armadura, vistiéndolo de hierro, apenas lo visto de sí mismo. En el cinto la espada ofrece el fenómeno de un tercer brazo natural.

Corresponde a la estampa la perfección épica del héroe. Está cercano el día de su actuación directa. El arbusto de la lejana Extremadura se ha transformado en roble inmenso, a cuya fronda puede abrigarse media América ecuatorial.

Arrebatado por el viento de la misión que le había sido reservada; al empuje de la energía acumulada en los años en que ofreció a otros su compañía de genial soldado, y en los cuales la hazaña no tuvo jamás el vuelo libre que requería su índole equilina; vencido al fin el vaso de su espíritu por la angustia heroica que en él habían ido dejando, una tras otra, las jornadas anteriores, emancípase Benalcázar de la rectoría de Pizarro y abre ante su ambición y la de sus gentes, espoleadas por el señuelo del Dorado, los confines de estas tierras desconocidas, a lo largo de cuyos montes y llanuras habría de desenvolver, inversamente, un camino paralelo al que había traído su nao por el mar.

Y es aquí dónde y cuándo el héroe se halla frente a la plenitud de su destino. La América interpone a su paso la más arisca de sus zonas: el nudo del Ecuador, en que el pla-

neta endurece su costra y aprieta su cintura con un triple ceñidor de montañas para defender la integridad de la esfera en el vértigo de las constelaciones. Brava y dura en los anales de la conquista fué esta correría de Benalcázar. La historia palidece ante la hazaña, cuya relación espera aún el poeta comparable en grandeza al conquistador que esculpa en piedra castellana la odisea sin par. Encarna en ese instante Benalcázar el genio de los Andes. Los cráteres se enfilan a contemplar la romería y encienden sus penachos para anunciar a la tierra y a los cielos la invasión. Despliegan los vientos sus falanges y desatan las tempestades sus centellas. El suelo pone en movimiento innumerables colonias de alimañas y el aire agita en las alas invisibles de los insectos los zumos de la muerte. Abren sus fauces los abismos. Las ciénagas afloran en burbujas suspirantes los miasmas de la fiebre, que mata con las visiones del delirio. Las tribus naturales acuden también a la defensa y alfombran con celadas el itinerario de la columna extraña. Fueron los de la marcha días de continua refriega y combativo insomnio, en que la atmósfera sentía a cada paso desgarrada su túnica por la saeta emponzoñada y por el filo estrellado de la lanza. El relincho del caballo, que por primera vez hería nuestros ámbitos, cumplía, ante el asombro indígena, la misión de corneta militar. Y así el mensaje cristiano avanzaba en éstas como en otras comarcas de la América en una tropa de centauros.

Nada fué suficiente a detener a Benalcázar. Traía el empuje de un heraldo de Dios. Su hora había llegado. Y en este valle generoso, cuyas perspectivas de ensueño debieron abrirse ante las pupilas españolas como un presente fausto, estaba señalado el más alto escalón de su glorioso derrotero. Su arribo al valle fué el arribo al momento cenital de su vida. El heroísmo de la ruta nos entregó el arcángel. Este que ahora emerge de la entraña de nuestra colina maternal, erguido en ella, quebrada en triángulo una pierna y afirmada la otra sobre la tierra sometida, en reposo la espada, perdido el ojo en la llanura y el brazo señalando la vía y horizonte del Pacífico, a cuyo ritmo cósmico, como al del Nilo la cesta de Moisés, se balancea el porvenir en esta hora ciega de la

historia. Ejerciendo queda aquí su destino de mensajero heroico, a fin de que nosotros y nuestros hijos seamos fieles a su enseñanza y dignos de ella.

Hay hombres superiores cuya grandeza se desenvuelve en permanente compañía de la desventura, ya en el campo económico, ya en la intimidad espiritual. A otros los aflige el dolor en pos de las embriagueces de la gloria. Mas el hecho es que si nunca falta en vida alguna la desgracia, menos en estas vidas eminentes, porque "la expiación de la grandeza" se cumple con la matemática necesidad de fenómeno obediente a las leyes de la física. Hasta este punto culminante de su carrera, Benalcázar fué hombre venturoso, en el sentido de que día tras día pudo contemplar, mucho más allá de lo que alcanzó sin duda a aspirar en sus comienzos, el ascenso continuo de su estrella. Iníciase aquí la curva descendente de la parábola. Coinciden en este ocaso triste todos los conquistadores españoles. El medio geográfico y político imponía el desenvolvimiento de sus obras por pautas de violencia. Y la violencia lima y roe los metales más firmes. Llegaba siempre para ellos un día en el cual la fuerza de su prestigio no obraba por modo suficiente sobre las gentes sumisas de la víspera. Era el momento del crepúsculo, comparable, por lo impreciso, a ese instante en que quiebra el sol sobre los campos y que sólo sabrían fijar las brisas y las aves. Por un privilegio semejante de Dios, la caducidad del héroe quienes la adivinan y presienten son los seres humildes.

En esta misma ciudad que poco antes había nacido al soplo de su genio y que ahora lo exalta y glorifica en bronce imperecedero, sufre Benalcázar, desposeído y en prisión, duro juicio y en pos de él infamante condena. Mientras se surte la apelación, decretado el secuestro de sus bienes, obligasele a partir para España. Bajando en lenta embarcación el Magdalena, la fiebre que venía aniquilándolo crece y avanza sobre las últimas reservas de su sangre. Languidece en indecible amargura, despojado, infamado, circuido de soledad. Hay una olímpica majestad en estos desamparos de los grandes vencidos, porque ellos clausuran el proceso a que deben ser sometidas las vidas heroicas para la nece-

saria depuración de la escoria inevitable. El concepto del heroísmo dice limpidez, y el dolor nos hace limpios.

Y el que había sido, como el otro, grande en el pensamiento y en la acción, supo ser también grande en el infortunio. En verdad os digo que no es mayor el Benalcázar fulgurante del medio día que este Benalcázar doblado y taciturno de la tarde. Rendida la cabeza sobre el pecho que ya se inclina hacia la tierra; turbias, como cisternas removidas, las pupilas en que antes anidaba el sol del trópico; cenicienta, casi de sal, la barba, y amarillento el bronce de la piel, que ahora se tuesta y raja como esos cueros que nuestros pastores curan, templados por el revés, a la intemperie; curva la espalda, mustios los brazos, pesadas y temblonas las piernas. No viste ya marcial arreo. La espada de la gloria, voluble aún ella misma, huyó, hace días, con los amigos de la fortuna.

Pero ya nada de eso le hace falta. Arma y gente fuéronle necesarias en los trajines de la milicia y del gobierno. Al enemigo de ayer sustituye, ante sus ojos, la muerte. Ya no contempla al hombre: mira a Dios.

Llegado a Cartagena, dicta su última voluntad, dispone su conciencia, y acaba. Un amigo, de los dos únicos que le quedaban, compró cuatro varas de ruán y pagó a una mujer, anónima y piadosa, un peso y dos reales para que con ese tosco lienzo de limosna amortajara el cuerpo del héroe.

Callen aquí la crónica y el romance. Ya está inmóvil. Ya puede descansar. Ya ha empezado a vivir la doble vida del seno de Dios y de la humana posteridad. Su obra y su nombre se confunden en una luz homérica.

Tres siglos después hacía igual camino y concluía en análogo vencimiento, pobre y desasistido como él, a la orilla del mismo mar, el Libertador de las tierras descubiertas y conquistadas por Benalcázar.

3. CONQUISTADOR Y FUNDADOR: SIMBOLO DE ESPAÑA

Mas no es sólo Benalcázar conquistador en el sentido singular de hombre de guerra y de dominio armado. Ostenta,

por el contrario, la asombrosa pluralidad de valores de inteligencia y corazón que señala y caracteriza a los fundadores de imperios. Coincidió en él, con el arranque épico, la capacidad de reposo en que el hombre define la línea de su acción y la naturaleza repara y distribuye sus fuerzas. Porque participan de las virtudes esenciales del cosmos, el hombre y las cosas de Dios nos dan la imagen y modelo de esta simultaneidad maravillosa, en cuya altura y perfección obtenemos la cifra de medida cuando aplicamos los instrumentos del análisis a los creadores y conductores de pueblos. Así son el río y el viento, que castigan, quebrantan y destruyen, y luego se acuestan en los campos, allí donde la naturaleza del terreno invita a su beneficio, a hacer el reparto de los dones acopiados en una marcha que parecía de muerte y destrucción y sólo éralo de vida y acarreo, de archivo y ordenación de gérmenes. Así es la tempestad, que cauteriza la gleba y pone fuego en las pajas infecundas, para limpiar el aire y enriquecer el surco con todos los tesoros de la atmósfera. Así es el sembrador, que arrasa y mueve el predio para que el grano brinde en plenitud su contenido de belleza y alimento.

La perspectiva histórica, que obra como aquellos cristales dispuestos para la eliminación de los accidentes perturbadores del objeto inquirido, nos muestra hoy la estampa de Sebastián de Benalcázar, en el fondo clarificado de su siglo, como la de un majestuoso campeador que abandonando el caballo de la conquista, baja a la tierra herida por su lanza de paladín y removida por el casco de la bestia a depositar en ella la simiente que venía confundida en su morral con los elementos de combate. De ahí el que su paso por las campiñas generosas de la América dejara en ellas, con la sangre y candela inevitables, una estela magnífica de futuras ciudades, de sembradíos y rebaños. Donde antes existía la tribu aislada y sometida a leyes torpes, erigió sistemas de cristiana intención y estableció gobiernos encaminados a propósitos de justicia. Fué sobre la barbarie natural y humana en cuyas vastas extensiones desarrolló su vuelo, no el águila rapaz que reduce la pupila a la presa ambicionada, sino paloma mensajera que va dejando en todas

partes, horizonte tras horizonte, la noticia de Dios. No era, como muchos hombres de estas épocas de necesario y continuo pelear, un fanático de la guerra. Amaba la paz. Buscábala y la imponía allí donde la obra de sujeción quedaba rematada. Tenía de la conquista un claro, auténtico concepto colonial, es decir, un concepto de proyección patriótica y cristiana.

El soldado que se siente inepto para las empresas que salen del marco de la lid crea en torno suyo ambiente bélico, e impidiendo el régimen jurídico, aspira a sujetarlo todo a cánones de violencia. Hasta donde en su edad y circunstancias pudo hacerlo, Benalcázar adelantó fundaciones de espíritu civil y propendió a la evangelización y docencia escolar de los indígenas. El antiguo alcalde de León podía ser, en su vidente ignorancia, en su analfabetismo iluminado, magistrado y patriarca de las tierras que su brazo de guerrero iba dejando uncidas a la corona hispana. "Diérale Dios, en Quien tanto libró y esperó, mayor vida y posibles, ha podido decir de él Guillermo Valencia, y habría él solo consumado la empresa desde Castilla de Oro hasta Nueva Toledo, la austral encomienda de Almagro".

Viene por este modo Benalcázar a ser símbolo excelente de la nación en cuyo nombre y por cuyo mandamiento obraba en Indias. Al recibir de manos de la Providencia el mundo descubierto por Colón, España lo estimó en calidad de presente divino y adhirió a él la sagrada obligación de redimirlo apostólicamente. "España fué así, como ya ha sido observado, estado misionero antes que conquistador. Si utilizó la espada fué para que, sobre ella, pasara triunfante la cruz. La tónica de la conquista la daba Isabel la Católica cuando a la hora de su muerte dictaba al escribano real estas palabras: "Nuestra principal intención fué de procurar atraer a los pueblos de ellas (las Indias) y les convertir a nuestra santa fe católica". La daba Carlos V cuando, al despedir a los prelados de Panamá y Cartagena, les decía: "Mirad que os he echado aquellas ánimas a cuestas; parad mientes que deis cuenta de ellas a Dios, y me descarguéis a mí". La dieron todos los monarcas, en frases que suscribiría el más ardoroso misionero de nuestra fe. La daban las

leyes de Indias, cuyo pensamiento oscila entre estas dos grandes preocupaciones: "la enseñanza del cristianismo y la defensa de los aborígenes".

El arco toral de la obra de España en América descansa en dos columnas inseparables: el soldado y el misionero. Logróse así, como lo observa Ramiro de Maeztu, "una perfecta compenetración entre los dos poderes: el temporal y el espiritual; compenetración que no tiene ejemplo en la historia y que es la originalidad característica de España ante el resto del mundo". Confirmada en el Concilio de Trento la doctrina de la unidad moral del género humano, esa doctrina inspiró, como lo observa el mismo Maeztu, la legislación del Consejo de Indias, que trocó la conquista del Nuevo Mundo en empresa evangélica y de incorporación a la cristiandad de aquellas razas que llamaban los reyes de Castilla "nuestros amigos los indios".

El soldado cumplía su misión en cuanto preparaba y favorecía la acción del evangelizador. Los dos constituyen la indisoluble unidad de España en Indias. El natural debía ser elevado a la dignidad de cristiano y dispuesto a la eterna salvación. La obra entera de la conquista, por encima de todas las demasías y errores correspondientes a la época, giraba en torno de este eje católico. Vinculados en la empresa común, el misionero era el apóstol y el conquistador era el heraldo. En la espada del uno canalizábase la corriente religiosa que el otro traía y desataba sobre el idólatra aborigen.

El puntual y fervoroso cumplimiento de este aspecto de su misión es lo que otorga a Benalcázar magnitud y brillo de primera calidad en la teoría de los conquistadores. Y ello pone pasmo especial en el ojo que lo mira. El genio militar no parece reñido con las miserables condiciones de su origen, ni aún con el ambiente primario de su niñez y de su adolescencia. Larga es la lista de extraordinarios capitanes surgidos en análogas circunstancias. Pero, en cambio, presenta nota de inverosímil la coexistencia de estos hechos oscuros con el alcance de su inteligencia en el dominio de todos los aspectos de la conquista. Hay una especie de brujería de la

vida, algo como una ironía del destino, o una inversión del orden natural, en esta encarnación tumultuosa y equilibrada a la vez, torrencial en el ímpetu y matemática en la distribución, de las virtudes universales de la sabiduría en la cantera bruta de aquel gañán de Extremadura, que del pozo en que yace un asno muerto por su mano de hierro sale, despavorido, en fuga hacia la historia. Todo: la arcilla elemental, el oficio primero, la perfecta incultura, la índole de la faena de conquista que embargó su juventud y su madurez, confluía a hacer de Sebastián de Benalcázar un rudo capataz de mesnadas vagabundas, como otros, con elementos más propicios, fuéronlo para desventura del nombre español en las Américas, y aquí, ahora, se nos muestra como un varón esclarecido por los dones de las más altas categorías del espíritu. Sólo una anticipada visión genial de los horizontes de éstas en esos tiempos semignotas comarcas, cuando aún andaba caótica y equivocada la geografía del continente, pudo dar a sus fundaciones esa unidad de pensamiento que ha reconocido la crítica después, como se puntualiza, al término cumplido, la exactitud de los vaticinios del profeta. Justifícase en estos hechos la conclusión a que ha llegado rigurosamente uno de sus más fervientes biógrafos:

“Por su energía integral; por su recia envergadura heroica; por su broncíneo vigor ambulatorio; por la amplia comprensión de su misión histórica, más meritoria cuanto más deficiente fuera su primitiva educación; por su tacto político; por su ambición, Sebastián de Benalcázar puede medirse, hombro a hombro, con Francisco Pizarro y Hernán Cortés, a quienes no es punto inferior y hasta pudiera decirse, sin aventura, que por ciertos aspectos llegó a superarles: en actividad dinámica a ambos, en desprendimiento a Cortés, y en genio, en acometividad, en discreción y nobles proceder a Pizarro.”

Tuvo, pues, Benalcázar, la grandeza esencial: aquélla que no muestra aleaciones sospechosas, ni es resultante de arduo esfuerzo, sino que brota, por augusto designio, como una luz congénita, de la raíz misma del hombre. No hubo en él factor alguno concurrente: antecedentes familiares, edu-

cación, disciplina o influencia, que hubiera estimulado o favorecido el desenvolvimiento de una personalidad de excepción. La gloria en él arguye por eso la presencia del fruto necesario. Bastóle, para no dejarla malograr, la admirable fidelidad a sí mismo que nos da en toda su parábola. De ahí que sea inseparable de su obra, con la cual se confunde como el fulgor de la llama con el principio del fuego que la engendra. Hubo una fuerza arcana en el impulso que lo arrancó a la gleba originaria y lo llevó a la cima fabulosa en que lo estamos viendo, lo vieron nuestros padres y habrán de verlo nuestros hijos, no importa bajo qué signo venga o vaya el oleaje de los tiempos. En su nombre y memoria perdura el brillo que anima las figuras esculpidas por los duros cinceles luminosos de la epopéya.

4. EL HEROE Y LA CIUDAD

Instalado en esta colina panorámica, el héroe se incorpora al escudo de la ciudad. Encaramado queda aquí, como un ángel custodio, sobre uno de los siete altos mogotes que interrumpen, al fondo, la perspectiva de aquel histórico blasón. Antes de que tornara en efigie a presidirla, la ciudad ha crecido largamente, como colmena alimentada por un jardín ubérrimo, y se ha tornado del breve aduar recostado contra la línea divisoria del valle y la montaña en esta densa masa de humanidad, cada día más compleja, más llena de ruido y de dolor.

No era preciso que le fuera devuelto en forma corporal para que la siguiera vigilando y asistiendo. Todo lo que en ella ha habido y hay de impulso ascendente, de fuerza generosa, de voluntad de acción, tiene principio en el hombre que la engendró en espíritu y le otorgó como patrimonio su asombrosa energía. Ella es y sigue siendo la hija perfecta del héroe porque nació de él en la cima de la gloria y en el comienzo de la desventura. De haber llegado a los términos de la medita-bunda ancianidad, en los cuales el hombre mide sus días y sus obras, la habría amado especialmente, con esa inefable predilección, hecha de gozo y amargura, con que amamos los seres y las cosas que se incorporaron a nuestra

vida en un minuto misterioso de ella. El ha sido, en todas sus jornadas, numen de su sér, clave de su historia, savia de su progreso, raíz y explicación de su índole peculiar, ésta que funde en su alma a Marta y a María y le ha permitido armonizar con la fervorosa dedicación a la faena diaria, humilde y fecunda, el cultivo del ensueño en que se recibe de Dios la lección de esa otra superior actividad que nos eleva sobre nosotros mismos. Fundada directamente por él u ordenada fundar por uno de sus subalternos, la ciudad presenta las señales de su carácter y su genio: que como él es ambiciosa, inquieta, ardiente, franca, hospitalaria, brava en el combatir, dura en el resistir, fiera al acometer, rápida y decidida al emprender, osada al avanzar, larga en el proyecto, obstinada en sus luchas, celosa de sus fueros, generosa de sus bienes, infatigable en el cumplimiento y renovación de sus anhelos, fiel a Dios, a la patria y a sus propios destinos.

Pudiera no haber acudido aquí en el bronce perdurable y estaría lo mismo con nosotros, o con mayor exactitud, en nosotros, entrañado en nuestro sér, metido en nuestra historia, rigiendo nuestros pasos, iluminando nuestra ruta, adoctrinándonos en la buena fortuna y calentando nuestro corazón en la adversidad. Mas la de este monumento es obra buena en cuanto trae a los sentidos, en forma bella y severa interpretación, una fuerza que iba escondida en nuestras almas, vívida, actuante, notoria para nosotros, pero invisible a los demás y por eso por muchos de ellos ignorada. Es así cómo esta estatua, más que un homenaje, viene a representar un símbolo. Esta estatua queda significando aquí el alma de la ciudad, que se confunde con el héroe. Porque en Sebastián de Benalcázar halló principio su existencia y en él renueva cada día su voluntad, su fe en Dios y su confianza en el resultado infalible del esfuerzo.

Héla aquí, oh capitán, tendida al pie de tu collado, reclinada a tus plantas, mirándote y dejándose mirar, complacida, como esas hijas que orgullosas de su rica fecundidad devuelven al tronco primitivo, en flor gallarda y vasto fruto, el principio genitor que de él recibieron en su origen. La aldea antigua es ya ciudad de anchas fronteras. Invadido

el ribazo original, avanza a la llanura y clava las flechas de sus fábricas donde antes pacían en libertad geórgica las greyes. Cada día suben más sus almenas y tejados. Este rumor que hasta aquí llega, en el aura, viene a contarte cuán recia y ardorosa y sin descanso es su labor de vida. Mira aquellas torres y cúpulas que se yerguen sobre el conjunto: son las casas en que adora a Dios y alimenta su esperanza. Aquellas celdillas de colmena son las sedes de la industria y las oficinas del comercio. Allá guarda sus armas y centinelas la república. Esos puentes vinieron cuando la ciudad, como dijo el poeta, se atravesó el pecho con el puñal de plata de su río. Dos líneas paralelas fulgen en la planicie: es la vía de hierro, que no conoció tu edad, y ahora ciñe las distintas regiones de la patria. Esas cintas blancas son el cauce de la sonora mecánica que ha hecho de tu pueblo la rosa de los viajes. Aquel circo romano la palestra en que la juventud enriquece la sangre, afirma el músculo, quema la piel y el hueso de la raza, y donde ahora unifica, en flor de pétalos continentales, las indianas banderas que no alcanzaste a ver. Aquí, en esta casa próxima, vivió el cantor que completó la obra de tu conquista haciendo de tu comarca provincia de la poesía inmortal. Esos cuadros de verdura son los huertos por donde respira la tierra fatigada del hombre y sus empresas. Los varios tonos de esmeralda del valle son fundos de ganado, plantíos de frutales, sementeras de arroz y miel, labranzas de hortalizas. Recréate en tu obra, en la obra de tus hijos, en la obra de Dios. ¿Te ha parecido que en la noche el cielo se vuelca sobre el valle? Es que el hombre ha captado el secreto luminoso del rayo y ha avanzado en sus artificios hasta la descomposición y fraccionamiento del relámpago. ¿Miras a lo alto? No te espantes, capitán: la máquina ha cobrado alas en su propia fuerza. Lo que tú recorriste bravamente, como un gusano movido por el alma de Job, en largas, inverosímiles jornadas, recórrelo el hombre de estos días en vuelo rapidísimo, mayor que el de esos cóndores que en las cumbres veías pasar sobre tus tiendas. Trasmite así también su pensar y su sentir. Las cosas cambian, capitán. Las cosas han cambiado. Sólo el hombre permanece idéntico. Idéntico en su miseria y su dolor.

Han corrido cuatro centurias desde el heroico día en que llegaste al lugar donde hoy te yergues vaciado en flor de piedra y bronce, hasta éste de nuestra edad desposeída de la pujanza épica de la en que tú alentaste, mas llena, como ella, de la esencia dramática de la vida. Oye cómo, empinada hacia ti en jubilosa evocación, la ciudad se congrega alrededor de tu collado para decirte que ha sido y seguirá siendo fiel a tu espíritu y a la osadía que de ti tiene recibida. Tú le enseñaste, justador de temple inflexible, a vencer las montañas, a sufrir la intemperie y a superar la hora hostil.

Y con este juramento de fe y esta promesa de esperanza, te saluda y aclama como su padre y guía, ¡oh formidable adelantado de la epopeya americana!

LOS TRES MISTERIOS DE AMERICA

*En el cuarto centenario del Inca Garcilaso
de la Vega. Cuzco, 1939.*

Sobre la clausura histórica milenaria de América escribió Luis López de Mesa en uno de sus libros, con triple hermosura de concepto, imagen y forma, lo siguiente:

“Todos los pueblos de imaginación creadora han forjado leyendas de alguna princesa cautiva de monstruos, a quien un predestinado logra libertar heroicamente, haciéndose felices una y otro, y devolviendo a los habitantes de la comarca entera el equilibrio de una venturanza común.

“Tal así, América fué por milenios sombríos la princesa encantada de los dos grandes océanos del mundo. Parece como si un signo ineluctable la hubiera guardado con asidua pertinacia a los ojos inquisitivos de sucesivas civilizaciones.”

La sugestión es de alto y comprensivo linaje, porque valiéndose de un viejo símbolo enlaza en cifra cierta la expresión alegórica y la realidad en esa expresión aludida y compendiada, y porque coloca el ignorado pretérito de la América en el reino de la fábula, dorado por luces inefables, que corresponde a ciertos momentos de la humanidad, no alumbrados todavía plenamente por la investigación histórica, y llenos, como la gravidez de las madres, de un hondo ímpetu de vida que en su esfuerzo de plenitud se duplica, renovándose.

Cuando las naves de los conquistadores, en su viaje hacia el oriente, dan con ella en su ruta del mar, América apenas si se incorpora, a medias, en el mundo historiado. Los mares que la aprisionan muéstranse avaros guardianes de su tesoro, y ella misma interpone sus fieros atavíos de india brava (hondas selvas, anchos ríos, montes de hielo, marañas, lagos y llanuras, y vistiéndolo todo, que era vestirlo todo de ella misma, su sol de ardiente esmalte) para que la exploración europea tuviera siempre, más allá de sus arduas conquistas, una zona de misterio, inaccesible, y por ello poblada de innúmeras sugerencias que se proyectaran en enloquecedora invitación sobre el ánimo aventurero.

Jamás, ni aún en nuestros días, la América ha descubierto plenamente esta encantada reserva de misterio. Hay todavía en ella, en sus llanuras sin confín, en sus pardos arenales, en la oscura Amazonia, en los Andes inmensos; en su inquietud civil, llena de avances y retrocesos, de momentos de admirable pureza democrática y períodos de confusión y desequilibrio bárbaros; y sobre todo, en su corazón amasado con múltiples arcillas de la tierra, en su sangre portadora de los anhelos y angustias convergentes en la flor aún incompleta de su mestizaje, algo indefinido y arcano, algo que por evasivo escapa a la mente y a su análisis y se sitúa en zonas en las cuales una atmósfera bruja desata vientos inapelables sobre la bujía inquisidora que avanza hasta las sombras que ante ese análisis ha venido ella oponiendo en defensas sucesivas.

Los mapas en que los geógrafos contemporáneos del descubrimiento trazaron los perfiles de la América, son la clave y signo del caótico desdibujamiento que por aquellas épocas esfumaba los términos del continente, cuya forma no vino a quedar fijada sino mucho después de que las naos exploradoras habían delineado sobre las playas vírgenes de ambos mares las curvas en que iba cumpliéndose la conjunción de las aguas y de la tierra. La figura geográfica pudo ser al fin precisada. Y el misterio encerrado en sus confines escapó, no hacia fuera, sino hacia dentro, como el perfume de la flor desgajada, que se recoge en los últimos e invisibles recintos de la corola.

El numen del misterio presidió el nacimiento histórico de América. Una inteligencia que parecía a algunas gentes de su contorno caída en extravío suscita las contradicciones de la sabiduría y prepara esta sorpresa de Dios al hombre, que a lo sumo concibe entonces la reducción de las distancias, pero no acierta a adivinar lo que existe más allá de las que hasta esa época lleva recorridas. La andanza suplicante de Colón por casas de reyes y de sabios, con el señuelo de una empresa que a nadie seduce sino a unos monjes y a una reina, torres de luz en la circundante opacidad, adquiere en la perspectiva de los siglos esa grandeza conturbadora y desesperante de la verdad desconocida y negada, del pensamiento rechazado por la atonía de la mente, del fulgor detenido por obstinada resistencia a la revisión de valores juzgados como inmóviles, de la locura, si se quiere, de esa locura extraña, genial talvez, que a veces llega a ser pupila que acierta entre las tinieblas de la noche.

En el discurso humano, si la grandeza se basa en la desproporción de los medios y los fines, cuán grande es el momento en que Colón organiza la expedición hacia los mares ignotos entre cuyos vírgenes horizontes, haciendo, en la esfera, contrafaz a la China misteriosa, se erguía este nuevo misterio, presente y pretérito, de la América, sin nombre todavía en las lenguas de la cultura occidental. Atrás quedan su oscuro principiar en los primeros viajes por el Mediterráneo y el otro a Inglaterra, quebrantado más que por el asalto corsario, por el dedo de Dios, a la altura de Gibraltar. Atrás los días en Lisboa, el menudo comercio con los vecinos litorales, el atisbo al Africa fronteriza y el contacto, que obró en su espíritu como semilla restauradora de sus sueños, con los exploradores portugueses, dura gente de mar a la que el genio cósmico había educado el ojo y el oído para leer en el espejo de las aguas y descifrar en el cántico de las olas mensajes de inabarcables lejanías y el genio de la epopeya había infundido el aliento requerido para las gestas legendarias. Atrás los diálogos con los frailes de la Rábida, iluminados ellos sí por la candela que arde y fulge en la mente de Cristóbal; las decisivas consultas a Toscanelli; las deliberaciones con Santángel; la primera plática

con Isabel; los tardos períodos en que, para servicio de su anhelo, vivió vida de oscuro y a veces humillado pretendiente en la corte española, cargado, sin que los ciegos funcionarios lo advirtieran, sin que pudieran advertirlo, con los dones y gloria de las desconocidas mitades del mar y de la tierra. Atrás toda esa etapa dolorosa, ardiente, larga, del héroe y visionario, que se llena de luz cuando los hombres los descubren en el ápice de su empresa, pero que ellos han vivido en plenitud de sacrificio y soledad. Atrás, en fin, ese solícito recogimiento de las fuerzas interiores que precede al ímpetu del vuelo y transforma en acero los músculos del ala, convirtiendo al ave y al hombre en vehículos precisos de los movimientos de la naturaleza y de los designios de la Divinidad.

Colón se entrega ahora a los menesteres exigidos para la culminación de su sueño, que es en él interior y perfecta certidumbre. La imaginación reconstruye sus trajines, plácidos y angustiosos a la vez. Oviedo nos ayuda, en trazos rápidos, con su retrato físico: buena estatura, noble aspecto, duros miembros, vivo el ojo y el cabello bermejo, encendida la cutis y pecosa; gracioso a ratos, a veces iracundo, nunca, si no en la cólera, fallóle el porte digno e imponente.

Disponen ya sus manos del dinero penosamente solicitado y arduamente conseguido. Corta es, sin embargo, la dádiva entregada, porque en su tasa y cuenta han mediado los apuros de la hacienda española y la duda en los resultados de la empresa. Colón discurre entre la arisca marinería y agita ante sus ojos la tentación de tesoros incontables. Va. Viene. Afirma. Alienta. Torna a ir y venir, y a sostener su certidumbre ante los que le niegan fe y el vasto lucro ante los que sudan y fallecen en servidumbre mercenaria. Ayer fué el repetido golpear en los palacios reales; ahora el terco hablar en los tugurios marineros. A la incon vencible suficiencia de los altos, en la corte, ha sucedido la curiosidad, lista al oír, pero cerrada al acceder, de aquel pueblo de pescadores que aman la exploración oceánica, mas se definen en el círculo de los términos reconocidos.

Un día la fuerza de su corazón alcanza esta segunda victoria, no menos laboriosa que la primera e igualmente deci-

siva para la conquista de la última, que ha de completar la trinidad de sus trofeos históricos. La hora en que las carabelas de Colón rompen las aguas del puerto de Palos de Moguer marcan el principio de la nueva edad geográfica del mundo. En la estela que en pos de sí va dejando el fiero caudillo de los mares, van cayendo, privadas de sus cimientos míticos, las columnas de Hércules. Velados por el horizonte, en las islas y montañas de Tierra Firme, esperando el grito de Rodrigo de Triana, vigilan la marcha de la expedición, para surgir a los ojos de los hombres, los restos de la Atlántida.

Y aquí termina, enlazándose con el segundo, el primer misterio de la América.

* * *

Este segundo misterio tiene un doble carácter geográfico y espiritual.

Dos sorpresas acudieron al encuentro del Almirante: la tierra y el hombre. Anunciáronle la primera, con los fragmentos forestales que flotando en las aguas venían hacia él, las aves de las islas, que interrumpiendo sus devaneos sobre los filos de las olas, regresaban, orientándolo con su vuelo, a los bosques del litoral, espantadas por la presencia de las extrañas embarcaciones que ahora se mecían en sus propias hamacas del océano. Tuvo ante sí la otra sorpresa cuando, próximo ya a la orilla, empezó a delinearse contra el fondo de los árboles, esmaltada por la luz cegadora de nuestra zona, la cobriza estampa, coloreada con plumajes de pájaros y adornos vegetales, del hijo de esta tierra, semejante a ella en la piel, penetrado en lo interior de su ambiente, y rendido, en tributo religioso de adoración, ante las más impresionantes de sus manifestaciones o ante los astros, a cuyo influjo, con el giro ritual de sus trabajos y sus días, confiaba el destino de la raza.

Confirmado así, por el hallazgo de Tierra Firme, el sueño de Colón, iníciase en este punto nueva etapa en la teoría de maravillas que constituyó la incorporación del continente americano al concierto de las tierras hasta ese entonces conocidas. Inútil, aquí, la alusión al pensamiento que presidió su viaje. Pudo no saber con certeza qué era,

en verdad, lo que había hallado. Dijo tan sólo que era éste “el mayor señorío rico que hay en el mundo”. Dijo “del oro, de las perlas, de las piedras preciosas.” ¿Qué importa, como ha sido bellamente observado, “que navegara por error si navegaba hacia la verdad?” Su sueño empezó a cumplirse más allá de su sueño. Puede que este impensado hemisferio saliérale al paso cuando creía ir hacia las otras Indias. América sabe desde entonces la ciencia misteriosa (misteriosa como ella misma) de interponerse en los caminos equivocados. Lo cierto es que hay una disposición primitiva y heroica en el tiempo en que la humanidad recibió este presente de Dios, que modificó conceptos inveterados, ensanchó y enriqueció los campos de la ciencia y comprobó la discutida redondez del mundo, mencionada ya, de antaño, en textos de la Escritura. (1)

Desde ese instante, España, a la que se debía el descubrimiento, desbordó sobre sus recientes dominios de ultramar el impulso de epopeya que había venido moviéndose en su seno a través de los luengos siglos de la guerra de Reconquista, y se dispuso, vencida ya Granada y expulsada la morería, “a hacer volar los estandartes de Aragón y de Castilla desde las torres de la Alhambra hasta los palacios de Moctezuma y Atahualpa” y a cubrir con su sombra y su luz el desarrollo de la historia futura de nuestra América. Y ese conjunto humano, intrépido hasta lo inverosímil, y en cuyo sueño cabían los sueños todos, desde el que resplandece con los candores infantiles hasta el que se tiñe con las sombras de las más bajas concupiscencias del espíritu y de la carne, vivía también las inquietudes de su época y ardía en sed de hazañas, cuyo botín se repartieron la grandeza y el lucro.

(1) Van las nubes girando por todas partes, doquiera que las guía la voluntad de El que las gobierna, prontas a ejecutar sus órdenes en toda la redondez de la tierra. (Job, XXXVII, 12).

Corre el viento soplando por toda la redondez de la tierra, y vuelve a comenzar sus giros. (Eclesiástico, I, 6).

Porque mía es la redondez de la tierra y cuanto ella contiene. (almo XLIX, 12).

Una tras otra, en lentas naos, no muy alhajadas de bastimentos y medios de combate, plenas sí de heterogénea tripulación, las armadas peninsulares salían cantando, bullentes de osadía, ufanas de su heroica proeza, hacia las Indias misteriosas y en ellas depositaban —pasto de gloria y muerte— sus huestes de buscadores de mando y alto nombre, los unos; de riquezas los mismos y los otros; de almas qué convertir los que, confundidos con los de la milicia guerrera y política, llegaban a la milicia pacífica y apostólica del Señor.

Conturba el pensamiento y el corazón la contemplación retrospectiva de esta inverosímil empresa del descubrimiento y conquista de la América. No es la lucha con el indígena rebelde, ni con el obstáculo natural y la adversidad del clima, con el hambre y la sed, ni tampoco con la discordia interna, que entraba y entorpece, más que las otras dificultades, el avance y colonización de las mesnadas. Es todo eso, sí, pero dentro de la niebla de misterio que envuelve, penetrándolas, la vida y obra del conquistador español en sus andanzas y combates. Misterio esta luz desconocida, brava de resplandores como si hubiera sido obtenida en una suma de aceros contrapuestos al sol; misterio este veleidoso firmamento, arreado de azul tierno en la hora calma, y al instante, en rapidísima mudanza, negro de tempestad y deshecho en diluvios y relámpagos; misterio estas noches anchas y profundas, en que las estrellas caen sobre horizontes lejanísimos; misterio este mar de límites ignorados, portador, a veces, de una flora jamás vista; misterio estas montañas interminables, vestidas unas de apretada vegetación y yermas otras, cubiertas por una piel de arena y de ceniza, y coronadas por plutónica escolta de volcanes; misterio las llanuras y las selvas, la red fluvial y la rosa de los vientos, la fauna innumerable, el canto y plumaje de los pájaros, la fuerza metálica del clima, cuya voz y sustancia se hace presente al invasor en el suspiro palpable del insecto. Y misterio, sobre todos los misterios de esta nueva naturaleza, la raza que ella nutre, pintada del color de la tierra y en la que el espíritu indescifrable se agazapa y abisma en la profundidad de las pupilas sin clave y en la sutil sabiduría de su silencio.

Nada, si no el aliento heroico de aquella hora en que los descubrimientos geográficos restauraron en el hombre el ímpetu elemental de las edades primordiales, puede darnos explicación de la osadía hispana en la conquista de la América. El mundo, con el descubrimiento, asistía, en cierto modo, a una especie de recreación. Fué como si la luz y el soplo del Génesis tornara a caer de nuevo sobre la Tierra, y a renovar en el hombre aquella disposición migratoria y aquella índole imperial que dispersó las familias primitivas a la conquista de ignoradas regiones. Sólo corazones tornados a templar en los crisoles bíblicos pudieron afrontar, en la gesta de Tierra Firme, esta romería ciclópea por un mundo desconocido, abrumador en todas sus manifestaciones, y abrumador, como en ninguna, en la de su misterio ambiente y múltiple.

* * *

Entre la serie de varones de gesta que las armadas españolas trajeron a las Indias, señálase, en el plano de Cortés, Benalcázar y Jiménez de Quesada, cediendo a cada uno en los relieves en cada uno dominantes, mas emulándolos a todos en la voluntad de empresa, que alcanzó en él la altura de los grandes capitanes históricos, el fuerte y duro Francisco Pizarro, tenaz buscador de las comarcas de los Incas, varón de peligro y de leyenda, espejo, por ello, de su edad, y a quien las que después han venido contemplan escapado a la simple crónica de aquélla y ascendido al resplandor de una página homérica, escrita por él mismo —analfabeto glorioso— con la punta y el fuego de su espada, sobre la propia arisca tierra por cuyo dominio combatía.

Aquilina, en verdad, y soberbia la estampa del Marqués. Barro de mísera alquería amasado por pezuña de cerdo y endurecido a la intemperie es el de este huesudo y alto cuerpo, que sufrió sin quebranto el golpe del mar, la sed y el hambre en las islas del Gallo y de Gorgona, el sol del Ecuador, la angustia y fatigas sin cuento de una empresa que requirió ocho años de preparación, en los que cualquier espíritu que no hubiera sido el de este ibero puro hubiera

caído en el fracaso, porque esos años fueron, uno tras otro y en conjunto, hasta el triunfo definitivo de Pizarro, la odisea, sucesivamente renovada, del perfecto imposible. Pero en Pizarro alienta un sér idéntico a su acerada contextura. Dícenlo el ojo de ébano y la nariz rampante, la barba recia y esa piel dura y elástica de campeador, que el tinte amarillento del trópico aproximaba ahora al cuero terroso del león. Pocas veces humana voluntad resistió, sin doblegarse, tan insistente adversidad como la suya. ¿De qué madera, no, de qué piedra estabas hecho, ¡oh Marqués!, que así venciste, no ya al hombre, que apenas si podía igualarte, sino a los libres elementos de una zona desconocida e iracunda, y cabalgando un mar cerrero, que nunca había sentido peso de bajel en sus lomos, aguantando vientos y tempestades, haciendo gatear tropas por sierras fabulosas y laberínticas marañas, vadeando ríos salvajes, quemándote en la fiebre voladora de los esteros y en el frío acuchillante de los páramos, en un éxodo por nadie antes que por ti desenvuelto, completaste la obra de los que no avanzaron tanto como tú, y sumando a los dominios españoles tierras innumerables, abriste los caminos del sur, cuyos cielos reprodujeron ante tus ojos, en el reflejo de una constelación inédita para ellos, la cruz que venía en tu vanguardia?

Impone la justicia no callar las crueldades, durezas y equívocas astucias del Marqués. Mas, ¿cuándo no fueron ellas con el hombre y sobre todo con el soldado de conquista? La obra de España en nuestra América vino a cumplirse en tiempo y circunstancias que no podían hacer de ella tarea bonancible. Sin llegar a la aceptación moral de lo que en ella hubo de oscuro y condenable, es igualmente equitativo, en la contemplación de la labor hispana de la conquista, como también en el análisis y juicio de los que la cumplieron, atender a las fuerzas ambientes en cuyo remolino aquélla se movía, y al conjunto de acciones que sus capitanes nos presentan. Pizarro compensa su escoria en los últimos años de su vida, como Sebastián de Benalcázar en la disposición y espíritu de sus admirables fundaciones.

Deja, ¡oh Marqués!, que como antes en la insistente búsqueda de las rutas y tierras del sur y en el heroico afán

de su descubrimiento y conquista, te contemplemos ahora inclinado ya sobre el final descanso de tus días, bajo el prestigio de tu nombre y de tu gloria. Rota para siempre la dominación de los incas; vencida la rebeldía póstuma de Manco; apaciguadas, al parecer por lo menos, las discordias entre los jefes españoles, en las cuales, más que por acción directa, te has visto mezclado por otros que han llevado y traído en ellas tu nombre y tu prestigio, anhelas el reposo y quietud que nunca te han sido concedidos y te entretienes en el cultivo de tu huerto, sin escuchar que en torno a ti ronda y camina en puntillas la asechanza. Podrías ser ahora el sembrador que la nueva edad de las Indias necesita. Este descanso en que te hallas no es sino el tránsito que está verificándose en ti del hombre de conquista al fundador, del caudillo marcial al apacible empresario de la colonia. Pero, Marqués, no hay tiempo ya. Ahí están, a tu puerta, las espadas y puñales de la venganza. No vienen en nombre de Atahualpa. Arruinado el imperio de su raza, el jefe incaico duerme, vencido para siempre, en su fosa. Son las gentes de Almagro, que te cobran ahora, Dios sabe con qué título, las épocas de rivalidad con el intermitente compañero. No quisieras de nuevo combatir. Mas juzgas que no es posible a un héroe sucumbir sin defensa, y acudes a la espada. Inútil ya, Marqués. Ha sonado tu hora. Tal vez tengas merecida esta muerte sin brillo, para que en ella y por ella quede definitivamente redimida tu escoria y fulja así más limpia y deslumbrante tu grandeza. La cruz que al caer trazaste en el suelo, para morir besándola, háyate redimido, también, ante el juicio de Dios.

* * *

Este segundo y doble misterio de la América, de su fabulosa geografía y de sus culturas autóctonas, no menos fabulosas, y rendidas con desigual resistencia y actitud ante las cortas falanges de hombres blancos, en parte alguna fué de más alto viso y honda profundidad que en la comarca del Perú, patria de los Hijos del Sol, y en la ciudad sagrada del Cuzco, sede imperial, trono del Inca, santuario del ídolo

y centro rector, en todas las disciplinas religiosas y políticas, de la más extensa organización indígena hallada en el sur por los descubridores de Tierra Firme.

“Siéntese uno tentado, dice Kirkpatrick, a escribir la historia de la conquista española con superlativos; pero los superlativos son insuficientes para narrar la caída del imperio incaico.”

Familia de remotos orígenes y monarquía cuya raíz ha escapado a la investigación histórica, ella cifra, acaso como ninguna de las otras en las Indias —sus pares en el nivel de la cultura (las que habían crecido en los territorios del Norte), las menores que ella (pobladoras de los territorios de Arauco y Nueva Granada)— el misterio indígena de la América, este misterio racial, más hondo aún, más evasivo y nebuloso que el del medio natural, que al fin ha ido, lentamente, si bien con graves reservas todavía, entregándose a las generaciones posteriores, al paso que aquél, el del complejo psicológico y originario del indio, ha ido, en ruta inversa, alejándose con el tiempo de nuestra inteligencia y dejando, sobre la tierra de las pérdidas patrias, ruinas aisladas e inconexas, y en la mezclada descendencia de sus sangres empobrecidas, retoños engendrados en su tristeza irredimible, indolentes y adustos como el cardo que nace en las rugosidades de sus sierras.

Una afirmación parece posible respecto a la época en que irrumpen en el Perú las tropas españolas, y es la decadencia del Imperio del Sol. La obra de su ingente organización; la creación de su arquitectura; la red de sus calzadas admirables, tan largas como sólidas y atrevidas; sus conquistas territoriales y la precisa distribución tributaria de sus gentes, empeños eran todos que habían sido cumplidos cuando Pizarro arriba a Cajamarca. El Imperio vive en esos momentos una crisis política, si ya no ha iniciado, como sugiere la tesis más probable, el periodo de su disolución. Huayna Capac había roto la organización tradicional del Imperio y dividido sus dominios. Grave discordia enferma el tronco incaico. La lucha de sucesión entablada entre Huáscar y Atahualpa no es episodio momentáneo sino escisión definitiva en el linaje de los incas y en el vasto país de su go-

bierno. El árbol de centurias en el tiempo y de anchos rama-
jes en la extensión territorial estaba perforado ya por el
gusano que siembra el germen de la ruina en la raíz de las
naciones. Cuando los conquistadores ibéricos, con valentía
y astucia sin adjetivos en el lenguaje, fueron osados a me-
terse en el ruedo mismo de su sombra, tan sólo si un grupo
mínimo de hombres lo respaldaba y defendía. Mas ellos no
eran más que ese residuo inútil de resistencia, mezcla de
orgullo y desesperación, que se recoge en la hora última de
las culturas y los pueblos. Apenas si hubieran podido des-
atar una ráfaga sin fuerza. Pero la misma brisa que, sin tron-
charla, pasa acariciando la flor, derriba la vieja, flaca encina
cuando en ella ha medrado, porque Dios lo ha querido, la
savia de la muerte.

* * *

Cúpole a la ciudad de Cuzco, de fundación inmemorial,
el privilegio de ser la cuna del discreto evangelista de la
cultura incaica, nacido, para la cumplida realización de esta
conveniente finalidad, de la confluencia de las sangres de
los dominadores y de los sojuzgados, de los nativos de Amé-
rica y de los recién llegados de España.

Dícenos él, en páginas henchidas de la simplicidad nar-
rativa de los códices antiguos, el origen de sus maternos
antepasados. Oyólo un día, en plática doméstica, a uno de
los viejos varones de su casa. Sobre la inorgánica agrupación
en que vivían bestialmente, en tiempos remotos, las pri-
mitivas gentes de estas regiones, nuestro padre el Sol,
apiadado, envió del cielo un hijo y una hija de los suyos,
para que los adoctrinasen en su propio conocimiento, y
enseñándoles a adorarle, los hiciesen tenerlo por su dios.
Constituídos por el Sol en reyes y señores de todas las gentes
que adoctrinasen, los despidió de sí. Viendo cumplidas en
este sitio de su peregrinación las señales prescritas por el
Sol, fundaron la ciudad, principio y centro del Imperio y
lugar en que había de levantarse, guarnecido de oro, el
templo de las adoraciones.

Otras fábulas, que el mismo Garcilaso nos transmite,
narran de distintas maneras el origen de los Hijos del Sol
y la procedencia de sus reyes. Los mitos se pierden en las

brumas de los días sin historia de América, hundida en sueño secular, guardada por los dos piélagos laterales, velada por sus selvas y cordilleras, y medio esfumada ante el ojo que pretende inquirir sus lejanías enigmáticas.

Dura raza, en verdad, ésta de los incas, llevada talvez por un misterioso impulso de la tierra a la en que arraigó su dominio. Cualquiera que haya sido la cepa humana de su origen, esa recia comarca de los Andes la endureció a su imagen y semejanza y modeló su genio para la creación imperial con que ha llenado de asombro a los siglos posteriores. El hombre nuevo que, recorriendo su país, descubre la costra de inverosímil aspereza en que movía sus pueblos e instalaba sus fundaciones, quédase estupefacto ante su obra y sólo encuentra para ella explicación posible en la compenetración profunda, casi cósmica, del hombre antiguo de las tribus y la árida región de su residencia en el Continente. ¡Qué mayor y más fiero misterio, entre los comprendidos en el orden de lo visible, que el de esos paisajes torturados, desenvueltos en todos los colores ascéticos de la naturaleza,

en escala innumerable que va del amarillo sepia de una gleba abrasada por la sed, al ocre de los dispersos pedregales, y al gris de acero de las voladoras arenas, y al morado de los montuosos horizontes, y por fin, a ese verde maravilloso, más verde, por realidad o por contraste, que todos los verdes conocidos, verde de esmeralda exclusiva, de los escasos trechos favorecidos por las aguas de regadío? La tierra se retuerce en sí misma, arrebatada a la deformidad por una febril angustia de penitencia, y pone en el espíritu el temor y temblor de una deidad entregada a ritos abismales, desenvueltos en la geometría de una danza tremenda. La quietud abrupta, la hendidura volcánica, la quietud retumbante, la rampa vertiginosa, el rugoso retorcimiento en cuyos desniveles parece subsistir el estremecimiento que, en épocas sin nombre, sacudió estas regiones, dando y robando tierras al océano. Cuán lejos la placidez idílica de los valles y colinas en que la lluvia es dón metódico y las aguas fluviales discurren benignas, llevando en ellas, con el azul del cielo, la fuerza generosa que hace germinar las simientes de la belleza y el alimento vegetales.

Mas una compensación divina quiso erigir sobre esos yermos campos, donde jamás pudo acunarse una blandura, la cúpula de un cielo sin igual, alto y claro como el pensamiento de Dios, y ahondado por una luz de indecible transparencia, en cuyo seno los seres y las cosas alcanzan la plenitud de sus formas y contornos y afirman su presencia resplandeciendo en la maravillosa claridad que los envuelve y penetra. Nada queda oculto en aquella atmósfera incomparable, que denuncia al insecto mínimo en el día y apura en la noche el oro azul de las estrellas y las plumas de leche de las castas nebulosas. Jamás en ojo humano anidó más limpia y seca luz. Nunca sobre paisaje alguno cayó más vivo esmalte.

Como fenómeno de acomodación a la tierra el de los incas es pasmoso, y en él, precisamente, se basa la organización de su imperio. Los contados valores que sus comarcas podían suministrarle los aprovechó fecundamente, defendiéndolos, a la vez, de su agotamiento o destrucción con un fuerte y certero criterio de economía. Las resistencias geográficas, hostiles al establecimiento de la unidad administrativa, las vence con el camino, que entre los incas no es sólo senda trajinable, sino arteria sólida y fecunda del imperio, dibujada en el cuerpo del país en forma que no ha podido ser superada todavía, porque no es ella únicamente paso de lugar a lugar, sino vínculo de la estructura social y económica de la institución indígena y de la república moderna. Corrigió donde pudo la esterilidad de los suelos y dio a la agricultura, faena áspera y agobiadora en campos de tan rebelde entraña, sentido de acto religioso y júbilo de geopónica festividad. Sobre el predio caían, confundidos, el agua, la semilla y el canto. En el fruto, como en el orden universal, florecía la gracia del Sol.

Hijo de esa raza y al par descendiente de Castilla, que es doble y grave herencia, Garcilaso de la Vega Chimpu Ocllo narró con deleitosa maestría el enlace de las culturas de sus dos distantes estirpes, acercadas y confundidas en él por el arcano encuentro en que, para gloria de España, "se completó la esfera". En su persona y en sus comentarios florece el más encumbrado y el más vivo testi-

minio de América. De este misterio que ha llegado a su tercera etapa histórica y sigue velando su destino como un numen inexorable.

* * *

Concluido el sojuzgamiento de los indígenas que poblaban las varias porciones del Continente, e incorporado éste, en su parte mayor, a los dominios españoles, debió seguir, en orden natural, al largo guerrear de la conquista, la irénica labor de la organización civil, desenvuelta con un amplio, justo y apostólico espíritu colonial. Tanto en los pueblos en que el indio vivía en comunidades jurídicas y en fundaciones derivadas de las necesidades de la conquista, como en las parcialidades de las plantaciones autóctonas y en los campos adecuados a los nuevos cultivos, era esta la hora de la instalación cumplida en paz y desenvuelta en armonía de los intereses de ambas razas, las de la milenaria posesión de las tierras y la que traía el mensaje de un nuevo concepto de la vida y un más depurado principio de cultura. Mas el instinto belicoso, estimulado por el largo combate y el atávico influjo, en los españoles, y el dolor del despojo y la expoliación, agregado igualmente a un oscuro pasado de luchas por la supremacía de dominio, en las tribus naturales, llevaron con frecuencia el desenvolvimiento político de la América sobre un cauce de crónica guerrera, que ora traducía la discordia de los caudillos o agentes del gobierno peninsular y ora el oleaje póstumo de las razas sometidas. No faltó, tampoco, el movimiento de índole social, que ligó a unos y a otros en el levantamiento y ganó así cierta repercusión continental, como el de los Comuneros en Colombia, que se alumbró al reflejo más que verdadero, artificial, del nombre fabuloso de Tupac Amaru, llevado hasta la lejana provincia del Socorro por una ráfaga misteriosa en las épocas coloniales, perdidas bajo densas capas de silencio.

Al amparo de ese callar en que se cumplen las integraciones y trasmutaciones naturales, el medio biológico venía influyendo en las características de la raza futura, en cuya cifra cósmica habrán coronado al fin su laboriosa unidad todos

los elementos raciales y fuerzas geográficas que acomodan al hombre, lo mismo que a las demás criaturas de la naturaleza, a las circunstancias y ambientes de su existencia. Esta la obra secular cuyo desenvolvimiento, desde el arribo de las naves ibéricas, fatiga la entraña de nuestro continente. No es únicamente problema étnico, muy complejo ya él mismo por sí solo. La vida rebasa los meros límites biológicos. Los impulsos del espíritu obran esencialmente vinculados a los factores de la raza, y conjugados con los físicos contribuyen a la adaptación del hombre y de los pueblos tanto a una zona de la tierra como a una era o etapa de la historia.

La observación atenta y cuidadosa de nuestro pasado y nuestro presente justifica, sin duda, la opinión de López de Mesa: "Las culturas de América aborígen habían tocado el valladar del frente, el tropiezo insoluble de sus destinos, y la conquista europea enderezó el rumbo, aunque padeciendo a su vez las modificaciones indeclinables que están engendrando ahora una civilización diferente, embrionaria aún, sin duda, mas ya perceptible en la historia de nuestras sociedades".

Si la conjunción racial de América hubiera quedado limitada a la España descubridora y colonizadora y a las familias indígenas subyugadas, ya hubiera habido para una labor de dilatado proceso. Mas por un fenómeno en que han sido varias las fuerzas influyentes, América empezó a ser, muy poco después de su incorporación al mundo conocido, y sigue siéndolo cada vez de más intenso y más extenso modo, punto de cruce y abrigado refugio de muchas gentes de la tierra. Corrientes de muy diversa clase, sumadas al halago, ya muy desvanecido, de la riqueza americana, congestionan sin alivio esta conjunción racial, cuyos resultados futuros no pueden ser previstos y pertenecen a distantes centurias.

Sólo, entre aquellos resultados, nos es dado estar ciertos de los que tienen su garantía en la orientación espiritual que presidió el nacimiento histórico de nuestra América y a la cual no ha sido ella infiel, ni, Dios mediante, habrá de serlo. El signo cristiano y ecuménico la defiende y habrá de defen-

derla de todas las asechanzas que ahora entorpecen su camino y de los peligros todavía invisibles que están agazapados en las lejanías de los tiempos.

Todo parece indicar que el mundo se halla en vísperas de una transformación fundamental. Conceptos sociales elevados por el hombre, en los siglos pasados, a signos rectores y definitivos de la vida se muestran a cada hora más socavados y menos firmes en la inteligencia y en el corazón de los pueblos. Conceptos políticos y económicos que osaron, en su soberbia, proclamarse intocables, tambalean angustiados sobre el propio cerco de miserias y de rencores que ellos fueron acumulando en torno suyo. El turbio río de la prosperidad producía pantanos en su orilla y hoy advierte su cauce pervertido por cenagosas desviaciones. Sólo la luz de Cristo perdura frente a las naves amenazadas de naufragio, izada en el palo de la Cruz.

En esta curva de los tiempos la presencia de América en la historia adquiere una importancia trascendental que nunca tuvo. Aún en los días de su invención geográfica apenas llegó ella a conmover la superficie del vanidoso pensamiento europeo. Su vida colonial y su emancipación política no turbaron jamás el ritmo del viejo continente, árbitro inapelable de los destinos universales. La ausente tierra bárbara asume ahora una función de honda influencia en el devenir de la presente y la ventura edad. A diferencia del hijo de la Europa, el de la América posee "un sentido de humanidad ecuménica".

¿Quién podría decirnos lo que serán, en su día pleno, esta humanidad y esta cultura en gestación? El dón profético es el de ver entre las sombras del futuro. Vale decir, el de moverse, asistidos por el ojo de Dios, en las tinieblas del misterio. Porque éste aquí esbozado es el tercero y hasta ahora el último de la América.

INVOCACION AL LIBERTADOR EN DIAS OSCUROS DE LA PATRIA

*En la erección de la estatua de Bolívar, frente
al Colegio Público, en la ciudad de Tuluá.
Diciembre, 1931.*

Propósito de doble y alto anhelo nos congrega en este lugar: el de rendir nuevo homenaje a Bolívar y el de confortarnos en la filial evocación de su nombre y de su obra inmensa. Cada día nos apremia con más dura presión y sofocante angustia el requerimiento de la luz y estímulo de su memoria sobre el rumbo patrio, constantemente entenebrecido y sembrado de insidias. Las naciones todas de nuestra América —no sólo las que surgieron a la vida independiente bajo su expedición libertadora— tienen en su espejo múltiple norma cierta para cada una de las circunstancias del inestable devenir. En su mente eximia floreció suma de doctrina política suficiente para aclarar su inmediata empresa personal y las que el futuro reservara a quienes, con la misión de continuarla en progresivo engrandecimiento, recibieron en herencia esa misión sin término. Pertenece él a la teoría de valores humanos cuya eminencia irradia inagotablemente y de la cual cada época deriva la lección necesaria. Sin primacía discernible, emulan en su sér los privilegios todos de los grandes capitanes, que en lucia conjunción lo elevan y consagran como profeta y guía de estos países perturbados —unos más, otros menos— por innumerables vicisitudes en la búsqueda y conquista de sus propios destinos. Tuvo,

como Proteo, la visión del futuro, que nos legó en firmes letras cardinales. Y en el decurso de la posteridad, su figura, como la del hijo de Neptuno, ofrece la facultad maravillosa de transformarse, no como el mito de las aguas para eludir la participación del dón mirífico, sino para proyectar, acompañándola al cambiante ritmo de las edades, la emanación de su influencia inextinguible. La rapidez intuitiva de su inteligencia, la energía de su voluntad, su capacidad de adaptación y movimiento, la plasticidad oceánica de su espíritu, que asombran y aturden a la vez a aquél que sigue y pretende fijar la órbita de su vida, permiten, a la distancia de los años, reencontrar en él, en cuanto a demandárselas acudamos, la fuerza precisa de acción y la ruta por donde esa fuerza deba ponerse en función y desarrollo. Hé aquí el sello inconfundible del sér venido al mundo para rector humano, del genio en quien confluyen las virtudes que para el hombre de gobierno, para el conductor de muchedumbres pedía el griego insigne.

Por gracia de tal copia de atributos el Libertador encarnó en gloria y en belleza el ideal que a través de las varias éras de la república había de enseñarnos la actitud de cada momento, e iluminando el porvenir, infundir renovada fortaleza a nuestros corazones. Es así cómo, erguido en su sede majestuosa, sigue y seguirá alentando la ascensión de las patrias que en el seno de la democracia engendró su heroísmo. Es así cómo en él hallaron nuestros padres, y la hallamos nosotros, y con más viva perfección la hallarán nuestros hijos y los hijos de las más remotas generaciones, índice y nervio para todas las incertidumbres y desventuras de la marcha. Es así cómo “está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, porque Bolívar tiene qué hacer en América todavía.” (1).

No es propicio el actual incierto, si bien esperanzado tránsito histórico para la evocación de su niñez reacia y huérfana; de su desorientada adolescencia; de la inquietud que, al beso de la quemante predestinación, movió sus días

(1) José Martí.

mozos por todas las andanzas del ensueño, desde el apacible proyecto pastoril suscitado por el idilio desvanecido en su nupcial albor, hasta el juramento de libertad que el ímpetu profético le arrancó en la colina de la Ciudad Eterna. Ni tampoco para el jocundo memorar de sus días triunfales, cuando su espada, como el rayo, unía en luz los más alejados horizontes. Asediado por extremas congojas, no detiene el hombre contemporáneo su mirada en el casi alado campeón que, a lo largo de medio continente, conoció todas las embriagueces de la epopeya; ni menos todavía en el titán que dialoga con el tiempo en la cumbre del Chimborazo, la frente pegada al firmamento y el abismo a sus pies. No seduce al instante que vivimos el adalid casi mitológico de los Andes, ni el guerrero arrollador del Puente de Boyacá, ni el justador resplandeciente de la batalla de Junín, bella y cruel como una lucha antigua. Olmedo calla hoy en nuestros corazones. Ni escuchamos a Caro, cuando en la interpretación de esta efigie taciturna, contempla al héroe, doblegado a la pesadumbre de su temprana postrimería, pasear mudo y solitario a orillas del mar y de la muerte.

Otro es el Bolívar que vemos acudir hoy en auxilio y consuelo de la patria martirizada por esta hora trémula de zozobras, coronada de espinas, aherrrojada en el círculo de sus propias angustias. Ese Bolívar es el hombre de los lapsos de vencimiento y soledad. El de la huida de Caracas. El del ostracismo de Jamaica. El del desamparo de Pativilca. El que cuando todo se volvía y revolvía en torno contra el arduo designio, levantada más la antorcha de su fe, prometía con mayor certidumbre el éxito final, restauraba las voluntades abolidas, conjuraba al futuro, confortaba, urgía, estimulaba, rehacía ejércitos y cobraba, infalible, a precio de victoria la derrota anterior. El Bolívar en quien advierte el crítico "una extraña virtud de agigantarse cuanto más recia y más abajo fué la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del oprobio". El Bolívar admirable y magnífico, soberbio y único, que definió en exacta frase perdurable el propio general Morillo cuando dijo de él que era más temible vencido que vencedor. Y sobre todos el Bolívar que, frente a Dios y a la eternidad, al dictar a la

historia su testamento político, con voz sin lastre impuro porque ascendía al firmamento nacional al soplo de la muerte, para clavarse en él como inmóvil estrella monitora, nos dejó escrito para siempre, al impulso postrero de su voluntad, el mandamiento de la unión. Este, que a tanto tiempo de su proclama agónica, y a título de pasajero ensayo, nos aprestamos a cumplir, en tardía, castigada obediencia de la exhortación clamorosa con que alumbró su descenso al sepulcro.

* * *

Si de retorno del pretérito, observamos el paisaje contemporáneo —el nuestro y el del mundo—, hallaremos en él, no ya la tregua de quietud correlativa en el equilibrio universal al trajín sin medida de los años anteriores, sino una expectación dramática, tensa y honda como raras veces la ha sufrido el desenvolvimiento de las edades conocidas. Una crisis tremenda, una de aquellas curvas que devuelven sobre sí mismas la corriente humana, a la manera como la roca imprevista agita el curso del torrente en un turbión de aguas enloquecidas y siniestras. El ojo fatigado no descubre, ni los encuentra el ánimo sedienta de reposo, el oasis de paz, el valle deleitoso, el retazo de cielo que brinden el halago, la esperanza siquiera de un vagar sosegado en la peregrinación implacable por las arenas del desierto. Jadea sin cesar la caravana, gime rugiente el hambre, hierve el caos de la miseria. Abrense locas a los vientos las banderas del odio. Espanta al hombre, con asombro colérico, la obra que sus mismas mente y manos forjaron en desvío de las enseñanzas divinas. La tempestad erige su espiral de fuego, lista al castigo renovador. Niega el confín a nuestro reclamo la ceja amiga donde el alba apunte la flor de su promesa.

Aflora aquí el sentido latente y ejemplar, más que de patria, el sentido de humanidad que en su austera, profundasencillez reviste este homenaje. No es él, por cierto, feliz glorificación cumplida en sazón próspera, cuando benigna claridad dora y anima el derrotero y fulge en cada meta un signo de ventura. Es ofrenda humedecida en llanto, escul-

pida a golpes de infortunio, brotada en ardorosa efusión de la entraña convulsa de nuestro pueblo.

Activa, fervorosa, indeclinable fué la devoción que esta provincia de Colombia profesó siempre a Bolívar. Jamás, en los vaivenes de su lucha, le faltó la adhesión de nuestra comarca. No con el ósculo de Judas, pero ni siquiera con la negación de Pedro lo afrentó en la noche infamante de la pasión. Bien está, pues, que una vez más nuestras gentes, fieles al culto sin eclipses, repitan profusamente su presencia por todos los caminos de la memoria, para mantener el efluvio continuo de su ascendencia sobre el alma y el corazón de la república. Sólo son dignos de historia épica los pueblos que saben proyectarla en el tiempo incorporándola a su vida, extrayéndola de los papiros muertos, dándola a beber en la leche de las madres, animándola en la plática familiar, imprimiéndole fuerza y pulso de realidad en la escuela, haciéndola en la plaza pública motivo de permanente evocación. Responde a tal criterio el noble acuerdo de erigir en este hermoso lugar, cabe el río doméstico, el monumento que, en tributo al pasado, hemos venido a entregar hoy al presente y al futuro. Ya todos los que moráis bajo los techos de esta ciudad hidalga, gema que esplende al sol del Valle, y en el asiduo menester discurrís por sus calles y contornos, recibiréis del numen que la decora y enaltece, cada vez que por este jardín desenvolváis vuestros pasos, hálito para el constante sacrificio que el cotidiano batallar y el cumplimiento honroso de los deberes cívicos demandan. Y tú, adolescente de ojos asombrados, que en tu inseguro despertar empiezas a sentir el oleaje de las marejadas recónditas, aquí, frente a la casa en que gozas el diario coloquio con la sabiduría, lo tienes presidiendo el desfile de las horas, atento al germinar de tus aspiraciones, fiel a tu compañía, que es la compañía de la patria por venir. Si tus fuerzas decaen, si la lucha te arredra, si sientes el frío de las desilusiones prematuras, si el vaho madrugador de la perfidia humana cierra sobre tu indefensa ufanía, vuelve tu mirar a esta estatua, en cuyo arrobo, cifra de silencio y de meditación, quedó fijado el vuelo aquilino del portentoso espíritu, y alza hacia ella el tuyo en busca del abrigo paternal de su sombra.

*“¡Libertador! Delante
de esa efigie de bronce nadie pudo
pasar sin que a otra esfera se levante,
y te llore, y te cante,
con pasmo religioso, en himno mudo”* (1)

* * *

Nuevo giro del tiempo volador repite hoy en nuestros fastos —y en los de la grande y general historia del mundo— la fecha en que Bolívar entró, por la puerta misteriosa de la muerte, al juicio de Dios y al juicio de la posteridad: al de Dios que se cumple en su correspondiente zona arcana, y al de la posteridad, que desde entonces lo tiene colocado, con acendrada fijeza, en el plano augusto de los héroes universales.

Encógese, en atónita crispadura, el corazón; enfríase la sangre entre las venas; decae, conturbada, y se humedece la voz cuando llega el instante de evocar, no ya en la tácita soledad interior, sino ante religiosa asamblea de almas ligadas por la misma fe y al amor entibiadas de la misma esperanza, el melancólico crepúsculo del caudillo sublime, del andante caballero que, entre la ceniza olímpica de sus sueños, empujado por agobiadora tribulación, corre desalado en fuga de sí mismo y de su obra, sin oriente, sin lumbre, con hielo de desencantos infinitos en el alma, vencido aparentemente, como los mártires, en su efímero lapso, y victorioso, como ellos, en el reino de la inmortalidad. Nos da él la medida de este momento de su ánimo cuando se interroga a sí mismo si habrá arado en el mar o edificado en el viento. Alude bellamente a esa excelsa amargura uno de nuestros poetas cuando exclama: “Es tan sagrada su tristeza —que cuando sopla en su cabeza— pasa en silencio el huracán” (2). Y otro de sus grandes apologistas cuando en pos de vertigi-

(1) M. A. Caro.

(2) Gilberto Garrido.

noso vuelo a las alturas de su gloria, grita finalmente, desesperado, que en el proceso de su creación Bolívar lo osó, sintió y alcanzó todo, "todo menos la gratitud de los esclavos redimidos, ¡oh grandeza!, ¡oh dolor!" (1).

Mas oye, padre y libertador de nuestra raza, pobre raza abatida por todos los vientos de la ansiedad y el desenfreno: las generaciones nacidas bajo el sol que tú fijaste en nuestro cielo venimos a reparar, con la expiación y con la ofrenda, la infidelidad de nuestros padres y nuestras propias infidelidades. Herederos, por tu arbitrio, de la libertad, nos constituímos, por el nuestro, en siervos de tu gloria, y volvemos a ti para que endereces nuestro camino. El que hoy te rendimos no es oportuno vasallaje al héroe victorioso, al munífico dispensador de bienes y trofeos. Es el culto hondo, ardiente, místico al prócer tutelar; la apoteosis indeficiente, ajena a las mudanzas de los tiempos, porque alienta en las más hundidas raíces de las almas.

A ti, cumbre insigne y ecuménico orgullo de nuestra raza, meteórico paladín que como flecha en llamas prendiste el fuego de la libertad en los montes y valles de medio continente, varón de altos deseos y geniales dolores, que desde tu cima épica sigues velando nuestra entrecortada trayectoria y llamándonos sin cesar a la lealtad a los principios que rigieron el desenvolvimiento de tu inmortal consigna; a ti, guardián insomne de tu amada heredad, que haciéndonos volver de nuestras periódicas locuras a tus normativas enseñanzas, corriges los extravíos de la patria y la reinstalas en su plinto sagrado; a ti, piedra angular y corona de oro de nuestra historia, vuelven las actuales generaciones en demanda de luz y de entereza, de consejo y de impulso para la tarea a ellas reservada. Nuestros hijos despiertan a la vida con tu nombre en los labios, con tu imagen ante los ojos, con tu devoción en el espíritu. En vera plenitud eres el padre, porque por ti y en ti sentimos el orgullo inefable de la ascendencia heroica. Y también porque ahora como nunca hemos menester la virtud confortante de tu aliento.

(1) Guillermo Valencia.

La confusión apocalíptica de la época que vivimos, las torvas asechanzas que rondan las bases democráticas de la nación, la confluencia de rachas que golpean las murallas custodias, amenazan tu obra, hacen temblar las almas, ponen signos aciagos en los oscuros horizontes. Mas la obra perdurará si nos asistes, si tu espada de fuego defiende la entrada de la fortaleza que, en ínclita faena, erigiste bajo el cielo fulgurante del Ecuador. Y una tras otra, en el decurso de los tiempos, en sucesión interminable, las centurias vendrán a tenderse ante tus plantas, como lebreles tímidos, vencidas por la gracia inextinguible de tu grandeza.

*“¡De Ti viene todo
lo bueno, Señor,
nos diste a Bolívar,
gloria a Ti, gran Dios!”*

V

1. AFIRMACION DEL EVANGELIO DE LA CARIDAD
Y ELOGIO DE UNA CIUDAD DE SEÑORIO Y DE
LEYENDA.
2. CARACTER RELIGIOSO DE LA CRISIS
CONTEMPORANEA
3. JERARQUIA DE LA CARIDAD

AFIRMACION DEL EVANGELIO DE LA CARIDAD CRISTIANA Y ELOGIO DE UNA CIUDAD DE SEÑORIO Y DE LEYENDA

*Conferencia leída con motivo de la erección
en Basílica Menor del Templo de Nuestro
Señor de los Milagros. Buga, 1938.*

Observa Alfredo Mendizábal, en su introducción al hondo y bello libro de Gilson *Por un orden católico*, que hay palabras que, de puro usuales y usadas, de tanto rodar, van perdiendo sus contornos definidores y desgastándose como esas viejas monedas a las que el continuo pasar de mano en mano, roba los perfiles, aplana relieves y deja convertidas en círculo metálico ilegible y convencional. Esas palabras disminuyen así la plenitud de su significado prístino, se vacían de su propio sentido conceptual, y perdida su objetividad, acaban por ser símbolos borrosos, en los que cada cual deposita su pensar y su sentir subjetivos. “La cosa en sí, y por sí, se transmuta en la cosa en mí, o en los otros; mas, en cada uno, para sí, antes que para los demás; con exclusivista, parcial y egoísta significación, desnaturalizada”.

Dícelo Mendizábal a propósito de la palabra “orden”. Lo mismo ocurre comúnmente con la palabra “caridad”. No hay duda de que, en el correr del tiempo, esta voz sagrada ha ido sufriendo merma y apagamiento en su legítima virtud, la que recibió del corazón y magisterio de Cristo, mantuvo entre los primeros fieles de la Iglesia y conserva

todavía en las almas de elección, aquéllas en que la enseñanza ofrece su original pureza.

El Evangelio proyectó del Antiguo sobre el Nuevo Testamento, como base insustituible de la profesión religiosa, el mandamiento de la caridad. Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo: hé aquí la ley. Entendida, pues, en la integridad de su concepto, la caridad comprende todas las manifestaciones de la vida del hombre, desde el principio inmaterial de su espíritu hasta los más humildes menesteres de su actividad orgánica. Ejércese, por lo tanto, de múltiples maneras y tiene un alcance y señorío, una extensión, una serie de movimientos y recursos para los cuales no se halla en el concierto de las cosas sensibles otro término de relación que el de la luz: que, como ésta, nació antes que criatura alguna de la mente de Dios, y es, como ella, sutil y penetrante, comunicativa, purificadora, humilde y pródiga, silenciosa y resplandeciente. Sin la caridad, vale decir, sin el amor, el universo no existiría, puesto que lo que gobierna el orden cósmico, lo que hace su existencia posible, es el equilibrio de las atracciones, y en la luz tuvo principio visible la creación. El hombre y las cosas se mueven en la luz y en el amor, sillares en que Dios asentó la maravilla de los seres. Sin la luz y el amor no podríamos concebir al hombre y al universo. Dios moraría en su misteriosa soledad, que se basta a sí misma y cuyo arcano, en la medida que va de lo finito a lo infinito, rebasa, abrumándola, nuestra mínima inteligencia. De la propia manera que la luz, la caridad llena el mundo, y como ella puede reducirse al contenido de una llama o de un corazón: que por eso la llama, cuando se la deja en libertad, toma siempre forma de corazón, recogida en la base, y abierta, como una flor de fuego, en la cupulilla de oro.

De donde se desprende que la caridad, como todos los conceptos de universal esencia, nos resulta inefable. Todo esfuerzo de definición la limita: toda explicación apenas si aprehende alguno de sus aspectos: todo ahinco de condensación nos sale insuficiente, porque su propia abundancia excede, superándolo, el ambicioso círculo en que pretendemos recogerla. Múltiples errores se han generalizado acerca

de la caridad, originados en la incapacidad humana para abarcar exhaustivamente las nociones abstractas. Una somera observación nos hará ver que el hombre, al apretarlas en su mente, suele desfigurarlas y disecarlas, como las flores que pasan, sin ninguno de sus atributos de color y perfume, del tallo materno a las hojas muertas de un libro o a las láminas eruditas de los herbarios. Así la verdad y el bien; así la poesía y la belleza; así la caridad; así muchos de los valores y anhelos del hombre.

Quien mejor nos ha explicado la caridad es San Pablo, proyectando sobre ella deslumbradora claridad: "De nada me serviría hablar las lenguas todas de los hombres y aún las de los ángeles, poseer la profecía, conocer todos los misterios y todas las ciencias, repartir todos mis bienes entre los pobres y entregar mi cuerpo a las brasas, si no tengo caridad." Lo que nos enseña que la caridad es espíritu, fuerza interior, y no simple dádiva del hombre. Acto místico, la caridad es, así, manifestación de Dios en nuestras almas. Tiene, pues, carácter entrañablemente religioso. Nunca, por ello, se produjo la caridad en cuanto movimiento natural. Sin la semilla del amor de Dios, sin la moción de su gracia, jamás será posible al hombre esta disposición que, en el fondo, constituye superación de sí mismo, puesto que se produce en contradicción con sus inclinaciones primarias, con las concupiscencias que muerden la entraña de su sér, con su radical egoísmo, que se opone, fundamentalmente, a la armoniosa unificación de todos en la filiación sobrenatural. Sólo la conciencia de esta filiación, imposible sin la luz del concepto religioso en nuestras almas, puede encender en nosotros la hoguera de la caridad.

Religión es vínculo, ligadura, unidad. Luego religión cristiana y caridad se confunden. Suprimida la una, la otra desaparecerá necesariamente. Apagada la llama que produce la luz, ésta se extinguirá.

No hay en esta conclusión prejuicio alguno demeritante. Llegamos a ella por un camino de deducciones rígidamente intelectuales. Y nos respaldan en ella la experiencia de todos los tiempos y el espectáculo actual del mundo, agobiado de pesadumbre por la abundancia de odio, negación de la ca-

ridad, o más precisamente, anticaridad, que lo invade y domina. Nada más falaz que esos flamantes movimientos de protección humana que actúan, o vocean (más vocean que actúan, generalmente) al margen del Evangelio, en nombre de una solidaridad simplemente filantrópica, sin sople que les infunda vida verdadera y perdurable. Empresas, las de esta índole, con la sonoridad y vacío interior de las campanas. Si nos detenemos en su análisis, encontraremos que para animarse acuden y apelan a un sentimiento religioso invertido, de resistencia más o menos velada al cristianismo. En algunos casos la resistencia es franca, lo que sucede en el comunismo, cuyo materialismo dialéctico pretende abarcar la totalidad del hombre, como una religión sin Dios y contra Dios. Eliminada su profesión atea, el comunismo desaparecería como concepción filosófica. Otras tendencias deifican la naturaleza, y andan por ahí tratando de sustituir el origen sobrenatural de la caridad con conceptos opacos, en el fondo tan materialistas como el principio ateo, que nada dicen, que nada pueden decir al corazón del hombre. Y es que, como ya ha sido observado, por ortodoxos y por heterodoxos también, en la raíz de toda cuestión humana —conflicto, aspiración o angustia— alienta una inquietud religiosa. Dios lo hizo así: toda resistencia al hecho de su voluntad inapelable cae en ceguera y extravío.

Guiada por la Providencia, la Iglesia católica ha sido siempre la única institución que ha servido sin eclipse a los desheredados con asistencia limpia de intereses terrenos, precisamente porque su reino, que es el de Cristo, no pertenece a este mundo, ni en él procura sino asegurar la redención del hombre mediante el orden requerido para que las almas asciendan a la morada de paz y de felicidad interminas. Todas las instituciones que sin mirar al fin eterno de la criatura humana han pretendido y pretenden resolver los problemas sociales pecan contra la naturaleza en cuyo nombre dicen obrar, porque ésta, en lo que al hombre se refiere, no se contiene en los límites de la materia, a la cual, en obediencia a sus principios, se ciñen por modo exclusivo y excluyente esas empresas. Obras del tiempo y para el

tiempo, el mismo tiempo, ministro de la muerte, las corroe y destruye. Porque para obrar eficazmente sobre el tiempo se necesita partir de un principio de eternidad.

De este modo la caridad se acentúa como deber sagrado en nuestras conciencias y se ensancha inmensurablemente como horizonte ante nuestros ojos. Nada queda fuera de ella, como nada existe fuera de Dios y de su luz. Apreciamos entonces cuán innúmeros son los medios que de practicarla se nos ofrecen y nos abisma como exigencia perentoria lo que reputábamos mera abundancia o generosa largueza de nuestros corazones. Comprendemos cómo la manifestación primera y más alta de la caridad es la oración, que es el vuelo del hombre a Dios. Y oramos por nosotros y por los demás, que ya son nuestros hermanos. En la oración, por lo demás, florece el perfecto desinterés. Es la caridad que inunda en sus aguas y quema en sus fuegos primordiales nuestras almas. Nos sentimos en ella impulsados hacia nuestros semejantes por una fuerza que nos incorpora a la humanidad como a un círculo en cuyo centro irradia Dios. Lo que no era sino piedad se convierte en amor. Toda sombra de egoísmo desaparece y nos hundimos en la conciencia universal con un fervor arcano, que lejos de disminuir nuestra personalidad la afirma y depura en la emoción de encontrarnos asociados, por virtud de la unidad espiritual, en la paternidad divina.

¿Cómo lograr esta consoladora certidumbre, si, negado Dios en nuestra conciencia, negamos consiguientemente la igualdad original y la predestinación gloriosa a que hemos sido dispuestos por la voluntad creadora y los méritos de la redención cristiana? Suprimamos estos postulados y habremos roto en nosotros el plan divino y con él toda razón de ser para la sociedad humana. De ahí el caos en que se angustian los hombres y los pueblos que, sustituyendo a Dios por mitos intelectuales o civiles, se empeñan en forjar nuevos motivos de asociación, sin lograr otro resultado que el de encender cada día con más fuerza este combate del hombre contra el hombre, la clase contra la clase, naciones y razas contra naciones y razas diferentes, o así

consideradas como si no las amparara el signo de una omún paternidad.

Si siempre, en cada etapa de su desenvolvimiento, pueblos y naciones anduvieron necesitados de caridad, porque sin ella la convivencia humana viene a ser imposible y se establecen la discordia y la guerra donde debieran hacer su obra fecunda la armonía y la paz, en estos nuestros tiempos de crisis, convulsos como una mar traída y llevada por vientos de tormenta, la caridad adquiere signo de urgencia y de recurso único para el mundo y sus moradores. Vana toda estructura jurídica, todo esfuerzo de orden social, toda tentativa de organización democrática que no descansen en esta columna divina, que a la vez que apoyo maestro, es eje insustituible a cuya gravitación no pueden, sin desquiciarse, escapar las leyes de la armonía universal. Fuéle dada por la sabiduría y la voluntad insondables la misión de establecer entre todos los seres, como participación de Dios, que es el amor infinito, el vínculo sagrado, y como tal ineludible, sin cuyo ajuste nada hay que se sustraiga a la disolución y la anarquía. Cuando el hombre cierra su corazón a la caridad se disgrega interiormente; cuando los pueblos se desprenden de su influjo se hacen recinto de pesadumbres y fuente de desgracia y perversión. El universo, desde el astro que rutila en el firmamento hasta la hormiguilla que dibuja geoméricamente sus caminos sobre la espalda de la tierra, es ejemplo de caridad, porque sumiso se halla siempre a la norma suprema de la armonía. Sólo el hombre quebranta el mandamiento de Dios. Por eso él engendró el dolor y renueva cada día la desventura en su descendencia.

Pero épocas hay en que la ausencia de caridad ostenta más agudos caracteres y más lancinantes consecuencias. Una de ellas la de la crisis que estamos viviendo, que es sin duda una de las más hondas porque haya atravesado la humanidad. Esta desorientación, esta angustia, esta sombra de pesimismo que pesa sobre los espíritus y los aflige y desconcierta, ¿qué son sino las duras secuelas de los descarríos filosóficos y sociales, políticos y económicos de las últimas épocas?

El mundo, bajo el influjo del Renacimiento, primero, y luego de la revolución industrial inglesa del siglo XVIII y de la revolución social y política francesa, que trajeron el paganismo a la vida, el liberalismo económico a la sociedad y al gobierno y el racionalismo a la filosofía, establecieron sobre falsos sentidos de libertad la autonomía casi absoluta del hombre. Desapareció la concepción corporativa de la sociedad y las naciones que, como una derivación o ensanche civil de la doctrina cristiana, había constituido la esencia de la Edad Media. Al signo espiritual, que entraña orden religioso de familia en el conjunto social, sucedió un signo positivista, que limitó, suprimiendo el horizonte metafísico de la vida, la visión y el vuelo del hombre, convertido así de agente del bien común en instrumento limitado a su bien particular. Por donde viene a quedar encerrado en sí mismo como en círculo que lo aísla en su propio egoísmo del cuerpo social de la humanidad. Surgió de aquí, según lo observa Tristán de Athayde, el concepto del Estado como órgano estrictamente político y la vida económica y espiritual de la nación fué relegada al puro arbitrio individual, en la confianza de que la armonía necesaria surgiría forzosamente de la libre concurrencia operativa. El resultado, que todos conocemos, lo precisa el ilustre pensador en el hecho de "la desconexión de las actividades, que quebró toda unidad social, puesto que el poder económico se desarrolló de manera considerable pero anárquica, guiado tan sólo por el interés individual del momento. El espiritual, por su lado, se difundió sin contacto con la vida pública y fué relegado al dominio casi exclusivo de las conciencias"

Una circunstancia ajena a la esencia misma de esta etapa histórica, pero vinculada a ella temporalmente, no como resultado, sino como fruto simultáneo de la inteligencia, acudió a dar fuerza y brillo accidentales a esta concepción recortada y por lo tanto falsa de la vida. Fué esa circunstancia la del progreso de la técnica mecánica alcanzado en los dos últimos siglos, factor capital en el desequilibrio registrado como consecuencia de esta moderna desviación de la filosofía y del mundo, desviación cuyas conclusiones han

sido “la hipertrofia del poder político, el repudio del poder espiritual y la anarquía del poder económico”. “La filosofía burguesa e individualista, confirma el maestro brasileño, nació de una falsa prosperidad momentánea, producida especialmente por la introducción de *la máquina* en la economía social, lo que por algún tiempo obnubiló las conciencias en cuanto al verdadero carácter de la vida en general y de la vida social en particular. El Estado fué reducido al mínimo en sus funciones y la sociedad se consideró como un simple *ambiente* para el libre y autónomo desenvolvimiento del individuo. Ese es el criterio sobre la vida que domina a nuestra sociedad burguesa desde hace dos siglos, y contra el cual se enfrentan de un lado la concepción socialista y del otro la concepción cristiana”.

Este es el terrible momento en que el eje rector se desplaza del beneficio colectivo al individual. Nacen entonces, en lo económico, el capitalismo, y en lo político, la democracia. El capitalismo, que “deshumanizó la economía”, arruinó el trabajo singular y la artesanía y acabó por romper “los marcos de la sociología económica finalista o cristiana”. La democracia política, esencialmente naturalista, que mintiendo elevar al hombre a la medida de todos los valores, estableció un régimen espiritual anárquico y consagró como norma suprema el relativismo integral, puesto que para ella nada es bueno ni malo en sí mismo, sino en cuanto traduce y manifiesta la voluntad de una mayoría.

El esplendor efímero del mundo bajo esas normas disociadoras, que se reputaron como la cifra máxima del orden, sin advertir el desorden interno que las minaba, produjo el extravío casi universal de las inteligencias, y, lo que es peor, el endurecimiento de los corazones. Mas el gusano de Dios roía esta fábrica inestable. Recordemos la profecía de Donoso Cortés, que, como un varón bíblico, vio lo que se escondía en aquella arquitectura inconsistente y viciada y anunció el desquiciamiento venidero, en que ahora nos hallamos: “Descartado todo lo que es sobrenatural, y convertida la religión en un vago deísmo, el hombre, que no necesita de la Iglesia, escondida en su santuario, ni de Dios, atado al cielo como Encélado a su roca, convierte sus ojos

hacia la tierra, y se consagra exclusivamente al culto de los intereses materiales. Esta es la época de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las porfías de la industria, de las insolencias de los ricos y de las impaciencias de los pobres. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa es seguido siempre de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la historia graban perpetuamente en la memoria de los hombres”.

A esa catástrofe llegamos en los albores de este siglo, y no hemos salido de ella todavía. Más aún: apenas nos hallamos avanzando al mar de fondo en que la borrasca habrá de culminar. Un día los intereses encontrados de las naciones precipitan el choque, a cuyo impulso la historia quiebra el curso en que venía y el hombre se halla, como el viajero que acaba de recorrer un túnel, frente a un nuevo horizonte. Ese fué el sentido trascendental de la primera guerra europea. Una nueva etapa histórica principió en ese acontecimiento, clausura trágica de una edad y doloroso nacimiento de otra, caótica aún, como la gestación del alba, y que, como el alba misma, puede al cabo resolverse en un día luciente o en una jornada de sombra y tempestad.

Cabría aquí el estudio, o la anotación, por lo menos, de los antecedentes filosóficos (la historia es hija de la filosofía, es decir, derivación o consecuencia del pensamiento de los hombres) que nos trajeron a este cruce de tendencias encontradas en que nos hallamos, y del que sólo la caridad, o sea la participación del espíritu de Dios, puede sacarnos al valle de paz y luz que, de distinta manera, pero con ilusión idéntica, estamos todos anhelando con fiebre de agonía. Mas ese análisis, llevado a minuciosa, suficiente amplitud, no cabría en el marco de esta hora y rebasaría la intención de esta lectura, destinada a una visión de hecho y no a un alineamiento e iluminación de orígenes y circunstancias determinantes de tales fenómenos.

Quede, pues, consignado únicamente en este punto que el régimen individualista aludido, en que el Estado había sido reducido a una función policial, “el Estado gendarme”, al culminar en la aludida catástrofe europea, dio vida a las

tendencias opuestas a que, por reacción social y como consecuencia del naturalismo filosófico que lo inspiraba, había venido dando sér y fuerza latente, tendencias representadas por el Estado absolutista, de las cuales tuvimos en seguida expresiones, de un lado y otro, caracterizadas por métodos de similar violencia. En uno de esos lados la tendencia se definió por el predominio del poder político (Italia y Alemania) y en el otro (Rusia) por el predominio del poder tanto político como integral y absorbente.

La acción revolucionaria de esta última orientación, y los principios fundamentales, no sólo anticristianos, sino ateos, que la informan, ha venido a plantear ante el mundo una lucha trascendental. El signo ecuménico que el comunismo le otorga no es sólo una aspiración moscovita, sino una derivación necesaria del espíritu revolucionario esencial que anima esta corriente. El comunismo no es, pues, no podía ser un movimiento nacional, ni siquiera de raza. Es una doctrina universal, y las doctrinas universales no pueden, sin negarse a sí mismas, detenerse en los límites geográficos de un pueblo. Una doctrina universal concebida fundamentalmente en la negación del cristianismo. Al reaccionar contra la concepción individualista, que había desintegrado la unidad indispensable de los poderes políticos, económico y religioso, el comunismo se orientó hacia el frente opuesto de la civilización cristiana, y determinó esta guerra a muerte en que nos hallamos entre él, con su sede en Moscú, y el cristianismo, representado por la Iglesia Católica, con su sede en Roma.

Tal el hecho. Los conceptos económicos van por un cauce nuevo. Los que antes existían sólo existen en nuestros días por un fenómeno de inercia. La éra del capitalismo individualista ha concluído. La influencia que de él reciben todavía algunos pueblos es una influencia crepuscular, de auténtica decadencia. La orientación del mundo varía en un momento preciso. Pero la mentalidad producida en los hombres por las orientaciones anteriores subsiste durante un período más o menos prolongado, como la luz del sol alumbraba todavía los campos después que el sol se ha perdido en el horizonte. Para el cumplimiento total de la evolución se requiere la

completa renovación de las generaciones comprometidas. Es por eso por lo que en el cauce nuevo continúa aún corriendo agua vieja.

Entra aquí para el hombre contemporáneo una vasta serie de responsabilidades tremendas. La lucha de las doctrinas y de las prácticas comunistas, que son nuestros adversarios actuantes, no es con fantasmas mitológicos. Esa lucha es con la Iglesia de Cristo. Es decir, con nosotros. ¿Estamos persuadidos de ello? ¿Nos hallamos cumpliendo nuestro deber, o estamos siquiera listos a cumplirlo?

No será ello posible si no nos inspiramos en el espíritu de la Iglesia, que es espíritu de caridad, en el sentido pleno, integral que hemos tratado de dejar establecido en el principio de estas reflexiones. Cúmplenos, por lo tanto, la obligación de renovar y rectificar en nuestras almas y nuestra conducta (repetámoslo: en nuestra conducta) la formación evangélica perjudicada, cuando no desfigurada totalmente, debido al influjo individualista que alcanzó hasta nosotros por el ambiente en que fuimos formados y del que no hemos salido todavía. Acudiendo a la expresión de San Pablo, es preciso que muera en nosotros el hombre viejo, y nos revistamos del hombre nuevo que haga florecer en nuestro espíritu la filiación y la milicia de Cristo. Para destruirlo en la sociedad, debemos antes destruir en nosotros el desorden antiguo, engendrado de manera especial por la concupiscencia naturalista y capitalista, a fin de que pueda imperar el orden nuevo, regido por la generosidad cristiana, que constituye el primer peldaño de la caridad, escala única por la que nos será dado ascender a Dios y vía única también por la cual podrá el mundo salir a luz de esta noche oscura de los tiempos, abismada en su propio laberinto.

Impónese aquí, como siempre, la actualidad perfecta, por divina, de la doctrina católica. De donde puede concluirse que no sólo en el orden sobrenatural, sino en el temporal, el social y el político, fuera de la Iglesia no hay salvación.

Hora grave ésta en que nos ha tocado vivir. Mas por lo mismo propicia al diálogo con nuestra conciencia de creyentes para decidir, a la luz de nuestra verdad íntima, hasta

dónde es viva o muerta nuestra fe; hasta dónde venimos yaciendo en la indolente postura de los siervos inútiles, o hasta dónde, por ventura, compartiendo la solidaridad cristiana que há menester el mundo para librarse de las asechanzas que lo sitian; hasta dónde colaboramos en la buena pelea en que se halla comprometida la Iglesia, o hasta dónde nos acogemos a la adormecida esperanza de que ella sirva de amparo a nuestra tranquilidad y de cota a nuestra apatía; hasta dónde entendemos la filiación divina como obligación de servicio heroico a la doctrina de Cristo, o hasta dónde interpretamos esa filiación como presunto derecho a la salvación terrena y póstuma. La profesión religiosa no es regazo de incurias, ni abrigo de desmanes, ni manto de injusticias, ni menos aún, para usar la imagen del propio Redentor, sepulcro encubridor de secretas hipocresías, sino, por el contrario, precepto de fraternidad, yunque y forja de empresas apostólicas, escuela de abnegación y de trabajo, cátedra de ejemplos edificantes, estímulo de acción privada y pública, obligación, en fin, de caridad. El libro nos lo previene: milicia es el tránsito del hombre sobre la tierra.

Nos hallamos en un punto en que para nosotros y para el mundo no existe sino un remedio. Digámoslo otra vez con palabras de Athayde: "El del retorno a Dios. No existe otro. No hay dos. Es el único. Es también la mayor revolución para desviar el curso de nuestra progresiva desespiritualización.

"Necesitamos rehacer el camino ya recorrido. Precisamos colocar de nuevo el problema económico en el complejo de la realidad social y a ésta en el complejo de la verdad integral, natural y sobrenatural. El error ha sido dar a la vida humana, individual y social, una finalidad puramente temporal. El error ha sido hacer al hombre el fin del hombre, a la sociedad el fin de la sociedad.

"Necesitamos buscar: en la vida doméstica, la sacramentalización de la familia y la espiritualización de la educación; en la vida profesional, la subordinación de la economía a la moral y la cooperación íntima de las clases entre sí, bajo la égida del Estado; en la vida cívica, el predominio político

de los grupos y la reasociación de los tres poderes básicos disociados: el político, el económico y el religioso; en la vida internacional, la paz universal bajo el amparo del Príncipe de la Paz, de Cristo, el Hijo de Dios; y finalmente, en la vida sobrenatural (que es la propia vida natural en su estado de gracia) necesitamos buscar a Dios, a través de Cristo y de su Iglesia, mediadores necesarios del hombre en su ascensión a la finalidad última de su destino.

”El dilema es único e inexorable: o queremos ser gobernados por la ley del amor, de la variedad y de la justicia social verdadera entre los hombres y nos entregamos a la soberanía absoluta de Dios; o desdeñamos lo invisible, negamos la primacía del espíritu, reducimos la vida a una lucha implacable y aceptamos inexorablemente el tránsito lógico del capitalismo al comunismo, o sea el materialismo integral, entregándonos en definitiva a la soberanía absoluta de la fuerza. Soberanía de Dios o soberanía de la fuerza: se el trágico dilema que se presenta a los hombres desorientados de nuestros días.”

* * *

Cuán grato a los que soñamos, en medio al caos que nos asedia, con la restauración del orden cristiano de la vida, con la incorporación de Cristo a todas las manifestaciones de la sociedad, con la cimentación de la familia y de la patria en el espíritu amoroso del Evangelio, pauta única de la humana armonía, hablar de estas cosas cardinales en el recinto de esta ciudad ilustre y a la luz y calor de estas horas quemadas al fuego de un motivo sagrado.

Buga ha desenvuelto su historia sobre un cauce escoltado, a una orilla y a otra, por una doble y magnífica tradición: la de su hidalgo señorío y la de su fidelidad religiosa. Alta de nobleza y esplendor, la primera; pura y vigilante, como candela bíblica, la segunda. Han florecido aquí, fieles al vivo aliento atávico, virtudes de todo orden, para orgullo y decoro de su recogida sociedad, de la comarca y la república; y en entrañable vinculación con ellas —como

que son ellas mismas elevadas a esfera superior— las que engendra la fe en Dios y la voluntad entregada a su servicio.

Hay, en lo espiritual, un signo inequívoco de elección en los pueblos: el desenvolvimiento en ellos de una leyenda religiosa. La leyenda no requiere para su validez de la comprobación histórica, documental y mustia, precisamente por que ella está más allá de la historia, debajo y encima de ella, en su raíz y en su atmósfera, como en sus fondos invisibles y en el aire que la circunda encuentra la superficie de la tierra los elementos que la alimentan y dan sér. La historia dice relación a la inteligencia. La leyenda, alumbrada por una luz profunda, es siempre dorado fruto de verdad. Nada importa que en ocasiones la niegue la razón. Ella perdurará, intocable, en su sér misterioso, en su sentido arcano, en su esencia imperecedera. Por eso la leyenda es luz con que logramos penetrar en el alma de los pueblos extintos y la única claridad que, cuando el tiempo ha borrado las huellas de la historia, nos da la clave para la interpretación de su pensamiento y para la ponderación de los valores que alcanzaron a allegar al proceso de la cultura universal.

Es así cómo a su encanto inmarcesible suma la dulce leyenda de Nuestro Señor de los Milagros una singular trascendencia que anima y colora todos los órdenes de la vida en esta ciudad amada de los hombres y de Dios. Los altos timbres conquistados para su nombre por las empresas de sus hijos fueron un día coronados por la luz celestial que a ella advino, callada y esplendorosa como el alba, en la imagen que desde entonces proyectó sobre sus muros el resplandor que enciende las paredes de los santuarios y convirtió los caminos que en ella se entrecruzan en sendas de devotas romerías.

Y desde entonces todo tiene en este lugar un alto signo religioso: esa lumbre de ausencia soñadora, en que la ironía original, vencida por la propia sombra humana que la engendró, no alcanzó a ver la subidísima altura de donde descendía; la abierta y señorial estampa de su castiza arquitec-

tura, que equilibra la austeridad exterior con huertos de fresca alegría mora; el canto crepuscular de sus campanas, tocado de esa dulzura indefinible que sólo pueden gustar el oído y el corazón en el recinto de las ciudades místicas; la misma proverbial belleza de sus mujeres, encendidas como las palmeras de nuestros campos en una dorada claridad de lejanía: lejanía en los ojos hechos a la contemplación de las praderas melancólicas, lejanía en la voz quebrada siempre en la piedra silenciosa del sueño; aún la totalidad ambiente, que talvez por la contrapuesta proximidad de las dos cordilleras parece aquí más reposada, más discreta, más pura. El paisaje aldeaño participa también de esta influencia de arcano, bonancible sosiego. La suelta anchura del Valle, que rechaza a confines inalcanzables la custodia de los montes entre los cuales se tiende su garganta, pliégame, al sur y al norte, al acercarse a Buga, como para acendrase en el recogimiento y ofrecer a la ciudad un regazo más propicio al ensueño y a la meditación, una morada menos solicitada por los afanes de la tierra y más atenta a las mareas de luz y música del aire. La destellante esmeralda de la llanura muéstrase apagada por el azul ascendente de las montañas y el azul que acude a su encuentro del arco disminuído de los cielos.

Un numen misterioso dispuso esta confluencia de circunstancias, cuya suma había de ser la cifra espiritual que aquí ha fulgido siempre, como un pozo contemplativo que a la vez fuera un hito en el centro de la comarca maternal. Nada quedó faltando al símbolo: ni siquiera el concurso profético del nombre, que en una palabra de ignorada significación redujo a exquisita unidad de melodía, sorda y evasiva, todos los elementos que, obedientes a una ley inescrutable, convergieron a la elaboración de este solar elegido, para su reposo y decantación, por las aguas encantadas de la leyenda. Ya ha sido observado por un fino espíritu extranjero el hondo alcance de sugestión eufónica que se encierra en el nombre, breve en la enunciación, largo en el eco, de esta ciudad absorta. Voz de afelpada resonancia, cabe en la modulación de queja voluptuosa que nos impone al pronunciarla todo un mundo de significaciones espirituales.

Buga. Más que nombre, esta voz es una ventana abierta a un paisaje onírico, poblado de sombras inefables, de hondas luces muertas, de salmodias en agonía. Hay algo en ella que se apaga y desvanece, como en el fondo de los confines nebulosos. Es una de aquellas palabras que más que se oyen se ven, y que sugiere la imagen de esas llamas que parpadean, hacia la noche, en el fondo de nuestras llanuras solitarias.

Siempre me ha asaltado el contraste que, como criaturas del sonido, presentan los nombres de esta ciudad y de la mía, y la impresionante concordancia que uno y otro ofrecen con los medios humanos e históricos que designan. Joyas de melodía vaciadas en dimensión idéntica; engendradas las dos en la sustancia indígena de la América, y envueltas ambas, después de la conquista española, en ese misterio de significación que ha prolongado hasta nosotros innúmeras voces indias en su sér musical nítido, desposeídas para siempre de su contenido conceptual, que suele velar en las palabras, con el ropaje de la inteligencia, su simple encanto fonético. Viejos vasos de luz de una raza detenida, sin más función contemporánea que la de servir de espejos mudos a las villas y paisajes nativos, muéstrannos, al contrastarlos, esos nombres, diferencias de timbre y de color que coinciden misteriosamente con las características de esas villas y paisajes y más aún con el matiz espiritual de sus gentes. Una de ellas, la mía, abierta, inquieta, bulliciosa, olvidada de su pasado, ciega a su tradición, golpeando siempre en su porvenir con la alegre canción de los martillos en los yunques, recibió un nombre claro y fácil como su espíritu. Cali. Un nombre que se nos escapa de los labios, en leve vuelo de aire, en cuanto para decirlo los movemos; un nombre que es una burbuja suspirante, una nota inasible, dos sílabas fugadas en el ala de oro y de cristal de la ele intermedia. A esta otra, reposada, mística, soñadora, memoriosa vestal de su pretérito, celosa siempre en el empeño de ajustar todos los valores modernos a la medida patriarcal de los antiguos, fuéle dado un nombre tan breve como aquél, Buga, mas no aligero y raudo, sino pausado y sordo, un nombre en que la *u* dominante pone una resonancia solemne, resonancia de eco devuelto,

en fatigado rumor, por la cavidad de una bóveda eclesiástica. No vuela de los labios, sino que al aflorar a ellos regresa sobre nosotros, y se nos entra, difundido, como una sinfonía religiosa. Ese nombre de profunda, recóndita belleza es el punto de partida de la granada tradición de esta tierra, en la que todo tiene un sentido de evocación y una especie de seria homofonía con su historia.

Fiel a ese compromiso solariego, la ciudad celebra ahora con austeras festividades la erección en Basílica Menor del vasto, hermoso templo que ella elevó en ofrenda de amor y gratitud a Jesucristo para reunir bajo sus naves la procesión jamás interrumpida de peregrinos que, de los cuatro puntos del horizonte, acuden a depositar su dolor y plegaria a los pies de la santa imagen milagrosa.

Esta fiesta es, en Buga, no una asamblea convencional y frívola, sino la fiesta genuina de su espíritu. No podía olvidar, y nunca lo ha olvidado, el privilegio singular que le fué concedido en la aparición del Crucificado que un día, como el pez de la esperanza, brotó de las aguas de su río tutelar, y bajo el alero, puro como esas aguas, de la humilde mujer legida para emisaria, fué creciendo hasta difundir el mensaje en todo el haz de la república.

Ese templo, ascendido hoy por el Pontífice de Roma a una alta jerarquía en la liturgia de la Iglesia, es el símbolo perfecto e irradiante de la ciudad, justísimo orgullo y dulce casa central de sus moradores y en uno de los más excelsos furros de devoción de este retazo de las Indias católicas. Allí, en esa fábrica severa, palpita el corazón de este pueblo y se hallan refundidos, con la veneración de las actuales, afares y holocaustos sin número de las generaciones fallecidas. Allí, con el largo tributo de las gentes favorecidas por la fortuna terrenal, canta y blanquea la paloma de la viuda del Evangelio y rutila el "humano diamante" desleído en el sudor del artesano y del labriego.

Y allí congregas Tú, Señor, y acoges, en tu regazo de misericordia, colmena de todas las dulzuras, huerto de todos los aromas, bálsamo para todas las heridas, lecho para todos

los cansancios, divino consuelo para todas las desventuras y aflicciones, a la tropa de los dolidos caminantes que a Ti vienen de todos los confines de la desolación. Allí estás, como en la plegaria del clásico, los pies clavados por no huírnos, los brazos extendidos para estrecharnos, y también la cabeza inclinada para mejor oír el ruego de nuestra confianza.

Nos prometiste un día de tu tránsito por el tiempo estar en medio de nosotros, en permanente sacrificio, hasta la consumación de las edades. Las gentes de este pueblo y esta hora, combatidas por vientos temerosos, nos agarramos suplicantes a la tabla en que flota, sobre aguas de sombra y amargura, tu promesa. Hacia Ti vamos, Señor, como el apóstol en el borrascoso atardecer de Tiberíades. La luz que vierte tu costado da firmeza a las ondas y nos alumbró el derrotero.

Yo sé que la débil ala de mi voz no alcanza a soportar el peso de tu doctrina. Mas por el origen sobrenatural que reconociste y afirmaste en la confesión del Pescador, vivifica, Señor, la palabra en que he venido a decir en esta hora tuya a las muchedumbres que te imploran: que sólo en Ti y en tu enseñanza, en tu Evangelio de amor, que es caridad, y en tu regazo de paz, que es sabiduría al propio tiempo que ternura, pueden hallar los hombres la meta procurada. Aclara la mente de mi patria, dulcifica su corazón, acompáñala en su camino. Escucha cómo en torno a tu santuario de esta ciudad preclara tus hijos repiten sin cesar, como Simón Pedro, roca de tu Iglesia: ¡Señor, nosotros creemos y reconocemos que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo!

Defiéndela, en tu verdad, de las solicitudes de los falsos profetas, que la invitan a alejarse de Ti, como las turbas de Cafarnaún, repitiendo que es dura tu palabra. Desde el día en que con las aguas de sus lagunas y sus ríos salvajes la incorporó a tu gracia el misionero de la conquista, ha desenvuelto su parábola en torno al eje de tu cruz. Desconociéndote y negándote, por una paradoja típica de nuestro tiempo, hombres obstinados en la locura de la rebeldía siniestra llaman al mundo a una fraternidad imposible por

feroz, sobre la base absurda del desconocimiento o la ignorancia de la paternidad divina. Ampárala, Señor, y asístela en esta tentación de apostasía, vieja como el hombre y el mal y perpetuamente renovada como éste en sus halagos y en la voz del convite. Haz que sólo vaya, contigo y hacia Ti. ¿Con quién, si no, y hacia quién por ventura, podría ir? *Sólo Tú, Señor, tienes palabras de vida eterna.*

CARACTER RELIGIOSO DE LA CRISIS CONTEMPORANEA

Conferencia en la semana anual de la Universidad Javeriana. Bogotá, 1954.

Si antiguamente, hace ya más de tres centurias, constituyó esfuerzo alumbrado por certera visión y animado por segura esperanza la fundación de la Universidad Javeriana, su restablecimiento ha venido a reanudar una misión que, merced a las actuales circunstancias, reviste más extendida trascendencia. Sería absurda injusticia, naturalmente, no ya desconocer, pero sólo olvidar, lo que como designio de tan excelsa calidad significaron la iniciativa colonial, la elevación del pensamiento que dio origen y el trabajo que erigió en breve ese abrigado refugio de la sabiduría, que casi al punto de nacer pudo ostentar relieve de singular eminencia, y lo que a él debieron aquellos a quienes fué dado aprovechar su dirección y enseñanza en el lapso comprendido entre la fecha de su implantación y la de la expulsión de la Compañía de Jesús decretada por el rey Carlos III en la segunda mitad del siglo inmediatamente posterior. De esta primera jornada de la Universidad Javeriana, como del Colegio de San Bartolomé, salió buena parte de la legión ilustre que discurre por las crónicas misionales y también de la que fulge después en el quehacer heroico de la independencia, colaboradora eficaz, la más antigua, en una obra no bien estudiada todavía de difusión evangélica entre los pueblos apenas emergentes de las idolatrías aborígenes, y

enaltecida la más cercana de los próceres por la madurez interior y la enérgica actitud ante el martirio, inexplicables una y otra si no acudimos a explorar las raíces de ambas en las nociones básicas del hombre y de los pueblos aprendidas por ellas a la luz religiosa de su formación moral e intelectual.

Aunque mayor, sin duda, la jornada nueva que la antigua (no en relación con la institución misma, actuante siempre sobre su pauta primigenia, sino con las respectivas exigencias temporales), mal podría omitirse, sin embargo, en estas festividades consagradas a la exaltación de la Universidad, la evocación de lo que ella representó en su primer período, cuando acudió solícita a la tarea de siembra en aquel ya lejano germinar de nuestros estudios superiores. Compartiendo su alta función con otros establecimientos análogos, hizo de sus cátedras seminarios de nobles ciencias y de su disciplina fábrica de recios caracteres, con lo que contribuyó, en medida de cálculo imposible si bien de nítida evidencia, al asombroso rendimiento de la generación que más adelante habría de legar a la patria fundada sobre la piedra sillar de su heroísmo los elementos ideológicos y políticos, jurídicos y sociales que requería el proceso de su futura evolución. En aquel memorable despertar de nuestra cultura surgió ésta aviada de los principios filosóficos que le han dado vigencia, forma y esplendor y que han defendido con victoriosa persistencia la fisonomía de la nación y mantenido en sus instituciones, a través de cruentas vicisitudes, de pugnas innecesarias y penosos eclipses, el horizonte cristiano hacia el cual continúa avanzando, fiel al mensaje recibido, con el acervo doctrinal entonces aquilatado y entregado, como patrimonio de precioso linaje, a las generaciones sucesivas.

Volvamos, pues, corazón y pensamiento, hacia aquellos a quienes nos ligan amados eslabones espirituales: a quienes debemos los cimientos de la casa que habitamos y el escudo que decora su torre. Volvamos hacia ellos para que su memoria nos aliente y su ejemplo nos proporcione estímulo. Nada faltará en esa evocación: ni heroísmo, ni sabiduría, ni santidad: acudirán a nuestra llamada próceres cuyos nom-

bres se confunden con el de la república; maestros en cuya cálida voz se hizo vida y muerte gloriosas, camino y norte seguros la enseñanza; ínclitos prelados, erguidos en medio de sus greyes como columnas de virtud de las que irradia, alumbrando el contorno, la luz inagotable del Evangelio; misioneros que en falanges de Dios la transportaban a los indómitos recintos de la barbarie; intrépidos investigadores de la naturaleza; hombres de gobierno y notables historiadores, consagrados por la posteridad: todos claros varones de América; y embebido en olor de santidad, que en él llegó la fragancia física, el apóstol que respondió más tarde en Cartagena de Indias —de estas Indias nuestras, para mayor exactitud del eco— al paradigma elegido como sombra y numen tutelares de la Universidad Javeriana.

La obra de aquel pretérito colonial (interrumpida, como decíamos, por la aciaga pragmática real que, bajo la presión de transpuestas consignas y en hora tan oscura para el gobierno peninsular como funesta para los dominios españoles, arrasó, sin sustitución alguna, así fuera de la tendencia luca de la cual provenía el impulso, numerosas instituciones misionales y planteles docentes), rindió jornadas notables, cuyos hitos perduran, esmaltadas de infungible prestigio, en los anales patrios.

Mas, si saltando de aquella época a la actual contrastamos la trascendencia de la lejana fundación de la Universidad y la de su reciente instauración, es indudable que la balanza del análisis se inclina al lado de este siglo. La empresa en principio no ha variado. Anímanla idénticos propósitos y objetos sustancialmente idénticos procura su ser-vicio. Surgida de una aspiración inmodificable, la de coope-rar a la educación cristiana y a la formación intelectual de la juventud, no podía abrigar ambición distinta ni encami-narse a meta diferente de las de aquellos viejos días. La polí-tica de Dios no cambia con los tiempos. Y la perdurable p lítica de Dios fué en ese entonces y sigue siendo en éste ahora la norma de la Universidad. Pero como los tiempos son mudables de acuerdo con los afanes sucesivos, y las rela-ciones sociales van determinando voltariamente formas des-

conocidas de ansiedad, angustias recién llegadas o apenas sospechadas por los corazones de la víspera, problemas de factores incógnitos, peligros sin antecedentes de experiencia, deleites y dolores que no gozó ni padeció el hombre antiguo, que complican esas relaciones con trastornos babélicos, la defensa de la cultura cristiana manda alzar torres nuevas, atentas a todos los nuevos reclamos, en los vastos dominios y frente a los múltiples horizontes de la inteligencia.

* * *

En los últimos períodos del mundo, del Renacimiento a la revolución francesa y a la industrial británica, y de ahí, pasando por el de intenso liberalismo económico del siglo XIX, a esta ya segunda mitad del nuestro, llevado y traído por el sople de la guerra, la corriente de la historia ha entrado en una atropellada rapidez, ante la cual se encuentran confundida la mente, suspenso el corazón y desconcertada la voluntad del hombre. Este fenómeno agrava la crisis que con zozobra y temblor vamos atravesando y en la que la inteligencia, llevada por pruritos de poderío vinculado a orientaciones de hondo rumbo y divergente trascendencia, viene, con acucia primaria, cargando su empeño sobre las ciencias experimentales, por donde las desorientadas gentes de nuestros días han dado en una exaltación poco menos que idolátrica de la técnica. Endiosada la máquina, duende y sostén de esta civilización materialista, hemos ido derivando de ella, como del vientre de una madre de monstruosa fecundidad, y ofrendándoles el culto de un excluyente fanatismo, los mitos en cuyas aras apura hoy la humanidad su pensamiento, apremia su actividad y quema su energía. Caterva, la que forman esos mitos, de modernos demonios, que a veces con sutiles halagos y otras sin miramiento alguno a la dignidad ni a la voluntad del sér racional, inútil ya el señuelo, mueven y acicatean esta danza de las más torvas confusiones, de desgredadas filosofías y de negaciones satánicas, en cuyo borrascoso torbellino, alejándose cada vez más de Dios su arrebatada criatura, trae ésta camino de arrojarse en el infierno terrestre a que, en su inspirada

lucidez, aludió memorablemente la voz de la sabiduría perdurable. Todos ellos confluyen a un orden deshumanizado, que en el fondo, como es claro, se traduce en un desorden esencial, precipitado hacia una unidad colectiva indiferenciada, sin fuerza alguna orgánica en su propia desmesura y en cuya ignominiosa revolución la persona tiende a desaparecer, absorbida y despojada de sus esenciales e inalienables prerrogativas.

Abstractamente considerados tales mitos, confórmase cada uno a exigencias de los procesos evolutivos y cada uno asume funciones de instrumento adecuado a aspectos y circunstancias de esos mismos procesos. Es obvio que el mal no reside intrínsecamente en ellos. Todos representan corrientes útiles, o más precisamente, utilizables en la organización de un estado social favorable al crecimiento de una cultura espléndida, a la altura de la más aventajada de los siglos. Pero el veneno de la disociación ha instilado en ellos anarquía mortal, como en los demás factores de esta crisis, en la cual las corrientes que pudieran ser fecundas y portadoras de largos beneficios andan todas fuera de álveo, desligadas de su conveniente tendencia, chocando unas con otras y sembrando ruina y destrucción donde debieran ir depositando los gérmenes de metódica y creciente prosperidad.

Jamás dispuso el hombre, individualmente considerado, de más valiosos elementos, ni tuvieron los pueblos en sus manos más potentes instrumentos para el logro de una civilización resplandeciente de gloria, rica en éxitos, genitora de inefable tranquilidad, calentada al fuego de la justicia y con medios prodigiosos para extender sus dones sobre el haz íntegro de la tierra. Hemos logrado extraer de la naturaleza secretos de insospechado alcance, cuya aplicación nos permite satisfacer sencillamente necesidades que antes exigían penosas diligencias, aliviar dolores ineluctables para nuestros antepasados, mantenernos en contacto con el mundo, multiplicar copiosamente —inverosímilmente sería más exacto— el rendimiento del esfuerzo; la industria ha obtenido conquistas que pondrían el trabajo, si fuera posible colocarlo sobre otro pie y en otro ambiente, en condiciones

de sumar abundancia de producción y pacífico desarrollo. ¿Quién, si pudiera sustraerse a la realidad que nos rodea, no vería allegados los materiales requeridos para la edificación del sueño de los filósofos que se han atrevido a delinear el esquema de una sociedad armoniosa? ¿Y quién, dentro de esa realidad, podría darnos, sin iluminación divina, la suma de lo que el hombre, como unidad cardinal, y las naciones, como corporaciones geográficas y jurídicas, y el mundo, como conjunto total, pagan en precio de innumerable desventura la desviación que hoy sufren hacia horribles amagos de destrucción los recursos que Dios ha dado a su inteligencia inventar en las que han sido llamadas oficinas del cosmos y obtener en las composiciones y descomposiciones de sus laboratorios? Pone pasmo y pesadumbre en el ánimo la consideración de lo que alcanzaría a ser el mundo si esos recursos y esas fuerzas fueran encaminados no al daño, sino al bienestar social; no a la amenaza, sino al estímulo generoso de los países; no a la intensificación y acrecimiento de las armas de la guerra, sino a una fervorosa campaña en pro de la paz, que es lucha también, pero lucha en defensa de los valores que la guerra aniquila. La mirada se pierde, cargada de indecible nostalgia, en los cerrados linderos de Utopía.

Dejando ir el pensamiento por este derrotero llegamos a una de aquellas conclusiones cuyo ajuste y proporción tampoco nos sería posible sin la luz de lo Alto: la de la responsabilidad de las presentes generaciones y la de las que prepararon esta encrucijada de la historia, atormentada por la agitación de las más hirsutas contradicciones y a la que, si no confiáramos en la Providencia, no veríamos otra salida que la oscura de los abismos de la muerte. Interceptado por alardes de soberbia intelectual y aberraciones de paganía en el crepúsculo de la Edad Media y en el amanecer del Renacimiento el viaje que traía la corriente cristiana; herida por nuevas herejías la unidad teológica de la Iglesia, que entonces fluía hacia la patria eterna libre de los escollos con que las antiguas pretendieron romper el credo prístino; incubado en tales extravíos el sentido materialista de la existencia que había de enfermar los siglos posteriores, hemos llegado

a éste en que, paralelamente a esa disgregación filosófica, han urgido y siguen surgiendo las deslumbrantes maravillas de un progreso técnico que empieza a abrumar a su propio artífice y a inclinar sobre su cabeza desenfundada la fulminante centella de una locura todavía mayor: la de los propios elementos sustraídos al orden de Dios y puestos al servicio de conatos que, de cumplirse, podrían, como se teme, arruinar, esterilizándola, la corteza habitable de nuestro planeta o acabar por envolver su globo en un sudario de cenizas letales.

Grave período, y complejo, en verdad, el de esta etapa. Otras han hecho también su tránsito cronológico sobre ríos de lágrimas y de sangre o bajo el azote de vientos enfurecidos, teniendo ante los ojos confines sellados por torvas constelaciones o atronados sus ámbitos con el estrépito de ensordecedoras tempestades. Ninguna, empero, ha llevado su trayectoria con menos fijeza ni más absurdas oscilaciones en la brújula, perdida la línea de equilibrio y a cada instante desquiciadas las palancas del rumbo. Una ciencia sin norte preciso, sin alto luminar para la constante dirección de su itinerario y sujeta por ello a vaivenes en que pierde fatalmente la orientación, no puede, y en ese punto nos hallamos, crear una verdadera cultura. El asombroso crecimiento de la técnica contemporánea ha engendrado este fenómeno negativo, cuyo miraje de progreso esconde inversa realidad. La técnica ha favorecido el ensanche político de las naciones y va en camino de sustituir éstas por unidades continentales, perjudicando a la vez la atención a los más altos intereses en que una cultura auténtica alcanza integridad y encuentra apoyo. La cultura requiere lentitud para empapar los cuerpos sociales en sus aguas fecundas y para lograr el desarrollo de sus gérmenes. La técnica moderna, por el contrario, en todas sus formas y derivaciones (pragmatismo, industrialización progresiva, rígida especialización profesional, menosprecio y abolición de la primorosa artesanía), se resuelve en velocidad. Y la velocidad, eliminadora de las distancias y perturbadora de la meditación y la conciencia, ha congregado en un solo haz los problemas y conflictos del mundo, imponiendo a éste, en un momento en que el desajuste ano-

tado lo mantiene en incapacidad de afrontar tamaña síntesis de biología espiritual y jurídica, un deber de integración social y política excesivo por prematuro en época carente de unidad espiritual y sólo vislumbrable mediante una firme disposición cristiana de las relaciones de los hombres y de los pueblos.

Derívase de esta desequilibrada situación, de esta falta de sincronismo en los motores del progreso, de esta arritmia en las fuerzas que impulsan la marcha de los diversos órdenes de la vida, el presente estado de crisis, que ha hecho caer, en su tramo sombrío y vertiginoso, tantas lindas estrellas sobre los horizontes, desvanecerse tantos fáciles sueños, borrarse, por ilusorios, tantos dulces paisajes, y extinguirse, apagadas con ellos, tantas voces, para imponernos una nueva atmósfera, cuyo resplandor, forjado en luces de tormenta, va presentando ante nuestros ojos, con el estadio en que habrá de decidirse la contienda, las falanges comprometidas en este episodio, el mayor hasta ahora producido, por extenso, intenso y universal, y acerca de cuya índole nadie puede engañarse. La presencia de Dios en la línea divisoria y la coral polémica en torno a El denuncian esa índole. Claro que no alude la primera de estas afirmaciones a la presencia infalible y necesaria de Dios, principio y fin, fuente y luz, plinto y corona de la creación, de la cual surge su prístino testimonio, sino a la idea que el hombre ha tenido de la Divinidad en los procesos circunstanciales de la historia, en los que esa idea humana ha sido variable, fulgiendo a veces viva y absorbente, o tornándose vaga y nebulosa, o aún, sin nublarse del todo ni menos faltar radicalmente nunca, ha caído, por vías descarriadas, en múltiples desfiguraciones, cuando no sufrido blasfemia y negación. Pero jamás como ahora el nombre de Dios y la creencia humana en El o su rechazo más o menos encubierto o más o menos categórico había partido de tan franca manera a la humanidad y producido en ella tan notorio y confesado deslinde.

De ahí el sello nítidamente, inexorablemente religioso de la crisis de nuestra época. Tras la anárquica dispersión

filosófica de la que la precedió el mundo ha entrado en un cono de sombras y de fuerzas contrarias, en el que las de atracción y repulsión no obedecen ya a las analogías o diferencias nacionales, étnicas y económicas en que estuvieron distribuidas y en el que los motivos accidentales que antes alcanzaron primacías espurias ceden el campo a motivos absolutos en cuya contraposición habrá de resolverse esta agonía sin par. Lo que implica para las gentes de nuestra fe tarea de inmensas proporciones. Tarea de restauración moral, que abarca los sectores geográficos del cristianismo, sembrados de cizaña como el campo de la parábola evangélica; y tarea de salvación, que incluye las porciones donde se han agrupado tinieblas hirvientes, empeñadas en difundirse coléricamente a los cuatro puntos cardinales.

En esta liza sin reserva de campo ni excepción de persona, todo el que ostenta la divisa de Cristo tiene un cometido, grande o pequeño, por cumplir. La contracción material del mundo, ya aludida, en que han venido a redundar, una tras otra, como en síntesis mágica, las conquistas y aplicaciones de la técnica, ha producido al propio tiempo tan apretada conjunción de horizontes en tan premioso circuito histórico que nos agobiaría si no tuviéramos con nosotros la promesa infalible y si no estuviéramos ciertos de que todo lo podemos en Aquél que nos conforta. Fiel al mandato que El le dio —“id y enseñad a todas las naciones”—, la Iglesia avanza protegida por la garantía de su asistencia, confirmada por el testamento de su vida y pasión y por el signo de su cruz, índice de Dios y antena de las almas, que permanece amorosamente erguida en su collado como el solo emblema de paz y radial certidumbre de esperanza, cuyos brazos no se han cerrado nunca, y contra cuya llama, encendida en la del holocausto imperecedero, nada logra el soplo satánico que pretende, con la perturbación de las conciencias y el enfrentamiento de la sublevación materialista al plan eterno, sustituir la mano providente del Padre por la espada encendida de la violencia.

“Los poderes demoníacos que han entrado en la casa vacía de la civilización secular —observemos la exacta y

vigorosa expresión de Christopher Dawson— no pueden ser exorcisados por economistas ni políticos: sólo la religión dispone de fuerzas para luchar contra las de la destrucción y librar a la humanidad de sus enemigos espirituales”. O sea —claramente dicho— que la sentencia de que fuera de la Iglesia no hay salvación no detiene su sentido en el esfuerzo individual a que habitualmente se la limita, sino que incluye en él, y con más patente y somera objetividad, el de la ventura temporal de las sociedades. El copioso catálogo de las teorías ensayadas para la exégesis del humano misterio y para la armonía del mundo (“ensoberbecidos devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas”), va cayendo fatalmente en un vasto panteón filosófico, sobre el que la luz del Evangelio resplandece inabastada e inabastible, segura de su perduración hasta el final de los tiempos y vertiendo su claridad, de justicia y misericordia a la vez, sobre los despojos que amontonan sucesivamente a su alrededor la ufanía de las mentes y sus deleznable lucubraciones, casas, siempre, edificadas sobre arena.

En el halo infinito de esa luz cabe la unanimidad de las almas y pueden hallar alivio todas las aflicciones e infortunios, acallarse todos los trenos, entenderse todas las lenguas, cumplirse todos los anhelos y descargar sus congojas y fatigas todos los peregrinos que encaminan lealmente sus pasos hacia la meta de la verdad. Fuera de él, en cambio, bullen la anarquía y la dispersión, en las cuales se desorbita la existencia. El cristianismo, que es el Reino de Dios, arguye la antítesis de Babel y guía al hombre en la reconquista de la perdida patria de la unidad, aspiración de todas las contiendas y, sin embargo, fin buscado por innumerables filosofías, como si se tratara de la culminación de un laberinto, a través de intrincada red de rutas extraviadas.

En la resistencia a Cristo de gran porción de la humanidad reside la clave de la crisis contemporánea. De ahí que el remedio de ésta sólo pueda ser procurado por la Iglesia, depositaria de la fe, maestra de la doctrina y dispensadora de la esperanza y la caridad predicadas y confiadas por El a sus falanges apostólicas. ¿Objeta alguien, talvez,

que esta misión excede la capacidad de la Iglesia, aún recobrados los hijos que le arrebató la herejía, siendo, como es, institución colocada más allá de los estados políticos y sin medios de tal índole para obrar en el curso de la historia? El reparo adolecería de atraso milenario. Sería preciso, para situarlo donde debió esgrimirse, desandar las centurias de nuestra era y hacerlo oír en las asambleas de los apóstoles y los mártires, y en viaje de regreso, oponerlo a la sabiduría de los Padres y Doctores. Más inermes aún que las actuales fueron aquellas primeras cofradías que, contra el fiero desconocimiento político, no tuvieron otra arma que la reiteración de la enseñanza recibida y en las persecuciones implacables otro testimonio que los de la oración y de la sangre.

La rebeldía humana es tan vieja como el orbe. Mancha-
dos con su sombra se nos muestran los albores del Génesis. Desde entonces viene peregrinando en línea paralela al plan de Dios, movida por desesperado afán de quebrantarlo y tratando impiamente de arrebatar al Creador el gobierno y señorío de sus criaturas. Pero ahora la tentación no acude a las palabras insinuantes de cuya falsa promesa derivó la pérdida de la inocencia primitiva. Ya no nos promete hacernos dioses, sino que nos manda ser esclavos. A la paz de Cristo, que es orden en la mente, amor en el corazón, justicia en la conciencia, opone la perturbación universal y el total imperio de una doctrina despótica que exige el vasallaje de la inteligencia y la rendida anulación de la voluntad, condena al exterminio la profesión religiosa, espiritual y libre, basada en la filiación divina y penetrada por la certidumbre de la responsabilidad ultraterrena, y en su relevo instituye la unidad de un materialismo hermético, centralizada en el estado rector, vigilada por el suplicio y la muerte y extendida, como cadena de oprobio y servidumbre, a la zona donde el hombre guarda, por decreto príncipe, el dón de su albedrío, intocable, porque El quiso que así fuera, aún por El mismo que lo otorgó; contra el Decálogo, puesto a fluír sobre el tiempo, desde el Sinaí hasta el juicio, en su lecho de piedra indestructible, confiado al Testamento antiguo y alumbrado por la Redención en el Nuevo, erige la emancipación de los instintos elementales y la inversión del código supremo;

y convirtiendo las normas eternas en fuegos fatuos que huyen y mueren en la noche, presenta la vida no ya como escala en ascenso hacia una cima perdurable, sino como marcha sin sentido por un desierto inexplicable y hacia una tumba ciega.

Impone, pues, este panorama angustioso, hondo deber de combate y defensa. Defensa y combate en todo sitio, porque en todos se cierne la amenaza. Como los hijos de las tinieblas han obrado siempre movidos por ese "ingenio facineroso" de que nos habla Quevedo, el comunismo, que centra las fuerzas enemigas e impera métodos y estrategia, avances y contenciones, ha desatado el incendio de la revolución bajo una enseña que vela la cifra total de sus consignas y que, en cambio, sugiere aspectos de justicia inmediata y ofrece halagos tentadores a las copiosas muchedumbres distribuidas en los contornos de miseria que escoltan y encajan en su dolor los ríos de la fortuna y el poder. Otro es el genuino contenido del materialismo histórico ante el cual nos hallamos, y es éste, y no el pregonado intento de la renovación económica, el que imprime título y dignidad de lid sagrada a la que pide y manda la acometida cristiandad. De la misma manera que, como lo dijo, a su hora, ¡y con cuánta precisión!, Zinoviev, "la Rusia tiende la mano al Asia no para que abrace su ideal, ni para que comparta sus concepciones sociales, sino porque los millones de asiáticos le son necesarios para abatir el imperialismo y el capitalismo europeos", las promesas con que anuncia la redención del proletario universal constituyen señuelos montados en falsas luces políticas para encubrir un ideario filosófico que presume comprender las dimensiones fundamentales del hombre, desde su nacimiento hasta su muerte. El comunismo no es, por tanto, como sigue aseverándoseles engañosamente a gentes en quienes una predicación abierta y franca chocaría con la tradición en que han sido formadas, sólo un sistema político y económico sino un auténtico movimiento religioso, más aún, religión plena, puesto que erige una interpretación del mundo y del hombre y propone una explicación de su naturaleza, potestad que no detentan los partidos, los cuales limitan su aspiración a la organización y

manejo del estado. Religión con credo y preceptos, dogmas y exigencias, y para más grave anomalía, como en clamorosos estudios lo han señalado autoridades eminentes, con un peligroso sincretismo de errores y verdades. De aquellas verdades que “se han vuelto locas”, según una de esas expresiones de Chesterton que en un destello paradójico condensan largos recorridos de luz. Verdades que en su valor auténtico serán lo que subsista de esa turbulenta amalgama, pues, como se ha observado, “si se examina atentamente el paso de las revoluciones por la historia, se ve que lo único que perdura es aquel elemento cristiano que muchas veces, y aún contra su voluntad, aportan”. Así, como una nueva religión, se encara al cristianismo y lo combate y persigue dondequiera, con crueldad que ha abierto una moderna éra de martirio y repitiendo está la gloria de los primeros discípulos del Señor. Y así, como una nueva religión, ha traído al mundo e interpuesto en la parábola de la humanidad esta actual disyuntiva, dramática, inexorable, de cristianismo o comunismo. A los cristianos, contesta el Padre Ducatillon, nos corresponde decidir. “Los cristianos somos responsables de Cristo”.

Los cristianos somos responsables de Cristo. Tremendo compromiso, en verdad. Responsabilidad que nos vincula al misterio de su cruz no sólo como beneficiarios de los frutos de la Redención, sino como discípulos fieles de su enseñanza, como apóstoles constantes de su doctrina, como arcas vivas de su intención, como custodios insomnes de su heredad y despiertos soldados de su batalla interminable, y demanda, a la vez, para su cumplimiento, la intensificación de la comunión de las almas, que no puede obtenerse sino en “la única institución que encarna la plenitud del espíritu, establece en el amor de Dios el parentesco universal y posee una jurisprudencia ecuménica fundada en la Revelación”.

Dos enemistades se oponen a esta labor de la Iglesia: la del odio en las fuentes del ateísmo y la de la discreta o abierta hostilidad de la concepción laica de la sociedad y del estado, que se empeña en recluír la influencia religiosa en el fuero íntimo, en el privado asilo de la conciencia indi-

vidual, estableciendo de ese modo, en una división imposible de la unidad humana, dos esferas distintas, dos zonas separadas e independientes en el sér integrado por la trinidad indisoluble de una inteligencia, una conciencia y una voluntad.

“La tentativa del comunismo —escribe Daniel Rops— hace pensar en la del abatido príncipe de la luz. También él quería liberarse, también él quería conquistar el Reino. Su caída en el abismo no está desprovista de una grandeza horrible: pero da testimonio de Aquél que le ha vencido, y es a cada uno de nosotros a quien corresponde, eternamente, vencerle.” La tarea es difícil y acarreará quebrantos y desgarraduras inenarrables. No hemos sido convidados a un viaje jubiloso sobre un blando camino. Ya sabemos que la senda del cristianismo no ha sido jamás sino la prolongación de la vía del Calvario. Por eso la del Señor es escuela de confesores y de mártires, faena de duro sacrificio, ofrenda perpetua, esfuerzo indeclinable, vida y muerte de cruz. La Iglesia fué fundada por El no sólo para difundir su enseñanza, sino para llevar a los hombres los frutos de su redención. Nuestra edad será apenas un anillo más en la cadena infrangible que ha venido midiendo su derrotero histórico, y la Iglesia de Cristo, nave sin riesgo de naufragio, vencedora segura de las procelas, habrá de llegar ininterrumpida y victoriosa, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, al día en que el orbe, clausurados los tiempos, se recoja de nuevo en la mano del Creador.

* * *

Frente a esta realidad, en la cual toda pasividad de parte de los cristianos equivale a fuga y puede asumir caracteres de traición (el que no está conmigo está contra Mí), resurgió hace pocos años, al impulso de una decisión, apostólica, la Universidad Javeriana. Y esa misma realidad, que fué, sin duda, en el fondo, el principal motivo de la restauración, es la que —afirmado sea aquí de nuevo tras de las someras consideraciones anteriores— otorga a esta se-

gunda etapa del instituto importancia mayor que la que tuvo la primera. En el siglo XVII todavía los problemas universales se dilucidaban principalmente en los refugios académicos, y cuando emergían a los ambientes populares se movían en éstos con paso cuya lentitud no permitía sospechar la tumultuosa celeridad que más tarde habrían de adquirir. Podría afirmarse que en cierto sentido no había entonces problemas universales, es decir, requerimientos y fenómenos que comprometieran conjuntamente el pensamiento y la acción de todos los hombres y que, por encima o por debajo de su general desunión y de sus distancias psicológicas y geográficas, mantuvieran a éstos sometidos a una tensión común. En cierto sentido también, sólo Europa ostentaba en ese momento una activa existencia histórica. Lo demás pertenecía a dos campos lejanos, uno de escasa luz pretérita, oriental, poco menos que perdido de vista en las revueltas del camino, y otro en proceso de vago, confuso amanecer, el mundo occidental recién nacido y de incierta fisonomía infantil, sin acogida en los consejos intelectuales y políticos del Viejo Continente. Campos, ambos y al par, de misión y de colonia, de desdén y de explotación. Mal podía, pues, concentrar fuerza irradiante de alguna significación y lograr vasta influencia un centro universitario de estas tierras dormidas todavía en el umbral de sus posibilidades futuras y ausentes aún de sí mismas, tanto por la incomunicación de sus propias regiones como por la virginal barbarie en que yacían sus pueblos.

Mas, como hemos visto, el desarrollo histórico ha adquirido velocidad vertiginosa, por una parte, y por otra los factores causantes de este acontecimiento han apretado en una pugna singular los combates que antes se distribuían plural y metódicamente, como si las aguas que rodaban por las varias vertientes de una comarca confluyeran de repente, por súbita alteración topográfica, en una sola vena fluvial. Recogida así, agobiadoramente, su ansiedad, el empeño de la humanidad tiene que ser el de unificar las fuerzas de su equilibrio, cuya desarmonía repercute, exacerbándola, en su conciencia, que sólo habrá de hallar sosiego cuando la corriente fije rumbo seguro hacia el pacífico océano de la

Divinidad. Dada su tremenda magnitud, la tarea reclama unísona cooperación de los espíritus. Por donde se advierte cómo la institución antigua, de limitado alcance, ha venido a más alta categoría, aumentando su utilidad y elevando su jerarquía a la función de órgano incorporado a milicia de muy crecidas proyecciones.

Las naciones no pueden seguir en la morosa caricia de sus trabajos y sus días. “Esta proximidad de lo lejano, observa Ortega y Gasset, esta presencia de lo ausente, ha aumentado en proporción fabulosa el horizonte de cada vida. Cada trozo de tierra no está ya recluso en su lugar geométrico”. Los ríos solariegos han desembocado todos en el mar. Tal el hecho que nos tocó en lote histórico y al que habrán de hacer frente, en lucha de fondo, las nuevas generaciones. Requiere en éstas, para ello, la concurrencia de combatientes decididos, que entiendan y amen la misión que su tiempo —su grave tiempo trascendental— les ha reservado y les confía como oficio glorioso. Pero, a su turno, la tarea requiere preparación aquilatada. En otorgarla estriba la austera dignidad, la empinada valía y el decoro y prestigio de estas casas en las cuales el culto de las ciencias no concluye en las ciencias mismas, graduando de fin, como hacen las que edificó el positivismo, lo que no pasa de medio e instrumento, sino que aclaran su estudio a la lumbre del espíritu, tórnanlo manantial de alta sabiduría (en la plena acepción sacra) y rigen el derrotero de las inteligencias por el del índice estelar que detuvo su marcha sobre la cuna de Belén y nos enseñó así dónde estaba el centro de los seres y de las cosas.

Asista Dios e infunda prosperidad a esta escuela establecida y recobrada con la ambición de formar, al par que gentes de útiles o decorativas profesiones, hombres de Cristo. Hombres enardecidos por la sed de una honda y vera restauración moral, sin la cual todo lo demás será baldío y, los baluartes que se creen fortalezas inexpugnables resultarán defensas precarias, cuando no coberturas de la asechanza y huertos en donde se multiplique el beso de Judas. Hombres, en su medio, penetrados de un sentido heroico de

la existencia y de un activo anhelo de plenitud espiritual, no sólo para su conciencia, sino para la de su sociedad. Hombres que lleven entrañada la ley de Dios y se desvelen en acordar su contorno, cuanto más amplio mejor, con la doctrina profesada y en establecer rigurosa coordinación entre ella y las conductas personal y colectiva. Hombres que, conservando la tradición religiosa de la patria, presenten ésta vestida con la coraza de las virtudes épicas en la cita a que nuestra civilización tiene convocados a sus pueblos y en la descomunal batalla de nuestros tiempos, en la cual se ha repetido el imperial fenómeno de que en sus territorios ya no se pone el sol. Hombres con la mirada en alto y firmes las plantas en la tierra. Hombres, en fin, en quienes Cristo viva y muestre que El es pastor y guía de las almas y de las naciones, fuente única de la justicia universal y Padre, Maestro y Juez absoluto de los siglos.

JERARQUIA DE LA CARIDAD

Lectura en la Radiodifusora Nacional (Bogotá, 1962), con motivo de la semana anual de "Cáritas".

Nació Cáritas del encendido corazón y pensamiento iluminado de Pío XII. Trae, por lo tanto, de su fuente y conduce en su raudal la esencia misma de la doctrina redentora que confió la voluntad de Dios a la acción apostólica e indeficiente de la Iglesia. Consignada desde el principio en la base divina del Decálogo, esa doctrina estatuye el fundamento no sólo de la perfección individual sino de la única armonía real y verdadera en la sociedad de los hombres: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. El de la caridad es, pues, el mandamiento príncipe, del cual fluyen naturalmente todos los demás. En él está, en síntesis divina, contenida la Ley, que sin él no existiría. Como tampoco existiría el orden natural ecuménico de los seres y de las cosas, cuyo concierto es fruto del amor en el cosmos inmenso y en el reino diminuto de lo invisible.

El precepto, por su génesis, es eterno, y como tal, inmodificable. Pero en la sucesión de las generaciones se van ofreciendo fases nuevas, fenómenos inéditos, problemas, circunstancias y necesidades que para su consideración, tratamiento y acertadas soluciones requieren ajuste solícito, oportuno y eficaz a sus particularidades y exigencias. En sus varios órdenes la existencia de las sociedades avanza sometida a numerosas influencias, que cambian en su propio

ocurrir e imponen métodos distintos frente a las situaciones que de esas influencias se derivan. Si el deber de la solidaridad humana se conserva inmutable, a causa de su invariabilidad esencial y suprema, como que emana permanentemente de la inmóvil autoridad del Padre de los siglos, y es norma sin eclipse en la conciencia personal y en la tabla de obligaciones morales de los pueblos, los sistemas correspondientes a su ejercicio tienen que mirar —precisamente para la fiel ordenación y adecuado desarrollo de su cumplimiento— a los caracteres accidentales que épocas y países van presentando en el devenir de sus mutaciones y procesos. “No es necesario repetir —dice un eminente, autorizado escritor— que el cristianismo es capaz de animar civilizaciones diferentes”. De ahí la perpetua actualidad de la Iglesia y la vigencia indeclinable de instituciones que, como ésta de “Cáritas”, acondicionan la norma prístina e invariable del Evangelio, asumiendo técnicas contemporáneas, ajenas, empero, a todo prurito de novedades ostentosas, y por ello frívolas y falsas, a los niveles y clamores sociales de sus etapas respectivas. La caridad cristiana y la solidaridad consecuente, subsistiendo idénticas a sí mismas, porque son ley imperecedera, agregan a su virtud original la de asumir, en su aplicación, las formas que el giro cronológico les demanda.

Sobre ese derrotero, las instituciones que se esfuerzan en ser fieles intérpretes y ejecutoras efectivas de la doctrina de la Iglesia arguyen sistemas y ordenan métodos de acción mediante los cuales el espíritu de Cristo —del que su esposa mística es infalible depositaria— se expanda con más largo alcance, alumbre con su inefable claridad y bañe en su dulcísima, insondable misericordia los más repuestos campos de la escasez y el desamparo. Siempre ha sido así: siempre los días de la historia han visto a las almas y a las falanges religiosas, unidas en la irradiante voluntad del Señor, inquirir todos los caminos, medios y recursos para llegar a los fondos de la miseria y la tribulación, para descender a los abismos del infortunio, de la intemperie y la desesperación sociales y llevar a ellos, con los bienes primarios de la vida, desahogo y piedad, fraternidad e impulso de elevación, alivio espiritual y físico, y para abrir, entre las sombras del aban-

dono, horizontes benignos ante los corazones cegados por las tinieblas angustiosas de la desolación.

Sólo la caridad puede cumplir esta misión altísima. Porque sólo la caridad, que es la simiente de amor depositada por Dios en el alma del hombre, hace surgir en ella el sentimiento de la solidaridad en el destino común, que requiere como principio genitor y savia nutricia la certidumbre de la unificación trascendental y entrañada de las criaturas en la filiación de un Padre universal. Los movimientos de título social que desconocen esa filiación, o que obran con prescindencia del calor y soplo arcanos que de ella se originan como de venero insustituible, son vientos extraviados sobre la selva humana, en la que más que los beneficios prometidos producen oleajes contrapuestos, desatan tormentas, tuercen cauces y en trastornos de odio arruinan la posibilidad de lo mismo que dicen procurar. Justicia social es la pretendida bandera de esos movimientos. Justicia que proscribe la caridad, como si la caridad no fuera la esencia de la justicia; como si la justicia sin caridad, aún en el vano supuesto de que pudiera existir, pudiera ser algo más que un frío sistema de derechos, glacial estructura jurídica, sin el fuego interior que eleva, dignifica y convierte en vitalmente armoniosa y benévola la relación de gentes y naciones. Si en el orden divino justicia y caridad se identifican en la misteriosa unidad de Dios, y no puede, por lo tanto, hablarse de mayor jerarquía de la una sobre la otra, esa atribución sí es posible en los simples órdenes humanos —sociales, civiles, económicos— y ha sido invertida hasta la negación de la caridad en la concepción del materialismo filosófico y político que con frenética intensidad y difusión copiosa viene, en los últimos tiempos, predicándose en todos los confines y a todas las razas para apartarlas de Cristo y su enseñanza. “Ciertamente —palabras son las siguientes, esclarecedoras, de la Cátedra Pontificia, en el período de Pío XI— la caridad no debe considerarse como sustitución de los deberes de la justicia que injustamente dejan de cumplirse. Pero aún suponiendo que cada uno de los hombres obtenga todo aquello a que tiene derecho, siempre queda para la caridad campo dilatadísimo. La justicia sola, observada puntualmente (llega

a conceder el Papa insigne) podría, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales. Pero nunca (concluye) unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora bien (continúa), todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vehículo espiritual que une a los miembros entre sí. Cuando falta ese lazo de unión la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno". Ya ha sido dicho que "Moisés promulgó la ley, mas la gracia es obra de Cristo". Desechada la gracia del Señor y suplantado el Autor Supremo por el constructor de estructuras materialistas, rígidas y opresoras, o por el prosélito de sistemas de un positivismo árido y glacial, adversario de Cristo o extraño a su espíritu, la suerte de las sociedades será de engaño y pesadumbre irre-mediabiles.

Sólo la caridad puede asistir y alentar la agonía de los hombres en los estadios ineludibles del dolor. El señuelo de la justicia social, negadora de la caridad, es un miraje siniestro, en pos del cual asechan fatal desventura general, coronada de oprobios, y las infinitas miserias que ineluctablemente siguen a la proscripción de la libertad. Sábenlo así los discípulos de Cristo y los apóstoles de la misión que El les confió como tarea sucesiva de su redención. Vano será todo intento de integrar una democracia genuina sin que en su entraña hierva, como depósito sagrado, la fuerza amorosa que constituye la esencia misma de su ser. El sueño de la armonía en el odio es el desesperado absurdo engendrado en el desconocimiento de Dios, absurdo al cual la doctrina cristiana y la mente y brazo de la Iglesia oponen su acción bienhechora, mediante el heroísmo y abnegación de sus milicias, el concurso de sus fieles y la oración y sacrificio de sus santos.

Tal el desvelado propósito y ardua labor de instituciones como Cáritas en todos los países de la tierra. Y ése el ferviente empeño con que en el nuestro trabaja ésta día y noche, a fin de establecer una justicia auténtica, coronada por la luz e impulsada por la efusión de la caridad cristiana. "¡Ay

del mundo donde sólo reinara la justicia!”, exclama, en grito de ardorosa verdad, un pensador contemporáneo. Porque como él mismo lo explica, “la justicia que se nutre de solas sus fuerzas se transforma en sombría injusticia”. Sí, únicamente la caridad nos redime del egoísmo, en lo individual, y nos eleva sobre la ley, en lo colectivo, porque antes que seres de organizaciones transitorias somos hijos de Dios, y Dios es caridad.

VI

1. ORIGEN DE UN LIBRO E INTERPRETACION DE UN DESTINO POETICO
2. ESTAMPA Y APOLOGIA DE EUSTAQUIO PALACIOS
3. EVOCACION DE MANUEL ANTONIO CARVAJAL
4. ESTAMPA Y APOLOGIA DE GILBERTO GARRIDO
5. POSICION DE CARLOS VILLAFAÑE EN LA POESIA COLOMBIANA
6. DE JORGE ISAACS A ANTONIO LLANOS

ORIGEN DE UN LIBRO E INTERPRETACION DE UN DESTINO POETICO

*Lectura en el Paraninfo de la Universidad
de Antioquia.—Medellín, 1961.*

En virtud de obligante insinuación debo exponer, en esta sede ilustre de la Universidad de Antioquia, mi personal interpretación del destino poético de Jorge Isaacs y del origen de “María”, su gran libro. Destino iluminado y libro que la posteridad ha concluido por contemplar, en el ámbito de ese destino, como una estrella solitaria. En “María” se cifra, realmente, la gloria definitiva y perdurable de Isaacs. El resto de su obra no hubiera levantado su nombre a la cima en que merced a “María” resplandece. Hubiéralo dejado en la lista de los cantores importantes, pero sin trascendencia, de su momento literario en Colombia. “María”, en cambio, superó ese momento y dio al nombre de Isaacs impulso de vuelo universal.

* * *

Poco, por ello, o nada, valen, ante este libro, ciertos desconocimientos contemporáneos, que en el fondo no son sino tributo al invariable, inofensivo prurito de las generaciones: ráfagas inútiles, porque lo inconsistente cae por sí solo, y lo otro, lo arraigado, subsiste contra ellas. En nuestro

caso, oyéronse, de modo singular, cuando hace pocos años se agitó una polémica sobre la supuesta —e inexistente, claro—, realidad histórica de María, la inefable, si bien tan dulce, tan entrañablemente terrenal criatura del poema. ¡Qué cosas se dijeron entonces! Y no faltará quien las repita. El desplante intelectual desconoce gozosamente su propia ingenuidad. El libro de Isaacs se publicó hace ya casi un siglo. En 1867. Cumple, pues, en éste de 1962, exactamente, noventa y cinco de existencia. Y en materias artísticas no hay sino un juez auténtico e irrecusable: el tiempo. Lo que él respeta vale y se defiende —se defiende en él— de los caprichos, sinuosidades y venenos de la inteligencia. Lo que hoy es y mañana no parece pudo responder a su hora, y nada más. La perduración de la obra artística es ya, por sí misma, calificación definitiva, sentencia inapelable. Y basta de esto, que no alcanza a interesar sino a los que se dejan llevar de su propia suficiencia, que es, como la vanidad, forma en que la humildad se hace pecado.

Las obras de arte no pueden ser juzgadas por los aspectos adjetivos que en ellas se reflejan, es decir, por la serie de adherencias circunstanciales que, en cuanto expresiones de modalidades de sus respectivas épocas o momentos históricos, no pueden, como es obvio, a más de inevitable, faltar en su desarrollo. La intemporalidad absoluta es imposible. Y en calidad de tal, inexigible a autor alguno. La atención al simple detalle cronológico impide la medida auténtica del espíritu. Aquí sí que es verdad que los árboles no dejan ver el bosque. Como el color y juego de luces superficiales de los ríos no dicen nada de la profundidad y fuerza de la corriente, o inducen a engaño acerca de ellas.

Vengamos, en cambio, a la cuestión del origen de “María” y a la consiguiente interpretación de poema. Para ello situemos el libro en las fechas correspondientes de la existencia del autor. Hállase éste, en 1864, en Bogotá, y por feliz coincidencia o casualidad entra en contacto personal con don José María Vergara y Vergara. De vario modo ha sido narrada esa casualidad o coincidencia. El hecho es que don

José María, miembro ferviente de la santafereña tertulia de "El Mosaico", varón de espíritu generoso y estimulante, se complace en la amistad con el joven poeta (Isaacs tiene entonces veintiséis a veintisiete años) y lo invita a la próxima reunión, a fin de que en el célebre cenáculo dé lectura a sus poesías. Isaacs tuvo esa noche un triunfo memorable, trascendental, además, para su gloria, que por ampliamente conocido y evocado podemos dejar en esta lectura apenas aludido.

Pero si los "Mosaicos" quedaron cautivados por los versos de Isaacs, hasta el punto de disponer —cosa que nunca habían hecho en otros casos— una edición de ellos, Isaacs salió de su victoria contagiado del fervor costumbrista de sus padrinos y mecenas. Porque costumbristas fervientes eran todos, o casi todos, los "Mosaicos": el propio Vergara, don Eugenio Díaz, don Ricardo Silva, don José David Guarín, don Medardo Rivas, don José Caicedo Rojas, don José María Samper. Y regresó, al Valle a hacer, él también, su novela de costumbres. El planteamiento de "María" revela claramente la intención del autor: el reflejo de una región del país, la descripción de su naturaleza, las costumbres de las familias locales y unos cuantos episodios típicos de las maneras de vivir, de obrar, de divertirse sus gentes. Faltaba el motivo central, la fábula, con más precisión, en torno a la cual se desarrollaran los cuadros que copiaran el escenario natural y social y que respondieran el evangelio literario de la época, romántica en parte y en parte preludio de la novela realista posterior.

Empieza a trabajar en su obra, al principio en las riberas del río Dagua, donde, deshecho ya su patrimonio económico, cumplía elementales funciones de inspector del camino de herradura de Cali a Buenaventura, y después en la casa solariega de la familia de su esposa —los González Umañas—, situada en la vega del Peñón, al margen entonces de la ciudad, donde vino a convalecer del primer ataque de paludismo adquirido en aquella insalubre zona, del que no se curó nunca y que acabó por llevarlo, no viejo todavía, a la muerte.

Pero sucedió (y aquí se llega al punto central de estas consideraciones) que Isaacs se desconocía, se ignoraba a sí mismo literariamente, en lo cual, por lo demás, repetía error vocacional de no rara ocurrencia. Si no carecía de ella, era pobre en él la facultad de la inventiva creadora, que es la que requiere fundamentalmente el novelista, aún para el sencillo desenvolvimiento de cuadros de costumbres. En cambio, era un extraordinario poeta lírico, esto es, numen predestinado al canto, a la exploración íntima y ardiente de sus sueños, a la comunicativa interpretación, a través del suyo propio, del humano sentir: no al juego analítico de situaciones y conflictos, pero ni siquiera al de los cambiantes destellos de la imaginación. Y los dones básicos se preservan inexorablemente de esta suerte de inconscientes traiciones. El artista —como ha sido observado— procede muchas veces sin plena conciencia de su labor. La inspiración le impone sus derechos sagrados y hace que en él —según la interpretación de Schelling—, el espíritu actúe casi como naturaleza. Por ello la presunta novela resultó no tal sino un poema de la índole única —y óptima— que él podía producir. Aún algunos de los elementos de la realidad inmediata, que tomó en plan y ministerio de consigna contemporánea, se transforman a la luz que proyecta sobre ellos en el proceso poético. Pero en lo general, cuando no se los suministra la naturaleza, fueron en sus manos trazos débiles, de borroso concurso a la arquitectura de la obra. Y así lo que iba a ser (porque todo indica que hacia allá se orientaba la concepción original) una obra más del género en boga, es decir, en lo literario algo como una lamparilla doméstica, se le convirtió a Isaacs, en cuanto puso en ella el fulgor de su alma de poeta, en una estrella, que al punto mismo de alumbrada se le escapó de las manos y se instaló en alturas de dominio universal, sobre las propias cimas del tiempo y el espacio.

¿Cómo ocurrió el fenómeno? Por una confluencia o mejor, por una alianza de factores, que al pasar por el filtro de la sensibilidad del poeta adquirieron esa diafanidad misteriosa, ese ardido color, esa vibración inefable de los seres

y de las cosas sometidos al contacto y acción de las fuerzas arcanas del espíritu. De tales factores el principal y definitivo fué el paisaje. La presencia de él, más que en su realidad natural en los ojos, no, en el alma de Isaacs, fué el hecho de gracia que produjo el milagro de la transformación. El paisaje del Valle tenía hasta ese instante apenas mera existencia física. Después de Isaacs adquirió el resplandor poético que, animándolo desde entonces, lo hizo comarca de amor y de ensueño, divisible desde los más repuestos confines de la tierra.

Pero la sola presencia del paisaje no hubiera producido el portento. El fenómeno radica en lo que pudiéramos llamar la encarnación misteriosa del paisaje. Ahí, en esa conjunción, reside el secreto sentimental, y genial desde luego, de "María". Porque el poema se cumple e ilumina constantemente, en una especie de itinerario místico a veces, a veces casi cósmico, de asociación entrañable, que llega hasta una identificación vital, palpitante y suspirante, de la criatura y el medio natural en que se mueve. No es un simple paralelismo, que es lo que se desprende del estudio, por ejemplo, de Antonio Curcio Altamar en su excelente libro sobre la "Evolución de la novela en Colombia", cuando advierte el carácter "sicológico" del paisaje en "María", y cuando contrastando las concordancias de aspecto y de estado espiritual en el paisaje y los dos seres del idilio, dice, en pos de transcripciones demostrativas, que "la naturaleza no es ya más que una continuación de María". No. La expresión es incompleta. Se queda en la mitad del camino. Hay algo más. Algo de mucho más hondo alcance. El paisaje vive y resplandece en la niña, a la que a cada instante vemos orlada del encanto de una criatura vegetal, como las azucenas de su huerto. Salvados los trayectos del libro en los cuales el autor (no el poeta) desenvuelve sus dotes descriptivas, admirables por cierto, página a página de aquéllas en que narra el idilio, esa identificación se cumple con viva, honda, amorosa y dolorosa intensidad. Cuando la separación de los amantes se acercaba, "mira —le dice ella a él— cómo se han entristecido las noches". Las azucenas del huerto

habían llegado a ser para él algo del espíritu de María que vagaba a su alrededor... que se mecía en las cortinas de su lecho durante la noche. El presagio de la ausencia y la muerte encarna en una ave que sigue su parábola siniestra hasta la cruz de hierro que custodia la tumba de la doncella en el cementerio campesino. Pero hay un momento en que la asociación culmina dramáticamente, y es aquél en que arrastrada la niña a la inminencia de la muerte el paisaje se enloquece: el cielo se aborrasca, suelta la tempestad sus truenos y relámpagos sobre la llanura desolada, ulula el viento entre los higuerones estremecidos, el río crece y se desborda arrasando los árboles de las orillas, como una fuerza desencadenada del destino, y aún el resuello de la bestia en que el mancebo cabalga desesperado entre las sombras suena en ellas con un ritmo fatal.

Esta correspondencia del corazón y la naturaleza se muestra como nota permanente, como perseverante vena de emoción que va corriendo y humedeciendo el relato desde el comienzo ilusionado hasta el abatido desenlace. Cuando al regreso de prolongada ausencia, acércase Efraín a la casa paterna, lo recibe, maternal e idílicamente, “la más perfumada mañana de verano”. Y al dejar para siempre a María, yacente bajo sus propias azucenas, la misma alegre llanura de aquel lujoso, feliz amanecer, de tan dulces promesas, convertida ya en pampa ennegrecida por la noche —dolor ilímite y sombrío— es la que lo recibe entonces y apaga en un silencio adusto y definitivo el galope de su fuga desesperada. Y a lo largo de estos dos puntos extremos, el ir y venir constante, insistente, progresivo de la compenetración aludida, prodigio de alto aliento poético, que infundió a Isaacs impulso que lo conserva en sostenido vuelo de gloria. Y que puso, de una vez por todas, sello de indeleble brillo a su nombre, que no podría lograr más adelante elevación análoga. El dón había sido demasiado excelso, por una parte, y por otra Isaacs continuó tratando de adelantar empresas literarias extrañas a su talento artístico, en las cuales —como le aconteció— tenía que fracasar. “María” presenta, pues, signo único y señera expresión de un destino poético universal. Como tal, el de Isaacs principió y terminó allí.

Los cantos de antes y después de “María” no alcanzan alta revelación. Y lo demás —queda dicho— tentativas sin éxito, propósitos inconclusos, agonías inútiles, en fin.

Todo en el poema (insistiré con palabras escritas en otra época en torno a la admirable alianza a que he venido refiriéndome) concurre a aquella profunda maravilla, sobre la cual se asienta el encanto imperecedero que lo mantiene sin eclipse en la memoria de los hombres. El cuento —observé entonces—, no va rodando por cauces de escenas sabiamente dispuestas, sino que va desenvolviéndose sobre sí mismo, fiel al arcano derrotero que dibuja en sus páginas la planta en fuga inexorable de la virgen a quien fué otorgada la clave del amor y de la muerte. Nada sucede en el idilio que en ella no tenga su principio y su fin. Ella es el centro permanente. Germinan en ella los orígenes de la alegría y del dolor. El paisaje gira en torno de ella, mejor, en ella misma, uncido a ella, y adquiere así la personalidad del coro griego, que era el eco de la tragedia en los seres y las cosas. La naturaleza ondula a su ritmo, porque resumida en ella, ella la anima y rige como un fuego central. De ella emana cada uno de los aspectos que la naturaleza asume, en los que la radiación de la niña pone el reflejo de la eternidad insondable del espíritu. Cuando su sér, hecho de la sustancia misma de las estirpes vegetales que nutrían su huerto familiar, empieza a borrarse con la dramática lentitud de las tardes que tantas veces ha mirado languidecer en las colinas melancólicas; cuando al fin, rendida a la carga de belleza y al misterio poético que alumbra su tránsito de mujer elegida para vaso del sueño adolescente, y un cortejo de hombres del campo, cruzando esas llanuras y descansando bajo aquellos bosques por donde en días jubilosos había pasado, amante y amada, la condujeron al cementerio de la aldea en un convoy humilde y silencioso; cuando las gentes del taciturno acompañamiento la dejaron, dormida para siempre, en su cuna de tierra, de esa misma tierra que la había engendrado y la recobraba a su regazo, bajo una cruz de hierro y a la sombra de los tamarindos paternos, apenas se ha cumplido, en el orden maravilloso del poema, el regreso de la criatura cósmica al centro original cuya ex-

presión le había sido confiada en la distribución inescrutabile de los símbolos.

Esto es lo que realizó Isaacs en la interpretación de su paisaje. Y lo que lo vinculó, a él también, a ese paisaje. Sobre su obra ha pasado casi un siglo. Muchas voces poéticas han venido en pos de la suya. Sin embargo, ninguna de esas voces, cuando cantan nuestra naturaleza, dejan de evocar aquella voz prístina. No porque intenten seguir o repetir su parábola, sino porque Isaacs resumió y condensó todos los elementos de emoción en ese paisaje contenidos.

Y por una especie de hecho consiguiente, su propia personalidad ha ido despojándose también en la llama poética de sus accidentes transitorios; de esos factores numerables, cifras de documento y estimación puramente intelectual, que definen el sér histórico. Y en la medida de la desaparición de aquellas líneas tangibles, de aquellos contornos singulares, ha ido revistiéndose de una claridad indefinible, un poco nebulosa, un poco diluída, que la ha levantado a la altura y la ha moldeado con el perfil correspondiente a los númenes tutelares de los pueblos. Desnudo de la arcilla perecedera, radiante ya su espíritu, lo vemos y sentimos en toda su apolínea majestad, erguido en la luz de nuestra atmósfera, y sentado, además, en virtud del signo perdurable de su creación, sobre la cima de los tiempos.

Por un fenómeno de natural, de inevitable cumplimiento, las figuras representativas de los pueblos no adquieren a los ojos de éstos mismos su arcana dimensión y su hondura especular sino a la suficiente distancia cronológica para asegurar la exactitud de la perspectiva. La atmósfera del presente fué impropicia siempre para la justa apreciación de los altos mensajeros del espíritu. Tanto el juicio de la mente como el sentimiento del corazón se hallan entonces impedidos, limitados, desfigurados a veces por el influjo de prejuicios ineludibles y por la invasión de emociones parásitas que perturban la depurada correspondencia que tanto la sabiduría como el arte exigen entre los hombres que los producen y los pueblos que los reciben. El hecho de participar de la misma angustia temporal, de respirar el

mismo ambiente, de sufrir los mismos dolores y moverse al impulso de las mismas ansiedades, establece una impura compañía entre el pueblo y el sabio y el artista que ese mismo pueblo ha producido; compañía de contacto directo, sin la presencia intermedia del vacío que la visión exige entre el ojo y el objeto observado. Nadie es profeta en su propio país, dijo la Voz eterna. De ahí los innúmeros errores de los hombres en la apreciación de sus contemporáneos. Suelen, en ésta, obrar más muchas influencias adjetivas, muchas falsas luces cambiantes, muchas modas efímeras, que la exacta ponderación, el hondo análisis y la sencilla repercusión sentimental.

En la historia de todos los seres sobresalientes reviste esto caracteres casi de normal acaecimiento. Mas de modo principalísimo en la de los elegidos del arte y coronados con su luz depuradora, que asume así, sobre ellos, piadosa función de agua lustral. Ya en el nombre de Isaacs no queda nada del hombre de intensa, arisca levadura que hizo de él varón de acción y de combate, llevado y traído en luchas mínimas, herido por fracasos políticos y desventuras aritméticas, oprobiosamente negado en unos y otras, quemado en empresas y heroísmos estériles, grande y pequeño en contradictoria alternación. Ya todo aquello ha sido barrido, borrado, deshecho por el soplo de los años y por el fuego de su gloria poética. Ya lo miramos confundido con su propia creación: el paisaje que por los ocultos caminos de su corazón condujo al reino de las constelaciones inmortales y la inefable mujer que en la atmósfera de su sueño dio a ese paisaje espejo y símbolo.

* * *

Vistos así el paisaje, la criatura idílica y el poeta, acude en espontánea analogía la interpretación del "Aniversario" de Stefan George. ¿En qué está la tristeza (y la belleza) del poema? El paisaje, la criatura simbólica y el intérprete son, los tres, en suma arcana, el poeta. Nada puede ya separarlos en el corazón de los hombres. Los asoció en la unidad insondable de la poesía la luz misteriosa del espíritu. Lo demás es vanidad de palabras.

ESTAMPA Y APOLOGIA DE EUSTAQUIO PALACIOS

Pugnan sentimentalmente dos emociones contrapuestas en el ánimo de quien, en la madurez de los años o en la evocadora vejez, mira hacia la ciudad o aldea en que nació y a cuyo abrigo pasó su juventud, así corra en ella todavía o discurra lejos de ella su vida. Aludo a la emoción de contemplar el paisaje familiar inmóvil, idéntico siempre, y a la emoción contraria de verlo transformarse continuamente al empuje de una constante alteración.

Muchos prefieren la segunda de estas dos emociones. El hombre tiene una tendencia dinámica natural, que lo hace generalmente sensible a toda forma de verdadera o falsa novedad, a todo lo que revista una apariencia, real o engañosa, de adelanto, sin detenerse a comprobar, en el contraste analítico de la inteligencia, si lo que lo cautiva es más que un simple cambio, más que una simple variación sin beneficio, o, lo que suele acontecer con frecuencia en estos casos, la destrucción de una conquista generosa, el enterramiento innecesario de un tesoro y la gozosa aceptación, a título de victoria, de una pérdida inconsciente en uno u otro de los órdenes que enriquecen espiritual y materialmente la vida de los hombres y de los pueblos. No nos dolamos, empero, de esta evidente realidad, que en el fondo obedece a un designio de arcana y protectora sabiduría. Esta tendencia obedece a una ley dispuesta en favor de la unidad que liga amorosamente las edades del hombre, identificándolo esencialmente en la parábola que va desde la niñez hasta la ancianidad y que hace que nunca nos despo-

jemos del todo (y bendita sea por ello la Providencia, que así lo hizo) de aquellas características elementales, de aquellas aparentes tonterías que bullen en el alma del párvulo y que son la fuente visible de la felicidad infantil y el manantial secreto de los más puros goces que en su plenitud y en su ocaso nos brinda la existencia.

Sin embargo, ¡cuán inefable es la primera de las dos emociones mencionadas! La de aquellas gentes que después de largos años vuelven a la tierra natal y encuentran todo como estaba. Nada parece haber cambiado. Los amados paisajes se muestran cubiertos de una luz invariable y agrupados en el ámbito de una hora sin curso. Y así, por obra y gracia de esta candorosa inmovilidad, de esta quietud que en su misma semejanza a la muerte la niega en una dulce impresión de eternidad, esos lugares adormecidos nos ofrecen, si nacimos en ellos, el prodigio de la presencia permanente de todas las edades de nuestra vida. Y se haya ésta desarrollado allí o torne al calor doméstico al cabo de dilatadas ausencias o del fondo de olvidosas distancias, recobramos en un instante, a un solo golpe de vista, todo lo que un día pasado, que pudimos llegar a creer muerto, fué parte de nuestro sér, sangre misma de nuestro corazón, aire y color de nuestros sueños. A nosotros, hombres, nos arrebató el tiempo por sus cauces, y golpeándonos en ellos nos moldea de una manera u otra, nos diferencia a veces hasta el propio desconocimiento de una edad a la siguiente, nos arrastra sin tregua ni descanso por sus itinerarios placenteros o dolorosos. La aldea o la ciudad, en cambio, sujetas a medida diferente en esta sucesión inexorable, dan a nuestro ojo efímero la sensación de las cosas que perduran, de las cosas que no pasan, como si hubieran sido hechas de una sustancia indemne al tiempo y en la que el vaho del tiempo deja sólo ese lustre indefinible, casi misterioso, que parece, o es, una luz detenida, un resplandor de esa misma luz en viaje perpetuo. De ahí que esos paisajes familiares, esas mansas perspectivas suspensas ofrezcan a los hombres el encanto de la sostenida actualidad de sus horas lejanas y equilibren en ellos la acción destructora del paso de los días con la ingenua emoción de que no todo es tan transitorio como ellos.

Esta ciudad mía (y de muchos de vosotros) viene, hace varios años, mudando su aspecto, variando frecuentemente sus perspectivas interiores, reemplazando por otra la casa antigua, ensanchando sus límites, renovándose, tratando de desenvejecer, puesta la voluntad y fija la mirada en el mito de la modernidad. Los que vamos ya por la edad en que, como lo ha dicho bellamente uno de nuestros escritores actuales, se funde el crepúsculo de las ilusiones con la alborada de los recuerdos, hemos ido viendo esfumarse rápidamente la quieta provincia de nuestra niñez, la sosegada ciudad de nuestros padres, el nido inolvidable, medio urbano y medio geórgico, donde florecieron, en hora cada día más lejana, nuestras primeras impresiones. En sus aspectos principales el paisaje de la ciudad ha desaparecido, sustituido por otro que nada tiene de aquél, como si otras fueran también la tierra que lo sustenta y la claridad que lo abrillanta; y así nuestra infancia y nuestra adolescencia se han ido quedando sin la mínima patria local que erige al fondo de nuestra vida ese espejo inocente al cual volvemos cada vez que hundimos el alma en el pozo del ensueño y de la meditación. En el centro urbano subsisten sólo rastros vetustos de lo que había en ellos hace veinte o treinta años; y en los cuatro costados cardinales la ciudad se ha vertido sobre el campo, creciendo extensamente y avanzando sus fronteras. Pueden quedar en ésta de Santiago de Cali, quedan aún, naturalmente, muchas cosas de la ciudad antigua: no se ha derruido aquí íntegramente una ciudad para levantar sobre sus ruinas otra ciudad distinta. Pero eso que perdura no tiene fuerza suficiente para defender la faz pretérita. Nada más celoso que la perspectiva de una plaza o de una calle. Cualquier detalle la modifica; cualquiera innovación la altera. No en la innovación o en el detalle mismos, sino en la totalidad de su expresión, en el color de la luz que recibe, en la manera como caen en ella el alba y la noche, en lo que dice al ojo extraño o al corazón filial.

Agregad a ello la transformación del que pudiéramos llamar paisaje humano, de cuya sucesiva renovación va encargándose la muerte, infatigable siempre en su desoladora actividad. ¿Qué se hizo aquel cuadro de figuras, pinto-

rescas unas, graves y patriarcales otras, insignificantes en sí mismas casi todas, pero que se movían ante nuestros ojos infantiles, ante nuestra fresca sensibilidad, con aquel prestigio indefinible que proyectaba sobre ellas la claridad de nuestros corazones florecientes? Ya no son más que sombras en fuga hacia un pasado en continuo alejamiento, fantasmas perdidos en un mar de nieblas pretéritas, estampas que han ido desvaneciéndose en una pátina de leyenda, en un mundo de fábula, hechas parte ellas mismas de esa leyenda, seres de aquella fábula que sólo viven en nuestro recuerdo, remotas y esfumadas como si una bruma de siglos las separara de nuestra contemplación. La sombra final cubre aquellas generaciones dormidas ya a su abrigo y hundidas en el cementerio de nuestra memoria, en el cual las vemos erguirse, de tarde en tarde, cuando un relámpago misterioso o una palabra de evocación llama a sus losas sepulcrales.

Mucho ha cambiado, y para siempre. Cambiando va todo cada día. Con lo que la ciudad antigua, tan amada, va muriendo ante nuestros ojos y nuestros corazones, talvez en ellos mismos, porque quizá son ellos los que mueren, y muriendo dan una luz distinta a los seres y las cosas. La vida es implacable porque precisamente, por encima del engaño de las interpretaciones humanas, ella no se diferencia, en el orden físico, de la muerte. La una es la otra, puesto que principiamos a morir en el propio momento en que comenzamos a vivir, y el vivir y el morir, que simultáneamente se inician, vienen a concluir, del mismo modo, simultáneamente, en el postrer minuto.

* * *

Estas reflexiones elementales, que en el fondo no son sino una elegía ingenua, un eco mustio del lamento de Jorge Manrique, que todos sentimos despertárenos en el corazón cuando la línea de nuestra vida se arquea ya hacia su segundo horizonte, me han asaltado con un reclamo ineludible al ser invitado por el autor de este homenaje para

hacer ante vosotros la interpretación de su propósito y traducir, a mi alcance, su sentido. Y me han asaltado, como es obvio, porque el doctor Eustaquio Palacios, a quien se le rinde, más que patriarca de nuestras letras y antes que erudito abuelo de nuestra cultura, es, por sobre todo, en nuestra historia vernácula, símbolo perfecto, numen perdurable y exacto de la ciudad antigua. Acaso me diréis que la imagen que de ella nos dejó él en su *Alferez* no es la de la ciudad que conocimos los que no prolongamos nuestro recuerdo más allá de los primeros años de este siglo. Habré de responderos con la observación de que en los aspectos principales de su fisonomía; en su geografía interior y en esa otra incomparable geografía que la circunda; en el color y el compás de sus costumbres; en su tamaño, hasta entonces contenido, y en el obstinado sello español de sus construcciones; en su ambiente provinciano, en fin, para resumir en una sola palabra lo que había sido durante su época colonial y era hasta ese momento de su historia, la ciudad de aquellos nuestros días no se diferenciaba en cosa mayor de la que quedó fijada en el lienzo cándido del *Alferez* y antes, por el contrario, se confundía con ella en la unidad de una imagen cronológicamente repetida. Por donde la arcaica novela de Palacios viene a ser códice al cual confluyen las tres centurias y media en que la ciudad vivió su mito histórico de Bella Durmiente del Valle, y constituye, así, el evangelio de su infancia, el venerable archivo de la edad a través de cuya monótona marcha el destino la mantuvo guardándola en reserva de amor, la lección purísima consignada en letras de oro viejo para que las generaciones del futuro pudieran, a su hora, desandando el camino de la fatiga contemporánea, volver hacia su encantada niñez y descifrar en ella, sobre las líneas de la crónica, el misterio de su fecunda juventud.

Numen de la ciudad, hemos dicho, es Palacios, como por modo semejante, en su cúspide diamantina, numen de nuestro paisaje es Jorge Isaacs. Mas si esta común presidencia literaria los enlaza un momento, apenas volvemos la mirada hacia el cercano oriente de nuestra cultura, cuán distintos se ofrecen al punto que en ellos se detiene, no ya el análisis

crítico, sino una simple y somera observación. A medida que la luz de la inteligencia va definiendo sus contornos, las dos figuras maestras van distanciando sus respectivas proyecciones, diferenciando su sentido, acreciendo la lejanía de sus órbitas. Isaacs, en cuanto numen del paisaje, evoluciona hacia la radiación cegadora del arcángel: la llama del poema va encendiéndolo en un fulgor arcano, y poniendo alas en sus hombros, y quemando su voz en el fuego conjunto del amor y la muerte, lo mueve en un impulso misterioso sobre la tierra que le da, de un solo golpe, la germinación innumerable de sus tesoros de luz, color y música, y a la cual él devuelve esos tesoros trasfundidos en la criatura humana cuya belleza, casi sobrenatural, demasiado pura para subsistir, participa su propia eternidad a la comarca de la que deriva su sér y se deshace luégo en un puñado de ceniza estelar que el poeta, en un arrebató de insondable tribulación, vierte, asistido por la noche, en la urna de un desolado sepulcro campesino.

La obra literaria de Isaacs viene, así, a confundirse con el paisaje de nuestra tierra. Se ha dicho que él fué el descubridor de ese paisaje. Tal concepto limita el sentido y alcance de su obra. La verdad es distinta y mayor: Isaacs es artísticamente el creador de nuestro paisaje, que antes de él no tenía existencia en el reino inefable de la poesía, y que después de él no existe sino como él nos lo legó en la interpretación insustituible que alumbra las páginas inmortales de su libro.

Isaacs se yergue, pues, como una torre divisible desde los más repuestos horizontes y coronada por un fanal a cuya luz se aclara y transfigura el paisaje que en ella pastorean la flauta suspirante de los idilios y los broncees fúnebres de la muerte.

Al revés de lo que acontece a Isaacs, en quien todo obedece al impulso dramático de la poesía, Palacios desenvuelve sus días y su obra en un sereno discurrir, en el que jamás el relámpago de la inspiración hiere el aire que envuelve los paraísos clásicos y metódicos de la inteligencia. Desconoce el arrebató apolíneo, que hace del poeta una ave

dinosiaca, mecida sobre los abismos de la belleza más que por la fuerza original de sus remos, por el torbellino misterioso del ámbito en que se cierne. Mirada desde aquí y desde ahora, la figura de Palacios evoluciona, a su vez, hacia las estampas patriarcales, un poco desleídas por la humedad inexorable del tiempo, de aquellos varones a quienes el mismo tiempo ha ido situando en el eje de una determinada época y de un determinado medio doméstico y social. A través de los años transcurridos desde él hasta nosotros, su imagen nos sugiere la de uno de esos ancianos anecdóticos, que recogieron en su corazón y vertieron en su plática el espíritu de una edad, con el color, estilo y movimiento que la vida asumió en ella, y quedaron, por eso, incorporados en la memoria de las generaciones posteriores como cifra y compendio de un linaje, de una ciudad o de una comarca.

¿Quién que lea *El Alférez Real* no se sentirá, por ventura, trasladado a uno de esos corros de niños en que la voz, un poco cansada, de un viejo relator de historias y leyendas siembra semillas de sueños en las horas iniciales de la noche infantil, o a una de aquellas tertulias provincianas en que la velada discurre saturada por el perfume añejo de lentas y sabrosas evocaciones? El libro de Isaacs fué hecho para las ardientes vigilias de la adolescencia, consteladas de fantasías y de lágrimas; el libro de Palacios para las añorantes rememoraciones en que el hombre, pasada la ansiedad excluyente de la juventud, se entrega morosamente a medir el sentido de las edades ya muertas para siempre en su corazón o dejadas atrás en la historia de los pueblos.

Todo, en ese libro, de la primera o la última de sus páginas, rueda en un ambiente de exquisita simplicidad, en un sabor y olor de crónica que constituye, precisamente, el encanto primordial de la obra. No es la suya la sencillez conquistada por el artista que después de juveniles extravíos retóricos allana y simplifica la expresión, acendra el estilo y alcanza, valido de sabias y austeras disciplinas, esa prosa diáfana, casi elemental, de los grandes escritores, cuyo esfuerzo no se advierte, porque no está en ella misma sino en sus orígenes, en sus ocultas fuentes, del mismo modo que el

secreto de la transparencia de las aguas y de los aires sólo puede ser sorprendido, y nunca a plenitud, en los hondos laboratorios de la naturaleza. No. La sencillez de Palacios es directa; vale decir, instintiva, fruto natural de un temperamento y no resultado de un sistema, más o menos claramente establecido, de elaboración artística. Ya hemos observado cómo por su obra no cruza jamás la centella de la inspiración, que deja ardiendo en llamas misteriosas las palabras del poeta y desovilla, en su aleteo, las sombras profundas del espíritu. La suya es apenas luz de lámpara doméstica, a cuya recogida claridad va filtrándose lentamente su dulce plática de hidalgo memorioso, más atento, por ingénita inclinación y erudito recreo, a la verdad histó-rica, solícitamente rescatada de añosos papiros, que a esa otra tarea en que el hombre, alumbrado por arcanos destellos, se busca a sí mismo en las ficciones que su propia imaginación le depara. Palacios no crea: se limita a narrar. Así como en Isaacs todo, aún la presencia de los elementos naturales, anteriores al poema, se resuelve en creación, en Palacios todo también, aún los elementos ficticios, asume tono y matiz de historia familiar. Dicho sea tanto en definición crítica cuanto en encomio literario del viejo y deleitable narrador. Porque es esa discreta luz de su libro la que ha otorgado a éste la inmortalidad que ya tiene demostrada y que lo ha inscrito en la lista de oro de las obras consagradas a la puntual y amena reconstrucción de nuestro pasado.

Radica en este aspecto cardinal de *El Alférez* la deuda, incancelada e incancelable, que con su autor tiene esta ciudad. Deuda que se agrava en la circunstancia de no haber nacido él en su seno. Cali fué su tierra adoptiva; el centro de sus afectos y el motivo de sus abnegadas labores de servidor público; el amado lugar en que puso todas sus complacencias; aquí encontró sus mejores amistades; aquí corrieron sus días más fecundos; aquí vivió, luchó y murió; por lo cual, sin olvidar nunca a la aldea nativa, aquí tuvo su patria verdadera. Cali, en cambio, no ha hecho aún a su memoria el reconocimiento que en justicia le debe. ¿Dónde está el monumento que lo recuerde y glorifique; dónde el bronce o

la piedra que copien su faz y hagan eco público al prestigio creciente, ya continental, de su obra? Mas ahora el actual director de esta biblioteca, amator fervoroso de nuestras glorias y altos nombres, restaurador, como Palacios, de nuestra historia y tradiciones, obrero abnegado, como él, de la patria, de la región y de la ciudad, abre cauce a la retardada exaltación trayendo a los muros de estas salas ilustres a quien, en vida, hubiera preferido este recinto a cualquiera otra, así la más noble y esclarecida, de las habitaciones de la tierra. Alumno perpetuo de los libros, en ninguna parte mejor que aquí podría hallarse el eximio varón que además de *El Alférez Real* escribió otros libros, de poesía uno —*Esneda*— y de disciplinas clásicas los demás. Nada amó él tanto como el estudio, que fué la lumbre asidua de sus días, regazo de su mente y de su corazón, ley de sus horas y faena y descanso, al propio tiempo, de su vigilante voluntad.

Pero si el insigne maestro se halla aquí tan a sus anchas como en esa otra biblioteca que congregó con duro esfuerzo y que constituía para él la más preciada flor de su trabajo, ello no exime a la ciudad de la obligación de llevarlo también a una de su plazas o jardines, a fin de que, como aquí queda presidiendo la labor silenciosa de la cultura, asista allá igualmente a esa otra labor, mecánica y ruidosa, que va ensanchando los términos urbanos, apretando la población, derruyendo y edificando, acreciendo la industria y el comercio, perfeccionando la residencia del hombre con todos los recursos de la técnica y llevando las vías y el influjo de la ciudad, cada día con más ímpetu, hacia todos los confines de la república.

Muchas razones podrían invocarse en la afirmación de este deber. No he de detenerme a enumerarlas, porque ello me extendería inoficiosamente y desfiguraría mi propósito. Equivale a afrentar a un pueblo —y líbrenme sus manes de la más leve afrenta al mío— cualquier empeño en convencerlo de que constituye pecado contra el espíritu, bárbara emancipación de su historia, oscura rebeldía contra lo más noble y puro de su sér, el olvido, y más aún, naturalmente, la negación de los valores humanos de que pueda, en buen

juicio, enorgullecerse. Pero creo que conviene señalar una, la siguiente, en ese conjunto de razones. Por motivos de gravedad histórica, los años coloniales de esta ciudad carecieron del timbre y prez que revistieron los de otras del país: Bogotá, en el centro; Cartagena, en el norte; Popayán, en el sur. Santiago de Cali era oscura provincia pastoril, de escaso nombre en el alto concierto de la época, regido por intereses que no coincidían con los que predominaban en ella, atareada silenciosamente en echar los cimientos de su poderío económico. Triunfaba en aquellos medios el brillo cortesano, y ella era casi agreste; se iniciaba el prestigio universitario, y ella era aún indocta; cobraba terreno la intervención de los criollos en la rectoría oficial, y ella se hallaba distante de las sedes en que se ejercía el gobierno. Sólo tenía, en verdad, una sumisa existencia de centro tributario. Sin embargo, esos lugares de notoria jerarquía mayor en la época colonial no pueden ofrecer lo que, gracias a Palacios, esta ciudad, por aquel tiempo secundaria, ofrece en relación con tal época: un texto de perfecta reconstrucción, un archivo imperecedero de aquella edad, un primoroso espejo de lo que la vida era entonces en todos sus aspectos, principalmente de los que no entran en la historia como de ordinario se la entiende y escribe. Ninguna de las ciudades colombianas dispone de un libro semejante, ya que por su construcción inorgánica, *El Carnero* no puede, evidentemente, aducirse como término de comparación ante *El Alférez Real*.

Hecho este reconocimiento, yo pregunto si es por ventura lícito que la ciudad continúe posponiendo el homenaje que le debe a Palacios; si podría ella pensar que el actual rector de esta biblioteca pública ha satisfecho ya de manera suficiente esa olvidada y mayor obligación; si estando ya en esta sabia casa el preclaro varón, lumbre de su memoria y alma de su pasado, queda ella relevada del deber de ofrendarle el más visible y duradero tributo que él, sin interés personal, porque el servidor auténtico nada busca para sí, le ganó sirviéndola en la forma imperecedera y múltiple en que lo hizo. Mi corazón escucha la respuesta que están los vuestros dando tácitamente a esas preguntas. Mas no

es sólo mi corazón el que escucha esa coral respuesta. También al del maestro, corporalmente restaurado en el óleo presente, alcanza ella en mensaje generoso, que al ir a él ha cobrado el impulso incontenible de los movimientos lustrales del espíritu, que nos redimen ante los hombres y ante Dios. Hélo aquí, animado por ese impulso, que lo devuelve redivivo a nuestra compañía. Miradlo desprenderse del lienzo y avanzar hasta nosotros con la solemne cortesía que fué sello y gracia de todos los actos de su vida. Aventajada la estatura; firme el paso y desenvuelto el ademán; lacio y abundante el cabello; moreno el manso rostro y apretado por anchas patillas cenicientas; oscuros y pequeños los ojos, gastados por la habitual lectura; arada la ancha frente por la meditación y por los años. Salve, ¡oh maestro nobilísimo!, a quien, porque eres alma de su alma y hueso de su hueso, aún no ha podido olvidar del todo la ciudad que amaste como el más fanático de sus hijos, en la que creíste con fe cierta y esperaste con segura esperanza.

Bien estarás aquí, sin duda, como el pájaro en su patria de aire y luz y el pez en la suya de agua y sal; elegiste, entre todos los de la tierra, el deleite de la sabiduría, y la sabiduría se edificó esta casa para ella y sus discípulos; fuiste compañero inseparable del libro, y el libro es aquí señor y esclavo (sólo él sabe ser estas dos cosas a la vez) de los que a todos los distintos halagos de la vida prefieren el de su encantado paraíso. Mas, a pesar de ello, no habremos de dejarte, porque nos lo veda la justicia, al abrigo de esta recogida morada. Esculpido en su propia piedra, la ciudad habrá de llevarte a presidir, desde sitio más público y notorio, la fecunda trayectoria de su destino. Verás entonces cómo a la párvula edad en que la dejaste, hundido el pie desnudo en el río aledaño y ceñida la frente con la guirnalda de sus huertos, ha sucedido en ella una desmedida juventud, que la destaca victoriosamente en el concierto de la república, infunde prosperidad a sus empresas, atrae muchedumbres a su seno y anuncia cada día nuevas glorias a su futuro. El río que dio pauta y música a tus nobles tareas no es ya lindero de su reducido solar sino arteria y eje central de sus dominios; sus calles y sus casas han avanzado a las co-

linas y praderas por donde discurrías con tus amigos en paseos académicos; sordas máquinas sustituyen las sonoras herraduras de los caballos; las holgadas construcciones antiguas han cedido lugar a levantados edificios, el rudimentario taller a la fábrica industrial, la humilde tienda al abastecido almacén, la vega campesina a la avenida urbana, el ánimo reposado de tu época a un hervor en que a la angustia de los hombres responde una dura armonía de hierros laboriosos.

Verás todo eso, oirás todo eso, y extrañarás, en medio a tanto ruido y a tanta ostentación, el ocio fecundo de la sabiduría, el silencio propicio al estudio, la austeridad que engendra las altas criaturas del espíritu. Comprenderás entonces que tu pueblo ha cambiado su modo de soñar. No lo niegues por ello. Yo te digo que en el fondo, si el modo es diferente, el sueño es el mismo todavía. Idéntica su fe. Idéntica su esperanza. Idéntica su ambición de grandeza. Y te digo que en el fondo, también, tú eres parte en esa mudanza. Veinte años de tu vida consagraste al empeño de traer a la aislada provincia el camino de hierro que la acercara al mar y la uniera con mayor eficacia y rapidez a las otras regiones de la patria. Ese camino llegó un día a ella y continuó sin detenerse hacia el norte y el sur. Escucha la sirena que te dice, rompiendo el aire con su silbo, que fué coronado tu propósito. Otros rumbos mecánicos, con que no alcanzaste a soñar, surcaron los espacios celestes. Un súbito despertar económico multiplicó, si no cambió del todo, en la república, los cauces de nuestra cultura, de tendencias predominantemente humanísticas en tu época, y creó, de repente, innúmeros problemas de orden técnico y social. Ese viraje en el derrotero histórico es aquí especialmente delicado por falta de la tradición clásica de que tú fuiste, entonces, agonista impertérrito y a duras penas menos que solitario.

La edad en cuya alba nos hallamos fué ciertamente parte de tus afanes cívicos. Mas nos hiere el temor, que en ti hubiera sido angustia sin medida, de que carezca del equilibrio fundamental requerido por toda cultura verdadera. Asístenos en ella para que no languidezcan en nosotros las virtudes eternas que hicieron de tu mente paradigmata perdurable; para

que en ellos se sostenga la unidad esencial que hace grandes y libres a los pueblos; para que podamos entregar a las generaciones venideras, intacta en sus raíces y acrecida en sus flores y en sus frutos, la herencia recibida; para que cada día nos hagamos más dignos del paisaje maravilloso que nos brindó la Providencia y del tesoro de cultura y libertad que nos legaron nuestros padres. Vamos al porvenir por un camino de gloria y de peligro. La humanidad avanza hacia una crisis histórica. Repítenos tu lección de fidelidad y afecto a la grandeza atávica. Amaste a Dios, y desafiando negaciones sectarias, confesaste a su Iglesia y afirmaste tu fe con varonil denuedo; ceñiste tu criterio a los principios que integran el orden cristiano y a las normas que regulan su desarrollo; fuiste, en tu esfera, guardián celoso de los fueros del idioma y de las disciplinas que guardan con él vecindad y contacto; hiciste de la devoción a la patria milicia fervorosa y de la obligación de su servicio menester apostólico. Por todo lo cual tienes derecho a que las presentes y venturas generaciones te recuerden con filial reverencia y en tributo de indeclinable admiración y gratitud perpetua esculpan tu nombre en las columnas consagradas a la memoria de sus próceres.

EVOCACION DE MANUEL ANTONIO CARVAJAL A LA LUZ DE SU VIDA Y DE SU OBRA

La voz lírica de Manuel Antonio Carvajal se extingue muy temprano. Apenas si pasa de la adolescencia a la juventud. Y no a la que pudiéramos llamar juventud central, sino a esa otra, apenas amaneciente, que más que juventud es mocedad. A esa edad en que el hombre se alumbra todavía con el fulgor postrero de la niñez, subsistente aún y obstinado no ya sólo con la vigencia incancelable que la niñez preserva en todo espíritu humano, sino con la perduración vespéral de una edad inmediata en el orden cronológico de vida. Desplegado el horizonte total ante su actividad, nuevas seducciones reclamaron y acabaron por absorber la mente y voluntad de ese hombre inquieto y ardiente que fué, en sus días, Manuel Antonio Carvajal. ¿Contrarió, talvez, arrebatado por las exigencias y circunstancias del medio social en que discurrió volublemente su existencia, el impulso inicial de una vocación auténtica? ¿Rebajó, acaso, a simple categoría de afición, de tarea amada pero secundaria, la que hubiera podido o debido ser misión primaria, célula original de todos los movimientos de su sér? Probablemente, en el silencio de su intimidad, así llegó a sentirlo. Y al sentirlo, a dolerse de ello. Muchas de sus horas finales, aquéllas en que el hombre mide con mayor certidumbre sus actos y logra sosiego suficiente para un más seguro análisis de sí mismo, bañaron su corazón en una nostalgia desleída de aquel coloquio adolescente con la divina poesía, numen celeste y amoroso regazo de sus primeros sueños. Prófugo

de ella se nombró a sí mismo una vez, en declaración confidencial, llamándose a destierro y acusándose de liviano abandono de la dulce y con él generosa comarca matinal. En sus últimos años, cuando los motivos de la juvenil escapada sólo tenían ya fuerza para apenas rizar levemente su entusiasmo y había empezado a recoger, con callada melancolía, su espíritu disperso, esa nostalgia fué más viva y más honda. Sonó de nuevo en él la esquila de oro. Dispuso entonces su corazón para el mensaje. Canceló el ruido ambiente y renovó el oído interior, dispuesto a escuchar y devolver en eco lírico las voces cuya parábola musical había perdido en el oleaje artificialmente azaroso que batía su nave. Mas era ya tarde. A pesar de que se hallaba en el instante maravilloso de la madurez, tan bellamente bendecido e interpretado por González Martínez en uno de sus más breves y más intensos cantos, su esfuerzo de reconcentración espiritual no logró vencer la docilidad de su temperamento a las numerosas invitaciones con que el contorno lo asediaba. Sus canciones crepusculares (así designó él, con arcano presentimiento, sus dos poemas últimos) son el testimonio doliente de este momento de su vida, vecina ya al silencio definitivo. Esas asordinadas elegías constituyen el tributo a su nostalgia de pródigo, el subconsciente holocausto a su melancolía de desertor, sellado, casi el término mismo de la ofrenda, por el asalto de la muerte. El esfuerzo de la restauración del poeta finó allí, cortado por la mano inexorable que distribuye los términos variables señalados en lo Alto al paso de los hombres sobre la tierra.

Es así cómo la obra poética de Manuel Antonio Carvajal vino a quedar constituida por dos notas extremas, entre las cuales discurrió un vacío total, sin nada, ni siquiera una tentativa sin fruto, que acudiera a interrumpirlo. Los años de su plenitud fueron colmados por empeños intelectuales ajenos a toda labor puramente literaria. Y más todavía que por éstos, por su propia vida. Porque, en último término, eso fué él: nave de su ola, hoja de su viento, río de su cauce. Pertenece a ese grupo humano que no da ley a la existencia, sino que la obedece con una cordial, con una ferviente sumisión. Fáltóle energía interior para un aprovechamiento

más intenso y extenso, más fecundo y metódico de su multiforme inteligencia. Pasó por en medio de las criaturas dándose a ellas por todas las vertientes de su espíritu. Las propias manifestaciones de su mente respondían siempre más que a una necesidad estrictamente intelectual, a un generoso impulso de su corazón. Vivir fué su consigna. Vivir ardiente, amorosamente. Tuvo por eso la anarquía interior que caracteriza a los seres en quienes la efusión ejerce un vehemente predominio sobre todos los sentimientos y aún sobre los puros e impuros intereses que determinan y gobiernan a los hombres. Su línea de acción quebrábase con muy frecuente facilidad ante el variable reclamo de las horas.

Hay hombres en quienes la vocación asume caracteres indubitables y excluyentes, imperativos y categóricos. Son aquéllos que, reclusos en su torre, viven sólo ante el mirador único de un panorama insustituible. Y otros cuya acción se ejerce en un copioso intercambio de influencias, de actos de dar y recibir. Es como si el desenvolvimiento de aquéllos fuera horizontal y circular el de éstos. Los primeros obran sobre su medio social (o universal, como en el caso del genio) por iluminación, directa, de ellos hacia los demás, bien actúen sobre la inteligencia o sobre el corazón de sus semejantes. Los segundos por participación recíproca: dando y recibiendo, en una ardiente compenetración humana, en la cual su propio destino sufre un constante acomodamiento, un moldeamiento continuo, que en cierto modo se los enajena. Cúmplese en tales seres un fenómeno de dispersión inevitable, cual no oponen resistencia, válida por lo menos. Su recinto interior apenas si tiene limitadísimas defensas. Por todos sus contornos van hacia el exterior, en derivación apasionada y múltiple. Son los temperamentos vertidos hacia afuera, en contraposición a los otros, en los que la subjetividad predomina vigorosamente. Y precisamente por ello son las de estos hombres, como ha sido observado, almas en las que la juventud se estaciona, se estabiliza a perpetuidad en el término relativo de sus años, así alcancen largo número. Hallámonos entonces ante los espíritus que en intercambio permanente con el medio intelectual y sentimental en que se mueven, se rigen por el afán

de cada día y que, por lo mismo, compensan en extensión lo que pierden en intensidad. Tal viene a ser, en el fondo, la gloria o la tragedia, o más precisamente, la gloria y la tragedia de los soñadores. Estirpe humana que tiene en don Quijote paradigma genial y espejo catedrático.

* * *

Manuel Antonio Carvajal nació en noviembre de mil ochocientos ochenta y seis, en esta ciudad de Santiago de Cali, la misma donde, en octubre de mil novecientos cuarenta y dos, y después de varias prolongadas ausencias, la trayectoria de su vida sufrió temprano corte súbito.

Su obra poética, con la casi sola excepción de dos elegías escritas en vísperas de su muerte, fué publicada en periódicos y revistas de la época, entre los años de mil novecientos cuatro o cinco y mil novecientos doce o trece. A partir de esta fecha, al modo de aquellos ríos africanos aludidos en el bello soneto de Eugenio de Castro que él tradujo, la vena del cántico se apaga, o se esconde, en su corazón, para resurgir, como algunos de esos ríos, al punto mismo de arribar a su fin. Fruto es, por lo tanto, esa obra de los tres lustros que vivió Manuel Antonio Carvajal entre sus quince y sus treinta años. Y más todavía que del último, de los dos anteriores. Constitúyenla, pues, una serie de poemas que se reparten su adolescencia y su primera juventud. Así se explican, por igual, el tono de la voz y la visión ensoñadora de la vida que campean como signos principales, cuando no indeficientes, de esos versos.

A la expresión personal del autor agregan ellos la del período de la literatura colombiana a que pertenecen. La generación que surgió en el país con los primeros años de nuestro siglo, y que después se ha llamado del centenario, se caracteriza, en lo que a la lírica se refiere, por la abundancia de poetas menores, clasificación ésta que no pretende aludir a calidad estética ni a valía intrínseca, sino a temperatura espiritual y motivos de canto. Es claro que la profusión numérica de oficientes presenta aquella época plagada de una viciosa muchedumbre de aspirantes sin títulos a la

gracia apolínea. Pocas de nuestras edades literarias, o ninguna, se han mostrado más congestionadas de catecúmenos y han dado testimonio de más copioso naufragio de aspiraciones. Salvóse de éste, como siempre, un corto grupo de elegidos. Otros esperan la justicia del tiempo, que a veces, por un fenómeno misterioso, tarda en iluminar algunos nombres acreedores a su arduo, esquivo esmalte. Mas los que ya han caído de la memoria del tiempo y no habrán de volver jamás a ella, y los que en ella quedaron esculpidos, y los que un día serán por ella restaurados, todos, o casi todos, son poetas menores, cantores en los que la voz lírica, no importa que sea de levantada categoría, de clara y fina fuente, como la de Eduardo Castillo, no sale nunca del claustro íntimo ni pretende más interpretación que la propia y personal. Vienen así los poetas menores a ser los más rigurosamente líricos entre los de este orden o clasificación. Más líricos, sin duda, por más subjetivos y entrañados. Aunque puede que, por lo mismo, de una irradiación más limitada. La ensimismada concentración suele aminorar el alcance de su influencia. Los poetas líricos de más extenso vuelo, y a quienes por este aspecto podemos denominar mayores, logran en la misión interpretativa trayectorias a las que, pese a una posible virtud poética de equivalente o más preciada calidad, no alcanzarán a llegar aquellos otros. Media, para este resultado, una circunstancia de horizonte y no de dotación, de índole espiritual y no de fuerza ni de aquilatamiento artístico.

Los poetas menores son soñadores reclusos en su jardín interior: almas cuyo mundo gravita totalmente sobre ellas mismas: sensibilidades morosa y amorosamente detenidas por el radio de su perspectiva singular. Todo lo que no arranque y venga de su propia raíz corre sobre ellas sin penetrarlas y resbala, sin sacudirlas, por su cauce. Nunca su voz se quiebra en el grito de la tribulación universal, ni se suma al coro que a veces pasa agitando el aire vecino de su torre. Su sueño cae absorto, como la mirada de Narciso, sobre la fuente de su emoción, que lo retorna envuelto en música apenas rumorosa. Es la suya postura de insularidad espiritual, desdeñosamente defendida. Mas como el poeta es esencialmente

intérprete, y sólo vale, como tal, en cuanto cifra y embelece en la suya la voz de los que con él van en disgregado peregrinaje por los caminos de la vida y de la muerte, estos cantores cumplen indirectamente la arcana misión confiada al numen: son la honda, concentrada expresión de almas afines, a las que dan horario íntimo y guía emocional. A veces, cuando se trata de altos poetas, llegan a crear a su alrededor verdaderas escuelas de estética sentimental. La interpretación espiritual sigue en ellos, así, vía de reflexión, contraria a la de los otros, que la ejercen por una directa y vehemente apropiación del oleaje humano, para el cual no son, como aquéllos, faros ni torres vigilantes, sino naos partícipes de su hervor.

En el orden religioso encontramos una diferencia aproximada a la que, en el lírico, tratamos ahora de fijar. Alude esta observación a la que separa, sin distanciarlos, al contemplativo y al activo, o sea al místico y al apóstol. Unidos uno y otro idénticamente a Dios, como lo están a la poesía las dos categorías de poetas señalados, es distinta la reacción que en ellos suscita el indiferenciado fenómeno espiritual. La activa luz que de éste recibe el místico la concentra y acumula en el designio de la contemplación, ahondando más, a medida que ella le participa de su sublime resplandor, en el conocimiento del amoroso arcano. Para el apóstol la unión divina es incentivo de atracción humana, que lo impulsa a la tarea de distribuir el mensaje de redención entre las gentes. En el místico la gracia es luz: en el apóstol, vida; luz de éxtasis en aquél: soplo de acción en éste. Como, por modo semejante, la poesía es luz en algunos poetas, luz que irradia, inmóvil, sobre almas dispuestas al misterioso encantamiento, y en otros fuerza vital, voz directa y profunda, que eleva a alturas insospechadas, depurándolas a su soplo de fuego, las más torvas angustias y las más desabrigadas pesadumbres. Limitándonos a nuestra poesía centenaria, de la que formó parte el malogrado cantor de esta evocación, los dos ejemplos más visibles de la diferencia establecida nos los brindan Eduardo Castillo y Porfirio Barba Jacob. En el siglo pasado podríamos también señalar esa diferencia en otro par de nombres ilustres: Silva y Pombo.

* * *

No sólo razones fincadas en la manera de ser originada en su temperamento, ni la circunstancia de la edad en que fueron escritos, dieron a los cantos de Manuel Antonio Carvajal el tono menor, apaciguado y tenue como una música de flauta, que los arroja en aire de suspirante melodía. Concurrió a ello también la notoria reacción producida en aquella hora de nuestros anales literarios. La juvenil capilla a que pertenecía se irguió, incitada por las tendencias modernistas en boga, contra los excesos verbales estimulados por el siglo romántico en decadencia y contra el énfasis declamatorio que aún restaba rezagado en la que Castillo, saliente capitán de aquella tropa férvida, estigmatizaba (son sus palabras) como "literatura oficial". La osadía renovadora correspondía, por lo demás, a las notas psicológicas que en Manuel Antonio Carvajal se mostraban con evidente imperio y hacían de la suya una adolescencia ensoñadora, tocada de una visión melancólica de la vida, encantada de rumiara amorosamente las sencillas tristezas de cada día e inclinada con estética devoción y serena dulzura a las emociones lejanas de todo estrépito pasional. Parte en esta manera espiritual era, sin duda, el influjo del paisaje nativo. No ha sido debidamente establecido todavía y señalado este influjo en el análisis de las tendencias dominantes y ambiente común que, al punto mismo de contrastados, se advierten, de Isaacs a hoy, en los poetas nacidos en el Valle del Cauca. En el libro que a la vida y obra de aquél consagramos por los días de su primer centenario quedó hecha la observación, si bien apenas someramente consignada, con miras a posterior estudio. Como, sin adelantarlo, volvemos a sugerir el tema en estas páginas. Nuestro paisaje de llanura doméstica, apurado siempre en su maravilla y multiplicado indeficientemente en sus aspectos por una luz de lujos innumerables, ha ejercido en nuestros escritores un claro magisterio espiritual, que imprime tono y matices similares a todas las aventuras literarias, cualquiera que haya sido su suerte, emprendidas por los que formaron su sensibilidad en medio de la hermosura ineludible de esta comarca. Alguien observaba

una vez que todos nuestros poetas se parecen a Isaacs. Es cierto. Mas no porque se hayan dado a seguir las huellas del heraldo. La razón es otra y se encuentra en el hecho de que Isaacs recogió, con plenitud de evangelista perfecto, todos los elementos de emoción que contiene nuestro paisaje. Se le parecen porque no podían dejar de parecerse sin dejar fatalmente de parecerse a ellos mismos. A través de las naturales diferencias humanas y de las desiguales categorías de arte y vuelo, pasa, en la producción de nuestros poetas, algo como el ritmo de una concordancia coral, o con mayor exactitud y precisión, un aire de familia que, sin relación alguna a tabla de valores, los vincula y asocia en cierta fisonomía de linaje, más o menos acentuada, pero, como la de algunos abolengos enérgicos y obstinados, nunca ausente del todo. Sin el propósito deliberado de integrar un grupo literario de región, y sin el de sostenerlo ahincadamente en el recorrido temporal ya próximo a la centuria que ofrece su desenvolvimiento, los cantores de nuestra tierra han venido y continúan formando una constelación poética definida e inconfundible, en la que una asistencia arcana va renovando las luces que se pierden entre las brumas del tramonto.

* * *

Volvamos al autor y a sus poemas juveniles. La tenue música asordinada sobre cuya pauta de contenidas modulaciones se desenvuelve el canto, sin que en ningún momento la voz se deje arrebatar por el énfasis, coincide con los motivos que encienden la emoción lírica de esos versos, en cuyas pulcras venas esa emoción circula con sosegada pulsación de linfa casta. Tienen esos suaves poemas la simplicidad encantadora de la mansa naturaleza de su tierra nativa, benigna, apacible patria de la belleza elemental. Las fuentes de su poesía son las que han engendrado siempre, en todas las épocas y naciones, el carmen primigenio. Si la angustia lírica hubiera perdurado en él, su voz habría sido más tarde sacudida por otras de las innúmeras corrientes que se entrecruzan en la esfera mínima y abismal que encierra el

triángulo del corazón humano. Pero esa voz, como fué advertido al comienzo, apenas si alcanza a pasar de la adolescencia a la primera juventud. De adolescencia, pues, y mocedad son necesariamente, casi sin excepción, además del fino tono menor en que han sido vertidos esos poemas, las razones originales de su inspiración. Inefables recuerdos del alba niña todavía reciente: las inquietudes iniciales que dibujan aún borrosamente los contornos de los prístinos sueños: el amor perdurable y la amada transitoria: los nobles afectos tutelares: el encanto casi geórgico de la natal provincia y la sabia manera cómo, para alegría y beneficio de sus criaturas, las horas van haciendo girar el paisaje solariego en una sinfónica rotación de globo de colores.

En la compleja integración humana de Manuel Antonio Carvajal había interés por todos los aspectos y fenómenos de la vida. Los años que siguieron a la edad de su poesía fueron quemados por otras solicitudes tan entrañablemente humanas como aquélla. De ahí que ella quedara anclada casi definitivamente en ese leve golfo, impreciso país de fábula que el poeta dejó confiado a la custodia de las hadas que lo asistieron en la aventura matinal.

¿Habríale sido dado, en la madurez de edad y espíritu que atravesaba cuando sonó su nombre en la lista inexorable, volver hacia el pasado y reanudar con gloria la dulce devoción en mala hora interrumpida? ¿Hallaría aún vivo el fuego sagrado y fresca y rumorosa la fuente del hondo antaño ensoñador? ¿Su vocación poética, frustrada primero por la vida, le fué después, cuando pensó volver a ella, negada por la muerte? ¿Sufrió amargura y desengaño en el ensayo de retorno cuyas huellas quedaron en sus dos canciones vesperales? No podríamos, en verdad, contestar con respuestas categóricas. Mas todo nos lleva a presumir que ya la empresa literaria de índole puramente poética estaba fuera de su alcance, no por decaimiento del fervor (conservólo siempre intacto), sino porque le hubieran faltado voluntad para la disciplina heroica que la obra poética exige en holocausto y ambición perseverante para sobreponerse a la angustia espiritual de que ella es surtidor inagotable. Puede

que hubiera cantado algunas veces más. Pero el nuevo propósito habría quedado tan detenido y trunco como el del alba ilusionada.

* * *

No obstante la habitual movilidad de su inteligencia, frustradora fatal de muchas excelentes capacidades, adquirió Manuel Antonio Carvajal severa formación a través de las actividades que ocuparon el mayor número de sus días. Atraído, aún antes de la conclusión de sus estudios jurídicos, por la marejada de la política nacional, y llevado después, a consecuencia de su carrera pública, a gestiones diplomáticas, afrontó con energía y entusiasmo los temas ante los cuales lo ponía su oficio, y llegó, en serio estudio, a acumular apreciable acervo de erudición. Mas sobre éste, con presencia semejante a la de la luz que destaca con relieve vital los elementos que se agrupan dentro de un horizonte, puso a fulgir, animando la muerta erudición, los carismas indispensables al luchador político para rebasar la calidad elemental de milite de su bando y asumir los perfiles propios del estadista. Conjugábanse armoniosamente en su inteligencia, con la virtud disociadora que constituía su fuerza cardinal, una fecunda aptitud dialéctica y una bullente riqueza imaginativa, lista ésta en todo instante a vivificar tales materias infundiéndoles movimiento, sometiéndolas a contraste y dándoles color en el espejo de las analogías.

Estos valores fueron en él escudo y peso negativo a la vez en la escena civil. Otorgáronle, de una parte, a su actuación en las luchas políticas, en el gobierno y en las relaciones internacionales alcurnia y decoro de alto estilo; y de otra parte, impidiéronle ese impulso excluyente que busca, con todas las armas posibles en el combate, la preponderancia personal y la victoria propia. A pesar de su desapasionamiento político, que le hizo fácil, aún en las épocas de más celosidades, la aproximación al adversario (lo cual, por lo demás, no obedecía a eclecticismo mental sino a copiosa generosidad de corazón y a un profundo concepto, o mejor, sentido humano de la república), y a pesar de la habitual benevolencia

de su carácter, que le ganó amistades fervorosas entre los "hermanos enemigos", nunca supo disputar el puesto arisco, ni menos todavía cabecear hacia su provecho la aprovechable oportunidad. Amó la lucha por la íntima satisfacción que le otorgaba: no por la avaluable fortuna que le podría acarrear. Fué un político en la olvidada y vera ley de este dictado tan exigente como elástico: no en el otro de tan difundida acepción, que ha terminado por pervertir, en lo que a su interpretación se refiere, el criterio general y que ha hecho a la patria el daño sin medida de privarla de inteligencias y voluntades excelentes.

De las suyas entre esas voluntades e inteligencias. Un día, después de haberle servido en jornada de callado heroísmo, cumplida en bárbaras tierras insalubres, y de haber sentido entonces alojada sigilosamente en su carne la dura semilla de la muerte, acogiéndose de nuevo a su tierra natal, en la cual pasó en discreto retiro y en abnegadas, apostólicas tareas de servicio social los pocos años que la simiente destructora, y eso con artera avaricia, le dejó aún vivir.

Tuvo una honda, magnífica nobleza este crepúsculo anticipado. El adalid antiguo depuso el espíritu de combate, y llamado a una austera posición de magistrado de la justicia, encendió en ella la doble llama de su corazón y de su mente. En esa posición, como en las anteriores, su labor no fué nunca el simple y escaso cumplimiento de una rutinaria obligación. Pocos son los conceptos que sufren una enunciación absoluta. Uno de ellos es éste de que, si se exceptúa la tarea del director de almas, ninguna hay, entre las funciones humanas, más ardua, ni más grave, ni de más intensa y extensa responsabilidad, en todos los órdenes en que la responsabilidad cabe, vale decir, en todos los órdenes de la vida, que la del juez penal. Sólo un amplio criterio y una muy fina sensibilidad pueden, y nunca del todo, salvar al juez de los innúmeros peligros que lo asedian en la distribución de la justicia. De ahí que, si bien la más opaca por fuera, haya sido la mejor alumbrada por dentro, entre las faenas de su múltiple actividad, la que como magistrado cumplió Manuel Antonio arvajal en los tres o cuatro años vecinos a su fin. Hombres

autorizados le han otorgado esta calificación, que nosotros recogemos aquí con satisfacción y con orgullo.

* * *

Puede señalarse a Manuel Antonio Carvajal, sin hipébole ni desmedido elogio, como uno de los eminentes escritores políticos de su época en la república. Corresponde la afirmación al señor Suárez, lo que le imprime sello magistral. Desgraciadamente, su obra de este género es todavía más fragmentaria y de más rápida ejecución que la poética. Constituyéronla artículos periodísticos, escritos todos de un día para otro en las campañas en que comprometió su esfuerzo y enardeció su voluntad. Son, por este aspecto, las suyas páginas transitorias, recargadas de elementos accidentales y de esa serie inevitable de episodios meramente anecdóticos que no pueden faltar en el minuto que las determina, pero que luego, fallecido el interés momentáneo, constituyen adherencias perjudiciales a la limpia visión de la estructura ideológica central. Mas, a pesar de ello, los escritos políticos de Manuel Antonio Carvajal son, por lo menos, exponentes valiosos de esta faz de su inteligencia y signos elocuentes de una época de la historia nacional. Formado en la mejor escuela de los clásicos civiles del país, se mostró, cuando quiso, digno de su elevado magisterio y no sintió fatiga al atravesarse hasta su altura. La lógica ordenación de su pensamiento, la agudeza en la interpretación histórica, el ilustrado discurrir a través de las más arduas ideas, el pulcro gobierno del lenguaje y la diafanidad de estilo adquirida en las antiguas tareas literarias concurrieron a hacer de su prosa política un labrado instrumento de expresión. Releyendo, ahora, algunas de esas páginas fugaces hemos sentido pesadumbre de que el autor de ellas hubiera carecido de decisión para empresas políticas de más alzado vuelo y dilatada perduración. Hubiéraselo propuesto y habría conquistado, sin esfuerzo mayor, una brillante figura de ensayista, género para el cual, según se deduce de varias de esas páginas, parecía, más que para otro alguno, especialmente dotado.

Al lado de sus principales artículos políticos recogidos en uno de los libros publicados poco después de su muerte y de otros estrictamente literarios, hállanse allí los discursos que, para atender a diversos y obligantes requerimientos, escribió cuando ya declinaba su parábola temporal. Tal vez en esas oraciones, especialmente en dos o tres de ellas, es donde campean mejor, con más rigurosa precisión y más sobria diafanidad, su pensar y sentir respecto a los grandes temas de la patria, a los más serios problemas universales del espíritu y al giro y rumbo de la historia contemporánea. El discurso sobre Francisco de Paula Santander es una erguida defensa y una ferviente afirmación de la democracia política, al paso que la apología de la Compañía de Jesús y la disertación sobre la cuestión social entrañan la exaltación de la doctrina de la Iglesia como solución insustituible y como abrigo único para las angustias y aflicciones de ésta y de todas las edades. Tenía un concepto religioso de la vida. La luz del Evangelio iluminaba su mente y estimulaba su corazón. Supo de la lucha del cristiano entre la prostración de su naturaleza y las disciplinas de su ley, entre los halagos frívolos de la vida y el cumplimiento, si a veces dulce y fácil, a veces, en cambio, áspero y duro del deber. Libró, a su medida, la "buena pelea", en la que siempre, porque la gracia de Dios enciende en su fuego las almas generosas, acaba por triunfar el hombre de buena voluntad. Y así, no obstante las flaquezas y miserias que nunca faltan en la criatura humana, escudado por la fe, sostenido por la esperanza y abrasado por la divina caridad, llegó, a su hora, a las orillas de la muerte.

* * *

En ella te perdieron, ¡oh ardiente y ardido soñador!, nuestros ojos mortales. Ya estás, al fin, inmóvil y silencioso, tú que fuiste la perpetua inquietud y la voz sin descanso. Amaste la vida con fidelidad indeclinable y mantuviste siempre encendido ante ella el corazón, como las lámparas que no se apagan ni en el día ni en la noche. Multiplicaste pródiga, ardientemente tu destino. Transformaste en hábito la aventura y el riesgo del azar en recreo y motivo de

sonrisa. Genial “arquitecto de castillos en el aire”, quemaste la mejor parte de tu fuerza interior en el diálogo y el ensueño. Como el caballero de la Mancha, filtraste en la piedra de la desventura la miel de tu alegría y templaste al fuego de las tribulaciones la insomne voluntad de servicio que apareó con la elocuente irradiación de tu inteligencia la muda largueza de tu mano.

Cuentan que Nietzsche solía repetir un verso de Lope de Vega: “Yo me sucedo a mí mismo”. Puede que tú jamás te lo hubieras repetido. Y, sin embargo, ¡oh infatigable renovador de tus propios sueños!, ese verso hubiera sido insignia adecuada de tus días. Mas, a lo largo de todas tus mudanzas, hubo algo que permaneció siempre idéntico: tu corazón incomparable, tu incorregible corazón de varón de altos deseos y desbordadas efusiones. Cuando un día, vencido como el vaso que ya no puede más, se dobló sobre sí mismo, el suelto río de llanto que circundó su prisma roto recibió afluencia de anónimas venas que venían, peregrinando por la mañana sorprendida, del fondo de los más humildes recintos del abandono y del dolor. Innúmeras lágrimas sin nombre ungieron tus manos y tu frente para el regazo del sepulcro. Y marcando con una vía láctea purísima el tránsito de tu sombra, constelaron la ruta por donde, enajenado a nuestro clamor y destroncadadas las raíces terrenas, te fugaste hacia las moradas infinitas.

Sabes ya, con perfecta sabiduría, huésped de Dios, cuán poco valen las obras que se hacen para el solo contentamiento de los hombres, y cómo las que buscan el Suyo, por mínimas que se ofrezcan, por ignoradas que se cumplan, esperan nuestra llegada, fulgentes de su gracia lustral, en la puerta del Reino. Sóbrate, pues, este tributo. Porque ¿cuál, por ventura, podría no sobrarle a quien bebió ya las aguas sapienciales de la muerte y perforó con la flecha libre de su alma la tiniebla que custodia y aprieta el círculo del tiempo? Mas la ofrenda, si inútil para ti, que moras en la patria inmutable, refluye, como una aura benéfica, sobre el solar de que eras timbre ilustre y claro nombre.

Un día cantaste:

*Feliz aquél que yace dormido junto al monte,
entre los lirios blancos del huerto familiar.*

Ahora eres tú el que allí, junto a ese monte, se ha detenido a descansar. La muerte, para el cristiano, no es sueño: es reposo. Reposo en Dios, que quiere decir vida eterna, vida de actividad y duración interminas, vida sin muerte y, por lo tanto, sin sueño, que es su imagen. Descanso, *requies*, no sueño, es lo que pide Nuestra Madre para sus hijos difuntos.

Descanse en Ella tu espíritu, mientras tu arcilla aguarda allí el último día, en la raíz del viejo collado tutelar y al abrigo de los lirios domésticos. Vecinos a tu urna de paz, otros huesos igualmente amados, cal de la misma piedra, esperan la llamada de Dios.

ESTAMPA Y APOLOGIA DE GILBERTO GARRIDO SOBRE LA PAUTA DE JORGE ISAACS

Cuando por vez primera escribí sobre Gilberto Garrido principié con estas palabras: “Cerca de él, y siempre lo he estado, en estrañable comunión que ha erigido indeficientemente un alto puente afectuoso sobre diferencias fundamentales, cada día más mermadas por una mano misteriosa, cuyo influjo él y yo conocemos y palparemos mejor el día en que el puente vinculador haya desaparecido ante la inefable comprobación de que la misma llama de fe alumbra y calienta nuestras almas, cerca de él, a la luz y calor de la suya, reconstruyo a veces, cordial y mentalmente, a Jorge Isaacs, cuyo ondulante itinerario me fué dado un día desenvolver con honda devoción.”

Apenas corrido sobre esas fechas corto lapso, el hecho anhelado se ha cumplido. No era, por lo demás, su anuncio fácil profecía. Constituía tan sólo una de aquellas anticipaciones que nos permite hacer la comunión espiritual determinada por los vínculos de una amistad sin sombras ni vallas de reserva. Esa amistad me había enseñado que la exquisita sensibilidad y el corazón ardiente de Garrido tenían que llegar un día al diálogo directo con Dios, evadidos, por su gracia y misericordia, del mero ambiente semipanteísta en que suelen perderse almas selectas que, si no confunden a la criatura con el Creador, sí interponen a la criatura entre ellas y el Creador, y pudiendo ascender al plano de lo sobrenatural, se quedan detenidas por el engaño de convertir

en meta lo que es sólo camino que a ella debe conducirnos. Gilberto Garrido es ya huésped de Dios. Un gran dolor lo incorporó al Amor definitivo:

*Dolor callado, acendrado,
de clara muerte vivida;
corazón iluminado;
lámpara siempre encendida.*

*Dolor de hierro clavado
en la luz adolorida
del madero traspasado:
a ti te debo la vida!*

Recordemos que también Jorge Isaacs, sobre cuya pauta he de desenvolver esta divagación en torno a la personalidad y la obra de Gilberto Garrido, confesó a Cristo cuando, llamado desde la orilla de la muerte, acudió El a confortarlo, presente en el viático divino. Vivas están en la memoria de los hombres sus palabras inolvidables: "Soy de su raza, creo en El y espero en su misericordia infinita".

Al aludir a la pauta de Isaacs como derrotero de estas páginas no pretendo desentrañar similitudes artísticas, que arbitrarias serían, puesto que no existen, ni pretendo tampoco establecer medidas literarias. Refiérome al hecho humano, al fenómeno social, a ese contradictorio ser y parecer que hizo de Isaacs lo que fué, un soñador en perpetua desventura, y hace de Gilberto Garrido una alma de niño aislada por densa zona de apariencias invencibles a todo esfuerzo de penetración desposeído de una inteligencia de amor.

En todas sus formas, aún en la del porte físico, Garrido contradice su realidad interior. Su poesía es la sola clave que nos suministra para una acertada penetración a la morada de su espíritu. La esencia párvula de que está hecho, blanda y dulce como el núcleo de las colmenas, se desfigura en toda interpretación que no vaya alumbrada por su canto. Al simple contraste usual, apenas nos brindará su estampa desmedida, alta y ancha como si hubiera sido forjada en

metales heroicos para los certámenes antiguos, que se definían en el predominio corporal. Algo hay, en primera instancia, que se resiste en nosotros a aceptar que esa corteza, cuyas fibras parece que se hallaran en una evolución del músculo al acero, pudiera dar asilo a una entraña de paloma, y que la voz en que se expresa, quebrada en un chillido de águila, pudiera ser, como lo es, vehículo inesperado para el zureo y trino que constituyen su expresión auténtica, el signo único de su sér natural. La vida no le dio tiempo a la depuración oportuna de la abundancia con que advino sobrecargado, y antes, por el contrario, púsolo desde el alba en circunstancias de áspera milicia, en las que las exigencias circundantes convencíanlo cada día de que en la contienda en que se hallaba, arisca y semibárbara, sus armas y elementos eran los que sabía simular con una ingenua y silenciosa capacidad de fuerza de la naturaleza.

La etapa de formación no tuvo cabida en su itinerario premuroso. Fué como el labrador a quien la aurora encuentra en el campo de trabajo, mojada ya la frente por un sudor en que el relente de los cielos viene a ser apenas rocío superpuesto, la espalda en curva eglógica y en las manos los instrumentos de desbrozo. No conoció esa hora plácida, de tan dulce recuerdo en las de lucha y de descanso, en que el ojo recién abierto inquiere los horizontes y se llena de ellos sin la urgencia inmediata de su conquista. La tregua inicial en que nos aviamos para las empresas futuras no existió para este anticipado combatiente, y hallan en ello explicación las modalidades más acentuadas y personales de su carácter y el ritmo habitual de sus manifestaciones externas. Es por ahí por donde viene a parecerse agudamente a Isaacs y por donde su realidad íntima suele, como la de aquél, producir desconocimiento y suscitar resistencias en quienes no alcanzan a ver, rutilante en el fondo en que esconde su brillo, la estrella purísima y llorosa de su corazón, punto de oro que rige la constelación encantada de sus sueños. Para él, tanto como para José Eustasio Rivera, pudieran haber sido escritas estas palabras exactas de Rafael Maya: "Quizás, conociéndose fundamentalmente bueno, y, por lo tanto, vulnerable por todas partes, tuvo que aprestarse a la lucha

adaptando su índole mansa a la defensa, con trabajo de planta exquisita que, transportada a climas ásperos, se cubre de pelusa hostil y comienza a brotar púas, sin perder por esto la originaria fragancia ni la perfecta simetría de la corola.”

Si, ajenos por lo demás a todo ingenuo plutarquismo, apuramos la referencia a Isaacs, habrán de sorprendernos evidentes analogías en el discurso de la vida de uno y otro. Analogías de procedimiento y sobre todo analogías de actitud frente a las exigencias de la necesidad. Por un extraño fenómeno, en ambos la juventud ofrece persistencia psicológica indeclinable, y en los dos la etapa juvenil, socialmente entendida, se abrevia al extremo de eliminarse y desaparecer en la urgencia vital. Incorporados en la flor de la adolescencia a los problemas elementales de la lucha económica, no en cuanto tiene de empresa voluptuosa, sino en lo que representa de duro menester cotidiano, de humilde afán de cada día, de presurosa y continua exigencia familiar, desconocieron la mocil ociosidad, y sintieron desde el principio animada la llama de sus vidas por un soplo viril que las encendió prematuramente y les infundió impulso temprano, henchido de una violencia tan deleitable como dolorosa. La savia, judaica y española, de su ascendencia, y el signo, azaroso y guerrero, de los tiempos, movieron en Isaacs la voluntad heroica con que redimió la obstinada oscuridad de su tránsito aventurero. Garrido no ha contado con esos elementos de animación y viso, y para apagar aún más el signo dramático de sus días, fuéle dada a su inteligencia una travesura fatal, una inquietud epigramática, una tendencia irreprimible al juego y al esguince gracioso, que lo llevan a vestir de sonrisas el esfuerzo a veces angustioso en que se debate y a poner sales y mieles áticas, para mudar su faz, en la máscara contraída de la tragedia. A él, como a Cervantes, puede aplicarse aquel sabio decir que nos presenta al manco sacando de las congojas de la vida la alegría del corazón.

Graduados de varones cuando aún no acababan de salir de la adolescencia, el poeta antiguo y el nuevo, antes de los

veinte años soñadores, rendidos al amor primero, arrostran la bella y grave responsabilidad de la nupcial empresa, en la que uno y otro llegan a florecer tempranamente, en medio de proles generosas, como dos jóvenes patriarcas. No es impaciencia moza ni aún el recio afán de vida que precipita a muchas naturalezas desbordadas a abreviar, abarcándolas con premura febril, las varias jornadas del derrotero apenas entrevisto desde la colina inicial de la comarca de sus sueños. Obró en ellos, entonces como siempre, el empeñoso impulso que les dio el haber sido arrebatados, por un viento profundo, de la pradera borrosa de la niñez al estadio de las acciones trascendentales. La anticipación fué así, en uno y otro, fenómeno natural, que por serlo no los robó a su órbita, sino que, por el contrario, infundió en ellos esa voluntad nutrida por todas las raíces de la energía, en la cual el hombre adquiere la capacidad de transformar las más humildes circunstancias y requerimientos de la suerte en motivos de hazaña heroica y aquilatamiento interior.

Vocaciones poéticas de hondo y alto aliento, nada pudo contra ellas ese amanecer subitáneo, sin alba de meditación y desenvolvimiento paulatino, ni la carga de grandes y pequeñas obligaciones que pesó desde entonces sobre sus horas y sus almas, ni la ausencia del ocio en que se cumple la actividad de la inteligencia, y alumbrándose en su escondida claridad, la obra de arte se engendra en el silencio y soledad que precede al nacimiento de todas sus criaturas. Una fuerza misteriosa, semejante, en el orden sicológico, a la que en el reino natural enjoya sobre la cima de los más altos montes, en contacto purísimo con los cielos, lagos inaccesibles cuyas aguas se encienden en el candor de una luz no manchada todavía por el contacto de la tierra, mantuvo sus corazones de siervos irremisibles de la belleza, por virtud de un encantamiento parecido al de la leyenda primitiva, aislados de las impurezas en que se movían, y se mueven aún, los medios humanos en que este par de poetas fueron colocados, en el espacio y en el tiempo, a lo largo de sus respectivas etapas. No ya sólo se ofrecen, en su obra poética, desligados de las incitaciones tumultuosas de la zona en que nacieron y se formaron, como ha sido ob-

servado por Maya a propósito de Isaacs, sino impermeables a la violencia misma de los ambientes aldeanos, bárbaros en la guerra y minúsculos en la paz, en que uno y otro desarrollaron sus días iniciales y muchos de los de su juventud y madurez.

En su obra poética, queda dicho. Porque por una paradoja que hace más extraño el fenómeno, Garrido e Isaacs son enhiestos dechados, en las demás manifestaciones de su vida y actividad, de hijos fidelísimos y perfectos de su pueblo y de su comarca. Duros, vehementes, osados, impulsivos, en su época el viejo y en la suya el contemporáneo, cifran a plenitud la exaltación frecuente de nuestra naturaleza y de nuestros hombres, en cuya convivencia cósmica la tempestad no es más que un recurso de expresión natural que viaja en préstamos continuos de los corazones a la atmósfera y viceversa. Isaacs, el héroe de los campamentos y de la exploración; Garrido, cegados por su época estos campos, el combatiente civil y el panfletario que hace de su inteligencia y de su admirable capacidad para el epigrama armas políticas tremendas. En lo demás, iguales: buscadores desventurados de la fortuna económica, a cuyas exigencias y estrecheces se someten con idéntica altanera sumisión; obsesionados constructores de castillos de ensueño sobre el cimiento de las nubes; emigrantes perpetuos de la empresa independiente a la casilla burocrática, o al revés; almas de ejemplar mansedumbre en la realidad íntima que actúan en el tinglado de la tragedia cotidiana revestidas de pieles y armaduras temerosas. Más de una vez coronados de espinas en la lucha, irresponsables a su turno de haber ceñido, en momentos oscuros, frentes ajenas con la misma guirnalda dolorosa. Y para que la similitud avance hasta lo último, a la hora en que sus años empiezan a descender, acogidos al retiro cordial y a la meditación hecha de piedad y sosiego, acalladas las pasiones antiguas y el alma en un ejercicio de depuración otoñal, en el cual halló la muerte al maestro y en el que el poeta de nuestros días abisma sus sueños inextinguibles.

En el fragor de las luchas guerreras, políticas y económicas que no le dejan paz, y en las que su celosísima

susceptibilidad duplica o multiplica la usual amargura del contacto con las pasiones, miserias y pequeñeces de los hombres, Isaacs realiza su obra literaria; obra limpia de todas aquellas escorias que estaban fuera, pero también dentro de él; obra agobiada de pesadumbre, pero iluminada por una luz inefable, una luz alta y pura como su origen, que viene a él y se desborda de él hacia los seres y las cosas por conductos que no le ha sido dado conocer a quienes lo rodean y que constituyen el secreto de Dios en su alma de elegido y el refugio de gracia y gloria con que se defiende de sí mismo y de la torpeza circundante, redimiéndose así de su propia parte oscura y proyectando sobre el tiempo la fuente de recogida claridad que había sido depositada en su corazón atormentado y contradictorio. El espíritu del poeta viene a ser, por ese modo, como un filtro encantado de su misma realidad vital, por el que no pasan sino los elementos luminosos que se mueven entre las sombras de aquella realidad. "María", por ejemplo, no es otra cosa que la síntesis de la naturaleza y del medio doméstico y social que constituyeron su ambiente cotidiano, decantada en el alma del poeta, como fluye resumida la música de la tarde, purificada de excesos y discordancias, en las melodías que a veces los cantores de nuestros campos ponen a flotar en las auras vespertinas, infundiendo en la atmósfera temperatura y vibraciones humanas.

Fenómeno similar ocurre con la poesía de Gilberto Garrido. Por una maravilla de la gracia poética, la obra de este cantor llevado y traído, como Isaacs, por menesteres cervantinos, y mezclado, desde el temprano comenzar, a lo largo de las mejores horas de su vida, a algarazas lugareñas, instintivo en el ademán, gárrulo en la polémica, duro y áspero justador vaciado en los arquetipos del tróico, pone ante nuestros ojos una llama de immaculado resplandor, originada en combustibles impolutos, a cuya impenetrable cautividad no han alcanzado acceso las mareas que el poeta desbrava a la puerta de bronce y oro del castillo donde, coronada de luces místicas, su alma se hunde, solitaria, en los arcanos infinitos. ¿Cómo, en la cúpula de esta torre que no sólo recibe sino que, también, descarga el rayo, puede

abismarse una tan inmarcesible serenidad, una tan limpia y suave lumbre, un reino de amor y dolor tan admirablemente defendido de todas las perversiones aledañas? Este misterio, ya anotado en Isaacs, se halla análogamente, en Gilberto Garrido.

Con una diferencia, que no podemos omitir: en Isaacs el hecho es absoluto; en Garrido hay una época de excepción: la de sus primeros años, cuando el poeta no había encontrado el camino de su soledad, y su voz, ablandada por los almíbaros del madrigal y enloquecida por los venenos de la sátira y el juego de luces del epigrama, anda en juglarías de tinglado menor, acompasada por una musiquilla cascabeleante, debajo o encima de la cual nadie, ni el poeta mismo, hubiera podido adivinar los elementos primarios de esa armonía, insondable, voz desnuda y ardiente como la llama de las constelaciones, en que ahora nos trae el mensaje de su espíritu. Material abundante daría esta etapa de nuestro amigo para aquella colección de poesía "diabética" a que alude Alfonso Reyes y a la que hubiera puesto el nombre de "Panal de América o antología de la gota de miel", y para otra, de la misma índole o sentido histórico, de poesía "periodística", de perorata o de venablo, para la cual sería menester un título tan compendioso (y exquisito) como el que para la de su selección de azúcares quería el ilustre humanista mejicano.

Mas el poeta podría negarnos el derecho de mirar hacia esos jardincillos cancelados. Arroje su primera piedra el que se sienta libre de estos pecados matinales. Sólo una exigencia es justa en estos casos: la de que el poeta los haya redimido con su propio holocausto. Garrido lo ha hecho a plenitud. Su alma surtió una fuente lustral y su poesía, la única suya, afloró después lavada en aguas misteriosas, cuya virtud de insondables eficacias y poderes limpió de todo limo la materia sagrada, hasta entregarnos la criatura lírica en su pureza primordial.

En Isaacs el hallazgo tuvo el carácter inocente de un dulce portento matutino. Bastóle dejar correr, desatada a la primera invitación, la fuente que había recibido como

patrimonio sagrado de su abolengo. Dióle el paisaje de su niñez la luz y elementos necesarios a la germinación de la simiente, y el milagro se hizo, mediante un procedimiento inaccesible, al menos en su plenitud, al análisis intelectual, porque cumplido fué en zonas apenas limítrofes con las de su conciencia, en esa región inabordable en su metafísica claridad en que, impulsado por vientos ignotos, trabaja el molino de los sueños. Los hitos fundamentales de su itinerario espiritual quedaron, por eso, en la iniciación de su juventud y traducen el mensaje universal de la adolescencia. Después sólo le vemos regresar hacia aquellas horas de arrobamiento irrenovable. Sintió hervir en él, recogido en su voz, el milenar raudal lírico de su estirpe, y lo soltó en el alba, como las aves que, empujando con su canto el nacimiento de la mañana, arrastran el día hacia el despertar de la naturaleza y de los hombres. El equilibrio asombroso de su obra, traslúcida como el agua de la montaña, no es fruto de paulatina depuración del corazón y de la inteligencia, sino empresa anterior, cumplida en los filtros invisibles y metódicos del tiempo, por modo igual al que acendra el vasto prodigio vegetal con que nos sorprende, en su atavío sin par, la mardrugada campesina. Por ello Isaacs fué un genio, en el sentido arcano de esta expresión que vale lo mismo que creador, sér cargado con la misión de renovar, en su día y a la medida humana, la obra que viene repitiéndose, recreándose, desde el principio de las edades.

Preséntase aquí, necesariamente, otra disparidad en la analogía desenvuelta. La voz de nuestro poeta no podía tener (y el hecho queda atrás observado) esa pureza inicial. Más aún: careció de ella en grado sumo. La decantación ha ido efectuándose lentamente y sólo ha logrado la limpidez que ahora ostenta cuando los años del hombre recogen ya en su copa la claridad del crepúsculo incipiente. Nacido también bajo el signo de la predestinación lírica, a la cual ha sido fiel con servidumbre sin eclipses, y tocado por la vara recóndita que enciende en las almas la hoguera de la angustia inclemente de la belleza, fué el suyo un albor doblemente doloroso, por el dolor mismo que consigo traía y por la desorientación que lo envolvía en nieblas para cuyo

apartamiento y disipación fuéronle precisas muchas experiencias, innúmeros tanteos, viajes equivocados de los cuales ya hizo, para su gloria, el regreso definitivo. En la historia de todos los soñadores y exploradores de los mundos ínterminos de la emoción se registran con frecuencia estos casos en que la inteligencia se pierde en laberintos que a cada paso se interrumpen. Es la prueba a que los númenes del cántico someten a algunas vocaciones ejemplares. En todos los campos del espíritu muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Un día el poeta ve descorrerse ante sus ojos el horizonte entresoñado. Recoge su corazón y encuentra en él el agua de Dios, sepulta en sus abismos como las linfas adelgazadas en las venas de la tierra. Es el momento purísimo del milagro. Todo cabe ya en ese cuenco insondable, en que el alma y el universo se extasían en un profundo concierto pacificador. Bástale a la tierra este espejo fundido en su propia entraña, porque en él se hace síntesis de sí misma y del cosmos, y al hombre este pozo de luz, porque él también concentra en el divino presente su clave y la clave antes dispersa de los seres y de las cosas.

Como esos rumores de torrentes que casi nos aturden en algunos trayectos de los caminos montañosos, y que de repente, por un fenómeno acústico, dejamos de oír en el punto en que el sendero hace un recodo, el poeta sintió apagarse las voces que enloquecían y disgregaban su ansiedad, y advirtió que se quedaba solo con su soledad y su silencio: soledad en que no alienta ya sino su alma; silencio en que no se yergue ya sino la voz seca, primordial que cifra y descifra el misterio de su espíritu en la comunión con Dios y con los hombres. Tras largo errar en una intrascendente romería por las aguas sin fondo del sentimiento, en cada uno de cuyos puertos ponía a flotar un instante, siempre un instante nada más, el aire efímero y ligero con que rubrica apenas la superficie de las ondas el paso de las naves livianas, hállase ahora en un piélago en cuyo círculo insondable todo principia y todo acaba y en el que las velas se llenan de un viento luminoso y eterno, que es al par angustia y sosiego, aflicción y deleite, ascenso y quietud. El

poeta ha llegado al trance místico, en el que siente aletear ya su anhelo en un balbuciente arrobo de eternidad. Nos ha dicho el deslumbramiento sufrido en esta curva de su parábola en un poema quemado por la llama de las hogueras bíblicas:

*La paz de las esferas ha inundado mi espíritu.
¡Claridad! ¡Claridad! ¡La mirada de Dios!*

Del gusano cansado de peregrinar por caminos de sombra se ha desprendido la libélula de fuego que ahora tiembla suspendida, como las estrellas de la noche, en la cima del orbe. Reclinóse un día, como Jacob, sobre una piedra del camino. Venció el sueño sus párpados. La música de los espacios le dio su escala interminada. Desenvolvió su vuelo por las órbitas del azul infinito. Midió los abismos y puso cinta de soles a todos los confines. El nos ha narrado este episodio definitivo de su evolución espiritual:

*Y en el libro abierto
de los astros, donde
ya la luz serena
define y expone,
al pie de una página
de signos menores,
con luz de luceros
escribí mi nombre.
El trémulo instante
que cruza a galope
por la faz del tiempo,
detúvose entonces.
Las albas despiertas
volaron del códice,
¡y me sonrieron
las constelaciones!*

En el itinerario de Garrido éste es el momento capital y definitivo, porque en él ha hecho el tránsito de la emoción antigua, sentimental y frívola, a la emoción cósmica, que será ya el signo permanente de su poesía. De las colinas familiares ha pasado a una montaña de soledad, bañada en fulgores inasibles, que si a veces se nos muestra velada por brumas que nos niegan las líneas de ascenso, débese a que el poeta se ha desprendido, en el trance de la contemplación, que se resuelve en síntesis aladas, de las trabillas lógicas. El vuelo, sin eliminar distancias, suprime caminos y señales. El espíritu, como las aves, al levantarse de la tierra, suele no proyectar sobre ésta sino una sombra esquiva. La oscuridad en el concepto será siempre una traición a la inteligencia. Pero puede, a la vez, traducir una fidelidad elemental a una exigencia superior. La noche oscura del alma demandó a San Juan de la Cruz una exégesis de razón. "¡Filosofía pordiosera"! gritó un día Rafael Pombo, y eso salido ya de su "hora de tinieblas", en angustioso clamor ante sus sombras interiores.

Isaacs, que pulió en la del alba su gema clarísima, que por serlo alcanzó altura de códice ecuménico de un paisaje y de la ilusión adolescente, presenta también esa nebulosidad en los días maduros y finales de su vida, los del poema "Saulo" y el canto a Elvira Silva. El numen hebreo que había viajado hasta él en el río de la sangre, y sobre todo la comunión con los cantores orientales, despertaron en su alma, con la tendencia al salmo y al treno, la inclinación a alumbrar los caminos de su espíritu con las antorchas de la metáfora y la alegoría, en que la expresión, impulsada por la propia densidad de su contenido, llega casi a escaparse de sí misma, hasta hundirse en una atmósfera donde ya no hay ambiente sino para la música y la luz. Es el instante en que la violencia del espíritu rompe el vaso, siempre estrecho, de la palabra, que al quebrarse deja sólo una vibración de cristales despedazados, mientras con ella se emancipa el perfume cuya presión no pudieron aquéllos resistir. Más allá del lenguaje está la palpitación casi abstracta del infinito, como encima de nuestro alcance, en el ámbito del misterio, discurre el rumor sutilísimo, inaudible ya, de las alturas.

Otro de los elementos que dan materia para apurar la analogía que venimos tratando de seguir es el de la ternura, diferente en el modo de manifestarse en los dos poetas aludidos, pero en uno y otro hilo de oro que da unidad especialísima a sus obras. Epopeya de la ternura es, esencialmente, la de Isaacs. Todo, en ella, confluye a un motivo del corazón. Eje dulcísimo es, al par, la ternura en la poesía de Garrido. Ternura universal, que va desde el sentir primario, cardinal de la carne, hasta la elación profunda del místico. Tiembla con el temblor del tallo de hierba sacudido por el remusgo o la tormenta de los campos y con el del lucero aterido por el hielo que se desprende de los montes. Siente la fraternidad de la flor que danza al viento y brilla al sol, del cardo engendrado en la substancia penitente de la tierra, del guijarro en cuya entraña nocturna canta y brinca la fosforescencia de los astros. Lo estremecen la bestia herida por la participación en el dolor de la naturaleza; el interrogante que aflora y se hunde, como un delfín inalcanzable, en las pupilas de los niños; la bondad y la maldad misma de los hombres. Le ha sido otorgada una angustiosa repercusión del espíritu seráfico. Es, en el misterio que nos rodea, el árbol indefenso en cuya fronda confluyen, para repartirse otra vez, todos los caminos del viento. Y como el viento en el árbol, en su voz se hace música la corriente irrestañable. La propia tempestad se ordena allí en una melodía suspirante. Ha sido condenado a resolver en una fuente de consoladora pesadumbre todas las agonías de la sensibilidad. Aún las más desesperantes desgarraduras suscitan en él cánticos de una iluminada serenidad. ¿Cuál mayor, por ventura, que la muerte de un hijo amorosamente cultivado hasta la primera floración de la juventud? Manuel Altolaguirre nos ha aclarado el enigma de esta aflicción insuperable: los otros dolores quedan atrás en el derrotero de la vida, a la espalda, en el pasado. Su renovación exigirá siempre una vuelta hacia ellos del corazón y de los ojos. La muerte del hijo es, en cambio, un dolor adelante, un dolor en alba perpetua sobre el horizonte de nuestros días. "Es una pérdida de futuro. La muerte del hijo rompe uno de los caminos de nuestra sangre. La vida que prolongaba a través del tiempo nues-

tra esencia se quiebra, se deshace, nos hunde en una tristeza desgarradora". En Garrido este dolor se enaltece en elegía de elevadas, apacibles irradiaciones, que consulta la ordenación establecida por Dios en la comunión de las almas:

*Sube el dolor y es palma
de todo sér que mereció su herida:
su estrella viene el alma
en la propia medida
en que la tiene el alma merecida.*

*Llorar es ver el fondo
en donde Dios alumbra nuestra pena.
No hay lugar más hondo
ni hay una luz más buena
que la que lo ilumina y lo serena.*

*Por eso cuando lloro,
en ti, pues vivo en ti, me elevo tanto,
que el trémulo tesoro
deja de ser quebranto
para ser claridad fundida en llanto.*

Modelo de esta posición espiritual son todos los últimos cantos del poeta. Ofrécenosla él mismo en la estampa del "Azul del buey monje". En torno la comarca natal, llena de todos los ardores, símbolo de su vida. La luz se cierne sobre el campo filtrada por una atmósfera cuyo fulgor, al recogerse en la pupila, se hace llama y la quema. La lejanía circular fuerza a la contemplación inmóvil en la imposibilidad de acudir simultáneamente a las solicitudes y asedios de la belleza que reclaman el ojo y el espíritu desde todos los puntos de la extática perspectiva. A la plenitud de claridad corresponde otra plenitud de sonido, no menos agobiadora y absorbente. El paisaje tiene en función todas sus fuentes de armonía: el insecto apenas susurrante, que preludia el esfuerzo de la naturaleza hacia el canto de las aves; el trino de éstas, en que la virtud de su entraña llega a la culminación de las voces perfectas, cristales de melodía ingrávada; el rumor del aire, en que cabe el registro universal, con todos

sus idilios y sus furias; la cadencia del agua, murmuradora en el regato y henchida de silencios absortos en la corriente de los ríos profundos; la respiración de las bestias, saturada de emanaciones eglógicas; la canción del labrador o del vaquero, que hacia el anochecer baña las cosas en una agua de voz humana en cuyo manantial los motivos del contorno flotan congregados y enaltecidos por la unidad del espíritu, que erige el arco de su puente entre las criaturas y Dios.

El poeta es ahora el buey monje que desde el centro de su comarca atrae a ojos y corazón su propio sueño y el paisaje, y en ellos los hunde y los alumbra. Mas ya la fiesta virgiliana no llega a él sino como un mensaje apacible. La misma melancolía del confín en trance de muerte asume una dulzura trémula. La luz tiene ahora un tinte crepuscular, en que el oro de la mañana y la violencia del día se han aterciopelado hasta vestir los campos con una túnica benigna, propicia a la quietud próxima de la noche. A la polifonía anterior ha sucedido un rumor indefinible, en el que sería imposible deslindar los elementos concurrentes. Ya el paisaje no tiene sino una voz, cuya gama suma y confunde las que suben de la tierra y las que bajan del firmamento.

A este momento de la naturaleza corresponde la situación actual del cantor y el tono, color y movimiento de su poesía. Otra, lejana ya, fué la luz que decoró su cántico. Otra, también, la música que lo puso a danzar envuelto en los velos incorpóreos de la ilusión. El podría repetir ahora, ajustándola a su alma, la sosegada elegía de González Martínez:

*Mi imprecación de aquellos días
es hoy apenas rezo fiel.
¡Cómo volábais, ansias mías,
en vuestro lírico tropel!
El ojo apaga su vislumbre;
mas desde el nocturno ajimez
alísba según su costumbre,
y abarca más en cada vez...
¡Yo te bendigo, madurez!*

He aquí la postura de su espíritu:

*Y me da el universo
mi dulce equina paz
y mi miel de silencio.
Y rumio mi piedad
en mi azul de buey monje,
mi charca de oración
y mi pasto de soles.*

Como fenómeno estrictamente artístico es asombroso el que nos ofrece Garrido al acordar con tan diáfana fidelidad este episodio de su evolución interna a la expresión poética de sus últimos cantos, despojada de toda falsa sonoridad, de toda consonancia verbal que no sea la que surge de los decantados fondos líricos en que ha sido concebida. Hay una delgadez que casi evapora las palabras en esta poesía, hasta dejarla en su sér puro y simple, libre de las adherencias inútiles que suelen encubrirlo, desfigurándolo, bajo vestiduras literarias de minuciosa y perturbadora elaboración. Se ha cumplido pues ya en él el prodigio que sólo ha sido otorgado a los poetas señalados por el dedo inextinguible, que son los únicos a quienes cumple en verdad y justicia el dictado tan glorioso como tremendo: en sus manos el instrumento desaparece y sólo queda la música, que así nos llega como venida en un viento ignoto, que fuera soplo y al propio tiempo claridad. ¿Quién, si no un cantor elegido, puede darnos en formas tan transparentes, tan desvanecidas en su plenitud de belleza, la emoción que él nos brinda en el "Azul del hijo muerto", elegía en que el dolor cantado quema, hasta destruirlas, las palabras, dejando sólo en el espíritu la lumbre del fuego original?

Otro día miró hacia el paisaje de su vida. La elegía desbordó de su corazón reducida a un compendio purísimo. Todo se redujo a cuatro notas fugaces, en las que las voces no pesan más que el silbo del pájaro en la brisa. Fué entonces aquel "Azul en cuatro pausas", cuyo cuenco mínimo abisma, sobre un fondo iluminado con estrellas, como el de las es-

tampas místicas, el tránsito del hombre sobre la línea eternamente renovada de su parábola:

*Cabezal de plumas:
ronda azul de sueños
en la blanda cuna.
Cabezal de blondas:
vuelo de azahares
por la blanca alcoba.
Cabezal de espigas:
sueños sin color
y flor de cenizas.
Cabezal de piedra:
¡blando, blando, blando,
y edredón de estrellas!*

Todavía, sin embargo, el poeta no se siente libre de la substancia impura que los elementos verbales infunden en la emoción lírica y duélese de que su voz no pueda alcanzar la levedad con que el concierto universal alaba a Dios y lo glorifica en la escala inocente que va desde el coro de los ángeles hasta el llanto doméstico del filtro patriarcal. El quisiera para su espíritu el trino del ave, que hace florecer en el árbol de la claridad del cielo en conjunción con las fuerzas ascendentes de la tierra; la elación del perfume que eleva su himno tácito en el incienso del altar; el temblor del iris sobre el lomo navegante de las nubes viajeras; el taciturno meditar de la noche que engendra el alba y el gotear de la miel en la colmena embriagada en su propia maravilla. Herido de una ansiedad sin nombre, el poeta, al cantar, se duele de su voz:

*No es puro este cantar
con palabras. ¡Oh dulce madurar
de la tierra! ¡Oh cantar
de cantares! Ansío tu callar,
¡oh pozo del eterno descansar!*

Por este aspecto, Garrido es poeta de genuina, perfecta modernidad, tanto más aquilatada cuanto que en él obedece el fenómeno a evolución de espíritu y no a prurito juvenil. Cronológicamente, Garrido pertenece a una época anterior a esta restauración clásica. Mas había en él esa plenitud lírica sin la cual la nueva poesía cae en los mismos vicios que dice abominar, y se hace, apenas, una nueva retórica, vale decir, una nueva fórmula verbal, sin las virtudes, además, de algunas de las antiguas. En la expresión abundante, desbordada de los románticos y en la escultórica de los parnasianos había recursos de pompa y oropel para esconder vistosamente, muchas veces, el vacío interior. La voz escueta de nuestros tiempos avanza, en lo posible, a limpia desnudez espiritual, que es honestidad artística.

Precedió a esta etapa de Garrido, y fué a la vez el comienzo de ella, el romance en que dijo el elogio de su solar y de su gente. Era el momento en que aquella forma cardinal de la poesía castellana resurgía bajo la estrella de Federico García Lorca. Recordemos. Aquello fué una fiebre galopante, que no perdonó rincón alguno en el mapa de la lengua. Llegó a todos los confines: invadió todas las regiones: cabrilleó a todos los soles: viajó en todos los vientos. Como acontecimiento poético alcanzó extensión y multiplicidad asombrosas. García Lorca acababa de surgir con la gentil arrogancia de profeta de una novedad antigua. La luz de su noticia lírica discurrió sobre todos los pueblos españoles con la celeridad y el brillo embrujador de una constelación que el olvido ha restaurado en sus forjas silenciosas. Aquello asumió los caracteres de las modas frenéticas. Y fué así cómo, de la noche a la mañana, la lengua fresca y diáfana del romance se convirtió en una torre de Babel. García Lorca pudo repetir, y con él, desde su silla rectoral, don Luis de Góngora y Argote, la pícara sentencia de Darío: "Bienaventurados nuestros imitadores porque de ellos serán nuestros defectos".

Mas en las tierras ricas la simiente feliz dio fruto generoso. Tal la virtud de las éras propicias al estímulo del rocío vernáculo. El germen que en el soplo de las auras peregrina hasta ellas desde remotos términos se transforma en el seno de sus laboratorios en una flor indígena, en la que el corte

y el color iniciales asumen esa novedad auténtica sólo posible en la veraz e inalienable afirmación de un sér propio. Parécete a ti mismo y no te parecerás a los demás.

En ese poema Garrido nos dio conmovido testimonio de un nostálgico regreso a horas y campos inolvidables de su niñez, en el cual oreó candorosamente su corazón de viejo y asendereado soñador; dispuso a veces sobre pautas de rondas infantiles los motivos evocados; hizolos, otras, divagar en romerías melancólicas por sus praderas interiores, acompasándolos siempre al vaivén de su marea espiritual; y en el ir y venir de la sentimental visita, fué deshojando en las losas y las cunas domésticas las rosas vesperales de su elegía.

Así nació el "Romance de mi solar y de mi gente", en cuyos versos cristalinos, como en las ondas de nuestros ríos, se ve pasar diáfananamente la hermosura de la comarca que espende desde hace un siglo bajo el cetro romántico (y perdurable) de Isaacs.

Precisa señalar en el concurso de cantos de las últimas épocas colombianas éste de Gilberto Garrido, no sólo porque la altura de la emoción y la sucesiva pureza de la nota en que cabalga le dan sér de relieve y fulgor especiales en nuestra antología, sino porque se advierte en él, sin que por eso el fervor inicial mengüe, antes acendrando su fuerza original, ese reposo de gestación laboriosa y encendida que en las oficinas de la tierra aprieta en un grano de luz la claridad de los espacios y en la criatura humana reduce a un verso, una forma o un sonido el complejo misterioso del espíritu. La producción literaria entre nosotros se resiente de urgencia de luz pública. Contados son los hombres de letras, o los que aspiran a este dictado nobilísimo, en quienes aliente un concepto austero y hondo de su misión de arquitectos de cultura, de operarios de una empresa absorbente, que se traduzca, por ello, en entrega apostólica, desvelada y total, a un ejercicio de forja sin descanso, cuya virtud lamine, lustre, enoje los contornos y aquilate la esencia de la obra. Sufrimos una prisa de renombre que al eludir la disciplina nos arroja sin defensas a la batalla con el tiempo. Y no sólo, como lo dice

el Libro, sufre violencia el reino de los cielos: también el de la tierra. Débese tal fenómeno a la falta de una profunda tradición que engendre en nosotros una conciencia viva, dura, trascendente del arte. Si omitimos un parvo número de vocaciones ciertas de su indudable categoría, el desarrollo de nuestra historia literaria, o en más extenso campo, de nuestra historia artística, o ampliando aún más la afirmación, de nuestra historia intelectual, nos brinda apenas una teoría entrecortada de luces transitorias que mueren al nacer. Escasa muéstrase, por eso, entre nosotros la cifra de los valores perdurables.

Excepcional, en cambio, el caso de Gilberto Garrido. Lejos de una cultura sólida, porque ni el medio en que ha vivido, ni el trajín desvelado de su existencia, ni la arisquez indómita de su índole le han permitido conquistarla, su vocación poética lo ha guiado, por en medio de sirtes personales y extrañas, a un aquilatamiento extraordinario, mayor cada día, que lo señala ahora entre nuestros cantores sobresalientes. Desorientado al alba, va por vía segura hacia la tarde. La vigilancia interior y el dolor de cada día le enseñaron que la voz lírica exige, en quienes la recibieron, responsabilidad augusta. Por eso la suya ostenta ya, al nivel de su alta belleza, el lustre de una firme y acendrada serenidad.

Fiel al signo de Isaacs, que como la zarza del Horeb arde sin consumirse en nuestro monte tutelar e irradia resplandor indeficiente sobre la comarca nativa, el "Romance de mi solar y de mi gente" funda en la gloria del paisaje la casta del poeta. En un alarde de fidelidad doméstica que alcanza en osadía al bravo gesto de aquél, Gilberto Garrido arraiga así la arquitectura de su obra en los senos profundos de la gleba vernácula y la desenvuelve en los aires de sus dulces campiñas solariegas. En el poeta, erguido sobre las piedras que sostenían la casa de sus padres, surge el evangelista de su estirpe.

*Y está la tarde cautiva
de la dulzura del canto.*

En román paladino, como Gonzalo de Berceo. La simple lengua maternal le ha bastado para el milagro lírico. Que sólo en ella adquieren permanencia la plegaria y el canto. A través de los tiempos, renuévase en él la parla matutina del sencillo clérigo medioeval:

*...en román paladino,
en el qual suele el pueblo hablar a su vecino,
ca no so tan letrado por fer otro latino:
bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.*

En una zona sellada de su corazón, a la cual no han penetrado las sombras de la vida, ni sus miserias de hombre, ni el oleaje invasor de la pesadumbre, Gilberto Garrido ha venido defendiendo obstinadamente un paisaje de infancia, inmóvil y gozoso, en torno al cual, sin contaminarlo, discurre el río de sus horas. En ese paisaje recóndito se ha defendido de todos y de todo. Se ha defendido de sí mismo. Desde allí nos habla ahora con esa voz que da a su canto el timbre de las canciones lavadas en la gracia lustral de la poesía. Allí va descifrando la clave de su ser. Allí empieza a descubrir a Dios, a la claridad de un dolor inexpressable:

*La voz que más resume
es la del niño, apenas escuchada,
de la que se presume
que trae compasada
la música de Dios, maravillada.*

*Por esa escala vino
mi fe, dolida de su oscuro extremo:
bien eligió camino
el resplandor supremo
para darme esta luz en que me quemo!*

Y él, que creía haber cobrado todos sus dones a la vida, descubre ahora este dón nuevo y supremo del dolor puro. Del dolor sin amargura y sin consuelo, que es el que, hacién-

donos niños, nos conduce al Padre. Allí está el poeta, en su paisaje de infancia, la frente contra los muros de una tumba, en diálogo encendido con la sombra de su propia alma:

*Corazón de azucena
hendido, macerado, suspirado:
de ti fluye la vena
desde bien acordado
amor y este dolor mejor amado.*

Nunca, por eso, había cantado con más clara emoción y más alta belleza. Ya su voz tiene las raíces mojadas en aguas de eternidad. De ahí que se haya purificado hasta hacerse, en su hondura, parecida al silencio.

POSICION DE CARLOS VILLAFAÑE EN LA POESIA COLOMBIANA

En el homenaje que rindió al poeta su tierra natal de Roldanillo.

En su dispuesta sencillez, tiene este acto una conmovedora solemnidad. Ya que, enalteciéndolo, le infunde su motivo. Nos hemos congregado en este recinto de estudio y deleites espirituales para fijar en uno de sus austeros muros la imagen de un poeta. Mas no sólo por serlo, que ya sería razón porque la virtud poética levanta al hombre a la cima de su tiempo y le hace acreedor al perdurable tributo de las generaciones, sino porque el cantor a quien se ofrece este homenaje ha sido en la comunión de sus emociones acendrado intérprete de su pueblo y humana voz de su comarca en la exaltación de la hermosura depositada en ella por la mano divina.

Al glorificar a sus poetas, como al glorificar a sus héroes, los pueblos cumplen ingenuamente un acto religioso de reversión sobre sí mismos. Como el héroe, el poeta es símbolo puro de su esencia y encarnación de sus mejores ideales. Por él hablan, hechos música, sus amores y sus dolores, sus esperanzas, sus anhelos, sus angustias, todo lo que en ellos bulle, con irresistible presión, en el fondo elemental de sus almas, que sin aquella voz discurrirían mudas a través de su tránsito terreno. Por medio del poeta vierten sus alabanzas a Dios, a la naturaleza y a la patria. Con él cantan y lloran sus íntimos afectos, dialogan con la muerte, tiem-

blan ante las sombras del misterio, vuelan a las regiones resplandecientes de la fe o caen en los abismos de la duda. El poeta es la estrella pastora que los guía en sus sueños y el aire confidente a cuyo soplo entregan el vuelo inefable del suspiro. Hundidos en el corazón del poeta y alumbrados por él peregrinan, hacia atrás y entre sepulcros, por el camino de su tradición, y otean, hacia delante y entre cunas, el itinerario de sus destinos.

Uno de los vínculos que más estrechamente ligan a un artista a su pueblo es la compenetración entrañable en su ambiente, la reflexión fervorosa de su paisaje, la presencia en su obra de los seres y cosas que animan el contorno natal. Conviértese entonces unas veces en hoguera radiante, en cuyo calor y claridad acuden a quemarse en holocausto dulcísimo las almas circundantes, y otras en numeroso espejo en cuyo fondo se iluminan sus emociones cotidianas.

Artista que con fervor y altura indeclinables ha cumplido en sus días esta misión de encantamiento y gracia es el que ahora recibe este homenaje. Carlos Villafañe, a quien se lo rendimos, ha edificado la torre de su gloria, sin buscar ni querer otra base para ella, sobre las caras piedras de su tierra y solar. Pertenece a una estirpe de cantores que ha tenido en Colombia —y por medio singular en el Valle del Cauca— cifras altas, la de su nombre entre ellas. Es esa estirpe la de los cantores directos que, justamente por serlo, constituyen al propio tiempo la de los intérpretes inmediatos de la porción humana a que pertenecen. Los cantores de esta índole y calidad vienen a ser, merced a esta posición sentimental, el eco primero en que el alma popular se halla reproducida y exaltada en formas verbales de poesía. En lo que finca el hondo arraigo que adquieren en el corazón de sus pueblos y el aura de simpatía y admiración que en torno de sus nombres allegan. No interponen distancias de orden alguno (intelectual, sentimental o técnico), entre ellos y su gente, y así ésta descubre en ellos, en movimiento desbordado, sin que medie esfuerzo de inteligencia ni sombra alguna de análisis, la copia espontánea de los perfiles primarios de su fisonomía y de las fuentes originales de su emoción.

Hay un encanto casi primitivo en estos poetas así directamente vinculados no sólo al hombre que los rodea y con el cual se confunden en amoroso impulso, sino incorporados también, por idéntico fenómeno amoroso, al ámbito doméstico. Lo que explica el que su canción se nos ofrezca con el acento puro e impuro a la vez, puro en su sér prístino e impuro en la expresión artística, de los seres y cosas de los cuales el suyo propio viene a ser simple cauce desnudo. Es esa, precisamente, su virtud esencial y la razón de la acogida colectiva que aprieta y, calentándola con fuego de compañía entrañable, vivifica su obra. El hombre corriente, el que ama y busca la palabra sencilla, encuentra allí, presentes y circuidos por claridades y tinieblas que son las mismas que él lleva en la raíz de su corazón, sus amores y dolores de cada día, el ritmo de sus horas y los borrosos fantasmas de su espíritu. Y el paisaje vierte en esos cánticos ingenuos sus notas primordiales de color y armonía: las que nos asaltan en él desde el primer momento de la contemplación.

Villafañe es, así, auténtico y aquilatado poeta de su comarca, a la cual ha estado unido siempre, aún en los años de personal ausencia, por indeclinable fidelidad literaria. Ninguna voz salida de las generaciones posteriores a Isaacs ha mantenido ante el paisaje por ésta glorificado ofrenda poética de más sostenida intención filial. Su "tierra del alma" ha sido en el curso de toda su parábola, desde la juventud hasta los días recogidos de ahora, la fuente nutricia de su emoción y la llama perpetua de su canto.

Y lo fué y sigue siéndolo no sólo por el tema vernáculo, tan frecuente en su poesía, sino también, y principalmente, por el tono y ambiente que en ella predominan. La obra de Villafañe discurre permanentemente estimulada por nuestra atmósfera y regida por nuestra sensibilidad. No hay en esa obra poema alguno en que la comarca nativa, aunque no aparezca cantada directamente, deje de poner la vislumbre de su fondo y las vagas sugerencias de su paisaje.

En la teoría lírica del Valle, Villafañe destaca la más genuina y ajustada respuesta al reclamo categórico de nuestro medio. Algún día tendrá que ser debidamente estu-

diada la proyección del paisaje vernáculo en la poesía de esta comarca, desde Isaacs hasta los nombres de las últimas horas. Proyección que se ha resuelto en una íntima analogía, sin relaciones de nivel, pero notoria en la luz y la notación musical que en reflejos y repercusiones frecuentes, propuestos o involuntarios, vinculan en ellos canto y naturaleza. Con la circunstancia de que esa proyección va más allá de la interpretación directa del paisaje y se advierte en todos como estímulo de fondo, según queda anotado a propósito de Villafañe, en las reacciones de la sensibilidad aún cuando el motivo no ofrece nexo visible con el propio paisaje.

Enlazado con ese estudio sería también de vivo interés el que pudiera hacerse para contrastar, en paralelo analítico, las características regionales de la poesía en Colombia, desenvuelto especialmente a través de los poetas más, por ello, perdurables y representativos. Veríamos entonces que a la vez que por lo puramente regional, en el sentido tradicional que se da a esta expresión entre nosotros, esas distancias se definen por otras varias determinaciones, de las cuales las más visibles son sin duda los principios raciales que alimentan los pueblos respectivos, en armonía con los aspectos que asume la naturaleza en los diversos territorios de la nación. Tendríamos así tres regiones o provincias, muy precisamente delimitadas en esta especie de geografía poética: Cundinamarca, o la altiplanicie, con base de sangre indígena; Antioquia, o la montaña, con base de sangre blanca; el Valle del Cauca, o la llanura, con base de sangre negra. En la altiplanicie, la luz corta y el horizonte recogido; en la montaña, el cielo estrecho, apenas desplegado como cúpula familiar, y el horizonte no ya recogido por la luz, sino interceptado por la sierra; en el valle, el confín limpio y abierto como una perspectiva oceánica y la luz ancha y aguda hasta el dolor de la pupila. En Antioquia la poesía regional ha sido patriarcal y georgica; en la altiplanicie meditabunda y necrológica; en el Valle melódica y suspirante. El elemento étnico, introvertido, y el aspecto de la naturaleza, encogida por la enemistad de la atmósfera glacial, ha dado predominio a la nota interior en la poesía del altiplano; los propios y correspondientes factores han concurrido a hacer de la montaña can-

doroso evangelio de la labranza y del hogar, y de la del Valle un eco vespéral y melancólico de la llanura. Por el influjo racial la nuestra es además poesía "sentimental, sensible y sensitiva".

Al mirar en su conjunto la empresa lírica de Carlos Villafañe vemos en ella confirmada, en lo que a nuestra tierra se refiere, la anterior observación, y hallamos en él, como antes queda dicho, el más ceñido y directo poeta, en su generación, de nuestro medio humano y natural. La manera como siente el amor y el paisaje y la cadenciosa soltura de su elegía (elegíacos han sido siempre, por obra y gracia de la llanura, nuestros poetas) reflejo son, y fidelísimo, del pueblo y de la comarca en que ese acento ha florecido.

De ahí la cálida justicia de este homenaje, que en su propósito íntimo responde, claro está, a un impulso de admiración y orgullo, pero que responde también a otro de gratitud hacia el hombre en cuyo canto ha sentido su pueblo verdidas bellamente su alma y la hermosura de su paisaje. Traído por vuestras manos, para honor tanto del poeta como vuéstro, quede aquí, inmóvil y vigilante, su descarnado rostro físico, mientras su espíritu divaga, acariciante y musical como una brisa eglógica, por vuestros dulces campos.

DE JORGE ISAACS A ANTONIO LLANOS
EL INFLUJO DEL MEDIO NATURAL EN LA POESIA
DEL VALLE DEL CAUCA

*En el homenaje público a Antonio
Llanos. - Teatro Municipal de Cali.
Noviembre de 1962.*

Quienes, en una de esas horas en que el humano corazón se siente enardecido por el fuego de la justicia dispusieron un homenaje de pública axaltación a Antonio Llanos —éste que ahora nos congrega en torno de él y en el ámbito de su obra artística, estremecida por el fulgor de sus luceros y el temblor de sus ángeles—, recogieron apenas, en decisión de noble alcuña espiritual, un tácito pensamiento patrio y un vivo sentir de esta amadísima comarca, en la que la poesía ha tenido siempre sede egregia, hasta llegar un día a ecuménico resplandor.

Otra hubiera podido ser —debiera haberlo sido— la voz escogida para la interpretación de este ilustre momento. Razones hay, sin embargo, de íntimo ascendiente, que aunque no alcancen, como es obvio, a justificarla, pueden explicar, por vía de afecto, la elección acordada. Con una constante proximidad, si no rigurosamente de generación, sí de vocación estética, he asistido, desde su férvido comienzo, al feliz desarrollo de la carrera literaria de Antonio Llanos; he seguido asiduamente su espléndida evolución, hasta poder rendir testimonio entrañable de todos los giros de sus vuelos; instante alguno me ha hallado lejos de él, ni el del triunfo

apolíneo, ni el del dolor humano. No desde las márgenes de su poesía, como un espectador afortunado, embebido en la música de sus ondas, sino en su mismo fondo misterioso (poesía es misterio), he ido asistiendo fraternalmente a los áureos rumbos de su numen. Huésped de su intimidad, huésped él de la mía, mi corazón ha estado siempre como una lámpara familiar, al lado del suyo, en la ventura y en la desolación.

En esta evocación inicial, ineludible, por lo que a mí se refiere, al dar cumplimiento a la representación encomendada, que sobre el afecto antiguo pone en estos momentos en mi nombre un destello del esclarecido de Antonio, he de agregar, siguiendo el mismo derrotero, el de otro eximio poeta —Gilberto Garrido—, cuya ausencia actual ha sido sustituida por él con la doble presencia de su espíritu y de su canto.

Desde los años aludidos, de ilusionada juventud, hasta éstos en que sobre ambas frentes fulge segura prez, estos dos cantores de nuestra tierra, señoreando alturas émulas, proyectaron en pareadas trayectorias la claridad del fuego sacro encendido, más atrás todavía, y para siempre, por Isaacs. Porque uno y otro responden, en el subyacente germen lírico, aparentemente disímil, a la influencia, infalible como un signo perenne, de nuestro medio natural. No ha sido posible, talvez no lo será nunca, desvincular la obra de nuestros artistas, ni la vida de nuestro pueblo, que ellos han reflejado con fiel —y necesaria— autenticidad, de esa influencia, variable en el modo como en ellos se ejerce, canalizada en surcos diferentes, múltiple en formas y colores, pero en último término, una, y por lo tanto, cardinal.

Si en lo sociológico general se ha esforzado y sigue esforzándose el análisis en establecer las relaciones del hombre y las naciones con su medio geográfico, genitor de su ambiente, modulador de su índole y amplia solera de sus tradiciones, en lo artístico esa relación, si no evidente a la observación superficial, muestra signos vitales cuando una avanzada investigación desciende a sus veneros. En algunos autores el vínculo es más prontamente visible. Pero por una

uriosa paradoja, ocurre ello cuando la relación es, por menos penetrante, más débil. En otros la profundidad encubre el núcleo original. O como suele también acaecer, formas externas, aspectos periféricos impiden la visión del principio y el conjunto. En esto, como en todo, suele suceder que los árboles no dejan ver el bosque.

Si sobre estas someras consideraciones ensayamos una perspectiva panorámica de la poesía nacional, podríamos repetir aquella descripción —ya sucintamente delineada en otra oportunidad— del mapa poético de Colombia, con provincias notoriamente delimitadas: la de la altiplanicie fría y brumosa con su poesía meditabunda; la de la montaña templada y labradora con la suya geórgica; la del Valle y las extensas zonas bajas del Tolima, de tibias temperaturas y evasivos confines, con el acento suspirante vertido en apagados matices elegiacos. (Dejadas sean al margen y entre paréntesis, a título de excepciones confirmantes, el recinto académico, casi helénico, de Popayán, con Valencia y Maya, —Arboleda sí coincide, en su vida y obra, con el medio telúrico y volcánico de la tierra de Pubenza—, y la región de la Costa Atlántica, con la cima extraña de Luis Carlos López, singular y admirable, salida de todas las vetas confluyentes a una línea tradicional, como la Sierra Nevada, erguida, ella también, fuera de la cadena geológica de los Andes).

Concretándonos a la zona del Valle del Cauca, y observando en atento recorrido la distancia que va de Isaacs —brote no sólo inicial sino esencial de nuestra poesía—, a Llanos y Garrido, advertiremos que el manantial lírico se ha desenvuelto asistido por una permanente luz vernácula. Isaacs fué el evangelista perfecto, talvez, como sucede siempre con el genio, sin plena consciencia de su misión profética. Sintió profunda, intensamente la hermosura del paisaje natal. Recogiólo amorosamente en su corazón. Puso en él su espíritu. Lo amó íntegramente en toda su plenitud, con pasión de amador total. Propúsose reflejarlo en su obra, y lo hizo con la más pura elevación y la mayor fortuna artística alcanzadas en la escala universal del romanticismo.

Y en el desarrollo poético llegó al fenómeno de la fusión mística, en la que en pago a la interpretación espiritual el paisaje floreció, como en una más de sus criaturas vegetales y de sus condensaciones de música y de luz, centrándose humanamente en la doncella inefable, casi inmaterial, del idilio. Tal el génesis poético de nuestra comarca. El momento en que el paisaje de este incomparable territorio desemboca en nuestra poesía, para hacerse uno con ella y no faltar así ya nunca en ninguna —mayor o menor— de sus manifestaciones posteriores. De ahí en adelante todas éstas, dentro de sus respectivas características, tendrán que referirse a este punto de partida del encuentro del hombre con la naturaleza en medio de la cual adivino al sér, cumplido aquí, tal encuentro, en uno de esos instantes que sellan y dirigen profundamente el devenir de una sociedad.

Con lo cual queda dicho que Isaacs fué intérprete directo e indirecto a la vez de nuestro paisaje. Encontró un deleite exquisito, de orden sentimental, muy acorde con su hora literaria, en la descripción de las innumerables maravillas de sus campos amados: llanuras de evanescentes lejanías; montañas de azules intensos y numerosos confundidos con el suave y vaporoso del firmamento; colinas familiares; ríos diáfanos, de tan diáfanos nombres como sus aguas; árboles y greyes; albas y atardeceres; sonoras tormentas tropicales. Mas no obra en la simple función de limpio espejo fiel. Ni siquiera en la de pintor de ojo sabio y corazón ausente. Si minuciosa, la suya es obra de amor. Obra de intérprete arcano. Obra de acendrada, auténtica poesía. Y obra, por ello, de creación.

En pos de Isaacs, sucediéndolo inmediatamente, viene una generación importante de cantores, en la que el paisaje continúa siendo motivo animador y claridad rectora: Isaías Gamboa, Ricardo Nieto, Carlos Villafañe, Cornelio Hispano, Luis Alfonso Delgado, Alberto y Manuel A. Carvajal. Si apuramos la exégesis, arribaremos rápidamente a la conclusión —como ha sido anotado— de que en todos ellos, por una faz u otra, con las naturales diferencias de alcance

artístico y personal temperamento, surge la evocación de la voz prístina. No por imitación, que ninguno intenta. Más aún, que todos eluden. Sino porque ninguno puede —ni lo procura—sustraerse al influjo, ese sí ineludible, y de magisterio orientador, de su dulce, precioso medio natural. El fervor filial de Gamboa, la melódica vaguedad de Nieto, la quejumbre idílica de Villafañe, la tonalidad evocadora de Hispano y de los otros, todo en ellos está impregnado del aroma nativo, del aire y color de nuestra atmósfera, de la imprecisa melancolía de nuestros horizontes.

Mas en ellos la proyección del medio no se resuelve en hondas repercusiones espirituales. Y si no se detiene siempre en la superficie, baña sólo en sus aguas estimulantes los campos de juego de la imaginación y produce, fertilizándolos, móvil y cambiante germinación de analogías. Rara vez irrumpe en sus músicas familiares el golpe conturbador de una nota arcana. Quizá debido a que falta en ellos, a pesar del habitual o frecuente aire elegíaco, salvo en fugaces clamores, como el de “La vía dolorosa” de Villafañe, el treno funeral y el relumbre metafísico de la muerte. Porque cabe reparar en que, a diferencia de lo que ocurre en la poesía, ya mencionada, de nuestra altiplanicie, en la que la muerte es tema constante (basta recordar a Silva), hasta llegar a la obsesión enfermiza (y aquí a Flórez), en la poesía del Valle la muerte no es casi nunca motivo de canto. Podría objetarse que en “María” la muerte cierra dramáticamente el poema. Sin embargo, no es ella, en éste, eje central. El eje central, absorbente e irradiante a la vez, es el paisaje, cifrado en la niña, cuya extinción —impuesta además por la norma romántica del libro— es nada más, y sólo eso, que la recuperación por el propio paisaje de la criatura hecha a su imagen y semejanza. Lo que queda gravitando en las almas, más allá del casto sepulcro campesino, es “la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche”.

Apenas empezaba a recogerse a final silencio la generación aludida —vencidos todos por el cansancio que de ordinario disipa tempranamente el fervor de nuestros poetas—, surgieron en el concierto regional las dos magníficas voces

nuevas de Gilberto Garrido y de Antonio Llanos. Cronológicamente Garrido podría pertenecer al grupo anterior. Poéticamente su obra auténtica, y en tal virtud perdurable, empieza al mismo tiempo que la de su más joven compañero y par insigne. Circunstancias diversas, de su personalidad unas, de su vida otras, impidieronle en sus primeros años el encuentro consigo mismo. En Llanos, al revés, no existe etapa de dispersión inicial, o es mínima, ya que casi nunca deja ésta de ocurrir del todo en las empresas literarias. Vocación absoluta, la suya no se ha hallado jamás fuera de su camino, ni de él la han apartado halagos o desventuras, quehaceres o tentaciones, pero ni siquiera la postración física y el aislamiento hospitalario, quemados en fuegos de dolor y hielos de soledad, de su último penosísimo decenio. Su alma y su voz han estado indeclinablemente consagradas al canto. Nació para el ejercicio poético, y entiende éste como holocausto de adoración a Dios y de servicio al hombre. La poesía es, así, para Antonio, no sólo ruta excelsa, sino ara de sacrificio, en la cual vive en perpetua expiación del dón sagrado.

Tanto en Garrido como en Llanos volvemos a encontrarnos con la influencia formal, indefectible del paisaje. No ya como en Isaacs y los en otros poetas de la comarca, esto es, por medio de reflexión directa y de gozosa excitación de la imaginación y del ensueño. Ahora la influencia entra en espiral ascendente. El soplo arcano sube más en la escala del espíritu. Podría decirse que se nos muestra en una especie —si no fuere inadecuada la expresión— de movimiento vertical, impulsado por una vena de ardida entraña religiosa. En Garrido con emoción de raptó cósmico. Más allá de los azules espacios estelares (“toda distancia de luceros - es necesariamente azul”), el poeta se extasía en la presencia divina:

“Claridad! Claridad! La mirada de Dios!”

En Llanos el fenómeno lírico, de idéntica gestación, asume acentuada entonación mística. No voltea, como el

otro, en las órbitas astrales, sino que hace descender el cielo hasta su corazón sumido en conturbaciones interiores:

*“El cielo desprendido
de su raíz alcanza mi collado”.*

Con frecuencia se escucha y lee, manifestada a título de sorpresa, la observación de que en esta esplendorosa parcela tropical, crepitante en el día como joya de fulguraciones innúmeras y arreada en la noche con tenue peplo de oro, tierra de fácil fruto y suave atmósfera, propicia, en apariencia, a un liviano discurrir de la vida y adversa, en cambio, a los duros ministerios de la meditación, haya florecido, o más precisamente, haya podido florecer poesía de tan evadida elación espiritual. El hecho mismo de que ello haya sido y siga siendo así, a lo largo de una procesión constante, y el de que, en cambio, la que ligeramente se creería, de acuerdo con la observación mencionada, expresión natural de nuestro medio físico no aparezca ni siquiera en los cantores de reflejo directo y colorista de ese medio, nos indica, con levantado testimonio, que no es sensual, como se juzga, sino de pura esencia, el influjo que este paisaje emana y rica en sueños de subida hermosura la simiente que en el corazón de sus hijos deposita.

Dentro de la unidad central de su trayectoria, unidad de amor, porque de dolido amor es toda la poesía de Antonio Llanos, varias han sido las vertientes por las que ella ha fluído de su corazón solitario. Cantó primero su idílico paisaje, como “comarca de Dios”. (Ya hervía en él el insondable, tremendo desasosiego de la ansiedad religiosa). Repartiéronse después la interna angustia y la corriente melódica, en líneas paralelas, las elegías profanas —desoladas baladas de destierro—, movidas por una leve marea nostálgica; las elegías filiales, en las que la ternura se adelgaza, balbuciente, hasta una pulsación verbal de inasible registro; y por último los poemas místicos, cristalinas columnas de diamante, altas de fuerza y luz suficientes para soportar, sin fatiga, el peso de su ya erguida arquitectura de laurel.

Poemas místicos, en verdad. No en la acepción plena, absoluta, o teológica, de la expresión, puesto que para que exista una genuina poesía mística se requiere la unión perfecta del hombre con Dios, lo que sólo se produce en el santo por medio y obra de la gracia sobrenatural. Pero en concepción más restringida tenemos que apelar al recurso de adoptar el dictado a fin de distinguir, como lo hace don Marcelino Menéndez Pelayo, esta clase o género de poesía de esa otra poesía sagrada, con la que, como él mismo lo apunta, se la confunde de ordinario; y a ésta conviene reservar, para la diferenciación necesaria, el más estricto nombre de poesía religiosa. Porque al no hacerlo así caeríamos en no tener ninguno para aquélla, nacida en la misma fuente que la otra, y sin embargo de diferente itinerario estético. Hay poesía mística, en este sentido análogo, en el cántico que obedece (volvemos a acudir al dictamen magistral) a “una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, a una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas”. De lo cual deduce que “la excelencia de la poesía mística consiste en darnos un vago sabor de lo infinito, aún cuando la envuelve en formas y alegorías terrestres”. Si en el poeta existen ese estado de ánimo, ese anhelo de elevación, esa ansiedad de vuelo, y los traduce en bellas formas líricas, y si éstas nos asoman al regalado abismo a que el maestro alude, permitido debe serle a la crítica, pese a cualquier rigor terminológico, acoger tales formas bajo designación tan excelente.

Por toda la poesía mística de Antonio Llanos va corriendo, como un hilo de íntima asociación, como una humedad de rocío absorbido, la continua alusión a la naturaleza circundante. Empínase en ella, invocándola, a modo de trémulo pedestal, en el esfuerzo de la contemplación. Y le pide compañía y luz para su ascenso a la belleza increada:

*“Manso temblor de casta lejanía
que intuye la visión de la hermosura”.*

Y descubre ésta en las cosas que lo rodean:

*“Te han sentido las fuentes del acento
y el casto pulso musical del río
cuando el relente de oro del estío
brilla en los lirios móviles del viento”.*

En la ansiosa sucesión del poema (los cantos místicos de Llanos se integran en una apretada concepción de motivos y proyecciones espirituales) el paisaje trasciende incesantemente e incita al hombre al transporte soñado:

*“Los arroyos difunden la llanura
y te alaba mi canto, Padre mío,
con la vertida lengua del rocío
que la luz de tus cielos me procura”.*

El conciento natural lo enciende y arroba, como presencia divina, como acento de las cosas que saliendo de Dios vuelve a El en música de coral adoración:

*“Y en los leves acordes del silencio suave
es tan hondo el suspiro de los montes y el ave
que Dios oye en los campos su propia melodía”.*

Sin que haya en él, como no la hubo en Isaacs, ni la hubo en los siguientes, ni en Garrido, sombra siquiera de panteísmo filosófico. Esta posición ante Dios y las criaturas, o mejor, de itinerario de la mente por medio y vía de las criaturas hacia Dios—el único que posee la inmortalidad y la luz innacesible— se encuentra ya en los salmos y se halla confirmada por San Pablo en su carta a los Romanos, lo que la hace de nítida, rigurosa estirpe ortodoxa: “Porque las cosas invisibles de El son descubiertas por el pensamiento desde la creación del mundo a través de sus obras, tanto su eterno poder como su divinidad”. En las religiones paganas se oscureció el corazón de los hombres porque confundieron a Dios con las cosas y trocaron la gloria de El por la de la criatura. Por eso dice don Marcelino que “sólo en el Cristianismo vive perfecta y pura esta poesía”.

Decíamos que sus poemas místicos aseguran a Antonio Llanos no sólo este prestigio contemporáneo de que el presente homenaje es cordial argumento, sino, además, y sin duda, abierta entrada al arduo reino de la posteridad. Su inspiración ha traído soplo inédito a nuestra poesía y ha alzado su nombre a esbelta cima en los dominios del idioma. La exaltación que de él ahora hacemos apenas constituye retardada, si bien efusiva refrendación.

Mas no sólo al poeta va encaminado el general reconocimiento de este jocundo certamen del espíritu, que en torno de él reúne a eximios valores de la patria. Es verdad que todo lo que Antonio Llanos representa ha sido noble fruto y generosa irradiación de su personalidad artística, estimulada en todos sus actos por una sensibilidad incomparable. En las relaciones humanas ha hecho de la amistad norma sagrada. Sirvió a su gente con exquisito desinterés y pasión sin medida hasta el día en que la enfermedad redujo su horizonte a los tristes muros de un frío aposento de hospital. Fué, mientras pudo, animador de acciones cívicas y de fecundos movimientos religiosos. La devoción de nuestras gentes a la Madre de Dios y Reina y Señora de los cielos y de la tierra ha tenido en el corazón y voz de Antonio Llanos campanas entregadas a solícito, desvelado llamamiento. Porque eso ha sido siempre Antonio, en sus días, ante Dios y entre los hombres: corazón agobiado de dones y voz vertida en todas las súplicas y alabanzas de la plegaria y el amor. Siempre: en el júbilo y en la tribulación, en el embeleso y en el infortunio, en la afectuosa compañía y en la taciturna soledad. Nadie como el vocero de este instante puede decirlo con más cercana y ceñida certidumbre.

Llégale a Antonio Llanos el tributo de la admiración colectiva cuando ha fenecido en él la antigua aspiración a la gloria. No importa, sin embargo. La gloria, como conquista, puede ser espiritualmente renunciada por los hombres que la tuvieron merecida. No por los pueblos a quienes esa misma gloria dignifica y exalta. La de Antonio Llanos empieza a divisarse en el nivel de las que, excediendo esferas

personales, se incorporan a la historia de un país, de una lengua, de una cultura. Este homenaje, por ello, más que una simple fiesta cuyo rumor habrá de extinguirse con el tránsito de su hora, es un acto de fe. De fe en la vigencia del espíritu y en la perduración de los valores que de él emanan: el bien, el amor, la belleza. Quien los ha vivido y cantado como Antonio Llanos tiene adquirida, por encima de nuestras sombras pasajeras, de la suya propia, claridad indestructible para su nombre. Superando su tiempo, lugar y circunstancia, éste el sentido trascendental del homenaje que ahora le ofrecemos.

VII

1. CALI O EL PAISAJE
2. APOLOGIA DE UNA ESTAMPA INFANTIL
3. APOLOGIA DE LA VOZ

CALI O EL PAISAJE

“Cali, ciudad de las añosas palmas...” Con esta invocación, en el siglo pasado, iniciaba Isaacs un canto elegíaco a su tierra nativa. Y así era, en verdad. Hasta ese momento el paisaje de la ciudad era el de una colina circuida y coronada por palmeras. Desde los días de la Colonia hasta aquéllos en que su poeta la cantaba, la vieja fundación española había crecido escasamente. La aldea primitiva apenas alcanzaba las dimensiones de una provincia soñadora. Centro de una comarca pastoril, donde el rebaño era fuente económica exclusiva y eje único de la actividad de sus moradores, la naciente ciudad (así llamada generosamente por las letras de su flamante escudo real: “muy noble y leal ciudad”) ofrecía la estampa de un mosaico de granjas divididas por densos arbolados. Había vivido el período de la dominación peninsular y los años iniciales de la república repartiendo sus días entre los menesteres de un rutinario trabajo patriarcal y la contemplación absorta (talvez más que absorta, indiferente) del paisaje maravilloso frente al cual la plantó, intuyendo su venturoso porvenir, don Sebastián de Benalcázar.

“Detrás del suramericano, dice Eduardo Caballero Calderón, de sus ciudades y de sus pueblos, está siempre el paisaje”. La observación es evidente, y en torno de ella desenvuelve el distinguido escritor una serie de páginas exactas. Limitando el ámbito continental de aquellas páginas a ciertos casos singulares, la fuerza geográfica se ve más patente y enérgica. Si todos los centros urbanos de esta parte del globo aparecen “colmados de paisaje”, algunos de ellos

se nos muestran especialmente presionados en todos sus aspectos por el medio natural que los rodea. Hay una misteriosa fuerza de penetración en el ambiente, que obra sobre ellos y les imprime su manera de ser. Si con su clara visión de la nueva geografía que iba descubriendo y colonizando, visión que hoy nos sorprende hasta el asombro, no la hubiera fundado Benalcázar, el paisaje habría después florecido esta ciudad, como ha hecho con otras menores —Palmira, Tuluá, Sevilla— que a modo de satélites de su constelación económica y social han ido surgiendo en sus vecindades y contornos.

Maravilla, en verdad, el vuelo de la mirada del fundador, a quien por ello, sin desmesura de hipérbole, le ha sido confirmado el título tradicional de Fabuloso Adelantado. La humildad de su origen; su absoluta falta de letras, aún de las primarias; la propia situación subalterna de sus actuaciones en la conquista anteriores al momento en que se desprendió de la jefatura de Pizarro, eran indicios que en nada podían prenunciar el ojo de águila de esta incomparable fundación ni la intuición prodigiosa que siglos más tarde, ante el hecho cumplido, hemos visto resplandecer en ella.

Benalcázar venía, a través de los montes y valles del Ecuador, afrontando la presencia de una geografía ignorada, que si debía deslumbrar sus pupilas, más aún debía llenar su corazón de confusión y pavor. Sólo el equilibrio espiritual propio del genio pudo, en medio al azaroso afán de aquellas homéricas jornadas, otorgarle la portentosa precisión con que sobre la extensión desconocida de su odisea fijó la cadena de sus fundaciones en Tierra Firme. En él tuvo así principio la influencia que sobre nuestra vida había de ejercer, andando las centurias, el paisaje. Dejó a éste la misión de acrecer la simiente depositada en el más propicio de los surcos de la comarca descubierta, removido y sellado por la cortante estrella del casco de su cabalgadura.

Así nació la aldea colonial de Santiago de Cali, sobre cuya quietud de Durmiente Prometida del Valle habían de girar, sin más consecuencias que las de la vida y la muerte de sus generaciones, los días y las noches de tres pausados siglos.

Mas el paisaje trabajaba en esa aparente quietud en favor de la simiente confiada a él por el emisario ibérico. Cumplido el plazo de aquel sueño, en vísperas de las bodas de la ciudad con su destino, y en alas de la poesía esta vez, completó gloriosamente su misión. Antes la epopeya: ahora el idilio. Obediente al mando del héroe, el paisaje había hecho a su imagen y semejanza a la ciudad; fiel al requerimiento del poeta, el mismo paisaje acude a hacer, también a su imagen y semejanza, la criatura simbólica. Hallámonos entonces ante el segundo de sus momentos iluminados, aquél en que la privilegiada comarca se irguió hacia su propio cielo y alzó bajo él una torre de ensueño divisable desde los más repuestos confines de la tierra. Jorge Isaacs es por ello, de igual modo, no sólo un cantor, sino un evangelista de su país. El dio a nuestro paisaje categoría de valor ecuménico y lo incorporó a la geografía universal.

Y gracias a este arcano prodigio de la belleza, el poeta ha ido evolucionando hacia la entidad abstracta del numen. Del fondo de los tiempos, asistiéndonos con su luz, su imagen viene hasta nosotros encendida en la claridad de un resplandor angélico. Sus contornos humanos van borrándose cada día ante nuestros ojos. Ya nada queda en él, como en el héroe antiguo, de la miseria temporal, quemada, como lo fué, en el agua y en la candela lustrales de su gloria. Así, como numen, lo mira y admira ya su pueblo. Ese nombre ha pasado de simple laurel a emblema de nuestra comarca. Todo puede renovarse en ésta bajo el influjo de los años y cambiar dentro de sus lindes. Y va cambiando y renovándose, naturalmente. Mas el nombre de Isaacs seguirá brillando sin eclipses en el firmamento de su historia. Porque todo caduca, menos el hálito imperecedero de la poesía, que a través de su corazón filtró el poder divino que distribuye entre los hombres leves resplandores emanados de los tesoros insondables.

Y no es todo esto sugestión de limitado romanticismo, ni mero prurito literario, como pudiera parecer. Cuando entre nosotros se habla del paisaje, más que a una visión sentimental la referencia alude a hechos de muy variados órdenes, el económico inclusive. Si como pueblo hemos te-

nido virtudes singulares, de alta calificación en el análisis de nuestra historia general, hemos en cambio carecido de espíritu de asociación, sin el cual el progreso común padece dificultades y retardos. Pero la naturaleza ha compensado esta grave deficiencia con el beneficio de un concurso de dones de tan rica y vasta cuantía que han sido por sí solos suficientes para hacer de nuestra región, y en ella especialmente de la ciudad de Cali, uno de los lugares elegidos para sede radial de la prosperidad presente y futura de la nación. Es así cómo el paisaje, según queda dicho, ha trabajado y sigue trabajando entre nosotros al servicio del hombre.

Ciudades hay, y casi todas, aquí y allá, en el mundo, que se ostentan como fruto del esfuerzo en ellas concentrado. Muestra de este fenómeno son, en Colombia, las ciudades de Antioquia, algunas de las cuales pudieran señalarse (hasta tal punto ha llegado, a veces, la obstinada laboriosidad de los hijos de la Montaña) como errores magníficos de la energía humana. Otras, en cambio, parecen más que hechas por el hombre, nacidas de la efusión de la naturaleza. Cali es una de esas ciudades. En ella el paisaje ha sido y sigue siendo elemento básico de su desarrollo, fuerza capital de su crecimiento, alma y eje del impulso que la lleva camino de la vanguardia nacional. El paisaje ha contribuído eficazmente a su progreso y le ofrece la certidumbre de un esplendente porvenir.

Al paso que factor principalísimo de su rápido desenvolvimiento material, el paisaje es en esta ciudad la corriente modeladora del ambiente social y de las características individuales y colectivas que hacen de ella agrupación humana inconfundible en la república. Todo en ella tiene un sello tan peculiar como indefinible, que es el matiz del paisaje, el eco de la llanura, el color de la luz, la constante claridad de su firmamento: desde el tono de la voz en el diálogo y el alboroto habitual de su movimiento hasta la manera de soñar de sus gentes y el vago acento de elegía que predomina en sus poetas y en las canciones populares. La vida política no ha sido nunca en ella arte sinuoso y frío, sino, al revés, combate de solar rudeza. Las relaciones sociales son abiertas y francas como el horizonte que la circunda. La actividad

intelectual ha medrado escasamente en su seno y ha discursionado tocada siempre de una ligera superficialidad. Gusta de vivir, en todos los órdenes, hacia afuera, a lo que contribuye, además, la abundancia de sangre negra que corre en las venas de su pueblo. Influida vehementemente por su atmósfera destellante y por la habitual fresca de las brisas que alivian sus atardeceres, ama el color y la vida al aire libre, el traje leve y la música bulliciosa, y tiene un no sé qué del espíritu suspirante que le contagian los horizontes desvanecidos que engastan su contorno y lo penetran de cadenciosa melancolía.

Pocas zonas del mundo tan favorecidas por la suma de condiciones físicas que hacen del Valle del Cauca una verdadera joya de la naturaleza. No es sólo el límpido firmamento que lo cubre, ni su fluvial riqueza y la hermosura y feracidad que ésta pone en sus campos, ni la estimulante medida de su temperatura, todo lo cual lo convierte en medio geopónico de rara calidad, sino la benignidad inalterable de su atmósfera, que lo mismo que colma de encantos la mirada, como la de un país de fábula y de égloga, se mantiene en un manso sosiego, libre de las violencias que en otras partes suelen turbar la vida y trabajo de los hombres. Jamás en él soplo de viento asolador, ni lluvia arrasadora, ni tempestad que exceda el límite de flamante espectáculo. A lo sumo, en épocas convenientemente distanciadas, irrumpe sobre sus praderas el desbordamiento de los ríos, que azora al campesino, inunda transitoriamente las dehesas y arruina parcialmente los cultivos, pero que, en verdad, más que daño es metódico beneficio de la mano de Dios. El agua y limo de esas avenidas periódicas no son otra cosa que oportuna renovación providencial de las entrañas vitales de la tierra.

Situada a altura media y a cortas distancias del mar y la montaña, Cali presenta notas generales que la diferencian de los centros costeros y de las ciudades escarpadas del interior de la república. Así la vida social se halla en ella tan lejos de las manifestaciones atropelladas del porteño como de la recogida medida del nativo de las regiones vecinas a los páramos. Débese sin duda a ello el que sea uno

de los lugares de Colombia que el extranjero estima como más sinceramente hospitalarios y el que congrega, después de Bogotá, naturalmente (y esto por razones que hoy son y mañana no habrán de parecer), más alta cifra de población foránea. Aldea pastoril en sus primeros años, provincia comercial en los siguientes, va haciendo veloz viaje en el afán contemporáneo de convertirse en el mayor emporio comercial, industrial y agrícola del país. Una vez más la ayudan en este empeño su medio natural, su suave clima, su posición intermedia entre el océano y los centros de exportación y de consumo, la progresiva modernidad de sus servicios, y sobre todo el hecho de ser, en la confluencia de rutas en que se halla, núcleo radial y rosa geográfica de una región de excepcionales privilegios. Tiene en el futuro la fe que la naturaleza le ha infundido. Sólo un torpe desvío de ella, posible por la población heterogénea que la invade, podría arruinar o disminuir la pujante grandeza a que la llama su destino.

APOLOGIA DE UNA ESTAMPA INFANTIL

Lectura ante un cuadro mural de Hernando Tejada.

Henos aquí, oh amigos, frente a la amplia pintura en que Hernando Tejada ha hecho un impresionante resumen de la historia de Cali, congregados para rendir tributo de admiración y gratitud al autor. De admiración por la calidad de la obra, con la que, violentando su juventud, ha anticipado sobre su nombre el arduo dictado de maestro, que suele ser conquista reservada a años aún distantes en el discurso de los suyos, y de gratitud por este testimonio de su talento artístico, en el que ha logrado una síntesis feliz de las varias épocas de la ciudad y su comarca.

Cómo destella airosamente sobre ese muro de este hermoso edificio de la ciudad contemporánea, iluminándola y explicándola en su propia luz, la estampa a cuyo cuadro, merced al concierto de su ferviente inspiración y de una mano experta, acudió, bellamente agrupada, la ciudad antigua, y en la que, de sector en sector y de figura en figura, podemos rehacer su itinerario temporal, desde los días que precedieron al descubrimiento de la América hasta éstos de ahora, agitados por nuestras empresas y quemados en la pira crepitante de nuestros sueños.

Todo está allí, recogido en la austera claridad que da al conjunto equilibrio y unidad sorprendentes y ajusta la hirviente concurrencia de lugares, cosas y personas en esa armonía inefable que sólo la gracia misteriosa del arte puede

otorgar a concepciones de esta índole. Si superada la impresión inicial, que arrastra el ojo a la agonía estética que suscita el anhelo de abarcar, dominándolas, la totalidad y grandeza de la pintura, recorreremos detallada y analíticamente los grupos que la integran, veremos cómo, en verdad, todo está allí, y cómo la historia local va discurriendo, de extremo a extremo del muro, por los cauces que el artista ha ido ofreciendo a su desarrollo, desde la oscura edad de los antecedentes indígenas hasta ésta en que, proyectándose sobre la abierta claridad del ángulo último del cuadro, apuntan hacia el porvenir allí simbolizado la universidad y la fábrica.

Limitada a un solo plano, el vertical, vale decir, sin la sugestiva profundidad de la perspectiva, la pintura mural reduce sus recursos al acierto de la composición y a la fuerza del colorido. No cabe en ella, por lo tanto, ninguna de aquellas ficciones que en otras formas son posibles y frecuentes. Reflejo directo de la verdad, donde ésta falla el propósito se malogra. Pero precisamente esa exigencia pone al artista frente al peligro de lo anecdótico, de lo circunstancial, de aquello que hoy es y mañana no parece y que, sin embargo, por una de esas paradojas de habitual ocurrencia en la visión superficial de la vida, suele sobreponerse, cuando la mirada se detiene en la de los hombres y de los pueblos, a la íntima autenticidad de su alma y de su historia.

Dicho sea esto, que será lo único que me atreveré a anotar respecto al cuadro de Tejada como obra pictórica, aspecto cuyo estudio queda reservado a los entendidos en la materia, para señalar el valor que ésta tiene —y ése sí a nuestro lego alcance— como interpretación histórica de un medio geográfico y humano. Con mayor precisión, en el caso que nos ocupa, de una ciudad. Enfrentado al problema, nuestro joven pintor lo aceptó en la plenitud de su contenido, en la total hondura y extensión de sus exigencias, en la severa y numerosa complejidad de los factores que constituyen el fenómeno colectivo o determinan el problema social. Tejada pudo sortear el peligro mencionado buscándole salida, más fácil en sí misma y de menor esfuerzo técnico, por el camino de los símbolos. No quiso hacerlo, sin embargo,

y dióse, en cambio, a desandar por todos sus meandros nuestra historia, a revivir sombras augustas y a dialogar con ellas, a despertar el silencio adormecido en el regazo de los códices, a remover sepulcros y cenizas y a hundir su corazón hasta el fondo iluminado de las leyendas en cuyas arcas prístinas defienden y conservan los pueblos los hontanares últimos de su sér y el más puro y fiel espejo de su fisonomía.

Fruto de esa muy devota peregrinación, asistida por el numen sacro de la ciudad y escoltada por los fuegos domésticos que a su paso acudían, es la asamblea insigne que ahora se ofrece ante nosotros animada en un sinfónico prodigio de colores y unida por un recóndito encadenamiento espiritual. Porque al par o por encima de las virtudes técnicas que fulgen en los grupos que en esta pintura desempeñan funciones anónimas de representación social y de las figuras históricas que entre esos grupos se destacan, discurre una fluyente correspondencia que liga el cuadro entero en una especie de orquestación humana y enlaza su densa muchedumbre de elementos en esa unidad a que antes aludíamos, llama oculta que lo alumbra y le imprime fisonomía perfecta.

Obligado por las exigencias del género a esa superposición que tiene su más ingenuo arquetipo en los dibujos infantiles y que floreció adorablemente en los artistas primitivos, logró infundir en la teoría histórica de su composición el sople comunicativo que la impulsa, en creciente desarrollo vital, a través de las etapas sucesivas de la ciudad, de la que, por este modo, el mural de Tejada viene a ser una apasionada biografía. Primero es la cuna indígena, abigarrada y misteriosa, señoreada por el cacique arcano, que emergiendo como una proyección hierática de la tierra, condensa en los ojos inmóviles, hechos llamas de piedra, su cólera de ídolo destronado, mientras a sus pies jadea la tribu laboriosa y a su espalda vuelan las flechas que cayeron vencidas por las lanzas y arcabuces ibéricos; en torno el fiero conflicto de las razas contrapuestas, el choque de la desnudez y la armadura, el encuentro de la planta indefensa y el casco relampagueante; y sosteniendo espiritualmente esa

contienda bárbara, la escena religiosa en que la Eucaristía congrega las razas y naciones de los hombres a la sombra y en el regazo del Dios sin raza ni nación.

Llega en este punto el artista al meridiano de su empresa. En el ápice, como sello diminuto y amoroso de la ciudad fundada, la capillita de San Antonio, que perdura en la colina vigilante, conservada por no sé qué numen tutelar en medio de la devastación contemporánea, y en la base el ingenuo escudo de los siete mogotes, ríos y mar que a nuestro Santiago de Cali concedió, con real largueza y candorosa ignorancia de la geografía de sus dominios, el segundo de los Felipes.

A partir de esta línea central cobra sin duda fuerza y esplendor la pintura, favorecida por la variedad de elementos que las épocas en ella reflejada ofrecen al artista. La estampa del fundador de la ciudad tiene aquí, a más del puesto que le corresponde, la arrogancia de sus días cesáreos: ceñida y brillante la armadura, reposado el talante por obra y gracia de la tarea cumplida, oscura todavía la barba y seguro el mirar, que no avistaba aún el vencimiento próximo y el penoso descenso, río de la Magdalena abajo, hacia la miseria y la muerte en persecución y en abandono.

Conteniendo el límite del muro y balanceando en el equilibrio de la composición el peso del cacique Petecuy, destácase otra estampa gloriosa: la del Libertador. Mas aquí la figura no presenta el áureo brillo externo que decora la del fabuloso Adelantado, sino que se cubre con arreos autóctonos y define y proclama intrínsecamente su presencia en el aquilino perfil y el ojo singular que alumbran y dominan el escenario circundante. No es el Bolívar marcial de las batallas continentales, ni el magistrado taciturno de sus días postreros, sino el caudillo familiar que se confunde con sus propios soldados en el fragor de los combates y sólo de ellos se distingue por el constante relámpago del genio. Y en torno a él austero concurso de varones de claro nombre en la tradición colonial, como el Alférez; o en la historia de la emancipación, como el general Santander y don Ignacio de Herrera; Vallecilla y Caycedo, mártires ambos de la pa-

tria; el obispo Cuero y los Padres José Joaquín Escobar y José Ignacio Ortiz, a quienes, como a Fray Pedro Herrera, tanto debe, en todos los órdenes del humano beneficio, esta zona de la república.

Dos bellos rostros de mujer: Inés de Lara, la doncella patricia engendrada para saturar de amor y ensueño cándidos las páginas de una fábula ingenua, en las cuales vierte la niña ese desvanecido aroma de las flores románticamente conservadas entre los libros viejos; y María, la inasible, la inefable criatura surgida casi en alumbramiento vegetal, como las azucenas, de la conjunción del aliento davídico del poeta y la entrañable hermosura del paisaje que en ella quedó cifrado para siempre.

A su lado, y entre ella y el héroe, el propio Isaacs, con la melena entrecana como el rescoldo de la hoguera, cual lo vio el Indio Uribe después de la batalla de Los Chancos; el latino y patriarcal autor de *El Alférez Real*; Isaías Gamboa, cantor errante del mar y de su *Tierra nativa*, y Antonio María Valencia, perdidas la mano y la mirada en la música que le abrasa en fuego indeficiente el corazón, y la frente sellada ya por el beso de la angustia que ciega los horizontes antes entrevistos y corta, con frialdad implacable, el vuelo de la esperanza.

Si a partir del eje de la pintura se acelera el impulso del artista, en este ángulo de su cuadro asciende a la culminación victoriosa de la obra. Una imprecisa claridad se abre sobre los horizontes del futuro, cuya conquista deja insinuada el pintor en el estudio juvenil, el laboreo agrícola y las chimeneas industriales. Hasta ese momento el fresco ha sido algo así como lago de luminosa transparencia, en el que hubieran ido recogién dose, a través de los años y de los siglos, numerosas corrientes y ensanchándose, en su propia detención, con el fluír de las venas sucesivas. El muro ha sido hasta aquí, de ese modo, hondo y diáfano lecho de la tradición allegada por la ciudad a lo largo de su desenvolvimiento cronológico. Tradición que es pasado nutricio y venero original, pero que, como las aguas, requiere para su acción fertilizante derivaciones hacia campos que la esperen

y recojan en su seno, transformándolo en renovada prosperidad, el depósito de sabiduría y experiencia, de unidad espiritual y ordenada energía, de valores de ciencia y de cultura que ella exprimíó de sus trabajos y sus días. Esa angosta franja de luz infunde al cuadro de Tejada un vivo movimiento procesional hacia el ignoto porvenir. Todo, a lo largo de la pintura, va subiendo hacia la rota esquina y por ella desagua en los confines del misterio venturo. Hasta aquí hemos llegado el artista y nosotros. Más allá nos espera, y espera a nuestros hijos, el arcano de Dios.

Y ahora dejadme finalmente que a la vez que con vosotros rindo a Hernando Tejada justísimo homenaje, diga también, como hijo de ella, el júbilo de la ciudad por esta obra que no sólo la interpreta, sino que además la glorifica e inicia en ella audaz camino a estas manifestaciones artísticas monumentales y objetivas, democráticas y directas, que habrán de ser, como lo fueron en grandes pueblos antiguos y lo son actualmente en naciones de avanzada cultura, recursos de vivaz eficacia didáctica e instrumentos de inmediata depuración de la sensibilidad de las masas, tan desorientada y pervertida por las desviaciones estéticas y morales que viven sin cesar asediándola.

Este fresco magnífico queda aquí solicitando día y noche la mirada del río humano que cruza por esta rosa de los viajes e imprimiendo en el ojo transeúnte un destello de alturas a las cuales no encuentra, de ordinario, nada que lo invite y eleve. La ciudad ha ido y sigue creciendo con velocidad sorprendente. Un pueblo heterogéneo solicita afanosamente su asilo y atarea con duro reclamo su antes pausado afán de cada día. Sus fronteras avanzan incesantemente hacia los predios donde ayer no más pacían en virgiliana holgura los rebaños. Muestra de ello son este propio edificio y sus contornos. Las corrientes de una desalada economía afluyen con febril turbulencia a su seno y enloquecen sus horas. Todo, así, anuncia en ella una vigorosa prosperidad, pero amenaza al mismo tiempo el equilibrio de su espíritu.

De ahí la trascendencia de estas empresas encaminadas a mantener la luz rectora que la defiende de la bárbara

confusión a que la expone el ímpetu de su propio destino. Pasó la edad de las torres de marfil y las meditaciones solitarias. Las torres de nuestros días son de hierro y hierven pobladas de multitudes vertiginosas. Nuestra edad impone al artista un decidido y persistente esfuerzo de comunicación social. Cualquiera, decía el poeta del Lacio, puede ser la hora del alba. Contribuyamos a que ésta lo sea para nuestras gentes, ¡oh amigos!, en espíritu y en verdad. Dios lo quiera.

APOLOGIA DE LA VOZ

La voz fué la primera entre las participaciones que, en pos de la conciencia, y como expresión de ella, tuvo el hombre en el comienzo de su sér natural. Merced a ella encontró la revelación de su origen y el instrumento misterioso del tesoro escondido en los abismos de su alma. Otorgarle únicamente la virtud de signo de la inteligencia, en cuanto nos distingue de los seres sin razón, equivale a limitarla. La voz no es tan sólo vehículo de la mente o del sentido: es eje del universo. Mas, espíritu prisionero en gleba impura, el hombre daña, disminuyéndolo, el eximio presente cuando de mensajera de su alma reduce la voz a esclava de indignos menesteres. Es el pesar inexorable de nuestra naturaleza, el mismo que, sin abatirlo fundamentalmente, somete, sí, al espíritu a su cárcel de barro y hace clamar al místico por la liberación definitiva.

A la palabra de Dios surgieron el hombre, los animales y las cosas. Y por medio de la voz, participación divina, con la cual el hombre los nombra y llama, y la oscura respuesta que ellos le dan en la polifonía de las criaturas elementales, se establece la asociación que liga a uno y otros en el concierto de la naturaleza. Que no es la filiación terrena, por la que nos vinculamos a la planta, ni siquiera la fraternidad de la carne, que nos une a la bestia, lo que determina en nosotros esta emoción de notas incorporadas al número del cosmos. Sin la voz y ante una naturaleza muda el hombre agonizaría en abrumadora soledad, príncipe confinado en la isla desolada de una soberanía sin siervos ni

dominios. El hombre establece su nexo con el orbe por medio de la presencia maravillosa de la voz.

El silencio perfecto no existe. No podría existir en la creación, porque sería la nada, la negación del sér, el caos absoluto. El silencio es, así, apenas un nombre, que corresponde precisamente a la plenitud de la armonía. El hombre ha deducido del orden cósmico la sinfonía de las esferas, en que la música coincide con la luz, a la manera que en la Trinidad el Padre se halla unificado con el Hijo, el engendrador con el engendrado. El Verbo existía y creó la luz. De donde tenemos que el Verbo es la causa y la luz criatura de su inteligencia y de su voluntad.

En el círculo limitadísimo de nuestras experiencias sensibles podemos comprobar estas cosas, que tienen de arcanas lo que no podía faltarles, porque arcano es el ambiente del hombre hasta que la muerte, emancipándolo a la materia restrictiva, le abre la puerta de bronce que lo mantiene en destierro transitorio de la patria perdida por la rebeldía original. Nuestra idea del silencio halla su imagen plena en la noche vivida en la repuesta soledad de los campos. Una lucecita perdida en un hueco de la montaña o entre un grupo de árboles, hacia la línea final de la llanura solitaria. En torno el silencio, es decir, el rumor insondable de la naturaleza: el vago sonar del viento que lleva y trae los gérmenes de la vida vegetal, el canto de las aguas del río, la respiración de los animales dispersos, el zumbar suspirante de los insectos, el hervir y rodar de las constelaciones, la gestación profunda de la existencia en los recintos desvelados del universo. La noche acendra la luz y forja en sus fraguas de música la claridad del alba. La tierra está adornándose para la fiesta matutina. Hay un ruido (¿qué otra cosa que un ruido misterioso es este silencio musical?), un leve ruido de labores recónditas: la que teje el lino bíblico de la flor, acrece el tallo de la hierba, templea la varilla del junco, lustra el follaje de los árboles, filtra mieles y urde núbiles atavíos para las frutas, limpia con jabones de niebla el fondo de los cielos, purifica de escorias los cristales del aire. Es el espíritu de Dios que se diluye en las cosas, deposita granos de melodía en el cuello de los pájaros, talla las gemas del rocío, aclara

los espejos del agua, y preparando el camino del sol, va fijando en los horizontes, con clavos de estrellas, temblorosos al golpe de invisibles martillos, la túnica que echará la aurora sobre las espaldas del mundo. Hé aquí el concierto a que asistimos en la noche. La actividad universal dispone el nacimiento del día. La mañana es apenas el ápice sinfónico de ese esfuerzo: cuando el dedo de Dios hunde en sus abismos la última estrella, la música ha llegado a su perfección y se hace claridad. Esa claridad que nos embriaga y en la que, si somos simples, vale decir, sabios (simplicidad es sabiduría, según el Evangelio, inteligencia arcana, la que aleja de los hombres y acerca a Dios), descubriremos, concentrados en nosotros mismos, un eco de las armonías eternas.

Establecido el hombre, el sexto día, en el principado de la creación recién salida de las manos de Dios, armado quedó para el dominio de los tiempos con la espada centelleante de la voz. Privólo el pecado de la visión directa del Señor. Mas la misericordia infinita le dejó el instrumento esencial, dón altísimo de su filiación divina y canal de oro por el que había de ascender su plegaria, y cumplida la redención del pródigo, descendería, en viaje inverso, la linfa purificadora de la gracia. Y la voz siguió siendo el vínculo que enlaza a la pureza originaria la miseria del hombre, roído por la pérdida del patrimonio prístino. En ella y por ella reconocieron las criaturas su jerarquía de rey transitoriamente despojado de su pacífico señorío, si bien dueño aún del elemento imponderable del cual a éstas sólo se les había concedido un principio elemental, para que con él le otorgaran el consuelo de la solidaridad establecida entre los seres por la voluntad inescrutable del Verbo.

Esparcido en todos los campos de la tierra, peregrino por caminos de sombra, el hombre empezó a vivir en el dolor. Doble y tremendo ha sido su combate: con la tierra, que de blando regazo se hizo costra dura, erizada de fuerzas hostiles, conjuradas, en obediencia a la maldición divina, a ofrecerle sus bienes sólo al precio de su agonía y sudor; y con la suelta jauría de sus pasiones rebeladas y multiplicadas en el profuso crecimiento de su estirpe abatida. Cada una de sus horas ha sido y sigue siendo desde entonces penosa lid con los

elementos frecuentemente escondidos a su ansiedad para que se angustiara en su conquista; encaminados muchas veces a su daño para que se consumiera en el afán de la defensa, y contra las milicias del mal, dispuestas en guerra infatigable en torno a su corazón debilitado por todas las lujurias y quebrantos. Los milenios lo han visto desfilar con la piedra de la desgracia sobre los hombros hechos rosas de llagas y de sangre, doblegada la frente, curvo el dorso, las plantas desgarradas, abrasados los ojos por el llanto, la boca con sabor de ceniza y henchido el pecho de pesadumbres insondables. La fiebre de la ansiedad ha quemado su sangre y poblado su sueño de locuras.

Mas, a través de su desventura interminable, prolongando la piedad del Dios desobedecido bajo el árbol, el ángel del canto ha encendido siempre sobre la cabeza del hombre su fuego victorioso, y quemando con él sus labios anhelantes, ha vertido en su corazón la miel profunda a cuyo contacto se hacen dulces de melodía las raíces acerbas de su desolación. La almendra de la voz ha florecido siempre en su garganta para glorificar el enigma de su destino conturbado. En ella, como en la roca que sostiene, al fondo de la base, la montaña perdida entre las nubes, descansan la máquina insondable del universo y el mensaje de Dios. En un círculo de armonías innúmeras, ella cierra la parábola del hombre del baluceo infantil, vecino al gorjeo de la paloma, a las revelaciones de la sabiduría, en que ese propio acento niño resplandece cargado de todos sus dones, como la palma que distribuyó a todas las cosas del paisaje la luz del sol naciente y al crepúsculo recoge en su dorada vena los fuegos sumisos del espacio.

Los siervos de la muerte tienen en ella escala de Jacob por la que suben y bajan, en contrarios vaivenes, el amor y el dolor que bullen en el arrullo maternal, en el reclamo del amante, en la oración del justo, en el grito del combatiente, en la lengua encendida del poeta, en la maldición del réprobo, en la palabra estrangulada por la sombra en la garganta rota del moribundo. Ella es vaso misterioso en que caben todos los arcanos y antorcha única en los labe-

berintos que median entre la cumbre de los éxtasis y las honduras de la desesperación.

La sabia antigüedad, que tuvo siempre una gema mitológica para cada uno de los fenómenos del mundo y del espíritu, erigió el símbolo de Orfeo en los principios fluviales de la música y atribuyó al encanto de su voz virtudes suficientes no sólo a regir el orden natural, sino animadas por el poder de suspender ese mismo orden y encadenarlo al hechizo de una ley dominante. En torno a él arróbase el paisaje: para su curso el río; doblegan las fieras sus cervices; échase el viento, con las alas inmóviles, sobre el campo; los montes dejan de mirar a la altura y abren sus rocas para que el agua de la melodía entre a refrescarles las entrañas ardidas en los fuegos internos; las nubes se descuelgan y forman al pastor, en vellones yacentes, ruedo de corderillos cándidos. La leyenda órfica es, desde ese instante, al par que apólogo, profecía. De ella deriva la teoría de los hijos del cántico. La voz del abuelo milenario, volando sobre las edades, descansa y se renueva, cada día, en el concierto universal.

Glorificada ha sido siempre, por este ilustre modo, en el discurso de los siglos, su excelsa jerarquía: en ella la alabanza del salmo, la sinfonía del himno, el lamento de la elegía, la plegaria, la imprecación, el arrullo, el idilio, la risa y el llanto, la luz y la sombra, el júbilo y la angustia, el día y la noche, el ángel y Satán, el hombre y Dios. En ella todo, porque en ella y en la luz que ella engendra se contienen el principio y el fin.

Loemos, pues, este milagroso presente de la voz. Loémoslo en el recogimiento místico de la dación de gracias, porque él afirma en nuestras almas y en nuestra carne, principio espiritual e instrumento físico de su sér, la filiación divina, y porque su llama misteriosa nos redime, iluminándola, de nuestra pesadumbre.

I N D I C E

I

	<i>Págs.</i>
1. Oración a la Eucaristía y alabanza de Antioquia.....	9
2. Jesucristo y nuestros días	21
3. La Eucaristía y la América española.	33

II

1. La era de María	57
2. La Montañerita Cimarrona o Nuestra Señora de los Remedios	69
3. Nuestra Señora de los Andes.....	79

III

1. Breve apología de la santidad y estampas paralelas de Vicente de Paúl y Juan Bosco.....	87
2. Memoria de la primera misa de Don Bosco	103
3. Estampa y apología de León XIII	109

IV

1. Estampa y apología del Adelantado don Sebastián de Benalcázar	117
2. Los tres misterios de la América	137
3. Invocación al Libertador	155

1. Afirmación del Evangelio de la caridad y elogio de una ciudad de señorío y leyenda	165
2. Carácter religioso de la crisis contemporánea	185
3. Jerarquía de la caridad	203

VI

1. Origen de un libro e interpretación de un destino poético ..	211
2. Estampa y apología de Eustaquio Palacios	221
3. Evocación de Manuel Antonio Carvajal	235
4. Estampa y apología de Gilberto Garrido	251
5. Posición de Carlos Villafañe en la poesía colombiana	273
6. De Jorge Isaccs a Antonio Llanos	276

VII

1. Cali o el paisaje	293
2. Apología de una estampa infantil	299
3. Apología de la voz	307

ERRORES TIPOGRAFICOS

Omitiendo la corrección de algunos errores tipográficos secundarios, de letras o puntuación —como “a la vera de Hijo” por “del Hijo”; “moradores, fraternos” por “moradores fraternos”, etc., se consignan en esta tabla de enmiendas otros que, aunque del mismo carácter, sí afectan el texto. Son los siguientes:

- Página 49 - Línea 13: “Mas no **tuvo** su misericordia” por “Mas no **detuvo**”.
- 81 27: “el extenso campo dogmático” por “extenso campo dogmático”.
- 181 - 26: “y **en** uno de los más excelsos” por “y uno de los más excelsos”.
- 206 6: “vehículo” por “vínculo”.
- 213 26: “y que respondieran el evangelio” por “y que respondieran al evangelio”.
- 237 - 28: “cual no oponen” por “al cual no oponen”.
- 256 29: “irresponsables” por “y responsables”.
- 267 22: “en el árbol **de** la claridad” por “en el árbol la claridad”.
- 272 - 7: (cuarto verso de la estrofa): “**desde** bien acordado” por “deste bien acordado”.
- 273 - En la segunda línea del texto: “Ya que” por “La que”.
- 283 - En la primera línea del último párrafo: “Apenas **empezaba**” por “Apenas empezada”.
- 284 - Línea 23: “y **los en** otros poetas” por “y en los otros poetas”.



Universidad
del Valle

Programa & Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez

Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227

321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co